

SWEAR ON THIS LIFE

A NOVEL

RENÉE
CARLINÒ

LIBROS DEL CIELO

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.

También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta de la lectura!

NOTA

Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

Ciertas autoras han descubierto que traducimos sus libros porque están subidos a Wattpad, pidiendo en sus páginas de Facebook y grupos de fans las direcciones de los blogs de descarga, grupos y foros.

¡No subas nuestras traducciones a Wattpad! Es un gran problema que enfrentan y luchan todos los foros de traducciones. Más libros saldrán si se deja de invertir tiempo en este problema.

No continúes con ello, de lo contrario: ¡Te quedarás sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descargas!

STAFF

MODERADORA

Vane Farrow

TRADUCTORAS

Julie
Vane Hearts
Miry GPE
Daniela Agrafojo
Pachi Reed15
Beatrix
Lauu LR
Majo Villa

Val_17
Victoria.
Mae
Vane Farrow
NnancyC
Ana Avila
Yuvi.andrade
Dannygonzal

Annie D
Marie.Ang
Jadasa
Ivana
Jeyly Carstairs
Florbarbero
Umiangel

CORRECTORAS

Lu
Vane hearts
Marie.Ang
Dannygonzal
Val_17

Victoria.
Laurita PI
Miry GPE
Daliarn

REVISIÓN

Mary Warner

DISEÑO

Aria

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Sobre el autor

SINOPSIS

Cuando una novela debut y éxito de ventas del misterioso autor J. Colby se convierte en el acontecimiento literario del año, Emiline lo lee a regañadientes. Como instructora de escritura adjunta en la Universidad de California en San Diego, con su propia carrera literaria estancada y una relación con altos y bajos y a largo plazo, Emiline no está encantada de celebrar los logros de un escritor joven y dotado.

Sin embargo, desde la primera página, queda fascinada por la historia de Emerson y Jackson, dos mejores amigos de la infancia que se enamoran y sueñan con una vida mejor más allá del largo camino de tierra que serpentea a través de su empobrecido pueblo en la zona rural de Ohio.

Esto se debe a que la novela toma como modelo la propia infancia oscura y desesperada de Emiline, lo que significa que "J. Colby" debe ser Jase: el mejor amigo y el primer amor que no ha visto en más de una década. Lejos de sentirse halagada porque escribió la novela desde su perspectiva, Emiline está furiosa de que él co-optó su pasado doloroso y tomó algunas libertades creativas dramáticas con el final.

La única forma en que puede liberar su mente es encontrar y hacer frente a "J. Colby", pero ¿está preparada para aprender la verdad detrás de la ficción?

7

ÉL ME ENCONTRÓ

Traducido por Julie & Vane hearts

Corregido por Lu

En clase decimos “*demasiado evidente*” cuando alguien ha escrito una historia o una escena en la que ocurre exactamente lo que uno *piensa* que *debería* suceder. O cuando los acontecimientos son demasiado perfectos o precisos. Pero en la vida real nos cuesta más reconocer los momentos casuales porque no estamos inventando la historia a medida que avanzamos. No es una mentira; nos ocurre de verdad, y no tenemos idea de cómo va a terminar. Algunos vamos a mirar hacia atrás en nuestras vidas y recordar eventos que eran un poco demasiado perfectos, pero hasta que se sepa toda la historia, es imposible ver el plan del universo, o incluso admitir que hay algo más grande que nosotros, asegurándose de que todo lo que *debería* ocurrir *sí* ocurre. Si uno puede entregarse a la idea de que pudiera haber un plan, en lugar de reducir cada momento mágico a una coincidencia, entonces el amor te encontrará. Él me encontró.

—Vaya, las gaviotas se están volviendo locas. Creo que se acerca un tsunami hacia acá —dije, mirando por la ventana de mi apartamento del segundo piso mientras observaba como la bruma marina espesaba sobre La Jolla Cove. La niebla se movía rápidamente hacia mi edificio mientras que la nube se arremolinaba en la distancia.

Trevor se rió. —Tan típico de San Diego, reaccionando de forma exagerada al clima. —Se encontraba sentado en el suelo con la espalda apoyada en el sofá de cuero caro que mis tías Cyndi y Sharon me compraron cuando me mudé.

—¿Piensas que necesitamos sacos de arena?

—No, te estás volviendo loca —dijo.

—¿Loca o prudente?

—Más bien como neurótica. Está lloviznando. California sigue técnicamente en una sequía.

Me di cuenta de que Trevor abandonó el cuento que había escrito para poder continuar jugando a Angry Birds en su teléfono.

—Trevor... —advertí.

—Emiline... —bromeó sin levantar la vista.

Me dejé caer en su regazo y lancé los brazos alrededor de su cuello. —Realmente deseo que lo leas.

—Lo hice. Lo leí rápido.

—¿De qué se trata, entonces?

—Se trata de una chica que descubre una antigua fórmula de la fusión fría.

—Así que captaste lo esencial. Pero, ¿de verdad te gustó?

—Emi... —Hizo una pausa. Sus ojos se movían alrededor de la habitación. Cuando se centró en mí otra vez, vi compasión en su rostro—. Me gustó mucho —dijo.

—¿Pero...?

—Creo que deberías escribir lo que sabes. Eres una buena escritora, pero esto —levantó los papeles— parece un poco tonto.

—¿Tonto? ¿Por qué? —Pude sentir la ira hirviendo dentro de mí. Trevor era honesto; era una de las razones por las que me gustaba, pero a veces llegaba al punto del menosprecio.

—Por un lado, es poco realista.

—Es ciencia ficción —respondí.

—Necesita más desarrollo de los personajes. —Se encogió de hombros como si su afirmación fuera obvia.

—Trevor, por favor, no empieces a arrojarme esa basura de la escritura 101. Recibo bastante de eso en el programa. Quiero practicar lo que predico. Estoy constantemente diciéndoles a los estudiantes de licenciatura que olviden las reglas y escriban de forma intuitiva. Ahora te estoy pidiendo información realista, desde el punto de vista de un lector, no de un instructor.

—Lo intento. Pensé que eso es lo que hacía. Sabes lo difícil que es para mí el criticar tu trabajo. No puedes soportar la situación. No me conecté con los personajes, así

que no estaba interesado en leer el resto de la historia. Por lo tanto, allí tienes. Solo estoy siendo honesto.

—Qué buena manera de ser honesto —murmuré.

—Aun así terminé la historia, y ahora trato de ayudarte, pero no estás siendo receptiva. Solo dime lo que quieres que diga.

Crucé los brazos sobre mi pecho. —¿Hablas en serio?

—Sí. —Se levantó bruscamente y me volcó en el suelo.

—Tú no eres un lector. No debería haberte pedido que lo leas. ¿En serio estamos peleando por esto?

—Siempre estamos peleando por esto —dijo—. Y me ofendes al decir que no soy lector, como si fuera una especie de Neanderthal analfabeta.

Había estado saliendo con Trevor desde nuestro último año en Berkeley, así que sabía exactamente de donde venía esta inseguridad. Siete años; es mucho tiempo para cualquiera. Cuando nos conocimos, él era un quarterback estrella destinado a la NFL, y yo era un ratón de biblioteca tratando de ser una escritora. Él era un Tom Brady guapo, y durante tanto tiempo me pregunté por qué le gustaba. Sin embargo, por alguna razón, en un principio, se sentía bien. Nos llevábamos muy bien, y nuestra relación fue como un cuento de hadas hasta que se lesionó el brazo lanzador en el último partido de la temporada. Su carrera profesional de fútbol terminó antes de que comenzara.

Se graduó sin mucha brillantez y luego tomó un puesto de entrenador ofensivo asistente en San Diego State para poder estar más cerca de mí mientras yo trabajaba en mi máster en Bellas Artes en la Universidad de California en San Diego. Fue una gran demostración de dedicación, pero no podía evitar sentir que había desaparecido un poco de luz dentro de él. Se encontraba aquí en San Diego conmigo, pero a veces sentía como si quisiera estar en otro lugar.

La dinámica de una relación a largo plazo tiende a cambiar de forma sutil, pero para nosotros, el cambio fue más abrupto: el momento en que se lesionó, ya no fui el ratón de biblioteca nerd encaprichada con el quarterback estrella. Y mientras que nunca me molestó, sin duda le molestaba a él. Incluso después que me siguió hasta San Diego, continuamos viviendo separados, y ninguno de nosotros insistió en el tema, incluso después de terminar mi máster. Decidí esperar a que hiciera el movimiento, a que tome la decisión, pero la verdad es que yo tampoco sabía si quería vivir con él.

Así que seguí viviendo con mi compañera de cuarto, Cara, una compañera graduada del programa de escritura de la UCSD. Ella se hallaba ahorrando dinero y enseñando un par de cursos de escritura mientras trabajaba en su primera novela, y yo trataba de hacer lo mismo. Su novio, Henry, era residente de cirugía en Nueva York, y

ella planeaba mudarse al final del año escolar para estar con él. Yo sabía que debía solucionarlo para entonces, pero las discusiones como esta me hacían pensar que Trevor y yo todavía no estábamos listos para dar el siguiente paso.

—Voy a correr —le dije a Trevor mientras corría hacia mi habitación para vestirme.

—¿Qué? ¿Un minuto estás preocupada por un tsunami y al siguiente deseas salir a correr? ¿Qué demonios? —Me siguió—. Emi, vas a tener que lidiar con tu mierda en algún momento.

—¿Mi mierda? ¿Qué pasa con *tu* mierda? —le dije rotundamente mientras me encontraba sentada en el suelo, atando mis zapatos. Ni siquiera lo miraba. Me levanté y traté de pasar por delante de él para salir de la habitación. Puede que llevara un equipaje, pero Trevor también.

—Tienes que dejar de correr cada vez que quiero tener una conversación importante contigo.

—Más tarde —dije.

—No, ahora —dijo con firmeza.

Pasé entre su cuerpo y la puerta de mi habitación, y me dirigí hacia la cocina. Me puse a llenar una botella de agua.

—Hemos estado juntos desde que teníamos veinte, Emi.

—Jesús, solo te pedí que leyeras una maldita historia.

—No se trata de la historia.

—¿Qué pasa, entonces? —le pregunté bruscamente.

Se veía frustrado y derrotado, lo que era raro para él. Sentí una punzada de culpa y me suavicé.

—Trevor, no sé si te das cuenta, pero estoy teniendo problemas con mi escritura en este momento. No quiero ser una profesora de escritura creativa adjunta para siempre. ¿Entiendes eso?

—Ya eres una escritora, Emi. —Parecía sincero, pero no era exactamente lo que quería oír.

—Todos los otros adjuntos han publicado algo, excepto yo.

—¿Cara también?

—Dos veces —dije en voz baja.

Vaciló antes de continuar. —¿Quieres saber lo que pienso? No es una falta de talento, Emi. Simplemente no creo que estés escribiendo lo que sabes. ¿Por qué no intentas escribir sobre ti misma? ¿Explorar todo lo que pasaste cuando eras una niña?

Sentí que me ponía loca de nuevo. Él sabía que mi infancia estaba fuera de límites. —No quiero hablar de ello, y además, te estás desviando.

Tirando de la sudadera por encima de mi pelo, empujé la puerta y me fui corriendo por las escaleras hacia la pasarela peatonal mientras la lluvia caía sobre mi cara. Oí a Trevor cerrar de golpe la puerta y bajar las escaleras detrás de mí. Me detuve en la acera, me volví y lo miré. —¿Qué estás haciendo?

—Me voy a casa —dijo.

—Excelente.

—Todavía tenemos que hablar.

Asentí. —Más tarde. —Se volvió sobre sus talones y se alejó. Me quedé allí un momento antes de girar en la dirección opuesta... y luego corrí.

Me hallaba convencida que los años de terapia que mi tía Cyndi y su pareja, Sharon, pagaron fue para garantizar que mi pasado siempre sería precisamente eso. Aun así, sabía en el fondo de mi mente que no lidié con lo que ocurrió en ese largo camino de tierra en Ohio, todos esos años antes de venir a vivir con Cyndi y Sharon. Me encontraba precavida y retraída, ocultándome en mi relación con Trevor, en mi trabajo como profesora adjunta, en mi escritura. Sabía todo esto, pero no me sentía segura de cómo salirme del carril.

Después de unos pocos kilómetros, me encontré corriendo por el estacionamiento de la UCSD, logrando empaparme a fondo por las gotas masivas de agua.

—¡Emi! —Oí a Cara llamarme detrás de mí—. ¡Espera!

Di media vuelta y apreté las cuerdas de mi sudadera. —Rápido, ¡me estoy empapando!

El cabello rubio lacio de Cara se pegaba a sus mejillas, dándole un aspecto aún más delgado, mientras corría hacia mí. Ella era lo opuesto a mí; alta y delgada, con el pelo claro y ojos claros. Yo tenía el pelo muy rizado y oscuro que volaba por todas partes, todo el tiempo.

Nos pusimos bajo el saliente del edificio que albergaba el departamento de escritura creativa. —Por Dios, Emi, tu cabello. —Cara intentó, sin éxito, aplanarlo cuando entramos en el edificio y sacudió el agua de la ropa. Antes de que pudiera responder, avistamos al profesor James, mientras cerraba su oficina.

—¡Profesor! —llamó Cara.

Él se adaptaba a cualquier posible estereotipo de un profesor universitario. Era regordete, tenía una barba espesa, y siempre vestido de tela espigada o diseño de rombos. Era fácil imaginar una pipa colgando de la comisura de su boca mientras hablaba.

—¿Tiene esas notas sobre mi historia? —preguntó Cara.

—De hecho, sí. —Rebuscó en su maletín de cuero gastado y le entregó a Cara una pila de papeles—. Las he escrito en los márgenes.

Cara ansiaba la crítica constructiva, pero nunca he encontrado las notas del profesor del todo útil, incluso cuando estaba en el programa. Después de graduarme, no le dejé leer mi trabajo.

Mientras ella examinaba las notas, el profesor James me miró. —¿En qué estás trabajando, Emiline?

—Solo hago ejercicios de escena. —Aparté la vista, evitando su mirada.

—No me refería con los estudiantes, sino con tus proyectos personales.

Pensé distraídamente que el único proyecto personal en el que quería trabajar era en desplumarme las cejas y afeitarme las piernas. —Oh, solo algunos cuentos.

—Si alguna vez deseas alguna opinión, no dudes en dejar tu trabajo en mi oficina.

Me moví incómoda. —Gracias, lo consideraré.

Eché un vistazo a la historia de Cara y noté, en escritura roja y negrita, en la parte superior de la página, la nota ¡¡BRILLANTE!!

El profesor James asintió en despedida y se marchó. Me volví a Cara. —¿Dos puntos de exclamación? Él nunca ha dicho nada tan bueno de mi trabajo.

Cara frunció el ceño. —Ya sabes lo que pienso de eso, Emi.

—Oh hombre, aquí vamos.

—Sé que no te gusta oírlo, pero es verdad. Tal vez estás escribiendo sobre las cosas equivocadas.

¿Primero, Trevor, ahora Cara? —Soy buena en hornear; ¿significa que debería ser una panadera?

—Sabes que no es lo que quiero decir —dijo.

—Lo sé. —Miré a mis Nikes vapuleadas—. Estoy cansada de fallar en estos cuentos. Trevor básicamente destrozó el último. —Alcé la mirada y asentí hacia el final del pasillo—. Vamos, vamos a caminar.

Nos dirigimos hacia la sala de profesores para comprobar nuestros buzones de correo en silencio.

—¿Tal vez podrías trabajar en una autobiografía? Incluso si no lo terminas, es posible que averigües lo que deseas explorar en tu ficción corta. ¿Algo que es más personal para ti?

—No, gracias —le dije, con la esperanza de que mi tono transmitiera lo mucho que quería que dejara el tema. Parecía haber captado la indirecta y de repente cambió de tema.

—Así que, ¿has oído de este nuevo escritor del que habla todo el mundo? ¿J. Colby?

Ojeé los papeles de mi buzón de correo personal, arrojando el correo indeseado en la basura. —No, ¿quién es ese?

—Graduado en Columbia. Es de nuestra edad. No puedo creer que ya haya publicado. Todo el mundo está entusiasmado sobre su novela.

—Bien por él —dije con amargura.

—Bueno, voy a leerlo, a ver de qué se trata —dijo mientras metía un fajo de correo en su bolso de mano—. Se llama *Todos Los Caminos En Medio*. ¿No te gusta ese título?

—Está bien, supongo. Me recuerda un poco a *Los Puentes De Madison* o algo así. —Me volví hacia ella—. Bueno, he terminado aquí. Me voy a casa. ¿Vienes conmigo?

—Nos vemos allí; tengo que darme prisa con algunos recados. Pero, oye, ¿sabes lo que debemos hacer, ya que está tan lluvioso? Debemos quedarnos, comprar comida preparada, ver la televisión basura, y beber hasta desmayarnos. Eso va a animarte, ¿verdad?

—Supongo. Sí... Eso suena bien. Muy bien, en realidad. Vamos a hacerlo. —No importaba que le hubiera dicho a Trevor que vería el fútbol con él y hablaríamos. Lo que necesitaba era una noche con mi mejor amiga—. Voy a recoger el vino, ¿te encargas de la comida china?

—De acuerdo. Te veo en casa.

El sol iba detrás de las nubes tormentosas mientras me encontraba sentada en el alféizar de la ventana y vi a las olas chocar contra las rocas de la cala. Pensé en la historia que podría escribir. Sabía que tenía material digno de páginas. Hasta libros. Pero no sabía si alguna vez podría poner las palabras en el papel.

Cara atravesó rápidamente la puerta con una bolsa de Barnes and Noble.

—¿Tienen comida china en la librería Barnes and Noble? —bromeé.

—¡Nuestra cita está acabada! Fui a comprar el libro del que hablamos, leí veinte páginas en la tienda, y no podía dejar de leerlo. Tengo que saber qué pasa. Emiline, estoy enamorada de este autor. Voy a encontrarlo y hacer que se case conmigo.

—¿Cómo se sentirá Henry al respecto? —bromeé.

Tiró la bolsa en el mostrador y se sirvió una copa de vino mientras yo la observaba desde el borde de la ventana. —Él va a entender —dijo, riendo.

—¿Así que vas a plantarme para leer en tu habitación?

—Sabes cómo soy cuando me meto en un libro. No me puedo detener.

Entendí exactamente cómo se sentía; yo era de la misma manera. —Muy bien, te has librado. Pero me debes una.

—¿Tal vez Trevor puede pasarse con comida china?

Me reí. —Me estás abandonando, ¿pero quieres que mi novio nos traiga la comida?

Se inclinó sobre el sofá y sonrió. —¿Estás enojada?

—No, estoy bromeando. ¡Ve, lee, disfruta!

Una hora más tarde, cuando Trevor apareció con comida china, Cara salió, consiguió un plato, y se lanzó de nuevo en su habitación.

—¿Cuál es su problema? —preguntó.

—Ella está muy metida en su nuevo libro.

—Bueno, supongo que nos da tiempo para hablar. —Nos sentamos al lado del otro en la barra de desayuno, abriendo cajas de cartón en silencio, esperando a que alguien comience.

Después de unos pocos bocados, bajé mis palillos. —¿Quieres hablar? ¿Bien? ¿Por qué nunca me dices que me amas?

—Te lo he dicho antes —dijo, asombrado—. Y esto no es de lo que quería hablar.

—Bueno yo sí. Lo *has* dicho, pero no lo dices a menudo. ¿No sientes como si pudieras decírmelo?

—Tú tampoco me lo dices nunca.

Argumento justo. —No creo que ni siquiera sepamos lo que significa —dije con la boca llena de pollo al sésamo.

—Sea lo que sea por lo que estás pasando no tiene nada que ver conmigo —dijo. Trevor tenía esta forma de transferir la responsabilidad de sí mismo en cada discusión. Me volvía loca.

—La gente tiene relaciones para poder compartir las cosas con los demás.

—Esto, ¿ viniendo de ti? Emi, después de siete años, todavía apenas te conozco. Solo sé lo que compartes conmigo, que no incluye nada de tu pasado.

Podía sentir que me ponía a la defensiva. —Ya que estamos con el juego de la culpa, tú no has hecho un gran esfuerzo para llegar a conocerme, ni te comprometes conmigo de una manera real.

La expresión de Trevor cayó, y me di cuenta que había tocado una fibra sensible.

—¿En serio? No paras de decir que no sabes dónde vas a terminar dentro de un año. ¿Y eso que significa? ¿Cómo crees que me siento?

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le pregunté, simplemente. No quería sonar insensible, pero me di cuenta de que fui demasiado lejos. Que le estaba hiriendo demasiado.

—Me mudé aquí por ti, Emi. He construido mi vida alrededor de nuestra relación. —Se levantó de su asiento—. No somos unos niños. No puedo lidiar con tu mierda voluble y escucharte decir que no me comprometo contigo. Tú eres la que no se compromete.

Sentí todo tipo de réplicas burbujeando dentro de mí. *La única oferta de trabajo que recibiste fue en San Diego. No te mudaste aquí por mí. Solo soy la chica con la que estás pasando el tiempo. Los dos lo sabemos. ¿Por qué si no tienes dificultades para decir te amo? ¿Por qué más no puedo ver nuestro futuro?*

Me levanté y me dirigí hacia mi habitación, y Trevor vino justo detrás de mí. Me di la vuelta para enfrentarlo y apoyé la mano en la puerta un momento en silencio mientras él esperaba en la puerta. Y luego lo jalé hacia mí y le di un beso, presionando mi cuerpo contra el suyo. Ya no quería hablar más.

A la mañana siguiente, mientras bebía café en la barra de desayuno, Cara vino a los saltos. —¿Qué mosca te ha picado? —preguntó. No sabía cómo podía darse cuenta de estas cosas con solo mirarme la nuca, pero ella podía intuir los estados de ánimo como nadie más. Se sirvió una taza de café y se apoyó en el mostrador, frente a mí, esperando mi respuesta.

—Trevor.

—¿Trevor te ha picado? —Sonrió.

—No de una manera perversa. —Puse los ojos en blanco.

—¿Han peleado de nuevo? Anoche parecían haberse reconciliado.

—Siempre estamos peleando. Incluso cuando hacemos las paces.

Se enderezó, como si algo se le hubiera ocurrido, y luego se precipitó a irse. —Ya vuelvo. No vayas a ninguna parte.

Cuando regresó a la cocina, colocó un libro delante de mí. Eché un vistazo a la cubierta. *Todos Los Caminos En Medio*. —¿Ya lo has terminado? —pregunté.

—Me quedé despierta toda la noche. Me encantó. Me dijiste que te debía una por dejarte plantada anoche, y este es mi reembolso. Creo que podría verte bien el escape.

—¿Ah, sí? —Pasé la mano por la tapa. Era una imagen borrosa de dos niños tomados de la mano en una carretera. Había algo familiar en la escena, pero no pude determinar qué.

—Tal vez puedes escapar de tu propia historia de amor algo imperfecta un rato y perderte en algo más satisfactorio, incluso si se trata de ficción.

Suspiré y lo recogí. Tal vez tenía razón. Cogí mi taza de café con la otra mano y me dirigí hacia mi dormitorio. —Gracias, Osito Cariñoso —le exclamé.

—Cuando quieras.

Una vez dentro, me dejé caer en la cama y abrí el libro en la primera página. Desde el momento en que leí la segunda oración del primer párrafo, mi ritmo cardíaco se triplicó. Al instante, comencé a sudar. Hacia el final de la primera página, me hallaba casi histérica.

De Todos los Caminos en Medio.

Para el momento en que nuestro autobús escolar llegaba a El Monte Road, Jax y yo éramos los únicos niños en el lugar. Rebotábamos a lo largo y más allá de los campos abiertos, más allá del rancho de huevos de Carter, más allá de un montón de casas deterioradas, nubes de polvo y malas hierbas. Vivíamos justo al lado de El Monte, en la señal del kilómetro ocho, al final de un camino largo, lleno de baches y suciedad, nuestras casas precedidas por dos maltratados buzones torcidos en sus postes de madera en mal estado. Era un viaje sacude huesos en coche y casi imposible en autobús, por lo que la Sra. Beels nos recogería y dejaría en los buzones cada día de escuela, llueva o truene. Esos buzones se encontraban donde Jax y yo empezaríamos y terminaríamos nuestro largo viaje.

La Sra. Beels, una mujer baja y regordeta que llevaba calcetines desaparejos y suéteres tontos, era nuestra conductora de autobús desde el momento en que estuvimos en primer grado hasta la secundaria. Era la única persona constante y fiable en mi vida. Es decir, además de Jax.

Cada mañana me saludaba con una sonrisa y cada tarde, justo antes de cerrar las puertas y alejarse, decía—: Vayan a casa, niños, y coman sus verduras —como si nuestros padres podrían permitirse tales lujos. Su vida era exactamente lo mismo, día tras día, pero todavía ponía una sonrisa y hacía bien su trabajo.

Cuando tu familia se reduce a nada, nos fijamos en las personas como la Sra. Beels con envidia. A pesar de que conducir un autobús en un pueblo rural chiflado no es precisamente llegar a las estrellas, a la edad de diez todavía la admiraba. Tenía más que la mayoría de la gente que conocía en aquel entonces. Ella tenía un trabajo.

Vivíamos en Neeble, Ohio, población de ocho mil en un día bueno, hogar de los ex empleados de la fábrica de American Paper Mill, con sede en Nueva Clayton. La mayoría de los trabajadores se trasladaron de Nueva Clayton justo después que la fábrica cerró y trajeron a sus familias a las ciudades rurales, menos pobladas donde el alquiler era barato y el trabajo ocasional menos escaso.

Mi familia siempre había vivido en Neeble. Mi padre creció allí y su padre también. Viajaban diariamente a Nueva Clayton juntos cuando la fábrica seguía en marcha, empezando y terminando sus días juntos al igual que Jax y yo. Eran buenos amigos y buenos hombres, por lo menos así es como los recuerdo. Y tuvimos una buena vida por un tiempo. Mi padre llamaba a lo que teníamos al final de ese camino un pedacito de cielo. Y eso fue... por mucho tiempo. Pero si hay un verdadero cielo aquí en la

tierra, entonces tiene que haber un infierno también. Jax y yo aprendimos eso de la manera más difícil.

Él y yo no siempre fuimos amigos. Al principio no era más que un niño con mal olor con uñas sucias y cabello desgreñado cubriendo sus ojos. En los primeros años, apenas le oí pronunciar una palabra a excepción de "sí, señora" y "no, señora." Arrastraba los pies detrás de mí todo el camino por esa carretera polvorienta donde la Sra. Beels nos recogía. Subíamos al autobús amarillo de la escuela Fern County y nos acomodábamos para el largo paseo de hora y media en auto a la escuela. Siempre me sentaba en el primer asiento, y él caminaba directamente a la parte posterior.

Al pasar por la ciudad, recogíamos a un montón de niños, al menos treinta de todas las edades, pero los dos que me acuerdo muy bien, además de Jax, eran imbéciles de clase mundial. Me hallaba convencida de que Mikey McDonald, con su rubia cabeza rapada y pantalones holgados, quería hacer de mi vida un infierno.

—¿Emerson? ¿Qué clase de nombre es ese? ¿No es un nombre de chico?

Rodaba los ojos y trataba de ignorarlo. Nunca tuve la oportunidad de preguntarle a mis padres qué tipo de droga fumaron cuando me nombraron.

Por el tercer grado, Mikey tenía un compinche: Alex Duncan. Lo que sea que yo llevaba, caminaban por un lado y trataban de golpearlo fuera de mis manos, y luego se sentaban en el asiento detrás de mí en el autobús y me torturaban hasta llegar a casa. —Tal vez puedas casarte con un libro algún día, Emerson Booknerd. Jaja, Booknerd. Eso podría ser tu apellido.

Alex tenía una gran marca de nacimiento justo en la punta de su nariz, como si hubiera olido mierda. Durante mucho tiempo me aguanté sus insultos, pero todo cambió en el cuarto grado. La fábrica llevaba cerrada casi un año, el dinero se acababa, y mi padre no hacía nada más que beber y escuchar programas de radio. La voz de Rush Limbaugh impregnada de OxyContin¹ era más familiar para mí que la de mi propio padre. Hacía odios sordos. Dejó de hablar. Se volvió cruel y entonces... mamá se fue. Ella me dejó a solas con él, sin ni siquiera un hermano o hermana para ayudar a soportar la carga.

Todo cambia cuando un hombre no puede permitirse el lujo de poner comida en la mesa. Algunos hombres maduran con las circunstancias y encuentran una manera de llegar a fin de mes, no importa lo que se necesite. Otros hombres tienen demasiado orgullo al ver que su

¹ Narcótico recetado para aliviar dolores de moderados a severos.

vida se desmorona a su alrededor. Mi padre fue un trabajador de tercera generación en la fábrica American Paper Mill, y el padre de Jax fue lo mismo. Era todo lo que sabían.

Después de años de tormento de Mikey y Alex, llegué a mi punto de ruptura cuando el tranquilo y reservado Jax decidió unirse a su idiotez juvenil.

Siempre tuve cuidado de asegurarme que mi ropa estuviera limpia y mi cara lavada. Después que mi madre se fue, mi padre empezó a frecuentar a Susan, una mujer que trabajaba como criada en un motel cercano. No se vestía como una criada, pero siempre nos traía esos pequeños jabones del baño del motel, así que supuse que probablemente era una criada. Tenía que usar el jabón de motel barato para todo, incluyendo lavar mi cabello, lo que, naturalmente, después de unas semanas de eso, mis muy formados rizos castaños se convirtieron en un lío muy rizado. Los chicos en el autobús me llamaron Medusa. Si tan sólo hubiera sido así de aterradora.

En un día normalmente húmedo en junio, Jax me siguió por la carretera y tomó su asiento habitual en la parte posterior. A mitad de la ruta, Mikey y Alex llamaron a Jax para que se acercara y se sentara con ellos. Comenzaron a reírse detrás de mí.

—¿Qué, metiste el dedo en un enchufe de luz, Medusa? —dijo Alex.

—Si lo toco, ¿me va a morder? —se burló Mikey.

—Sí, lindo cabello —dijo Jax.

Di media vuelta y disparé dagas a sus ojos. —Oh, esa estuvo genial, Fisher. Realmente original. Es mejor que tengas cuidado o le diré a tu padre. —No me importaban los otros chicos, pero no iba a aceptar esa mierda del chico vecino. No respondió, se limitó a mirarme directamente a los ojos y luego entrecerró los suyos ligeramente. No replicó con otro insulto; incluso parecía arrepentido. No quiso apartar los ojos de los míos, lo que era bastante declaración para un chico de cuarto grado.

—Toma una foto; va a durar más tiempo —dije. Se sonrojó y luego desvió la mirada.

Oí a Mikey decirle a Jax: —¿En serio le dirá a tu padre?

Jax se encogió de hombros. —No me importa.

Alex volvió su atención hacia mí. —Estamos tan asustados, cabeza de Poodle nos va a delatar. Ruff, Ruff.

Los chicos continuaron su burla sin la ayuda de Jax. Mantuvo su cabeza gacha y esperó hasta que solo ambos nos encontrábamos en el autobús y acelerábamos más allá de las señales kilométricas en El Monte,

una vez más. No me hallaba segura de sí Jax tenía miedo de mi amenaza o si se dio cuenta que montón de bobos estaban siendo, así que di vuelta en mi asiento y lo miré por encima del banco del bus. Miraba por la ventana. —No bromeaba, Jackson Fisher, le diré a tu padre.

—Eso podría ser un poco difícil, Emerson. Mi padre ya no está. Se fue. —Fue la primera vez que lo escuché decir mi nombre. Lo enunció con tanta claridad, como un adulto lo haría.

—¿Adónde fue?

—¿Quién sabe? ¿Dónde fue tu madre?

No creía que ni siquiera sabía de mi madre, pensé que era el gran secreto de la familia. Pero, de nuevo, no hay tal cosa en una ciudad pequeña.

—Ellos no están... no crees... —Dudé, avergonzada. *Jesús, ¿mi madre se escapó con el padre de Jackson?*

—No, no están juntos. Sólo quería decir que fueron al mismo lugar: lejos de nosotros. —Volvió a mirar por la ventana y miró hacia el frente.

Me sentí triste y confundida. Quería pellizcar su nariz y halar sus oídos por burlarse de mí, pero también quería abrazarlo. Sabía lo que sentía, y dolía tanto que me hizo doler los dientes. Al menos Jax tenía un hermano mayor en casa. Yo no tenía a nadie, solo mis libros.

No hablamos por el resto del viaje, pero fuimos andando hombro con hombro en nuestro amigable silencio por el largo camino de tierra. Algo se sentía diferente, como si una tregua fue hecha. Al final del camino, me fui a mi casa oscura y él a la suya. Pasé por delante de los ronquidos de mi padre en el sofá, sosteniendo una botella de Jack Daniels. Fui a mi habitación, encontré un par de tijeras, me dejé caer delante del espejo, y lenta y metódicamente corté todo mi cabello. Me quedé dormida sin comer la cena y me desperté a las tres de la mañana con el sonido del balbuceo borracho de mi padre. Se chocaba contra los muros y maldecía a nadie. Me encogí bajo las sábanas hasta que llegó tropezando a través de la puerta de mi dormitorio, mi cuarto oscuro llenándose con la luz del pasillo. Estaba aterrada.

—¿Qué haces, Emerson?

—Dormía. Es tarde, papá. Tengo escuela mañana. —Traté de hacer que mi voz sonora pequeña y penitente. Tenía pedazos de comida pegados en su bigote, y me pregunté lo que había comido. Mi temor era fuerte, pero me hallaba lo suficiente hambrienta en ese momento para centrarme en ese detalle.

Sus ojos se estrecharon mientras se ajustaban a la oscuridad. —¿Qué demonios le hiciste a tu cabello?

—Nada... —Extendí mi mano automáticamente para girar mi cabello, pero no quedó mucho del mismo. Me maldije por destruir la única cosa que utilizaba como un mecanismo de defensa.

—¿Nada? —gritó—. ¡No se parece a nada! —Se elevó sobre mí como un gigante caricaturesco y beligerante.

Me puse de pie débilmente en su sombra y peiné con mis dedos el corte de muchacho—. Yo... yo...

—Cállate, estúpida, estúpida chica. Eres igual que tu estúpida madre. —Sacudió la cabeza con tanta decepción y disgusto—. Ve a la cama.

No sabía qué versión de mi padre tendría de un día para el otro. A esa edad, era difícil para mí entender por lo que había pasado, perdiendo el único trabajo que sabía cómo hacer, y luego a su esposa, todo en rápida sucesión. Aun así, su alcoholismo y rabia no podían justificarse por su mala suerte.

Acurrucándome en una pila de mantas en el suelo, cerré los ojos y recé para que uno de nosotros desapareciera. Él o yo, no importaba. Cuando lo escuché en la cocina vertiendo otra bebida, me relajé. Bebería hasta desmayarse, lo sabía. Era su rutina, y segura como el infierno no quería estar allí cuando se despertara con la madre de todas las resacas. Me quedé despierta por un poco más de tiempo y escuchando para asegurarme de que no iba a volver. Antes de quedarme dormida, puse una copia de tapa dura de *El León, la Bruja y el Ropero* en la parte trasera de mis pantalones de pijama y me quedé dormida con la cara enterrada en una almohada. A veces, él vendría a golpearme en medio de la noche, a menudo sin razón. Me preguntaba si todos los padres hacían eso. Yo tenía diez años, después de todo. No iba por ahí preguntando a la gente estas cosas.

Por la mañana, me encontraba tan cansada que mis huesos se sentían tupidos y mi cerebro nebuloso. No sabía cómo iba a conseguir pasar a través de todo un día de escuela. Pero el miedo era demasiado para mantenerme en casa. La escuela era mi refugio, y los libros eran mis amigos, así que me preparé y me dirigí hacia la puerta. Caminé de puntillas fuera de la casa y fui a sentarme en la pequeña valla café en el patio frontal hasta que Jax saliera. Lloré mientras esperaba, triste por no tener una madre y no tener ningún amigo.

Se acercó por detrás y tiró de mi cabello. —Estábamos bromeando. No deberías haberlo cortado todo. —Miré a Jax y vi como la comprensión

extenderse en su rostro. Sabía que estuve llorando. Ese momento de simpatía fue el momento exacto en que Jackson Fisher se convirtió en mi único amigo.

—¿Qué pasa, Emerson?

—Me metí en problemas por cortar mi cabello. Mi papá fue realmente cruel al respecto.

—Así que estás llorando por tu padre, no por lo que te dije, ¿verdad?

Asentí. —No quiero llorar más. —Mi voz era ronca.

—Lo siento mucho. —Dijo las palabras como si lo decía en serio: dolido, lleno de remordimientos... amable. Sus ojos eran sinceros. Honestidad genuina presente en su expresión, incluso a esa edad. Era una mirada que nunca olvidaría—. No es tu culpa que tu padre sea un idiota —dijo. Buscó en su mochila y sacó un paquete de Pop-Tart. Tomó una pasta para él y luego tendió otra hacia mí—. ¿Hambrienta? —La agarré como un animal salvaje y empecé a masticar ruidosamente—. Caray, disminuye la velocidad, Emerson. Vas a enfermarte.

—Ya sé, ya sé.

—Vamos, es mejor que nos vayamos.

Una vez que abordamos el autobús, Jax se sentó justo detrás de mí. Cuando Mikey subió a bordo, Jax le dijo—: Lo siento, este asiento está tomado. Encuentra otro lugar para sentarte.

La Sra. Williams, nuestra maestra de cuarto grado, apenas podía ver más allá de la primera fila de niños, y mucho menos a mí en el fondo de la clase, así que nadie preguntaba por qué no tenía un almuerzo para sacar cuando la campana sonaba. Nosotros no siempre teníamos mucha comida en casa. Mi padre me daría un dólar aquí o allá, y compraría el almuerzo de la cafetería, pero la mayoría de los días solo encontraría cosas que otros niños desechaban. Ese día, Jackson me encontró en la biblioteca mientras yo salía al final de nuestro período de almuerzo. No dijo nada, sólo me dio la mitad de un emparedado de mantequilla de maní y jalea. Dijo—: Gracias —fui al baño, y lo devoré antes de que sonara la campana.

Por la tarde, antes de que nos separáramos al final de la carretera, Jax dijo—: ¿Nos vemos detrás del cobertizo en una hora?

El cobertizo alojaba un montón de herramientas antiguas que nadie usaba, y solo encontraba más allá de un pequeño parche de árboles donde nuestra línea de propiedad chocaba con la de los Fisher. No podías ver el cobertizo desde ninguna de nuestras casas.

—¿Por qué?

—Solo hazlo.

—No, me estás asustando.

Sacudió la cabeza. —No tengas miedo. Lo limpié. Regreso allí todo el tiempo.

Mis ojos se abrieron. —No tengo miedo del cobertizo...

—¿Tienes miedo de mí? —Se llevó la mano al pecho—. Estoy tratando de ayudarte.

—¿Por qué? —dije.

—No lo sé.

—¿Cómo me ayudarás?

—Iba a llevarte un plato de comida. Mi madre nos deja una cazuela las noches que tiene que trabajar. Yo solo no quiero que Brian sepa.

Brian era el hermano mayor de Jax por diez años. Cada vez que su madre tenía que trabajar, Brian se hacía cargo. Era parte de una banda y tocaba su guitarra en el garaje a todas horas de la noche. Mi padre lo llamaba un drogadicto. En aquel entonces yo no entendía lo que eso significaba.

—Oh.

—No importa, por Dios.

—No, lo aprecio, Jax. Es sólo que no quiero que te metas en problemas.

—No me voy a meter en problemas. Encuéntrame ahí en una hora. Si está oscuro, hay una lámpara justo dentro de la puerta a la izquierda. Lleva una linterna.

—Gracias.

Se alejó hacia su casa, por lo que entré en la mía. Mi padre se encontraba sentado en la mesa de la cocina, fumando un cigarrillo, con un vaso de líquido de color marrón. Las cortinas de color beige volaban delicadamente sobre el fregadero de la cocina.

—Hace mucho viento hoy. —Me acerqué a la ventana y la cerré—. Se llenará todo de polvo aquí si dejamos las ventanas abiertas.

No respondió. Me acerqué a la nevera, abrí la puerta y examiné el contenido. Había un tarro de pepinillos, algunos aderezos para ensaladas expirados, y una lata de aluminio abierta de aceitunas. Tomé la lata y fui al basurero para desecharla. Mi padre me miró mientras cruzaba la cocina. Esperó hasta que la lancé en el cubo de la basura, y luego se puso de pie

bruscamente, raspando las patas de la silla sobre el sucio suelo de linóleo. Dos zancadas fue todo lo que tomó antes de elevarse sobre mí.

—¿Tienes dinero para reemplazar esos?

—Se supone que no debes almacenar alimentos en una lata de aluminio abierta.

—¿Quién dice?

—Mamá dijo que puede enfermarte.

—Tu madre está muerta. Y lo que yo diga es lo que vale. —Se hallaba furioso, una gota de saliva saltó a mi mejilla.

La limpié lentamente y luego sentí a mis ojos llenarse de lágrimas. —¿Qué quieres decir con que está muerta?

—Está muerta para nosotros ahora. —Sus ojos se fundieron, llenos de ira y rabia, y agarraba la puerta del refrigerador con tanta fuerza que pensé que se rompería en el interior de su mano.

—Está bien, papá. —Muy tímidamente dije: ¿Está bien si voy al lado por algo de cazuela?

—Haz lo que quieras. —Cerró la nevera y se alejó.

Fui a mi habitación y cogí una sudadera y luego me dirigí hacia la tenue luz del atardecer. El cobertizo se encontraba lejos, cerca de la longitud de un campo de fútbol, y tuve que caminar a través de malas hierbas altas hasta la rodilla para llegar allí. Arbustos espinosos se aferraron a mis calcetines y a las piernas de mi pantalón, pero valía la pena por una comida caliente. Mientras caminaba, pensaba a donde se fue mi madre. Se hallaba muerta para mi padre, pero para mí todavía seguía con vida en algún lugar viviendo una vida mejor. No la odiaba. No la entendía, pero no la odiaba. Sólo deseaba que me hubiera llevado con ella.

Cuando llegué al cobertizo, la estrecha puerta de madera se abrió. —¡Entra, date prisa! —susurró Jax.

No mintió; limpió el cobertizo y lo convirtió en un pequeño fuerte bastante agradable. Había una pequeña mesa con dos sillas y un viejo catre de camping en la esquina. Jax llegó detrás de mí y levantó una lámpara de butano de la mesa. Giró el dial, abriendo la válvula, y apretó un botón para chasquear la piedra hasta que la lámpara estuviera encendida. Había una ventana que daba a la parte trasera del cobertizo hacia la línea de árboles en la distancia. El cielo se oscurecía rápido.

Jax se sentó y empujó un plato cubierto con papel de aluminio hacia mí. —Hay un tenedor allí también.

Quité el papel de aluminio para revelar un montículo gigante de porquería. —¿Qué... es esto?

—Es atún y fideos y sopa y esas cosas. Hay, como, papas fritas en la cima. No se ve bien, pero lo es. Adelante, antes de que se enfríe.

Mi boca ya babeaba por el olor. Tenía razón; era delicioso. Tan sólo en los pocos meses desde que mi madre se fue, se me olvidó como sabía la comida casera. Estuve viviendo con cereal y la ocasional hamburguesa de McDonald's. Cuando mi padre traía una a casa para mí, por lo general después de cobrar su cheque de desempleo y ver a Susan, actuaría como si hubiera tenido que luchar contra dragones por ella. Cada primer miércoles de cada mes llegaba a casa borracho, con una bolsa de papel llena de jabones de hotel en una mano y una hamburguesa con queso de McDonald's en la otra. Las lanzaría encima de la mesa y diría—: ¡Mira lo que tu padre te trajo! Mira lo afortunada que eres. —Si no lo satisfacía con postraciones entusiastas de agradecimiento, me llamaría una pequeña perra egoísta y mimada.

Me sentía más agradecida por la cazuela de ayer en el interior del pequeño cobertizo de herramientas de Jax que una hamburguesa fría y duro jabón del monstruo del whisky. Era sólo el principio, sin embargo. Durante el próximo par de años, Jax siguió caminando conmigo a la parada de autobús, sentado en el asiento detrás de mí, encontrándome para el almuerzo y compartiendo su comida. De vez en cuando, se colaba al cobertizo para traerme un plato de lo que sea que fue recalentado por él y su hermano. Anhelaba ir dentro de su casa, pero no lo hice durante mucho tiempo. No hasta el accidente de Brian. Fue entonces cuando las cosas en el largo camino de tierra cambiaron una vez más.

2

YO NO BUSCABA

Traducido por Miry GPE & Vane Farrow

Corregido por Vane hearts

Cuando finalmente dejé de leer, comprendí que estuve llorando todo el tiempo. Me sentía como un pez destripado. Me levanté y entré en la sala de estar, dirigiéndome más allá de Cara mientras se sentaba en el sofá, escribiendo en su computadora portátil.

Me giré hacia ella con ojos rojos e hinchados. Sus propios ojos se ampliaron con preocupación, y se congeló mientras me observaba caminar hacia la cocina, como si esperara que me derrumbara en el suelo y me rompiera en pedazos.

—Estoy bien —dije—. Es un libro emocional. Solo me serviré un vaso de agua. —Alcancé el tequila.

Se levantó y me siguió hasta la cocina. —Eso no es agua.

—¿Y?

—Son las diez de la mañana.

—¿Y?

—Parece que has llorado por una hora seguida... y estás golpeando el asunto serio a las; y repito; diez de la mañana.

—Cara, tienes los poderes de percepción más sorprendentes. —Miré la botella en una mano y el vaso en la otra, me encogí de hombros, dejé el vaso y me dirigí de regreso a mi habitación con sólo la botella.

—Estoy preocupada por ti —gritó Cara mientras me alejaba.

—Estoy bien. Sólo me sentaré aquí, leeré y me daré un poco de salud mental hoy. —Me di vuelta, sonreí y luego me encerré en mi habitación.

—¡Días de salud mental por lo general no implican tequila a las diez de la mañana! —gritó a través de la puerta.

—¡Estoy bien!

La escuché murmurar algo, pero me encontraba demasiado ansiosa por llegar a la revisión exhaustiva de facebook y al acecho en internet que tenía que hacer.

Examiné la cubierta del libro y la página de derechos de autor de *Todos los Caminos en Medio* cuidadosamente. Ninguna foto del autor o biografía, solo una página web y contacto publicitario con el editor. Buscaba alguna pista sobre la identidad del autor, pero realmente no necesitaba ninguna. Sabía exactamente quién escribió este libro. El único misterio para mí era en dónde estuvo el autor durante los últimos doce años.

A partir de la primera línea de *Todos los Caminos en Medio*, me vi en la historia de J. Colby. Eso es porque yo estaba en su historia. El largo camino de tierra, el viaje de una hora y media en autobús a la escuela, el padre alcohólico, la madre que desapareció, los almuerzos y comidas secretas en el cobertizo... Esos eran detalles de mi propia vida. Emerson no era otra más que yo. ¿Y Jax? Él sin duda era Jason Colbertson, el chico de al lado que había sido mi todo... mi primero. La misma persona a la que no veía o hablaba desde hacía más de una década.

Estaba teniendo un infarto leve, por decir lo menos.

Algunas chicas podrían sentirse halagadas por ser la fuente de inspiración para la protagonista de una novela que era éxito de ventas, pero me encontraba demasiado ocupada planificando en detalle el asesinato de Jase. A través de mi bruma homicida, un millón de preguntas salieron a la superficie. ¿Por qué Jase escribió este libro? ¿Por qué lo cuenta desde mi punto de vista? ¿Esperaba que lo leyera? ¿O esperaba que no lo hiciera, y sólo quería usar mi historia para su propio éxito de ventas? Necesitaba encontrarlo para conseguir las respuestas a estas preguntas... o al menos darle una buena regañina.

Busqué "J. Colby" en Facebook, Instagram y Twitter; ya sabía que "Jason Colbertson" no estaría en ninguna de estas plataformas porque ya revisé antes. Nada apareció; aparentemente ambas de sus identidades evitaban los medios sociales. Entonces busqué en internet su seudónimo e hice clic en "Imágenes".

Estoy bastante segura de que mi corazón se detuvo. Tomé un trago de la botella. No un chupito, sin limón, sin sal; solo tequila y mis enojados dedos haciendo clic en cada hipervínculo.

Su imagen era más o menos la misma en cada lista de éxitos. Se volvió aún más guapo en los doce años desde que lo vi. Más distinguido, más cincelado. Pero aún tenía algo juvenil y arrogante en su sonrisa. Ese hijo de puta.

Sabía que lo haría. Sabía que él escribiría un libro sobre mí. Era brillante desde la edad de diez. ¿Por qué no lo sería a los veintisiete?

Otro trago de la botella, luego leí un fragmento sobre él incrustado en una entrevista.

Después de graduarse de la Universidad de Columbia, J. Colby cambió de costa e hizo su casa justo a las afueras de Los Ángeles. Sus historias cortas han sido publicadas en el *New Yorker* y *Ploughshares*. Su altamente anticipada novela debut, *Todos los Caminos en Medio*, fue criticada por ser suave en comparación con su trabajo anterior, pero el propio Colby ha sido citado diciendo: "Es la pieza de ficción más cruda y más real que he escrito". Dice que su novela es una obra completamente de ficción, pero da crédito a su infancia en la zona rural de Ohio por ser su mayor inspiración.

Empecé a reír y llorar al mismo tiempo. Escribí la URL de la página web de la cubierta del libro, la cual me llevó a un sitio limpio y sobrio con un cuadro de formulario en el que podía enviar un mensaje a "J. Colby".

Genial. Conseguiría decirle directamente el jodido imbécil que era.

Querido Jason,

Eres un fraude. Quería enviarte un correo electrónico personalmente aunque no he sabido nada de ti en doce largos años. No desde ese día en que hiciste lo que hiciste... ¿lo recuerdas? Bueno, no tiene sentido recordar eso en este momento. Hablemos sobre cómo robaste la historia de mi vida y la publicaste. Eres un ser humano despreciable. ¿Por qué nunca me contactaste? Dijiste que me encontrarías y no lo hiciste. Pasé un año entero buscándote, preguntándome que sucedió, dónde fuiste, por qué aun no venías a buscarme. ¿No te sientes culpable por lo que pasó? ¿Y ahora te beneficias de mi horror, de mi dolor? Tú, oportunista pedazo de mierda. No puedo creer que te amé y confié en ti. No puedo creer lo que me hiciste...

Emiline

P.D. Eres una porquería de escritor.

Dejé de escribir, borré todo, lloré, luego tomé otro trago y empecé de nuevo.

Querido Jason,

No entiendo nada. ¿Qué nos pasó? ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? ¿Estás casado?

Emiline

P.D. Eres un escritor terrible.

Lo eliminé y tomé otro trago.

Querido Jase,

¿Por qué?

Lo eliminé, tomé otro trago, luego abrí el libro de nuevo.

De Todos los Caminos en Medio.

Cuando asistíamos al sexto grado, el invierno trajo un diluvio, lo cualapestaba para Jax y para mí. Él cargaba con un paraguas para los dos mientras caminábamos hacia y desde la parada del autobús, pero usualmente no era suficiente. La peor parte sobre la lluvia cuando se vive en un camino de tierra es el lodo, y había lodo por todas partes. Incluso lo encontraba dentro de mis calcetines, entre los dedos del pie y hasta en el dorso de las piernas del pantalón. No había nada que detuviera al lodo, pero lidiábamos con él de la mejor manera que sabíamos. Incluso jugábamos en él; nos lo embarrábamos en el rostro, actuábamos como zombis y tratábamos de asustar a Brian mientras practicaba con su banda en la cochera.

Mi cabello crecía un poco más lacio desde el incidente del corte de cabello, gracias Jesús. Tener doce es bastante incómodo sin un nido de ratas en la coronilla de la cabeza. Jax empezaba a verse un poco bobo, su piel un poco más grasosa, pero nunca le dije nada al respecto. Apenas entendía los cambios por los que nuestros cuerpos pasaban.

Pasábamos juntos mucho tiempo, y muy pronto los niños en la escuela se acostumbraron a vernos juntos.

Todos decían que éramos novios, pero no nos importaba. Nos gustábamos el uno al otro, por lo que si querían decir esas cosas sobre nosotros, entonces que así fuera.

Cuando jugábamos juntos, nos gustaba fingir que éramos exploradores en un gran barco en medio del océano. Nunca había visto el mar en la vida real, pero lo veía en mis sueños. Le decía a Jax—: Algún día tendré una casa en el océano, y los delfines nadarán hasta mi porche trasero y les daré de comer uvas.

—Los delfines no comen uvas, tontita. Se alimentan de peces, y son mejores capturándolos de lo que lo eres tú, así que no tienes que preocuparte por alimentarlos.

—¿Dónde aprendiste eso?

—En Discovery Channel.

Deseaba tener cable, pero no lo teníamos. Mi padre siempre decía—: Eso cuesta dinero. La última vez que comprobé, no hacía ninguno.

El impulso de decir: "Tú tampoco" era tan fuerte en mí, que literalmente tenía que cubrirme la boca con mi mano para evitar que saliera.

Todo esto fue durante la fase Melville² de Jax. Se paraba en la cima de nuestra cerca de madera en la lluvia torrencial, apuntaba y gritaba—: ¡Por ahí resopla, una joroba como una colina de nieve, es Moby Dick! —Me reía y ponía los ojos en blanco, pero de todos modos lo llamaba capitán Ahab cuando se sentía triste, y eso le levantaba el ánimo.

Éramos el único amigo del otro. Ese año la madre de Jax, Leila, tenía dos trabajos y su hermano siempre se encontraba ocupado haciendo lo que sea para pasar el tiempo. Jax tuvo que renunciar al béisbol, ya que nadie podía recogerlo después de la práctica, lo cual casi arruinó sus posibilidades de poder hacer amigos varones. Fue alienado, aislado, igual que yo. Éramos parias en todos los sentidos de la palabra, pero a medida que pasaba el tiempo, me preocupaba cada vez menos de lo que pensarán los demás. Lo único que importaba éramos nosotros.

Los dos nos sumergimos en los libros. Incluso a las doce, nos encontrábamos decididos a leer todos los clásicos. Probablemente estaban muy por encima de nuestras mentes, pero nos desafiábamos a nosotros mismos de todos modos. Nuestra única vía de escape era ese cobertizo de herramientas trasero entre las hierbas y fuera del alcance del oído de las iras ebrias de mi padre. Ahí, podríamos crear nuestro propio mundo ficticio. Podríamos ser realeza inglesa del siglo dieciséis, hechiceros o cazadores de dragones. No éramos niños pobres, hambrientos y abandonados al final de una carretera desierta. Éramos superhéroes, magos y presidentes de nuestro propio país.

Cuando finalmente llegó la primavera, estábamos listos para salir y explorar de nuevo. Había un arroyo a más o menos medio kilómetro detrás de nuestras casas, más allá de la línea de árboles. Debido a toda la lluvia de ese año, se convirtió en algo más parecido a un río, con las corrientes más fuertes justo detrás de donde vivíamos. Todos los adultos nos advirtieron de tener cuidado; incluso mi padre haragán decía—: Es mejor que usen ese gran cerebro suyo y permanezcan fuera de ese arroyo. Si quieren ir a nadar, pueden ir a la alberca del pueblo. —Sin embargo, la alberca comunitaria se encontraba a un viaje en bicicleta de once kilómetros, y costaba tres dólares entrar. No había manera de ir a menos que Leila nos diera un aventón, e incluso entonces, tendría que pedir prestado el dinero para entrar. Francamente, ir a la alberca del pueblo era un sueño imposible. Se convirtió en un mito para nosotros, una fantasía, como Disneylandia o Europa. Jax y yo tratamos de imaginar cómo sería ir ahí.

—Apuesto que venden paletas de hielo y palomitas de maíz, probablemente también tienen payasos —dije mientras yacíamos sobre la

² Escritor Norteamericano.

hierba en un viejo saco de dormir que encontré en la cochera, disfrutando de un día de campo improvisado. Jax trajo un frasco de mermelada de manzana, y yo llevé Fun Dip que mi padre me compró en el 7-Eleven. Mezclamos el Fun Dip en el frasco y nos turnamos para comer cucharadas.

—Las albercas comunitarias no tienen payasos, genio.

—¿Cómo lo sabes? —dije.

—Porque solo lo sé.

—Apuesto a que hay una plataforma alta, como de quince metros en el aire.

—¿Sabes qué tan alto son quince metros? Morirías al golpear el agua. El impacto te mataría.

—Eres un sabelotodo, Jackson. ¿Por qué no puedes dejar que una chica sueñe? Nunca iremos a la alberca porque nadie nos llevará. Además, cuesta dinero y la última vez que lo comprobé no hacías ninguno.

Se tumbó en la manta, se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. —No soy un sabelotodo... solo tengo cable. Y tan pronto como cumpla dieciséis, conseguiré trabajo. Nos pagaré la entrada a la alberca. Ya verás. Es sólo un gran agujero con agua en él.

Me tomé el tiempo para inspeccionar cada centímetro suyo mientras yacía ahí, con los ojos aun cerrados. Me sentía muy curiosa acerca de su cuerpo. Mi propio cuerpo cambiaba y eso me aterrorizaba. Jax era más alto y estaba segura de que sería tan alto como su padre, pero se parecía más a su madre en su color y rasgos. La madre de Jax era francesa, y ambos tenían esta piel cremosa que parecía bañada por el sol durante todo el año. Su cabello y ojos marrones tenían hilos dorados en ellos. Se dejaba crecer el cabello más largo porque veía algún programa en la televisión que transcurría en California. Dijo que todos en California tenían el cabello largo.

Trataba de que creciera mi propio cabello castaño ingobernable. No sé por qué, ya que siempre lo llevaba en una trenza. Tal vez una parte de mí pensaba que algún día iría a California con Jax, y quería lucir como que pertenecía. Ambos anhelábamos más que hierba y maíz. Todos los libros que leímos nos dieron ideas tontas, llenaron nuestras cabezas con cosas que nunca podrían ser.

Me acosté a su lado y me quedé mirando directamente hacia el sol. Él se puso de costado y apoyó la cabeza en su codo.

—Quedarás ciega haciendo eso —dijo en voz baja.

—Déjame en paz.

—¿Por qué estás de mal humor? ¿Tienes tu síndrome premenstrual?

—¿Qué sabes al respecto?

—Mucho.

—Lo dudo, y aunque lo tuviera, es muy grosero hablarme sobre eso.
—No había tenido mi primer período, pero no se lo diría.

A lo lejos, pudimos escuchar a Leila llamando a Jax. —Mierda. Mejor me voy —dijo. Agarró el frasco de mermelada de manzana y desapareció entre la hierba. Me recosté, cerré los ojos y me quedé dormida. Me desperté justo antes del anochecer y comprendí que fui comida viva por los mosquitos. Tenía el estómago en nudos y me dolía la cabeza. Cuando me puse de pie, sentí algo cálido entre las piernas. Traté desesperadamente de mantener las piernas unidas mientras enrollaba el saco de dormir.

En el momento en que llegué a mi puerta, sabía que había sangre hasta la parte trasera de mis pantalones. Cerré la puerta tan silenciosamente como pude y caminé de puntitas pasando la mesa de la cocina hacia el pasillo.

—¿Emerson? ¿Dónde demonios has estado?

Fui de puntitas hacia la cocina, donde pude ver a mi padre sentado en la mesa. —Estaba afuera. Accidentalmente me quedé dormida.

Sus ojos se dirigieron primero al saco de dormir enrollado y luego a la entrepierna de mis pantalones. Se levantó tan rápido que la fuerza derribó la silla. —Papá, no.

Antes de que pudiera hacer nada, agarró un puñado de cabello en la base de mi cuello y forzó mi cabeza hacia atrás, por lo que nos mirábamos uno al otro a los ojos.

—¡Emerson! —Esta vez mi nombre fue como un trueno en su pecho—. En nombre de Dios, ¿qué estabas haciendo?

—P-papá... —Podía sentir la sangre corriendo por mi pierna al mismo ritmo que mis lágrimas fluían. Sería un mal día—. Tengo mi periodo.

Parpadeó. Su boca se abrió y luego se cerró, luego parpadeó de nuevo, liberando mi cabello y dio un paso atrás. Sus cejas se fruncieron. Se pasó la mano por el bigote un par de veces mientras miraba hacia el espacio. —Ve a limpiarte —murmuró hacia el suelo.

Corrí al baño, cerré la puerta y encendí la ducha. Con mi mano bajo el chorro de agua, esperé, esperé y esperé. *Maldita sea, ¿por qué ahora?* Mi padre no pagó la factura del gas, así que no había agua caliente. Susan, la rara amiga de mi padre del motel, me dijo hace un mes que sólo

tomara un baño de prostituta si alguna vez lo necesitaba. Un baño de prostituta es mojar una toalla y limpiarte con ella. A esa edad, era consciente de por qué Susan sabía esas cosas. Un baño de prostituta es lo que yo necesitaba.

Una hora más tarde, el baño parecía una escena del crimen. Mi madre ni siquiera dejó una toalla sanitaria en la remota posibilidad de que la hija preadolescente a la que abandonó podría iniciar su período mientras se encontraba en casa sola con el monstruo whisky.

Me encontraba sentada en el inodoro en silencio, envuelta en una toalla manchada de sangre, sumando en mi cabeza los días hasta que sería un adulto, hasta que pudiera salir de este pueblo olvidado de Dios. Dos mil siete días, catorce horas y doce minutos hasta que cumpliera los dieciocho.

—Toc, toc. —La voz de una mujer vino del otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Es Leila Fisher. Tu padre me pidió que viniera.

Me lo imaginé. Ese maldito cobarde.

Abrí la puerta muy despacio y examiné el pasillo. Ella se hallaba de pie a una distancia segura con los brazos cruzados. Leila era una mujer delgada, de belleza natural con labios gruesos y cabello largo, recto. A pesar de que su marido la dejó para criar dos hijos por su cuenta, todavía tenía esperanza en sus ojos. La envidiaba por eso.

—¿Vas a ayudarme? —pregunté mientras retorció mi cabello con nerviosismo.

—Sí.

Abrí más la puerta para dejarla entrar. —Tengo un cambio de ropa. —Extendí un par de bragas hecha jirones—. Pero éstos no durarán mucho tiempo si no consigo una toalla sanitaria o algo así.

—No tengo nada en la casa. Me gustaría haber sabido.

—Sí, yo también —le dije. Podía sentir la sangre fluyendo de nuevo, por lo que volví a sentarme en el inodoro.

—No, desearía haber sabido que tu madre no dejó nada. Te habría dado algunas toallas para mantener aquí, por si acaso.

—Bueno, no lo hizo.

—De acuerdo, bien... —Se detuvo un momento, como si estuviera intentando averiguar qué hacer, luego, se dirigió hacia mí y sacó varios trozos de papel higiénico del rollo, enrollándolo varias veces en su mano—.

Pon esto en tu ropa interior, vístete, y ven conmigo. Te llevaré a la tienda. Tu padre me dio unos cuantos dólares.

—¿Lo hizo? —Me sorprendió.

Se rio. —Por supuesto. No es un monstruo.

—Es algo así —susurré.

—Sí, pero te ama, Emerson. Él todavía está aquí, ¿verdad?

—No me ama. Mírame. —Crucé los ojos y saqué la lengua. Se rio. El estado de ánimo se sentía más ligero.

—Eres una chica tonta. No es de extrañar que le gustes tanto a Jax.

Hubo silencio durante unos segundos. —¿Le gusto? —Las palabras salieron como un soplo. Sabía que Jax y yo éramos amigos, pero la forma en que dijo esas palabras me hicieron sentir que tal vez mis sentimientos más profundos, los que no reconocía conscientemente, significaban algo. Todo se sentía más ligero, al igual que el planeta había sido catapultado hacia el cosmos y girábamos libremente por el espacio y el tiempo. Mis calambres me estaban matando, tenía sangre corriendo por mi pierna, pero no importaba, flotaba en una nube, y todo porque *le gustaba a Jax*. Aunque ya lo sabía, escuchar a otra persona decirlo validaba todo para mí.

—¿Lo sabe él?

—¿Qué, cariño?

—En cuanto a mi, um... um... —Señalé a mi entrepierna.

—Estaba allí cuando tu padre entró. Se preocupó porque tu padre se hallaba en estado de pánico.

Me sentía mortificada. —¿Así que él sabe?

—No te preocupes. Sólo vístete y reúnete conmigo fuera.

Hice lo que me pidió, caminando junto a mi padre mientras se sentaba en la mesa de la cocina mirando por la ventana.

—Ya regreso, papá.

No respondió, pero eso no era inusual. A veces mi padre tendría un momento humano, como lo hizo cuando fue a buscar a Leila. Me imaginaba cómo lucía, sin aliento y pidiendo ayuda. Todavía no era suficiente para que me sintiera completamente amada por él, pero era suficiente para hacerme sentir algún tipo de amor por él. O tal vez era lástima. Cuando tienes doce años, es difícil saber la diferencia.

Dentro del Camaro de Leila, sonaba Guns N 'Roses. No lo apagó o hizo un intento para hablar conmigo todo el camino a la tienda.

Una vez que estuvimos dentro de la tienda, lanzó un paquete de toallas sanitarias en la cesta, junto con algunas barras de granola y snacks de rollitos de fruta. —Mantén éstas escondidas de tu padre, ¿de acuerdo? Mantenlas en tu habitación en caso de que tengas hambre.

Dudé por un momento. —Sabes que Jax me da la mitad de su almuerzo, ¿verdad?

—Lo sé. Lo he sabido por mucho tiempo. Y está bien por mí. Tu padre no es funcional. Está en un mal estado. Es una lástima que no pueda volver a ese alcohólico funcional que todos conocíamos y amábamos.

Hice una pausa. —¿Quieres decir que mi padre siempre fue un alcohólico?

—No era un idiota, pero siempre fue un bebedor. —Levantó una barra de chocolate—. Apuesto a que estás deseando una de éstas ahora mismo.

—Oh Dios, moriría por una.

—Me lo imaginaba. —La tiró a la cesta.

—¿Qué más te dijo Jax?

—Eso no me concierne. Tengo suficiente para preocuparme yo misma. —¡Al instante, la fantasía que estuve albergando de Leila Fisher alguna vez adoptándome, se desvaneció! Pensaba que era perfecta, que era el tipo de persona que nunca podría vivir consigo misma sabiendo que yo me encontraba al lado, descuidada y muerta de hambre a causa de mi padre borracho. Pero me di cuenta de que sabía todo: los almuerzos, las comidas en el cobertizo... y sin embargo, nunca intervino para hablar con mi padre acerca de lo que ocurría.

Tener un montón de adultos de mierda constantemente dejándote caer realmente mata la vista de un niño del mundo.

Leila tomó un paquete de doce de Budweiser y llevó nuestras cosas a la caja. —Paquete de Camel Lights —le dijo a la recepcionista, y luego le pagó en efectivo.

En el camino de vuelta, bajó el volumen de la música. —Ahora que eres una mujer, puedes quedar embarazada. ¿Sabes eso, correcto?

—Sí. Lo aprendimos en educación sexual.

—Está bien, bien, tú y Jax mejor mantengan las garras fuera del otro. —La forma en que lo dijo me provocó náuseas.

—Sólo somos amigos.

—Eran amigos porque eran sólo niños. —Me miró—. Ya no son amigos.

Tiempo de cambiar el tema.

—¿Estás triste porque el padre de Brian y Jax se fue?

Explotó el chicle. —Ha pasado el tiempo suficiente. Ya no pienso en eso. De todos modos, Brian y Jax no tienen el mismo padre. ¿No sabías eso?

—No, ¿cómo lo sabría?

—¿Jax nunca te lo dijo? Pues bien, el padre de Brian falleció cuando Brian tenía dos años. Accidente de coche. —Miró a lo lejos—. Era un buen hombre. Brian es igual que él. —Pareció ahogarse.

—¿Jax es como su padre?

—El padre de Jackson nos dejó, el puto cobarde. —Se volvió y me miró, todavía masticando el chicle—. Lo siento, cariño, eso fue duro. Esperemos que Jax no sea para nada como su padre. Algunos hombres pueden ser idiotas reales cuando quieren serlo. Sería bueno que lo sepas ahora. Creo que Brian hará una mujer muy feliz algún día.

Yo ya tenía estrellas en mis ojos por Brian, ¿qué niña de doce años de edad no lo haría? Cuando lo veía manejar su coche viejo, corría fuera y me sentaba en la cerca. Siempre caminaba más allá de mí, llevando su guitarra, y decía—: Hola, lindura. —Yo era demasiado tímida alrededor de él para responder. Pero también me sentí triste por cómo Leila desestimaba la dulzura de Jackson sólo porque su padre la dejó. Mi madre se había ido también. ¿Eso me hacía igual que ella?

Cuando llegamos al final del camino, noté que el coche de Susan se hallaba aparcado en frente de nuestra casa.

—¿Esa es la novia de tu padre?

—Sí. —Era de noche y no había luces encendidas.

—No estoy trabajando esta noche. Ven aquí. Te enseñaré cómo utilizar tampones para cuando tengas más edad.

Dudé. —No quiero que Jax...

—Oh, no te preocupes. No prestará atención, está pegado a la TV.

Me sentía nerviosa. En los dos años que Jax y yo habíamos sido amigos, nunca fui invitada ni una sola vez a su casa. Ya sea que jugáramos fuera o pasamos el rato en el cobertizo. Mientras caminaba detrás de Leila, me di cuenta de que la casa de Jax era casi una réplica exacta de la mía, excepto que todo se encontraba en el lado opuesto, como si las casas eran imágenes especulares. Estaba oscuro, y sólo la luz de la televisión en la sala de estar iluminaba nuestro camino. La alfombra

color marrón se hallaba gastada y delgada, y toda la casa olía a tabaco rancio y algo más que no podía saber.

Durante todo este tiempo, tuve esta idea de la casa de Jax como una imagen prístina de una revista de Martha Stewart. Ahora podía ver que, a pesar de las cacerolas calientes que su madre hacía, su vida no era tan diferente de la mía.

Caminamos a través de la sala de estar, donde Jax veía la televisión en el sofá de espaldas a nosotros. A medida que pasábamos por ahí, se giró y me miró. Me lanzó una sonrisa simpática y luego se volvió a la TV.

Dentro del dormitorio desordenado de Leila, me senté en el borde de la cama sin hacer. Recogí una pequeña pieza de ropa que parecía un top de cuero y me quedé mirándolo.

—Es una falda —dijo Leila.

—¿Esto? —Lo sostuve en alto.

—Para mi trabajo. He estado bailando. ¿Jax no te dijo?

—No. —Probablemente se sentía avergonzado. Sabía lo que quería decir con "bailando", pero no diría nada.

Se acercó a mí y puso sus manos en mis muslos. Se inclinó. —Me quito la ropa por dinero porque quedé embarazada con Brian cuando tenía dieciséis años. Desde entonces, mi vida ha sido un espectáculo de mierda.

Me eché hacia atrás. —Lo siento.

—Me quito la ropa por dinero, Emerson. ¿Qué triste puede ser eso? — Me miró a los ojos mientras continuó trabajando la misma pieza de chicle que estuvo masticando toda la noche.

—Um... triste, supongo... ¿pero al menos la gente quiere verte desnuda? —Siempre intentaba ser la chica positiva. En los meses previos que mi mamá se fue, me entrené para encontrar un ángulo positivo de cada situación. Pensé que si podía ser la chica feliz y despreocupada, sería todo menos impactante. No hubo suerte.

De todos modos, Leila no buscaba la aceptación. Intentaba enseñarme una lección.

Se levantó y se cruzó de brazos. —Los hombres pagarán para ver cualquier cosa desnuda.

—No sé acerca de eso.

—Es verdad.

—Bueno, al menos tú te quedaste alrededor. Al menos estás aquí con Brian y Jax. —Leila no merecía elogios por ser buena madre, pero al menos no abandonó a sus hijos.

Las lágrimas se deslizaron de sus ojos. Sentí mi propio nudo en la garganta al pensar en mi madre viviendo en una playa en algún lugar en el paraíso. Leila se sentó a mi lado en la cama sin hacer ruido, pero sabía que lloraba.

—Nunca podría dejar a estos chicos. Son tan valiosos para mí.

—Eres una buena madre, incluso si tienes que usar mierda como esta. —Levanté la falda de cuero.

Esa noche, Leila me leyó la parte posterior del paquete de toallas sanitarias. Me enseñó a usar un tampón, que era raro, y me recordó una y otra vez lo difícil que sería ser una madre joven. Habló de Brian y sus dotes musicales. Dijo que iba a ser famoso, una leyenda. Él se adelantó a su tiempo y era un genio natural en la guitarra. Dijo que los salvaría a todos, viajaría por el mundo, haría un montón de dinero y rescataría a la familia de los hoyos de Neeble.

De vez en cuando, Leila se iba al baño sola y decía que limpiaba su nariz, pero sabía lo contrario. A eso de las once de la noche, oímos un golpe en la puerta de su dormitorio y Brian entró. Había un resplandor que seguía al hermano mayor de Jax, como si realmente fue enviado del cielo. Tenía el cabello bastante largo y una sonrisa de superestrella. Estaba enamorada. Lo estuve desde la primera vez que vi a Brian tocando su guitarra en la cochera.

—¿Mamá? ¿Mamá?

Leila parecía un poco fuera de ella mientras se sentaba en su pequeño taburete de tocador, mirando su reflejo. Brian me dio una pequeña sonrisa mientras caminaba hacia su madre, haciendo que mi estómago hiciera saltos mortales.

—Brian, estoy bien —dijo Leila.

—Deberías calmarte una noche, mamá. Tienes que trabajar doble turno mañana. Emerson, creo que es hora de irse. —Lo dijo amablemente, pero aun así me hizo sentir vergüenza.

—Por supuesto.

—No, Emerson, quédate. Brian, deja que se quede. Ella puede leerme y luego se puede ir.

Me miró primero, como si fuera a preguntar si esto estaba bien conmigo. Asentí y luego se volvió hacia su madre. —Está bien. —Se dirigió

hacia la puerta, pero vino hacia mí, se inclinó y susurró en mi oído—: No dejes que te mantenga despierta.

Me estremecí, pequeños hormigueos recorriendo mis brazos justo donde su respiración tocó mi cuello.

—Sí... señor.

Rió. —No tienes que llamarme "señor".

Mi corazón saltó en el interior de mi pecho. —Bueno.

Cuando se fue, Leila se ubicó bajo las sábanas. —Ven, siéntate aquí a mi lado. —Me deslicé hasta la cabecera de la cama, y me dio un *National Enquirer*—. Lee esto, ¿quieres?

—Bueno.

—Siempre deseé tener una hija —dijo, y me hizo sentir bien. En realidad, había gente en el mundo que habrían deseado tener hijas.

Leí un artículo sobre una alcohólica Hillary Clinton, siendo enviada a rehabilitación. —Esto no puede ser verdad —le dije.

—Yo sabía que Hilary era una borrachina. —Leila arrastró las palabras.

—Creo que esto es falso. —Hojeé el resto de la revista, más allá de los avistamientos de Jesús y los informes de OVNI. En el momento en que terminé de leer todos los artículos principales en voz alta, Leila se hallaba profundamente dormida. Me arrastré fuera de la cama y me dirigí por el pasillo. Vi a Brian en su habitación mientras fumaba algo de una pipa, hierba supuse. Levantó una mano en un saludo sin movimiento mientras caminaba por ahí, así que hice lo mismo.

—¡Oye! —susurró.

Retrocedí a su puerta. —Hola —dije con timidez.

Puso la pipa abajo. —Entra aquí.

Quitó con la mano el humo de mi cara y caminé hasta donde se encontraba sentado en la cama

—¿Qué pasa? —Miré a mi alrededor. Había carteles de bandas de rock en sus paredes, junto con un calendario con mujeres, en su mayoría, desnudas en él.

—Estoy trabajando en una canción. ¿Quieres escucharla?

—Me encantaría.

Me senté en la cama junto a él mientras ponía una guitarra acústica en su regazo.

—¿Prométeme que no te vas a reír?

Se me ocurrió que Brian tenía, y me pregunté si me veía diferente. Crecí durante la noche; ya no era la compañera de juegos de su hermano menor.

—Nunca me reíría... Creo... Creo que eres increíble. —Mi voz temblaba de nervios.

Se rio y luego acomodó su largo cabello en una cola de caballo en su nuca. Tuve el pensamiento perdido que Jax sería más alto y más guapo que Brian cuando fuera grande, pero desterré el pensamiento de mi mente. Estuve enamorada de Brian durante años, y estaba a punto de darme serenata.

Tocó la guitarra y luego inició una melodía complicada. Pensé que iba a cantar, pero no lo hizo.

—¿Qué te parece? —preguntó con nerviosismo.

—Fue buena pero, ¿qué pasa con las letras?

Se rio de nuevo y luego extendió la mano y rozó mi cabello como si estuviera acariciando un jodido Labrador. —Tan boba. Soy el guitarrista de mi banda. No escribo las letras.

—Oh, uh, ¿qué sé yo? Bueno, de todos modos, era realmente genial. —Mi cara estaba más roja a cada milisegundo.

—Gracias por tu atención. Oye, se está haciendo muy tarde. Será mejor que te vayas, chica.

—Está bien. —Puse un rebote extra en mi paso cuando salí de la habitación, con la esperanza de que Brian no pudiera ver mi corazón roto por completo porque no intentó besarme. Supongo que habría sido bastante malo para un chico de su edad.

En la sala de estar, Jax se hallaba dormido en el sofá. Puse una manta sobre él, y se estiró.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró.

—Me voy. Sólo quería poner una manta sobre ti —le dije.

Se puso de pie de un salto, de repente despierto. —Te acompañaré.

—¿Al lado, tonto? No tienes que acompañarme.

—Quiero.

Bostezó alrededor de cinco veces en nuestra caminata de veintisiete metros. En la puerta, metió las manos en sus bolsillos.

—Mañana es sábado.

—¿Sí? —le dije.

—¿Quieres jugar exploradores en las rocas?

—Eso es una especie de juego para niños, ¿no te parece, Jax?

—Oh, está bien —dijo—. Bueno, ¿quieres ir a leer por el río? Mi madre recogió algunos de los nuevos libros de la biblioteca para mí.

—Tal vez. Tengo que ver cómo me siento.

—Por supuesto —dijo a través de un bostezo.

—Mejor me voy. —Busqué sus ojos por un signo.

Se limitó a sonreír, inconsciente. Jax no se hallaba donde yo me hallaba emocionalmente o físicamente, y yo era demasiado joven para Brian. *Maldita sea.* —Buenas noches, Em.

—Buenas noches, Jax.

Mi casa se hallaba a oscuras, y mi padre y Susan se desmayaron en su ropa interior en el suelo del salón. Tenía una bolsa de barritas de cereales, algunos snacks de rollitos de fruta, un paquete de toallas sanitarias y una copia gastada de *Tuck Everlasting*. Fui a mi habitación y me quedé mirándome en el espejo detrás de mi puerta.

Por primera vez, me di cuenta de que mis caderas eran más anchas y mis pechos finalmente eran más grandes que cacahuetes. Era una mujer. Ese fue el momento en que empecé a odiar a mi madre. A pesar de que ya eran dos años desde que se fue, el dolor de su ausencia era abrasador. Nunca sentí su abandono tan marcadamente como lo hice el día que me volví una mujer. Tal vez fue el intento imperfecto de bondad de Leila que me hizo extrañar la ternura de una madre. La mía era amable y gentil cuando se hallaba cerca, pero no podía manejar la vida que le dieron. Pan quemado en el horno la enviaría en un mar de lágrimas. No sabía dónde había ido, y no sabía nada de su familia o si aún tenía familia. Simplemente desapareció un día, y había muy poca marca de ella en nuestra casa... casi como si nunca hubiera existido.

3

ESTOY CORRIENDO

Traducido por Daniela Agrafojo & Pachi Reed

Corregido por Vane hearts

Para la una de la tarde, tuve que dejar de leer. Sinceramente, estaba ebria, emocional y desgarrada.

Era extraño que Jase supiera la forma en que me sentía hacia mi madre. Pero entonces, fue mi mejor amigo. Le conté todo. Y él usó todo eso para crear un paisaje emocional que era extrañamente certero a todo lo que recordaba. La única diferencia era que Emerson era tímida a una edad temprana, y yo no lo era mucho. En ese entonces las cosas me sucedían a mí, pero solo ahora, después de leer algunos capítulos del libro de Jase, me daba cuenta de cómo me había sentido realmente de niña. Él debía haber estado muy en sintonía conmigo para darse cuenta de que tenía un enamoramiento por su hermano. Solo se sentó ahí mirando, asimilándolo todo.

Si sentía un poquito de misericordia hacia Jase, se desvaneció al momento en que recordé que ahí se hallaba él, haciendo dinero de esta historia. *Mi* historia. Me derribó a golpes.

Me enrollé en mi cama, demasiado drenada emocionalmente para hacer nada más, y me quedé dormida.



Me desperté tarde esa noche con los sonidos de Trevor y Cara hablando en la cocina. Me puse mi ropa de correr, dejé mi dormitorio y me dirigí a la puerta principal, ignorando a Trevor mientras me miraba desde el mostrador de la cocina.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A correr —respondí—. ¿Quieres unirte?

Noté a Cara escabullirse a su habitación detrás de mí sin decir una palabra. Trevor y yo habíamos caído en el hábito de hacer que las personas a nuestro alrededor se sintieran incómodas. Sabía que emitíamos vibras raras.

—Acabo de tener gimnasia y mi brazo me está matando —dijo.

—No usas tus brazos para correr. —Me paré cerca de la puerta con mi mano en la manilla.

—Sí, en realidad, lo haces. Oye, ¿te darías la vuelta para mirarme?

Me giré y me incliné contra la puerta. —¿Qué, Trevor?

—¿Qué sucede?

—No sucede nada. Solo quiero salir a correr.

Se rio secamente. —No tienes idea de lo típico que es esto de ti.

—¿Quieres que comencemos a lanzarnos insultos el uno al otro al momento en que estemos en una habitación juntos? ¿No acabaste de llegar aquí? Ni siquiera sabía que vendrías. —Sacudió la cabeza como si yo fuera una persona horrible. Tomé una respiración profunda y suavicé mi voz—. ¿No hay un juego ahora? Iré a correr y a conseguir comida y volveré en un momento. Puedes pasar el rato aquí. Cuando vuelva, podemos comer y ver juntos el juego. ¿Cómo suena eso? —¿Era extraño que nunca le hubiera dicho que no disfrutaba de ver fútbol, incluso cuando era un mariscal?

—Está bien —dijo. Se dejó caer en el sofá y encendió la televisión.

Corrí a la ensenada. La piscina de los niños, como la llamaban, se hallaba formada por una pared que fue construida originalmente para romper las olas y crear un ambiente de nado seguro para los niños pequeños. Pero fue acordonada a mitad de camino de la playa porque cerca de doscientas focas la volvieron su hogar. Me senté en los escalones que iban a la piscina, dejando que la brisa fría atravesara mi cabello. No había personas aquí, solo focas holgazaneando en la arena. Era exactamente lo que necesitaba.

Tecleé el sitio web de Jase en mi teléfono y escanéé los detalles una vez más.

J. Colby vivía en Los Ángeles, pero actualmente se encontraba en una gira literaria. Había un menú con las fechas y ciudades de su gira. Cliqueé el enlace de la página, y he aquí, descubrí que iba a estar en San Diego el día después de mañana. —¿Me estás jodiendo? —dije en voz alta. Una de las focas me miró y me ladró—. ¡Lo siento!

Eso era demasiada coincidencia.

Me levanté, troté por las escaleras y empecé a correr. Para el momento en que me quedé sin combustible, estaba oscuro y sudaba profusamente en el aire frío, respirando tan fuerte que tuve que detenerme. Caminé a una tienda de tacos, recogí la comida y me dirigí de vuelta a mi apartamento, donde me sentí agradecida de ver a Trevor dormido en el sofá con algún juego de fútbol a todo volumen al fondo.

Toqué suavemente en la puerta de la habitación de Cara. —Entra —dijo.

Se encontraba sentada en su escritorio, tecleando en su laptop, como de costumbre. No era nada sino una escritora dedicada. Me paré en la puerta y mantuve la voz baja para no despertar a Trevor. —¿Cómo va? —pregunté.

Sonrió. —Bien. Escribí mucho hoy. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo estás? Te veías un poco loca esta mañana.

—Estoy bien. Lo lamento por esa cosa con Trevor más temprano.

—No hay problema. ¿Todavía estás leyendo ese libro?

Asentí.

—Ese maldito autor es caliente —dijo—. Estuve acosándolo por internet.

Me reí. —Sí, lo es.

—¿También lo buscaste en google? —dijo, sonriendo.

—Uh, sip. Ajá.

—Va a estar en San Diego pasado mañana.

—Eso vi —dije.

—Vamos a conocerlo y conseguir que nos firme el libro. —Su rostro se puso rojo brillante.

—No lo sé. Tú puedes ir. —*Momento de cambiar de tema*—. Oye, dejé unos tacos en el mostrador. Creo que me voy a la cama. No me siento bien.

—Oh, de acuerdo. ¿Debería dejar a Trevor ahí afuera?

—Él está bien —dije, y luego me fui a mi cuarto, cerré la puerta y abrí el libro de nuevo.

De Todos los Caminos en Medio

En la mesa de la cocina la mañana siguiente, observé mientras papá vertía whisky en su café. —¿Susan se fue? —pregunté.

—¿Quién quiere saber?

—Solo me preguntaba.

—Sí, se fue.

—¿Ella es tu novia?

—Métete en tus asuntos, Emerson.

Me sentía audaz esa mañana. Quizás porque era una mujer ahora y sentía como que necesitaba respuestas. —¿A dónde fue mamá?

Él se sentó junto a mí y tomó una respiración profunda. Por un momento pensé que íbamos a tener una charla corazón a corazón. Miré la larga mancha marrón en su camiseta mientras esperaba su respuesta.

—Tu madre es una maldita zorra.

Bajé la mirada a mis manos inquietas debajo de la mesa. Tomó la botella de whisky, vertió una dosis más saludable en su café, y luego la golpeó contra la mesa. —¿Me escuchaste?! ¡Dije que tu madre es una maldita zorra!

—¡Te escuché! —grité. Me levanté y pateé mi silla hacia atrás. Él apretó mi brazo tan fuerte que me forzó a sentarme de nuevo.

—No he terminado —dijo furioso a través de sus dientes apretados.

—Papá, por favor.

—Ella es el diablo.

—Estás siendo irracional.

—Una gran palabra para alguien de doce años. —No podía alejar mis ojos de la asquerosa bola de saliva formándose en la esquina de su boca.

—Tengo trece.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Hoy es mi cumpleaños, papá. —Soltó mi brazo. No había nada que pudiera decirme porque ya no sabía cómo ser un humano. No podía ser amable porque le dolía más de lo que me dolía a mí. Podía ver la confusión y la culpa en sus ojos. *Bien, siéntete como la mierda, bastardo. Te lo mereces.*

Me alejé calladamente, fui a mi habitación y lloré. Las lágrimas se volvieron calientes por la rabia, y pronto me encontré armando una maleta. Le preguntaría a Leila si podía quedarme en su casa. Dijo que siempre había

querido una hija. Podía irme a vivir con ellos y cocinar y limpiar y ayudarla a cuidar de Jax y Brian.

Me tomé un tiempo extra para hacer que mi cabello se viera bien. Encontré un labial rosa claro y un rubor en una caja de objetos al azar que traté de conservar de mi madre. Me pinté la cara con su mierda barata. La maldije en el espejo. Estudié mis enormes ojos marrones, iguales a los suyos y me pregunté si iba a fallar en la vida como ella lo hizo. Me puse el vestido floreado que ella me compró en una tienda de reventa hace dos años, justo antes de que se fuera. Lo llamó mi vestido de "iglesia", aunque no hubiera señal de Dios en ninguna de nuestras vidas. Finalmente me quedaba bien. Tenía pechos, aunque fueran pequeños, pero lo suficientes para llenarlo. En secreto había comenzado a rasurar mis piernas con la afeitadora de papá, así que cuando me miré en el espejo ese día, no vi señal de la pequeña niña que fui una vez. Terminaría mi pesadilla justo ahí porque sabía que Brian se enamoraría de mí en el momento en que me viera. Estaba convencida. Iba a casarse conmigo y llevarme con él de gira por el mundo. Compraríamos una casa para que vivieran Jax y Leila, e iríamos a visitarlos todo el tiempo. Seríamos ricos y todo estaría bien. Mi pesadilla estaría acabada porque iba a convertirme en una Fisher y dejar todo este infierno atrás.

Mi padre se hallaba en el baño cuando me escabullí por la puerta lateral. Jax estaba sentado sobre la cerca en mi patio delantero.

Me pavoneé hacia él. —¿Tu mamá está en casa?

Jax arrugó la nariz. —¿Por qué estás vestida así, y por qué tienes esa cosa en tu cara?

Me encogí de hombros. —No es asunto tuyo. ¿Qué haces aquí?

—Olvidalo. Claramente estás de mal humor. —Recogió algo del suelo y empezó a alejarse.

—Espera. ¿Qué es eso?

—¡Nada!

—Ven aquí, espera —rogué.

Se giró abruptamente y extendió un paquete envuelto en papel marrón. —Es para ti, por tu cumpleaños.

—Lo siento, Jax. No lo sabía.

—Como sea. Deberías ser más agradable conmigo. —Extendió el presente pero mantuvo los ojos pegados al suelo mientras murmuraba—: Feliz cumpleaños, Em.

Con mi dedo índice bajo su barbilla, lo forcé a mirarme. Sonreí y él también lo hizo. —Jackson Fisher, ¿cómo puedes ser tan bueno?

—¿Pensaba que era el chico más desagradable del mundo? Eso fue lo que me dijiste la semana pasada.

—Lo sé, y lo lamento. Eso solo que ahora soy una mujer, Jax. Tengo emociones, ¿de acuerdo? No eres desagradable hoy. —Desenvolví el paquete para revelar una edición de tapa dura de *Anne de los aguilones verdes*, mi libro favorito de todos los tiempos—. Hoy eres jodidamente asombroso. —Lo abracé rápida e incómodamente—. ¿En dónde conseguiste esto?

—Lo gané en la feria de dibujo de la escuela.

—¿Y me lo das a mí?

—Quiero que tú lo tengas.

—Gracias. —Pasé mi mano por la cubierta y pensé ociosamente que era el único regalo que recibía en casi un año, además del jabón de hotel y las hamburguesas.

—¿Para qué es el bolso?

—Iba a ver si podía quedarme con ustedes por un tiempo.

—Oh... está bien —dijo—. Vayamos a hablar con mamá.

—¿Brian está en casa? —pregunté.

—Su auto está aquí. Probablemente se encuentra en su habitación. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo me preguntaba. Vayamos a hablar con tu mamá. —Entramos a la casa, y bajé mi bolsa en su cocina y seguí a Jax por el pasillo. La puerta de Brian estaba entreabierta, así que la abrí suavemente, esperando que pareciera un accidente. Quería que Brian me viera, pero el cuarto se hallaba vacío. Caminando detrás de Jax, dije—: Tu hermano no está aquí.

Retrocedió y se asomó. —¡Bri! —gritó. No hubo respuesta.

—¡Mantén la voz baja! —gritó Leila desde su dormitorio.

—No sé en dónde está —dijo Jax.

Fuimos al cuarto de Leila, donde ella se encontraba acurrucada sobre su lado al final de la cama.

Me paré detrás de Jackson. —¿Estás bien, mamá?

—Bien —dijo atontada.

—¿Em puede quedarse por un tiempo? Su papá está siendo una clase de idiota.

Ni siquiera se lo había dicho, pero él lo sabía.

Leila entornó los ojos, luego se sentó y me miró. —Tienes doce años.

—Trece —respondió Jax por mí.

—Puedes quedarte hoy. Come lo que desees, pero tienes que ir a casa esta noche. Te arreglarás con tu papá —dijo, antes de acostarse de nuevo.

—Bueno, gracias. —Sería lo bastante bueno por el momento.

Nos fuimos de su habitación. —Vayamos a encontrar a tu hermano. Quizás pueda enseñarnos cómo tocar la guitarra.

—Sé cómo tocarla un poco, Em —dijo Jax con tono cortante. Lo seguí hasta el cuarto de Brian, pero la guitarra no estaba—. No está aquí. Probablemente se encuentra río abajo con su novia.

Traté de no pensar en la novia de Brian como una regla. —Bla —dije en voz alta.

—Vamos a jugar afuera —dijo Jax—. Quiero decir... pasar el rato —se corrigió.

—De acuerdo.

Serpenteamos nuestro camino hacia el río, mayormente en silencio hasta que llegamos a la costa. Ninguno de los dos se sentía particularmente de ánimo para jugar.

—Oye, aquí está la guitarra de tu hermano —dije, apuntando a la guitarra acústica yaciendo en el suelo. Mi corazón se aceleró con la anticipación de ver a Brian.

Caminamos hacia ella, y noté que Jackson se tensó. —¡Bri! —gritó—. ¿En dónde demonios está? —murmuró—. ¡Brian! —gritó de nuevo.

—¡Brian! —grité.

Corrimos y bajamos a la orilla. No sabía qué hacía a Jax entrar en pánico, pero entre más gritábamos, más me daba cuenta de que algo andaba mal. ¿Por qué la guitarra de Brian estaría yaciendo sola en el piso? Él amaba esa cosa, no la dejaría desatendida. Al menos se quedaría cerca. Y aun así no respondía nuestros gritos...

Seguí a Jax mientras corría a través de los árboles para llegar a la orilla del puente, donde podíamos cruzar. Durante todo el tiempo que corrimos, Jackson gritaba el nombre de Brian. Tan pronto como llegamos al claro que llevaba al puente, descendimos un pequeño barranco donde el barro se encontraba con el agua.

Ahí es donde nos detuvimos por la visión más espantosa... una imagen que nunca, jamás abandonaría mi mente.

—¡No! —El grito de Jackson no fue meditado ni pensado, como el de un niño—. ¡No! —gritó de nuevo.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios —repetí una y otra vez, pero no había ningún Dios que pudiera ayudar a salvar a Brian. Su cuerpo hinchado se encontraba boca abajo, flotando cerca de la orilla.

—¡No! ¡No! ¡No! —Jax siguió gritando mientras se acercaba al cuerpo de Brian, estirando sus brazos para agarrarlo.

—No lo toques —le dije—. No puedes ayudarlo.

Se giró hacia mí rápidamente y cayó en mis brazos. Lo sostuve mientras llorábamos juntos. —Ese es mi hermano. —Sollozó Jackson—. Ese es mi hermano, ¿verdad? Está muerto, ¿verdad?

No teníamos que darle vuelta a su cuerpo para ver su rostro. Reconocimos el cabello, la ropa. Habíamos visto la guitarra en el suelo. —Sí —me atraganté.

—¿Qué pasó? —gritó Jax en mi pecho.

Traté de no mirar a Brian flotando detrás de Jax. Lo sostuve mientras él sollozaba y sollozaba. No hacía nada, pero al mismo tiempo hacía todo, y pude sentirlo por la manera en que me abrazaba fuertemente.

Sabía que tenía que volver y decirle a Leila y llamar a la policía. Llevé a Jackson de vuelta a la casa mientras él seguía llorando, sin parar. Fui a la cocina y llamé al nueve-uno-uno.

El operador de emergencia contestó. —Nueve-uno-uno, ¿cuál es su emergencia?

—El hermano de mi amigo está muerto en el arroyo —dije rotundamente.

El resto de la conversación fue un borrón. Jackson seguía llorando en voz alta a mi lado. Al colgar el teléfono, los dos nos dimos la vuelta y vimos a Leila de pie al final del pasillo. No había hecho ni un ruido. Escuchó la conversación, pero, claramente, se hallaba en estado de shock.

Me miró y luego de nuevo a Jax un par de veces antes de empezar a llorar. —¿Es verdad? —chilló.

—Sí —gimió Jax.

—La ambulancia estará aquí tan pronto como sea posible —dije en voz baja.

Leila se puso de rodillas y golpeó con sus puños el suelo. —¡No! —Hizo un sonido que me heló la sangre y luego cayó en una pila, gritando, llorando y retorciéndose como si estuviera siendo quemada viva. Así es cómo me imaginaba se sentía la pérdida de un hijo... tal vez incluso peor.

Jax y yo nos abrazamos de nuevo mientras continuaba llorando.

Mi madre se había ido, y su padre había hecho lo mismo, pero ninguno de los dos jamás se enfrentó a la realidad de la muerte de esta manera. A esa edad, no se tiene una comprensión completa sobre la muerte hasta que ves el cuerpo de un hombre sano con el que hablaste hace pocas horas flotando en el agua, boca abajo, atado por una rama rota a la orilla, como un animal muerto.

Los sollozos a pleno pulmón de Jackson se volvieron quejidos dolorosos. Mi camisa se hallaba empapada de lágrimas y mocos, pero no me importaba. En la voz más suave, dijo—: Eres todo lo que me queda. Tu mantienes junto mi mundo entero, Em.

—Pero tienes a tu madre. Ella te ama mucho —le susurré.

—Mi mamá es como una concha, y va a ser incluso menos que eso ahora que su chico de oro está muerto.

—Eso no es cierto, Jax —dije, pero no estaba segura de creer mis propias palabras tranquilizadoras.



Más tarde, después de que los paramédicos, la policía y forense llegaron, Jax y yo nos sentamos lado a lado en la valla, como habíamos hecho tantas veces antes. Jax sorbía, pero se calmó un poco. Veíamos a Leila, quien se encontraba sentada y envuelta en una manta en un banco en el porche, hablando con un investigador.

—Cuando ella me mira, todo lo que ve es a mi padre y lo odia. Amaba a Brian más que a mí. Va a desear que hubiese sido yo quien estuviera en el río.

—Basta, Jackson Fisher. Detén eso ahora mismo. Has estado leyendo demasiado. No vuelvas a hablar así —dije.

—Supongo que ahora no te puedes casar con él.

Salté la valla, me volteé y lo miré fijamente, pero no tenía palabras. Se paró también. Nos encontramos cara a cara. Me sentía abatida y Jackson se veía atormentado. Empecé a llorar de nuevo. —No, Jax. No hagas eso.

Empezó a llorar de nuevo también, y entonces me abrazó y enterró su cabeza en mi hombro. —Lo siento —dijo—. Él se ha ido. No puedo creer que haya muerto.

Ese momento fue seguido por días de duelo. Jax y su madre se sentaron en el interior de esa casa oscura y húmeda, ahora manchada aún más con

pérdida y tragedia. Cuando la investigación terminó y el acto criminal fue descartado, Leila hizo incinerar a Brian. Todos nos fuimos a la ciudad por un corto servicio en la funeraria. La causa de la muerte nunca se mencionó ni una vez.

Nos sentamos en la primera fila mientras un extraño hablaba las notas que Leila había escrito sobre Brian, detallando sus logros musicales y el joven de buen corazón que era. Su novia, quien después nos enteramos era una chica de la calle, sollozó en la fila detrás de nosotros. Aparte de ella, sólo había presentes unas pocas personas que trabajaban con él y fueron a la escuela secundaria. Todo el evento realizado para Brian parecía tan insignificante. Me preguntaba cuánto tiempo le tomaría a la muerte tenernos a Jax o a mí. Cuánto tiempo pasaría antes de que cualquier oportunidad de una herencia fuera arrebatada de nosotros.

Jackson vestía unos pantalones que sabía que había tenido desde que era un niño porque le quedaban chicos. Llevaba una camiseta negra de Led Zeppelin de su hermano y la billetera con cadena que Brian le dio un año antes.

Leila parecía que envejeció diez años. En el auto camino a casa, seguía murmurando—: No es natural.

Desde el asiento del pasajero, Jax preguntó—: ¿Que no es natural, mamá?

—Enterrar a tu hijo.

Más tarde esa noche, Jax me dijo que Leila estaba drogada y borracha y decía que deseaba que hubiera sido él quien se hubiera ahogado. Los dos sabíamos que iba a venir. No lloró como pensé que lo haría. Dijo—: Es patética, Em. No la puedo odiar porque le tengo demasiada pena.

—Eres la persona más inteligente que conozco, Jackson —le dije, y era verdad. El comentario me valió una de sus lindas sonrisas. A pesar de que trató de hacerse el duro, sabía que Leila lo hirió. Juré no volver a hacerle daño de esa manera.

Esa semana, me fui a casa cada noche con mi padre abatido, que decía poco acerca de la muerte de Brian, excepto que el chico era un drogadicto. Pensé que era triste que mi padre juzgara a Brian basado en las acciones de Leila. Más allá de su familia, Brian no era un drogadicto en absoluto. No era más que un hombre que perdió a su padre joven y creció en una ciudad de mierda con una adicta como madre. Quién hubiera sabido en lo que podría haberse convertido.

Jax y yo no nos sorprendimos cuando la autopsia regresó con el resultado de que Brian se había ahogado con sencillez. Probablemente fue jalado por la fuerte corriente creada por una temporada de tormentas.

Nadie sabía qué pasaba en la mente de Brian la noche en que murió, o por qué en el mundo iría a nadar en el medio de la noche, completamente

vestido, con sus malditas botas puestas. Sólo sabíamos que se había ido para siempre, y las cosas nunca serían lo mismo para ninguno de nosotros.

SWEAR
ON THIS LIFE

4

COSAS QUE HE GUARDADO

Traducido por Beatrix & Lauu LR

Corregido por Lu

Me hallaba llorando cuando Trevor entró en mi habitación en medio de la noche. Se vía aturdido y con los ojos entrecerrados. —¿Qué pasa, Emi?

Cerré el libro y lo empujé hacia un lado. —Estoy confundida acerca de algunas cosas.

Apagó la luz y se metió en mi cama. Me deslicé bajo las sábanas y dejé que me agarrara.

—Habla conmigo —dijo suavemente. Su voz era relajante junto a mi oído.

Enterré mi cara en su brazo. —En mi decimotercer cumpleaños, me encontré con mi vecino muerto, flotando en el río detrás de mi casa. —Jeff era su verdadero nombre y él era mágico. En lo que parecía una sola respiración se había ido. Su muerte afectó profundamente a Jase, así como a mí.

Trevor hizo una pausa por un momento, absorbiendo mis palabras. —Oh Jesús, Emi. Lo siento mucho. Eso debe haber sido horrible para ti. ¿Es por eso que nunca quieres celebrar tu cumpleaños?

Asentí en la oscuridad y le conté toda la historia. Él se limitó a escuchar y me abrazó con más fuerza, su silencio fue una comodidad después de toda la lucha que habíamos estado teniendo. No pasó mucho tiempo antes de que me quedara dormida en sus brazos.

Decirle a Trevor lo que pasó no me curó, pero volver a vivir ese día lo hizo de alguna manera. Las perspicacias de Jason en el libro y su visión de mí, y lo que yo pasaba en ese momento, me dio un sentido de cierre. La muerte de su hermano tenía que haber sido mucho más traumática para él, pero aún era consciente de que estaba experimentando el horror junto con él. Él siempre era tan perspicaz y compasivo.

Lástima que yo me sentía tan cabreada con él.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Trevor se había ido, pero el recuerdo de la noche anterior se demoró. Me giré hacia su almohada para ver que me dejó una nota. Finalmente compartí algo de mi pasado con él, algo que me había estado pidiendo hacer durante años. Me preguntaba si el momento significó tanto para él como lo hizo para mí.

La nota se limitó a decir que había tenido que ir a terapia. Nada más que un XO, T al final.

Me sentía hueca, pero esa sensación de vacío era demasiado para confrontar. Así que volví al libro.

De Todos los Caminos en Medio.

Desde hace unos años, era la chica más alta en la escuela, pero en el verano de entrar en el noveno grado, todo el mundo me alcanzaba y pasaba de largo, incluyendo a Jax. Su voz estaba cambiando, y su rostro se llenaba de pelo. Todavía se comportaba como un niño de cinco años, de vez en cuando, pero a pesar del hecho de que vivía con una drogadicta, perdió a su hermano hace dos años, y no tenía padre, Jax de alguna manera seguía manteniéndose más y más dulce.

Yo sabía que lidiaba con mucho, pero él lo mantuvo unido y se centró en su trabajo escolar. Cuando Leila no estaba trabajando, ella se hallaba en estado de coma en el sofá. Cuando corregía sus errores un poco e iba a trabajar, tendría una corriente sin fin de hombres ruines dando vueltas por la casa durante varios días.

Jax y yo pasamos cada vez más tiempo en el cobertizo. Los dos encontrábamos cosas que podríamos robar para hacer el lugar más habitable, como en nuestra propia casa.

—¿Qué has estado escribiendo en esa revista? —le pregunté. Jax se encontraba tumbado en el catre en la esquina y escribía notas en un cuaderno con tapas de cuero negro.

—Sólo estoy esbozando mi novela.

Yo me encontraba sentada en una de las sillas de madera con los brazos envueltos alrededor de mis piernas, mirando por la ventana a los árboles mecerse.

—¿La de la familia de hormigas?

—No, me deshice de eso. Estoy escribiendo sobre un chico y chica que se convierten en superhéroes y salvan el mundo.

—¿Las aventuras de Jax y Em?

—Algo así.

—¿Quieres ir a nadar al arroyo? —El agua en el arroyo se había establecido para la temporada, y uno de los novios de corta duración de Leila estuvo construido una cubierta y un columpio para nosotros. Tallamos nuestros nombres, junto con el de Brian, en la madera. Era nuestro monumento a él. Jackson iba a allí mucho tiempo solo; sabía que hablaba con su hermano.

—Estoy un poco ocupado —dijo. Me levanté y di un tirón al cuaderno de sus manos—. No, Em. Estoy hablando en serio, devuélvemelo.

—Quiero leerlo —me quejé.

—Por favor, no. —Su voz se quebró, y su cara enrojeció. Él no estaba jugando.

—¿Por qué no me dejas? Me dejaste leer la historia de la hormiga.

—Debido a que este es diferente. No está terminado todavía. Puedes leerlo cuando lo esté.

Le entregué el diario de nuevo. —Estoy aburrida. Sólo quiero encontrar algo que hacer.

—Está bien, vamos a nadar.

Fui a casa y me puse mi traje de baño. Era morado de una sola pieza, lo compré en Goodwill por dos dólares, pero funcionaba. Para entonces vivíamos de la caridad y vales de comida, por lo que se sentía como si estuviera viviendo la vida. Teníamos cereales, queso, leche y jugo todo el tiempo. Mi padre me daría veinte dólares cada mes para comprar las cosas que tenía demasiado jodido orgullo para comprar, al igual que los tampones y jabón para lavar platos.

No me extrañaba que mi madre su fuera, pero ¿por qué no me llevó con ella? Además del hecho de que mi padre era un intolerante y un alcohólico agresivo, me sentí especialmente triste cuando me di cuenta de que estaba siendo criada por un misógino. Jax me enseñó esa palabra. Él básicamente llamaba misógino arrastrado a cada hombre que Leila traía a casa.

—¿A dónde vas con eso? —habló mi padre desde el pasillo mientras me paraba frente al espejo del baño. No hice contacto visual con él mientras envolvía mi pelo en una cola de caballo.

—Voy a nadar con Jax.

—Mírame cuando te estoy hablando.

Me di la vuelta y le enfrenté. La barba y el pelo habían crecido de espesor, y siempre había un tinte amarillento nublando sus ojos. ¿Era tan terrible que deseara que su hígado finalmente le dejara de una vez por todas?

—Pon una camisa encima de eso.

—Es una sola pieza, papá. No muestra mucho.

¡Tortazo! Él golpeó su mano en la pared. —¿Estás respondiéndome?

—No, señor —le dije, poniéndome rígida.

—He dicho que te pongas una camisa. No te quiero zorreando alrededor con ese chico. ¿Por qué no tiene ninguna novia? ¿Por qué estás siempre con Jackson?

—No sé. —Mi padre sabía exactamente por qué, pero le gustaba hacerme sentir mal sobre mi vida de todos modos. Nunca volvería a llevar a

nadie a mi casa, incluso si yo tenía otros amigos. Nunca volvería a someter a algún niño pobre a la clase de mierda que ocurría de aquí al final del camino de tierra. Pero además de eso, me gustaba Jax más que nadie. Nuestra amistad era fácil y nos preocupábamos el uno por el otro. A pesar de que no teníamos las palabras en ese entonces, él era la única persona en la que confiaba.

—Fuera del baño. Necesito afeitarme —dijo, finalmente despidiéndome. Pero me quedé en el pasillo, confundida—. ¿Por qué vas a afeitarte tu barba?

—Tu padre consiguió un trabajo, chica.

—¿De Verdad?

—No pensabas que íbamos a vivir de vales de comida para siempre, ¿verdad? Somos mejores que eso. —Se enjabonó de una vieja lata de crema de afeitarse y presionó la maquinilla de afeitarse en su cara. Honestamente, pensé que estaríamos en vales de comida para siempre, y, de alguna forma me sentía bien con eso, pero me di cuenta de que mi padre intentaba arreglar las cosas últimamente. Todavía era un medio borracho, pero no era tan malo justo como lo era después de que mi madre se fuera, y se había ablandado un poco con el tiempo. —¿Dónde conseguiste un trabajo?

—Haciendo el mantenimiento en el motel.

—¿Susan te hizo conseguir ese trabajo?

—No, yo conseguí el trabajo.

Herí su ego, así que tuve que huir. —Está bien, estaré en casa después. Voy a ponerme una camisa. —Mientras me alejaba dije—: Me alegro de que tengas un trabajo, papá.

Llegué a la caseta antes que Jax. Cuando me acosté en el catre, sentí un bulto debajo de la manta. Lo saqué de debajo de mí y vi que era su diario. Mi estómago dio un pequeño vuelco. *Sólo una pequeña mirada no haría daño a nadie.*

Me senté allí sosteniendo sus piernas suaves contra su pecho, mirando por la ventana, haciendo estallar el chicle, aburrido, y diciendo cosas sin importancia. Pero aún... ella era el centro del universo. Podía hacer que todo el mundo gire sin ni siquiera romper a sudar.

La puerta de madera se abrió. Cerré el diario y me levanté para ver a Jax en la puerta, con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos es lo que te pasa? ¿No tienes ningún respeto por mi privacidad? —Se dirigió a mí y me arrancó el diario de las manos.

—No he leído nada de eso.

—Mentira. Te aseguro que lo leíste. Tu cara está roja como la remolacha.

—Sólo leí una línea.

—No es sobre ti.

Es totalmente sobre mí, pensé.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿De quién es entonces? —grité detrás de él.

—Tú no. Me voy a casa.

Corrí tras él y tiré de su hombro hacia atrás haciéndole girar en el campo de las malas hierbas. —Háblame, Jax.

—Se trata de Desiree Banks. Ella es mi novia. Ve a casa, Emerson y ocúpate de tus propios asuntos.

—Ya no somos niños pequeños, Jackson —dije a su espalda.

—¡Sí, exacto! No tengo tiempo para tus juegos de niños.

¿*Mis juegos de niños?* —Me puedes decir lo que sientes por mí. Estoy aquí. Estoy escuchando.

No dijo nada, así que lo seguí hasta que entró en el interior de su casa y cerró la puerta. Me di la vuelta y me fui a casa, lamentando lo que había hecho. Mi padre ya me había dejado para ir a su nuevo puesto de trabajo, así que me hallaba sola, dejé de pensar en el fragmento que Jax escribió.



Por la mañana, esperé quince minutos para que saliera, pero no lo hizo, así que tuve que correr todo el camino por la carretera para coger el autobús. Las converse blancas que compré con el dinero de mi nuevo trabajo de fin de semana estaban cubiertas de suciedad. Me hallaba enojada. Cuando llegué al buzón de correos, Jax ya se encontraba allí, esperando a la Sra. Beels.

—¿Por qué no me esperaste?

Él levantó la vista de su libro y luego volvió a mirar hacia abajo y dijo—: No tengo que hacer todo contigo.

—Estos zapatos fueron cinco sábados en Carter, y ahora están todos sucios. —Jax y yo habíamos estado haciendo trabajos ocasionales cerca de la granja de los Carter los sábados por tres dólares la hora. Éramos muy mal pagados, y teníamos que caminar dos millas para llegar allí, pero al menos era un trabajo.

—Eso es lo que te pasa por gastar todo tu dinero en zapatos.

Pisoteé con el pie. —¡Uf! No estás siendo justo.

Sin dejar de mirar a su libro, dijo—: No te estoy haciendo nada.

—Dije que lo sentía. Dejaste tu diario en nuestra fortaleza, casi como quisieras que lo encontrara.

—No voy a luchar contigo porque no me importa, Em. Te dije diez minutos antes que no lo leyeras. Ni siquiera pides disculpas de la manera correcta.

—Lo siento, no soy perfecta como tú.

—Ah, y por cierto, no es un diario, es una novela, y va a patear culos cuando termine con ella. Y la fortaleza es mía, Emerson, no nuestra. Está en mi propiedad.

Le di la espalda y me paré enfrente, echando humo en silencio. Cuando el autobús se detuvo, tomé nuestro asiento normal en la parte delantera. Jax me pasó y se fue todo el camino hasta la parte posterior.

—Realmente madura, Fisher —dije. Actuábamos como a nuestros diez años, igual, pero ya no teníamos diez.

Los estudiantes de primer año en Neeble High tenían su propio pasillo, por lo que sería imposible para Jax evitarme todo el día. Cosa que no hizo. Al salir de la clase de inglés, vi que se encontraba de pie en el lugar que siempre se ponía para caminar conmigo a matemáticas, a excepción de que no se hallaba solo. Estaba apoyado en una fila de viejas taquillas que nadie usaba más con su brazo alrededor de Desiree Banks.

CHICO ESTÚPIDO.

—Crece —dije mientras le pasaba. Desiree me lanzó su mejor mirada pestilente, lo que le hizo parecer estreñida.

Jackson podría conseguir a cualquier chica que quisiera, y él lo sabía. Era el único chico a esa edad con la piel perfecta, brazos fuertes, y el comienzo de abdominales. Y era alto. Creció rápidamente. Había superado todas las tonterías de sus años de pre adolescencia para el comienzo de nuestro noveno grado el año —o tal vez ya no veía eso. Me desarrollé temprano también. No es que tuviera buenos pechos— apenas estaban allí, pero hacia al final de noveno grado, todo me crecía. Por desgracia, lo mismo podría decirse de Desiree, que había crecido en ciertas maneras que nunca lo haría.

Me senté en la biblioteca durante el almuerzo y hablé con la señora Lilly, la bibliotecaria.

—¿Dónde está Jax hoy? —preguntó. Incluso los profesores sabían que éramos inseparables.

—No lo sé. Tiene una novia ahora.

La pequeña mujer de pelo gris de unos sesenta años se mostró sorprendida —¿Una novia? Pensé que *tú* eras su novia.

—Cuando éramos niños la gente solía decir eso. Era cosas tontas de niños simplemente.

—Oh.

Levanté una copia de *She's Come Undone*. —Gracias por conseguir esto para mí.

—No está exactamente en la lista de lectura, Emerson. Mantenlo muy secreto.

—Siempre, Sra. Lilly. Gracias. —Fui a una mesa para leer, pero me encontraba distraída. Me preguntaba por qué, en todo el tiempo que Jax y yo habíamos pasado juntos, nunca intentó besarme. Ni siquiera lo mencionó. No era la chica más bonita de la escuela, ni culo, ni tetas, sólo una flaca con una mata de pelo oscuro, pero que tenía una piel bonita y me dijo una vez que tenía los ojos bonitos. En realidad, me dijo que eran extraños y tan grandes, que se sentía como si pudiera sumergirse y nadar en ellos. Así que tal vez "guapa" no era la palabra adecuada...

Tal vez realmente escribió sobre Desiree. Tal vez yo era su amiga de la infancia con la que solía jugar en el barro.

En el autobús de camino a casa, se hallaba sentado en el asiento delantero. —¡Hola, Em!

Parecía demasiado animado para ser Jackson. Mientras tomaba asiento junto a él, miré más de cerca a su cuello. —En el nombre de dios... Eso es un... oh, asqueroso. —Era un chupetón grande, de color púrpura-marrón—. No te tomaba por un chico de tetas, Jack-son.

—¿Qué quieres decir Emer-son?

Elevé mis manos para imitar las tetas grandes. —Desiree, idiota.

Él sonrió de aquella forma burlona. —Oh. Sí, hmm. En realidad no las había notado.

Soplé y luego corrí a la parte trasera del autobús, pensando que dos podrían jugar a este juego. Corrí a casa y tiré mi mochila en la puerta de entrada. Corrí más allá de la cocina, miré y vi a mi padre sentado en la mesa, leyendo el periódico y bebiendo café. Me paré en seco y retrocedí hacia la puerta. Alzó la vista y sonrió. —¿Cómo estuvo tu día cariño?

¿Cariño? Sus ojos se veían más claros de lo que jamás los había visto. *Mi día fue horrible*. —Bien. ¿Cómo estuvo el tuyo?

—Bueno. Hice un pastel de carne para que calientes después de que me marche al trabajo.

¿Quién es este hombre? —Gracias Papá.

Se levantó de la mesa. —Bueno, mejor me voy a prepararme para el trabajo. —Cuando salió de la habitación atrapé su taza de café y la olí. Había una cantidad muy detectable de whisky en su café, pero el hecho de que él no estuviera sentado en el sofá en ropa interior, bebiendo directamente de la botella y maldiciendo en la TV, era una mejora.

Antes de irse, echó un vistazo a mi habitación, donde yo me hallaba tumbada en la cama, mirando al techo, pensando en el estúpido chupetón de Jackson. —Si quieres tomar el pastel de carne donde los Fisher, está bien para mí. No tienes que comer sola.

—Está bien. —Estaba acostumbrada a eso—. Jax y yo realmente no estamos saliendo mucho. Tiene una novia.

Parecía moderadamente aliviado. Me hubiera encantado pensar que era porque no quería que nadie hiriera a su hija, pero me lo habían dicho tantas veces antes de no ser noqueado hasta que tuvo que ser más por esa razón. —Bueno. Estaré en casa en la mañana —dijo, y se fue.



En la escuela al día siguiente, encontré a Hunter "La aspiradora" Stevens, quien es conocido ampliamente como el ligón de la escuela. Creo que yo era la única chica a la que no había profanado bajo las gradas del campo de fútbol. Supe que era un blanco fácil porque me estuvo dando pequeñas pistas en los últimos meses. Como—: ¡Oye Emerson! ¿Quieres ir bajo las gradas a estudiar para el examen de matemáticas?

Hasta este momento, había ignorado sus patéticos intentos, pero Hunter, Jackson y yo teníamos juntos matemáticas, así que tome la oportunidad para comenzar mi revancha. Me pavonee junto a Jax y me recargué en el escritorio de Hunter. —En realidad, no entiendo álgebra. Escuche que eres algo así como un experto.

Sus ojos se abrieron y entonces cayeron a mis tetas. —Escuchaste bien.

—¿Qué te parece en el almuerzo? —le digo.

—Está bien, encuéntrame bajo las gradas del campo de fútbol.

—Ahí estaré. —Miré al asiento detrás de Hunter, donde se hallaba Jackson. Estaba desparramado en su silla con sus largas piernas extendidas frente a él, en la pose de chico relajado, fingiendo que no pone atención.

En el almuerzo, fui al baño y me miré en el espejo. Tomé algunas mentas para el aliento y me puse brillo labial y pensé acerca de ser besada por primera vez. Todas las otras chicas estaban muy por delante de mí en ese departamento. Ruthie Brennerman vino y me tocó el hombro. —¿Así que tú y Hunter eh? —Rodó los ojos—. Todo el mundo pensaba que tú y Jax estaban juntos.

—Nop, solo somos amigos.

—Oh.

Se puso brillo labial e hizo labios de beso al espejo. —Diviértete con Hunter.

Pensé en como todos solían llamarla "Dientuda Ruthie" hasta que se puso brackets. Todos estábamos creciendo. Me sentí triste. Me miré al espejo nuevamente y vi a mi yo más joven con el pelo salvaje y cejas despeinadas, y entonces vi el rostro más joven de Jackson, su dulce sonrisa, y sus ojos amables. Comencé a llorar. Quería que el fuera mi primer beso. Quería que fuera suyo.

Corrí fuera del baño y choque contra el pecho de Jax. —Sal de mi camino.

—¿Em, estas llorando?

—No me llames así —grité mientras me alejaba corriendo.

Encontré a Hunter en el campo de fútbol. Sus manos estaban sujetando mi cuello incluso antes de que fuera capaz de decir una palabra. Presiono sus labios en los míos y entonces su lengua estaba en mi boca. Era raro, cálido, baboso y un tanto asqueroso, pero le devolví el beso de todas formas. Hunter era bajo con cabello esponjado y sin rasgos destacados, pero tampoco era feo para la vista. Solo no era Jax.

Todo el tiempo pensé, *¿Por qué estoy haciendo esto?* Hunter se restregaba contra mí con entusiasmo. No era exactamente romántico. Podía sentirlo excitándose. No es sorpresa para un chico de quince. Cerca de un mes antes, Jax y yo nos hallábamos acostados en el catre, leyéndonos el uno al otro, y había notado algo creciendo en sus pantalones. Me reí y él se avergonzó y entonces se fue, maldiciéndome. Desearía no haberme reído. Desearía haber hecho de cuenta que no lo vi. Eso es lo que él hubiera hecho.

Hunter trato de poner su mano bajo mi camiseta mientras nos enrollábamos contra la valla de cadenas detrás de las gradas. Es entonces cuando escuche a alguien decir—. ¿Em?

Me aleje del beso para ver a Jax parado a una distancia segura, cerca de las porterías. Tenía puesta la capucha de su sudadera negra, y oscurecía su cara así que no pude ver su expresión. Sus manos estaban en los bolsillos de sus pantalones. Lucía diferente... derrotado. Ya no el rudo Jax.

—Sí, ¿qué pasa Jackson?

—¿Estas bien? —su voz era baja, tímida.

Mire de regreso a Hunter. —Sabes que, estoy...

—¿Qué quiere él? —preguntó Hunter.

—Tengo que irme —le dije.

—Pero estamos besándonos —dijo Hunter. En verdad era brillante.

—Lo sé. Tengo que irme, lo siento. —Pero no lo sentía. La única cosa que lamentaba era besarlo.

Mientras me aproximaba a Jax, levanto la mirada de sus zapatos. Sus ojos estaban inyectados de sangre. Nos paramos ahí uno frente al otro en silencio.

Las esquinas de su boca se levantaron, pero no era una sonrisa coqueta. Sus ojos estaban decaídos. Era una sonrisa triste.

—¿Te gusta él?

—No. No en realidad.

—¿Qué significa eso? ¿Solo tratabas de llegar a mí?

—Escucha...yo...

—Era sobre ti... lo que escribí. Era todo acerca de ti. —su labio inferior comenzó a temblar.

—Lo sé, —dije, mi voz temblorosa. Comencé a llorar entonces, sin contenerme—. Amé cada palabra. Fue tan hermoso.

Estiró su mano y con el pulgar quitó las lágrimas de mi mejilla—. Em, ¿podemos volver a cómo eran las cosas antes?

—Si... definitivamente.

Me llevó hacia su pecho. —Quiero decir ¿Hunter Stevens? ¿En serio? Ese chico es tan idiota.

Me sequé las lágrimas y me reí en su camisa. —Vamos, ¿Desiree Banks? Es una zorra y todo el mundo lo sabe...y esas tetas, por Dios.

—Para el reporte, no soy en realidad un chico de tetas. Bueno, quiero decir...

—¡Ya sé tonto! No puedo creer que ella fuera tu primer beso.

Empujó mis hombros hacia atrás para mirarme. —Desiree no fue mi primer beso.

—¿No lo fue?

—No. Besé a Katy Brown en séptimo grado. Nos enredamos en la sala de lectura al fondo de la biblioteca. —Se rascó la barbilla—. Y entonces estuvo Chastity Williams, y Lizzy Peters, y...

—Está bien, está bien, Jesús, creo que Desiree no es la zorra aquí.

—¿Fue ese tu primer beso Em? ¿Con Hunter?

Comenzaba a sentirme como una completa idiota. —Sí, algo así. —dije tan bajo que apenas pude escucharme.

Su sonrisa herida estuvo de regreso.

—No me mires así Jax. ¿Qué tiene? ¿A quién le importa?

—No, no es gran cosa. Solo me imaginé... siempre pareciste tan, no lo sé, solo imaginé...

—¿Te imaginaste qué? ¿Que Jackson? ¿Que mi primer beso sería contigo?

Se encogió de hombros—. Tal vez.

—Esa no es una respuesta.

Suspiro. —Eres especial.

—Oh, ¿soy especial? Eso me hace sonar retrasada.

—Odio esa palabra Emerson.

—Bueno, ¿Qué quieres decir? —Mi voz comenzaba a elevarse y mis mejillas se ponían rosadas.

—Quiero decir que quería practicar para ti. Quería que nuestro primer beso fuera perfecto.

—¿En serio? —Me paré de puntillas, tratando de absorber físicamente sus palabras.

—Lo juro. Siempre he querido besarte. Tienes que saber eso.

Parpadeé un par de veces antes de estirarme y acercar mi cuello hacia él. *Hmm, ese limpio aroma a Jackson.* Alrededor de octavo grado, comenzó a recordar usar desodorante, gracias a Dios. —Supongo que lo sabía.

Me incline más cerca.

—Bueno, no voy a besarte ahora, con la baba de Hunter toda sobre ti. Tenemos que desinfectarte. Jabón en la boca y todo.

—Oh, cállate. —Lo golpeé en el pecho.

Tomó mi mano y me llevó con él. —Vamos, estamos tarde para biología.

5

AÚN SIN HABLAR

Traducido por Lauu LR
Corregido por Marie.Ang

—¿Aun estás leyendo ese libro? —preguntó Cara al pasar cuando doblaba ropa en el sofá.

—Sí —le dije, entonces la seguí a la cocina. Me senté en la barra mientras ella sacaba los ingredientes para un batido. Era medio día, y sabía que tenía que dar clase en una hora.

—No has estado comiendo, Emi.

—No, lo he hecho. Estoy bien. Oye, ¿quieres que hacer Bloody Marys? —pregunté.

Rio. —¿Te estás volviendo alcohólica?

—Tengo algo que decirte —dije, abruptamente. Se me quedó mirando y su sonrisa desapareció.

—¿Tengo que cancelar mi clase? —preguntó.

—¿Conoces ese...uh...libro? Ya sabes, ¿el de J. Colby?

—Uhh, claro que sí. Acabo de leerlo. Lo estás leyendo ahora. Acabo de preguntarte por él hace, literalmente, treinta segundos.

—Sí, bueno... —Quería decirle la verdad, pero no conseguía hacerlo—. Solo quería agradecerte por pasármelo.

Sonrió. —¿Eso es todo?

Asentí.

—¿Aun quieres que te prepare un Bloody Mary?

—No, deberías irte a tu clase —le dije.

—¿No vas a ir? —pregunta.

—No, cancelé la mía. Tengo dolor de cabeza. Creo que voy a salir a correr y tal vez tratar de escribir algo.

—Buena chica. —Se apresuró a la puerta con su mochila y entonces gritó—: Oh, de nada por el libro, pero deberías agradecer a quien sea que metió ese artículo del *New Yorker* en mi buzón de la escuela. Es así como lo descubrí, en primer lugar.

Miré fijamente la puerta cerrada después de que se fue. ¿Alguien le había dejado un artículo sobre J. Colby?



Corrí seis kilómetros, regresé al departamento y me senté en mi computadora. Escribir sería imposible, así que volví a su sitio web y miré fijamente su fotografía, navegué al buzón y comencé un nuevo mensaje para él:

Jase, ¿Por qué recordar todo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Oh, y tu escritura apesta.

Lo eliminé y abrí el libro una vez más.

De Todos los Caminos en Medio

El Sr. Williams, nuestro maestro de biología alto y de aspecto inteligente, se paró en el pizarrón y dio la clase, ocasionalmente haciendo preguntas, pero no escuchaba nada de lo que decía. Pensaba en Jax, quien se encontraba sentado justo detrás de mí. Mientras retorció mi cabello en mis dedos, imaginaba como sería besarlo.

Su cuerpo era demasiado largo para los escritorios de nuestra clase, así que tenía que sentarse hacia el frente con las piernas extendidas frente a él. Podía vislumbrar la longitud de sus piernas en mi visión periférica. Estaba comenzando a notar todas esas sensaciones en las que no nunca pensé realmente antes, y podía sentir su calidez emanando detrás de mí.

El Sr. Williams se aclaró la garganta y dijo en voz alta—: Hay células que carecen de membrana unida al núcleo, ¿Quién sabe cómo se les llama?

Nadie levantó la mano.

—¡Fisher! —gritó el Sr. Williams.

—¿Procariotas? —dijo Jackson, como si no estuviera seguro, pero sabía que era así.

—Es correcto —dijo el Sr. Williams—. Emerson, ¿estás poniendo atención?

Me enderecé en el asiento. —Sí, señor.

—Está bien —dijo el Sr. Williams—. Entonces dínos, ¿el sistema del que hemos estado hablando durante toda esta clase como es llamado?

Mi corazón corría, y el cuarto comenzó a girar. Odiaba que me preguntaran. No tenía idea de cuál era la respuesta, pero entonces Jackson susurró—: Nomenclatura binomial.

Fue como si hubiera dicho *Quiero hacerte el amor*. Así es como Jackson diciendo “Nomenclatura binomial” sonaba para mí.

El Sr. Williams aún me miraba. Apunté mi dedo hacia el techo y anuncié—: ¡Nomenclatura binomial!

—Así que, estás poniendo atención, Emerson. Bien —dijo el Sr. Williams.

En el autobús camino a casa, Jax dijo—: Es en verdad difícil poner atención en clase cuando siempre estás frente a mí, jugando con tu cabello. —Apretó mi mano y sonrió. Algo acerca de la forma en que me tocaba se sentía diferente de las otras veces.

—No parece que tengas problemas dando las respuestas correctas.

—Solo estoy diciendo. Quería lamer tu nuca hoy.

—Jackson —dije en un bajo susurro conspirador—. ¡Eso es asqueroso! —Pero podía sentir mi cuello picando en anticipación.

—En serio, quiero lamer tu boca, pero sigo pensando en la lengua de Hunter en tu garganta.

—Él en verdad metió su lengua hasta mi garganta. —Me estremecí, y Jackson se rio un poco más, por lo que lo golpee con el codo. Apenas podía lidiar con nuestro intercambio coqueto.

—Lucía mal, Em.

—Bueno, nunca había besado a nadie antes. Deja de molestarme.

—No te estoy molestando. Es solo que se necesita cierta fineza ¿sabes? Te enseñaré después. —Me guiñó.

—Jesús, en serio eres muy presumido a veces.

—Me amas.

—No tengo otra opción —dije.

Saltamos por las escaleras del autobús uno después del otro. —Adiós, señorita Beels —gritó Jackson desde los buzones—. La veo mañana.

—¿Va a trabajar tu mamá esta noche? —le pregunté.

—Sí, ¿tú papá?

—Eso creo.

—Está bien, ¿quieres venir? Podemos ver televisión en mi casa. Y puedo deshacer todo lo que Hunter te enseñó —declaró con seriedad.

—¡Jackson Fisher detén eso en este momento!

—Estoy bromeando, quiero que vengas a pasar el rato. Sin presión.

—Está bien, voy a hacer mi tarea primero y luego, iré.

Puso su brazo alrededor de mi hombro. —Puedes hacer la mía si quieres.

—No, tú puedes hacerla, Casanova.

Se rio. —Tienes razón. Tengo más calificación que tú en biología y matemáticas.

—Sabes que, en verdad has dejado que toda esta atención de las chicas se te suba a la cabeza. No estoy segura de que me merezcas.

—Bueno, no me preocupa ninguna de las otras chicas. Solo tú.

El aire se encontraba lleno de anticipación. Hablamos y reímos todo el camino a casa. No lo sabíamos en ese momento, pero estábamos enfermos de amor. Nuestra inocencia era hermosa, imposible de capturar de nuevo, imposible de recrear. Algunas veces en el autobús, cuando éramos solo Jax y

yo pasando los marcadores de kilómetros, soñaba despierta con que la señorita Beels daría la vuelta y nos sacaría de Neeble. Los tres viviríamos juntos en ese autobús, en algún lugar, cualquier lugar donde no hubiera hermanos hundiéndose en el lago, ni madres adictas a las drogas, ni monstruos del whisky acechando.

Mi sonrisa decayó cuando noté la desgastada camioneta Toyota de mi papá, aparcada en forma extraña frente a nuestra casa. —Te veo en un rato — dije ausentemente.

Jax besó la cima de mi cabeza. —No puedo esperar.

Justo antes de que alcanzara mi puerta delantera y él alcanzara la suya, ambos nos dimos la vuelta. Beso su mano y me dijo adiós. Yo hice lo mismo.

En el momento en que abrí la puerta, lo supe. La casa se encontraba a oscuras. El rancio olor a bebida y olor corporal me golpeó mientras pasaba la entrada. Camino a mi cuarto, miré alrededor para ver a mi papá desmayado en el sofá, la televisión sonando y una botella vacía tirada a su lado.

Tan silenciosamente como pude, cerré la puerta de mi cuarto y comencé la tarea. Se suponía que partía al trabajo cerca de las cuatro de la tarde, así que quince minutos antes fui a la sala y traté de despertarlo.

—¿Papá? —Sacudí su hombro, pero alejó mi mano de un golpe—. Vas a llegar tarde al trabajo.

—Que se joda ese trabajo. No voy a volver —murmuró en un cojín. El monstruo del whisky estaba de regreso. No lo había visto así en un tiempo.

—¿Papá? Vamos.

—¡Dije que me dejes solo, Emerson! ¿No escuchas?

—Está bien, lo siento. —Volví a mi cuarto a terminar de estudiar para el examen de biología del día siguiente.

Un poco después, lo escuché tropezando por el pasillo. Azotó la puerta de mi cuarto, avanzó hasta mi ropero, y comenzó a rebuscar en los cajones.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué, papá?

—Tu dinero del rancho de huevos. —Su pecho se movía de arriba a abajo. Me levanté y fui en busca de una pequeña bolsa que tenía colgada del poste de mi cama. Busqué dentro y saqué el paquete de dinero, la mayoría de uno y cinco—cerca de treinta y ocho dólares. Había estado ahorrando por mucho tiempo para comprar un vestido para el baile de fin de año.

Lo arrebató de mi mano. —Papá, eso es para mí...

—Me importa una mierda para qué es. ¿No he sido bueno contigo?

—Um...

—¿No lo he sido?! —gritó.

—Sí, señor.

Sudor se formaba entre sus cejas. —Voy a conseguir otro trabajo, ¿está bien pequeña zorra? —La palabra dolió y me puso físicamente enferma. Noté que me había arrancado un mechón de cabello al estarlo retorciendo violentamente por los nervios.

Salió rápido de mi cuarto, y un minuto después escuché su camioneta encenderse. Fui a la ventana y lo vi volar por el camino. En lugar de torturarme por el dinero, traté desesperadamente de enfocarme en pensamientos de Jax.

Me tomé mi tiempo limpiándome y me puse unos pantalones de yoga. Agarré un paquete de palomitas de microondas y caminé a casa de Jax. Abrió la puerta sin camiseta, descalzo y con una enorme sonrisa. Tenía puestos mis vaqueros favoritos. Sonreí, pero pudo ver la tristeza en mis ojos. —¿Qué está mal? —Sostuvo la puerta abierta, pero se quedó de pie frente a mí y no me dejó pasar. Apuntó hacia mi casa—. ¿Qué te hizo?

—Nada. No es gran cosa. Ya se fue.

—Ven aquí. —Nos abrazamos más tiempo de lo normal. Su pecho era duro contra mi mejilla. Podía sentir los bordes en los costados de sus estrechas caderas. Jackson era un hombre y yo una mujer, y cuando estábamos presionados uno contra el otro así, todo el mundo tenía sentido.

Me alejé con reticencia y levanté las palomitas. —¿Podemos preparar estas aquí?

—Yo lo hago.

Lo seguí a la cocina. —¿Qué quieres ver esta noche?

—Te dejaré elegir. La preferencia de la dama. Pero primero, ¿por qué no me dices que pasó?

—Nada fuera de lo usual. —Me subí a la barra junto al viejo refrigerador amarillo—. Mi papá estaba borracho. No fue a trabajar.

Jax encendió el microondas, se acercó y se paró entre mis piernas. Presionó sus palmas en mis muslos y las frotó arriba y abajo. —Me gustan estos.

—¿Mis pantalones?

—Sí. Me gusta cuando solo somos tú y yo, así. Cómodos.

Mi corazón latía deprisa. —Ahora eres puro palabras y sentimientos. ¿Qué se te metió, Fisher?

—Fue difícil verte con Hunter.

Incliné la cabeza hacia un lado —Fue difícil ver esta cosa por dos días. — Señalé el borroso chupetón de su cuello.

—Lo sé.

—Me llamo zorra.

—¿Quién?

—Mi papá. Nunca me ha llamado así antes.

Jax cerró los ojos, enojado, y sacudió la cabeza. —Voy a matarlo — susurró. No era la primera vez que Jax decía algo así, pero siempre supimos que eran solo palabras—. Dios, Em. No mereces eso.

Mis ojos comenzaron a aguarse. —Ya no quiero llorar hoy.

Levantó mi barbilla, de modo que nuestros ojos se encontraban a la misma altura, y entonces pasó su dedo índice por mi mandíbula. Estudió mi rostro, mirando de mis ojos a mi boca. Había reverencia en su expresión.

—¿Qué? —dije, y luego sus labios estuvieron en los míos. Me besó lentamente, con dulzura. Gentilmente, sujetó mi cuello con ambas manos y profundizó el beso. Anclé las manos en sus bíceps. Se sentía más grande que yo. Se sentía seguro, cálido, familiar. Cuando se alejó, abrió los ojos y sonrió por un momento. Le devolví la sonrisa, y entonces me besó de nuevo. Moví las manos a sus costillas y lo acerqué más. Dejó besos a lo largo de mi barbilla y hacia mi oído. Mi respiración comenzaba a acelerarse. Cerca de mi oreja, en voz baja, dijo—: He querido hacer esto por tanto tiempo.

—¿Estuvo bien? —dije, nerviosa.

—Shh, fue perfecto.

Mordió mi labio suavemente. Yo gemí.

—Quita tus manos de ella. —La voz distorsionada de mi padre viajó por el oscuro pasillo.

Jax se alejó, pero mantuvo las manos en mi cuello y su mirada en la mía. Me congelé.

—Dije que quites tus malditas manos de ella.

Los ojos de Jackson comenzaron a aguarse y entonces, los apretó como si tratara de hacernos desaparecer. Meneó la cabeza y susurró—: Esto no está pasando.

—Está bien, Jax. Déjame ir. Va a estar bien.

Soltó mi cuello finalmente y solo murmuró las palabras, *Lo siento*.

—No es tu culpa.

—Lleva tu culo a casa, Emerson. —La voz de mi padre sacudió las paredes a nuestro alrededor.

—Está bien, papá. —Me bajé de la barra y caminé hacia él—. Vámonos —le dije, y apunté hacia la puerta.

—Voy a tener una charla con este degenerado, primero.

—Papá, lo besé. Nada más paso. Es la primera vez que nos besamos. —Miré a Jackson, cuyos ojos ahora estaban abiertos con pánico.

—¡Cállate! ¡Lleva tu culo a casa ahora!

Rogué una vez más—: Por favor, no lo lastimes.

Me quedé afuera de la puerta y escuché. Todo lo que lo oí decirle fue—: Tócala de nuevo y te mataré. Tengo un arma cargada esperándote en mi casa.

Cuando lo oí acercándose al frente, corrí a casa, a mi cuarto, y cerré la puerta.

No vino inmediatamente. Creo que tenía que beber esa linda botella que compró con mi dinero del rancho de huevos antes de estar listo para gritarme. Por un rato, pensé que podría dejarme sola, pero ese no era su estilo.

Cuarenta y cinco minutos después, mi puerta se abrió de golpe. —Levántate, pequeña perra mentirosa.

Por primera vez, mantuve la cabeza en alto y caminé hacia él. Lo miré directamente a los ojos y fui premiada ¡con un golpe! Lo miré fijamente en shock. Me golpeó. Nunca me había golpeado así en la cara. Me había sujetado demasiado fuerte antes y lanzado alrededor cuando las cosas se ponían realmente mal, pero nunca me había lastimado con tanto propósito y fuerza. Me contuve, enderece los hombros, y levanté la cara hacia él, de nuevo. Estaba asustada y temblorosa.

—¿Quieres ser una zorra mentirosa?

—No, señor.

¡Golpe! —Pequeña perra. —Golpe—. ¡Me mentiste, Diana! —Golpe.

¿Porque me estaba llamando por el nombre de mi madre?

—¡Es Emerson, papá! —Golpe. Comencé a sollozar—. Lo siento, papá. —Golpe.

—Ni siquiera tuve que tocar a ese pequeño cobarde de Jackson. Prácticamente se orinó en los pantalones ahí, en el piso de la cocina.

Algo cambio en mi interior de repente. Sentía que mi padre podría decirme cualquier cosa a mí y sobre mi madre, podía hablar de cualquier persona en el mundo que despreciara, todas las zorras, drogadictos y

degenerados, pero en mi libro, no tenía permitido tocar a Jax. Ni siquiera tenía permitido exhalar su nombre. No se lo permitiría sin luchar.

En una voz extrañamente resignada, dije—: Jódete. —Mi padre se paró ahí, viéndome, sin moverse, asombrado—. Dije jódete, bastardo enfermo. No tienes derecho.

Golpeándome con el puño cerrado, me lanzó al piso y me pateó la cabeza. Me desmayé y volví segundos después. Me estaba golpeando la espalda y el trasero con el borde de su cinturón. Comencé a gritar por el dolor y le rogué que parara. Traté de alejarme, apoyada sobre mis manos y rodillas, pero se paró en mi espalda y entonces me dio la vuelta, agarrándome del cabello. Me golpeó en la cara y me desmayé de nuevo. Estaba balanceándome en algún lugar entre la inconciencia, y podía sentir mi cuerpo destrozándose mientras me golpeaba una y otra vez.

Cuando la puerta de mi recámara se abrió, vi la sudadera negra y los zapatos deportivos de Jackson moviéndose hacia nosotros.

Traté de gritar—: ¡No, Jax! —pero mi voz se había ido. Tenía miedo de que mi padre lo matara. En un movimiento, Jax quitó de mí el peso de mi papá y lo lanzó lejos, contra mi ropero de madera. Intentaba desesperadamente seguir consiente. Había sangre en mi cara y mis ojos, pero a través de ella, aun podía ver a Jackson a horcajadas de mi padre, golpeándolo, un golpe después del otro en rápida sucesión.

—¡Pedazo de mierda! —Gritaba y lloraba mientras lo golpeaba una y otra vez. Cuando parecía que mi padre se había desmayado o estaba noqueado, observé a Jackson detenerse y venir a mí con enormes ojos asustados. Me levantó sin esfuerzo. Sus lágrimas cayeron en mi cara, pero ya no podía sentir nada—. Oh, Dios. Oh, Dios. —Seguía diciendo una y otra vez—. No mueras. Por favor, Em, no me dejes.

Pensé sombríamente que debía lucir muy mal, y entonces quedé inconsciente de nuevo. Cuando volví en sí, me encontraba acostada en el asiento delantero de la camioneta de mi papá. Mi cabeza en el regazo de Jackson. Hablaba continuamente mientras conducía—: Trata de seguir despierta, Em. —Mi ropa se pegaba a los cortes en mi cuerpo. Comencé a sentir picazón y dolor en todo mi cuerpo. Jackson tenía su permiso de aprendiz. Tendría dieciséis en otro mes y entonces, tendría su licencia. *Tal vez entonces, podemos dejar Neeble atrás*, pensé.

—Emerson, te amo. Por favor, trata de mantener los ojos abiertos. —Pero ya no podía porque solo quería soñar con Jackson y yo, en alguna otra vida, amándonos.

Jax no dejó mi lado en el hospital. Incluso después de que la policía y los trabajadores sociales de Protección a Menores le dijeron que estaría bien, no se

fue. Tenía una contusión, ojos morados e hinchados, un labio roto, algunas laceraciones menores del cinturón, y un montón de moretones, pero de otro modo, estaba bien. Cuando nos dijeron que mi padre fue arrestado sin mucha resistencia, Jackson se relajó un poco, pero aun así no se fue. No es que yo quisiera que lo hiciera.

Nos volvimos una especie de sensación en los medios en los dos días que estuvimos ahí. Una historia fue escrita sobre nosotros en el periódico. El chico de quince años que, salvó la vida de su novia, condujo durante veinticuatro kilómetros al hospital, y luego cargó su débil cuerpo a emergencias. Ambos conseguimos un montón de trato especial. Las enfermeras lo alimentaron, curaron su mano, y lo dejaron dormir en mi cuarto. Pero nuestra felicidad fue de corta duración.

—Vas a entrar en un hogar de acogida —dijo la mañana en que fui dada de alta.

—Lo sé. Van a enviarme a New Clayton. No es tan lejos. Podemos vernos los fines de semana. —Me sentía devastada y también él, pero quería que entendiera que aun podíamos estar juntos—. Eres mi mejor amigo —le dije.

—Estoy tan enamorado de ti. —Sus ojos suplicaban. Comenzaba a verse bastante maltrecho después de dos días sin ducharse, y su preocupación lo hacía lucir mayor de quince. Su largo cabello castaño iba a todos lados, y sus ojos se encontraban inyectados de sangre.

—Voy a estar bien, Jax. Vamos a estar bien, y también te amo. Cuando consigas tu licencia, puedes venir a verme.

Acercándose a mi cama de hospital, puso la mano en mi mejilla. Hice una mueca de dolor. —No puedo creer que te hiciera esto. ¿Por qué fue tan diferente esta vez?

—No lo sé. No te preocupes por mí, ¿está bien? Voy a estar bien... mejor. Solo un par de años antes de que podamos ir a California. Estaremos juntos y podremos ir a la universidad, tú puedes terminar de escribir tu libro y conseguiremos un gato.

Rio. —Me gustan los perros.

—Vamos a tener un gato y un perro.

—¿Lo juras?

—Te lo prometo, Jackson. Eso significa más que jurar.

—Voy a tomarte la palabra. Voy a ir y encontrarte, y hacer que lo cumplas.

—No tendrás que hacerlo —le dije.

Paula, mi trabajadora social, entró al cuarto. —Hola, Emerson. Hola, Jax. Antes de irnos, Emerson, necesitarás sentarte con el detective de la policía. Puedo estar aquí como tu abogado. Necesitan una breve declaración de tu parte. Tu padre se declaró culpable, así que no tendrás que testificar, pero tienes que dar una declaración.

—Está bien.

Después de que me encontré con los miembros del departamento de policía, Jax y yo fuimos al frente, donde su madre lo esperaba en su auto viejo. Ella solo me saludó con la mano; ni siquiera se molestó en salir. Me pregunté por qué.

—¿Qué pasa con tu madre?

—No lo sé. No te preocupes por ella.

—¿Te dijo algo cuando la llamaste esta mañana? —Sacudió la cabeza—. Dime Jackson, por favor.

Suspiró. —Le preocupaba el que esté envuelto en esto con tu papá y que fuera a meterme en problemas, dificultar la universidad y esas cosas. Sabes que está contando con que yo me encargue de ella, ¿verdad? —Rodó los ojos.

—Hiciste algo maravilloso. Por favor, no dejes que te haga sentir mal por eso. Eres un héroe.

Se agachó y pasó el pulgar por mi labio inferior. —Creo que tú eres la heroína, Em. Eres tan fuerte... sin miedo.

—Soy una gran cobarde. ¿Recuerdas cuando encontraste esa enorme araña en el cobertizo?

—Tienes razón. Eres una gran cobarde, pero solo cuando se refiere a las arañas.

Paula estacionó su carro y esperó a que Jax y yo nos despidiéramos.

—Estoy tan agradecida de tenerte en mi vida, Jackson. Sigues salvándome una y otra vez.

Sonrió, sus ojos aguándose. —Estar en ese estúpido camino sin ti va a apestar.

—Sigue diciéndote que no será por mucho tiempo.

—Vas a llamarme cada día, ¿verdad?

—Voy a tratar. Solo es New Clayton. Ni siquiera está tan lejos. ¿Crees que ella te dejará usar el auto cuando tengas tu licencia?

Miró hacia Leila. —¡Vamos Jax, tengo que ir a trabajar! —gritó.

—Probablemente, no. Dios, estoy tan frustrado, Em. No quiero dejarte.

—No te estreses, ¿está bien? Vamos a resolverlo. Tal vez Paula ayudará. A ella en verdad le gustas.

Pasé la palma por su mejilla. Había dolor en sus dulces y gentiles ojos. —Te amo, Jackson, y tú me amas. Es todo lo que importa.

Asintió y luego, se agachó y presionó sus labios en los míos. Cuando cerré los ojos, sentí una lágrima golpear mi mejilla, y entonces se había ido. Justo antes de que su madre arrancara, levantó la mirada a través de la ventana del pasajero, besó su mano, y dijo adiós. Hice lo mismo.

6

TODO ERA VERDAD

Traducido por MaJo Villa & Val_17

Corregido por Lu

Cerré el libro y tomé una respiración profunda. Hasta el momento, casi todo lo que Jase había escrito era exacto. Increíblemente, había atinado cada momento de esa fatídica noche, hasta mis sentimientos complicados. Solo había algunas diferencias sutiles. Mi padre era más un borracho descuidado que uno enojado, y "el monstruo del whisky" era el nombre de Jase para él, no el mío. Mi padre era verbalmente abusivo y negligente, pero rara vez era violento de forma física, con la excepción de las pocas veces que había perdido el control. Pero nada comparado con la última noche que viví bajo su techo.

Esa noche cambió toda mi vida, y fue la razón principal de que me negara a mirar hacia atrás. Pero cada vez que me había visto obligada a hablar de ello durante las sesiones de terapia, siempre me perdía en mis propios recuerdos y sentimientos. Nunca pensé en cómo se había sentido Jase en esa situación, la forma en la que la noche podría haberlo impactado profundamente en su interior. Pero claramente, lo hizo. Así fue. Me preguntaba si escribir esas escenas era de alguna forma, algo catártico para él.

Leila, cuyo nombre en realidad era Lisa, obviamente, había sido una adicta a la heroína, aunque el libro trataba de hacer que su adicción pareciera inofensiva y menos grave. Me preguntaba si Jase intentaba protegerla con una lectura rápida y ligera de los hechos. Ella había tratado de mantener a sus hijos, pero en el momento en que fueron adolescentes, hace mucho que se había perdido. Sus brazos se encontraban cubiertos de marcas, y gastaba la mayor parte de su dinero en drogas. Una gran cantidad de gente de mal vivir entraba y salía de la casa de Jase, nosotros solo podíamos imaginar para qué.

Leer el libro de Jase era como leer la historia que yo hubiera escrito si alguna vez hubiera seguido el consejo de Cara de comenzar un libro de memorias. Toda la experiencia fue extraña. Era como si mis recuerdos hubieran vuelto a la vida, completos con todos los detalles sensoriales. Cada página me transportó de nuevo a ese lugar feo en Ohio, en donde Jase y yo estuvimos atrapados durante toda nuestra infancia.

Sin embargo, la idea del libro todavía me enojaba, no me agradaba. Seguía regresando a las primeras páginas antes de la historia, buscando una dedicación, pero no había nada. Me iba a arrastrar por todo el camino a través de mi pasado doloroso, robaría mi historia, y ni siquiera me dedicaría el maldito libro.

Más tarde esa noche, Trevor llegó con una pizza. Nos sentamos en la barra de desayuno y comimos en un incómodo silencio mientras esperaba que él mencionara la conversación de la noche anterior. Me había estado pidiendo que compartiera una parte de mi pasado con él durante tanto tiempo, y finalmente me había abierto. Pero en realidad nada había cambiado entre nosotros, y ahora se sentía más lejos de lo que me había sentido antes.

—Así que... ¿qué hiciste hoy? —pregunté con la boca llena de comida.

—Solo entrenamiento, entonces fui a tomar unas cervezas con los otros entrenadores asistentes. ¿Tú?

—No mucho. Lavé ropa.

Trevor bajó un trozo de grasa en el plato y se detuvo. —Emi, ¿todavía te sientes alterada por esa cosa que me contaste anoche?

—*¿Esa cosa?* —Me abrí contigo sobre algunas cosas muy traumáticas y apenas has reconocido eso. Sabes que odio recordar mi pasado, y este libro que estoy leyendo no ayuda. Así que sí, me siento bastante como una mierda.

—¿Qué libro? —preguntó, perdiendo totalmente el punto.

Sentí algo que saltaba dentro de mí, y antes de que me diera cuenta, las palabras salían de mi boca. —Estoy leyendo un libro sobre mí, Trevor. Mi primer amor escribió un libro entero sobre nuestra infancia, desde mi punto de vista, y es un gran éxito. Y ahora es un autor exitoso. ¿Y sabes qué? Me siento más que molesta por ello; estoy jodidamente devastada y confundida porque no quiero volver a vivir esos terribles recuerdos, y ciertamente no deseo que nadie más se beneficie de ellos.

Ahora me miraba directamente, sus ojos muy abiertos por la sorpresa. —Qué... ¿De dónde demonios sacaste este libro? Déjame verlo. —Ninguna disculpa por su falta de sensibilidad. Sin simpatía por lo que yo atravesaba. El típico Trevor.

—De ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque trata sobre todo de mi relación con otro hombre.

—Si él era de tu infancia, ¿no eran solamente niños?

—O sea, no lo he visto en doce años, pero nuestra relación fue muy... —tragué saliva nerviosamente—. Intensa.

Se cruzó de brazos y me dio una mirada escéptica. —No voy a ponerme celoso de tu relación juvenil, Emi. Solo quiero saber lo que escribió de ti.

De repente, me arrepentí de hablarle de Jase y del libro. —Déjame terminar de leerlo. Es personal, eso es todo.

—Todo el mundo puede leerlo, ¿pero tu novio no puede hacerlo? —Puso los ojos en blanco—. Eso es una mierda.

No respondí, y él no me presionó. No estaba equivocado exactamente, pero yo no tenía necesidad de justificarme. *Era* personal. Si quería una copia, tendría que comprársela él mismo.

Nos quedamos en silencio mientras terminábamos nuestra cena, y luego nos trasladamos al sofá para que Trevor pudiera ver el fútbol mientras me acurrucada en un ovillo y continuaba leyendo. Asumió su posición estándar al tiempo que se apoyaba sobre los cojines, sus pies levantados sobre la mesa, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Se me ocurrió que había algo malo acerca de su indiferencia. Acabábamos de tener una pelea, y sin embargo su lenguaje corporal sugería que no había pasado nada. Como si hubiera seguido adelante.

Para el ojo inexperto, lucíamos como la imagen de la intimidad, pero no había nada íntimo aquí. Nuestra relación era perezosa. Él debería haber estado frotando mis pies, y yo debería haber estado practicando hablar completamente, pero en cambio, nos encontrábamos tan distantes como podríamos estarlo en todos los sentidos de la palabra. Era más fácil de esa manera.

De Todos los Caminos en Medio

En el camino a la casa de acogida en New Clayton, Paula me dio todos los detalles pertinentes de mi nueva vida. El señor y la señora Keller tenían más de sesenta años y habían sido padres de acogida por más de treinta años. Yo sería la mayor de los cinco hijos de crianza en su casa, lo que sonaba un poco genial, me gustaba la idea de tener niños pequeños con quienes jugar. En el momento en que llegamos a la casa de tres pisos de estilo victoriano vieja y de color amarillo, yo tenía estrellas en mis ojos. Se veía como una casa de muñecas.

Paula pensó que los Keller tendrían mucha compatibilidad conmigo, y no podría estar más de acuerdo. Me sentía muy emocionada de conocer a mi nueva familia.

La puerta se abrió, revelando a una mujer robusta con fuertes líneas de expresión en las comisuras de su boca y el cabello gris con permanente y estilizado en corte muy corto. La señora Keller abrió la puerta y luego inmediatamente se dio la vuelta y gritó—: Sofía, ¡ve a tu habitación! —Su voz de trueno me hizo retroceder del escalón del porche—. ¿Ya te vas? Acabas de llegar.

—Yo... yo...

Paula habló por mí. —Hola, señora Keller. Ella es Emerson. Tiene quince años y le gusta leer.

—¿Qué te pasó en la cara, hija?

—Mi... mi...

—Acaba de ser retirada de la casa que compartía con su padre abusivo —respondió Paula por mí.

—Sé todo eso. Oí la historia. Quiero oírla hablar. En esta casa puedes hablar, Emerson, siempre y cuando sea con respeto. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Fue uno de esos tipos de fábricas de papel, ¿no? Ninguno de ellos vale nada, ¿verdad? Bueno, vamos entra, ¿qué estás esperando?

Paula puso su brazo alrededor de mi hombro y me metió en la casa. —Señora. Keller —dijo Paula—, ¿puedo ver en donde Emerson dormirá?

—Por supuesto que puedes. Sígueme.

La casa olía a limpiador de madera de cítricos. Era ordenada y tranquila para una casa con cuatro hijos. Me aferré a la barandilla de madera recién pulida cuando subí por las escaleras detrás de la señora Keller y de Paula.

Paula, una mujer delgada y en forma de unos treinta años, se encontraba sin aliento para el momento en el que llegamos a la tercera planta, sin embargo, la señora Keller, con su cuerpo voluminoso, apenas siquiera empezó a sudar. Una vez que llegamos a destino, la señora Keller nos llevó a una pequeña habitación en el ático debajo del techo dividido en dos. Estaba impecable. Podías ver el vacío de pie en la alfombra, y la cama individual debajo de la ventana se encontraba cubierta con un edredón de gasa y encaje de color rosa prístino.

—Ideal para una princesa —dijo Paula.

—Sí —estuve de acuerdo—. Esto es increíble.

—Espero que mantengas este espacio ordenado —dijo la señora Keller.

Paula se volvió hacia mí. —¿Por qué no traes tu maleta? Voy a hacerle a la señora Keller algunas preguntas mientras tanto.

—Bueno.

En mi camino hacia abajo, vi a una niña mirándonos a escondidas desde la esquina.

—Hola —le grité. Para mi sorpresa, ella salió y se puso delante de mí.

—Hola, soy Sophia. —Tenía el cabello rubio y largo, perfectamente peinado enmarcando su rostro angelical.

—Soy Emerson. —Extendí mi mano—. Encantada de conocerte.

—Igualmente.

Nunca había oído hablar a un niño de esa manera. —¿Cuántos años tienes?

—Tengo ocho. ¿Cuántos años tienes tú?

—Tengo quince. Voy a cumplir dieciséis años en julio.

—Solo tres meses de distancia. Eres afortunada.

—Sí. ¿Te gusta estar aquí?

—Sí, me encanta.

—¿Qué edad tienen los otros niños? —pregunté.

Por el rabillo del ojo, vi unos cuantos pares de pies. Entonces oí el sonido de golpeteo de unas pisadas, junto con el glorioso sonido de niños riendo. —Salgan, chicos —gritó Sophia antes de volverse hacia mí—. Están muy emocionados de conocerte.

Detrás de las escaleras aparecieron tres niños pequeños, alrededor de la misma edad. —Los gemelos son Brandon y Daniel. Tienen cinco. Thomas tiene seis.

—Hola, Emerson —dijeron, casi al unísono.

—Hola chicos.

Corrieron hasta mí y me abrazaron las piernas.

Sophia sonrió. —Son muy dulces, pero también pueden ser un dolor en el trasero. Y comen mucho.

—Creo que me va a gustar estar aquí. ¿Cómo son los Keller?

—Son grandiosos. Solo tienes que seguir sus reglas.

—Por supuesto —dije. *Eso suena totalmente razonable.*

—Quiero decir que tienen una política de tolerancia cero. Son muy buenos para los niños que crían, pero no crean lazos. Una gran cantidad de chicos mayores no duran mucho en este lugar porque se meten en problemas.

Me preguntaba en qué consistían estas reglas, pero justo en ese momento, el señor Keller apareció en el pasillo. —Emerson, yo soy el señor Keller. —Me dio la mano. Llevaba una camisa a cuadros y una camisa de Pendleton y Dockers con un pliegue perfecto hasta la parte delantera de cada pierna. Tenía una barba bien cuidada y una cara amable.

—Hola —le dije.

—Niños, vayan a terminar sus tareas y déjenme hablar un poco con Emerson.

Tres pares de pies se escabulleron, pero Sophia siguió mirándome mientras subía por las escaleras.

—Tenemos una buena casa aquí, Emerson, pero debes saber que no aceptamos a una gran cantidad de adolescentes porque no nos gusta soportar dramas. ¿De acuerdo?

—Lo entiendo.

Él no perdió el tiempo, antes de presentar las expectativas. —Tu trabajadora social dijo que te concentras en el trabajo escolar, haces tus tareas, y sigues las reglas. ¿Podemos contar contigo para que hagas eso?

—Lo haré, lo prometo. Pero ¿cuáles son las reglas exactamente?

—Solo la escuela, y las actividades extracurriculares afiliadas a la iglesia. Los deberes y las tareas deben ser realizados antes de la cena. Esperamos que asistas a la iglesia y al estudio de la Biblia los domingos. Y que respetes a todos los miembros de la casa. No toleramos ninguna respuesta.

—Así que... ¿sin vida social?

Parpadeó durante diez segundos incómodamente largos. —¿Eso es todo lo que sacaste de eso? —Antes de que pudiera responder, dijo—: A juzgar por

el aspecto de tu cara, tienes necesidad de un lugar seguro para vivir. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Sigue las reglas y eso lo obtendrás aquí —dijo, y luego se alejó.

Me preguntaba si me dejarían llamar a Jackson. Pensaba que él calificaba como una actividad extracurricular no relacionada con la escuela.

Paula estaba bajando las escaleras mientras subía. —Creo que te sentirás cómoda aquí. Es un lugar agradable y estas son buenas personas —dijo.

—¿Voy a ser capaz de ver a Jackson?

—Vas a tener que preguntarle a la señora Keller. Pero, Emerson, es muy difícil encontrar un buen cuidado de crianza en estos días. Por favor, respeta sus reglas.

—Tengo que ser capaz de verlo, Paula. Él es la única persona que tengo. Me salvó la vida.

—Vas a tener a Sophia, a los tres niños, al señor y a la señora Keller. Están muy involucrados en la iglesia de la comunidad. Estoy segura de que podrás conocer nuevos amigos aquí en New Clayton.

—¿Sophia y los chicos? Son niños pequeños. —Mi cabeza comenzó a latir y mis manos se sintieron frías y húmedas. Nos encontrábamos en frente de la otra en el rellano del segundo piso. Coloqué mi maleta en el suelo y me apoyé contra la barandilla—. Tengo que ser capaz de verlo. Tengo que ser capaz de hablar con él. Paula, no lo entiendes.

—Lo entiendo. Tuve quince años, una vez.

—¡No! —Levanté la voz y entonces noté a la señora Keller de pie en la parte superior de la escalera, con una mirada escéptica.

—No compliques esto —susurró Paula, y luego pasó junto a mí y se dirigió hacia la puerta, gritando de nuevo por encima del hombro—. Llamaré mañana para revisar cómo estás.

Me sentía mareada. Tomé respiraciones pequeñas, deliberadas y luego me agaché y vomité.

—No vaya derramando todas tus entrañas por toda la alfombra, señorita —dijo la voz de la señora Keller mientras se cernía sobre mí.

Caí de rodillas, vomité de nuevo, y luego me desmayé.

El señor Keller me llevaba por las escaleras cuando retomé la conciencia. Nunca me miró a la cara; simplemente me colocó sobre la cama y salió de la habitación. La señora Keller llegó un momento después con un paño frío y un vaso de agua.

—No lo bebas demasiado rápido o lo vomitarás enseguida. Es probable que aún estés luchando con la conmoción que te dio tu padre. Te observaremos de cerca. Vas a estar bien.

—Voy a estar enferma sin él —dije, mi voz adolorida—. Voy a morir sin él.

—No necesitas a esa triste excusa de padre. Estás a salvo aquí. Te acostumbrarás, lo prometo —dijo mientras pasaba ungüento antibiótico en mi labio y en mi frente.

—No es mi padre, es mi amigo.

—Vas a hacer amigos aquí. —Ni el señor ni la señora Keller habían hecho contacto visual conmigo desde que me cargaron por las escaleras.

—¿Van a dejar que al menos lo llame?

—Ya veremos, Emerson. Es importante que te centres en encajar aquí en primer lugar. Por ahora, solo descansa un poco.

Dormí durante casi diez horas seguidas.

Estaba oscuro en mi habitación en el ático cuando me desperté, pero pude ver una mata de cabello rubio brillante sentada en una silla pequeña en la esquina. —¿Sophia?

—Sí, soy yo.

Me sentía aturdida y tenía problemas para concentrarme. —¿Qué haces aquí sentada en la oscuridad?

—Es mi turno. Todos hemos estado tomando turnos de media hora, pero la señora Keller dijo que la oscuridad haría que tu cabeza se sintiera mejor. Iba a leerte, pero no pude encontrar mi luz para leer.

—¿Te gusta leer?

—Es prácticamente toda mi vida. —Amé su entusiasmo.

—Cuando me sienta mejor tenemos que ir a la biblioteca y escoger algunos libros que pienso que te gustarían.

—Me encantaría eso.

—Así que... —dije.

—Así que... ¿ahora puedo encender la luz?

—Por supuesto.

Saltó de la silla y encendió una lámpara tenue de pie en la esquina. —Te ves mucho mejor, Emmy —dijo mientras revisaba mi cara—. Espero que no te importe el apodo. Simplemente me encanta.

—Es lindo, Sophia, gracias.

—Me puedes llamar Sophie. —Se rió—. Brandon me llama “Soapy” porque todavía no puede hacer que el sonido de la f.

—Eso es gracioso.

—Sí. —Miró a su alrededor—. ¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta.

—Bueno, vamos, entonces.

—Espera, Sophie, ¿sabes dónde puedo hacer una llamada telefónica?

—Hmm. Umm. Supongo que tendrás que preguntarle a la señora Keller. Nunca he llamado a nadie antes.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que tenía dos años —respondió inmediatamente.

—Oh. —Traté de ocultar mi sorpresa. Sophia y los Keller parecían demasiado cordiales para haber vivido juntos durante siete años—. ¿Qué pasó... cuando tenías dos años?

—¿Qué quieres decir? —Ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Por qué viniste aquí?

Se encogió de hombros y se rió. —Supongo que nadie me quería.

—Eso no puede ser verdad.

—¿Por qué estás tú aquí? —Sus ojos se enfocaron en mi labio cosido.

¿Cómo se suponía que le dijera la verdad a una niña de ocho años? — Bueno, no podemos elegir a nuestros padres, Sophie. Todo lo que podemos hacer es recordar que a veces sus acciones no tienen nada que ver con nosotros.

—Supongo, pero si ellos me querían, ¿no crees que ya habrían regresado por mí?

—Tal vez están perdidos. La gente se pierde todo el tiempo, especialmente los adultos. Mi papá está perdido. Es por eso que me hizo esto. —Ella parecía confundida—. La mayoría de las veces las personas que están perdidas no vuelven a encontrar su camino de regreso.

—Eso es muy triste, Emmy.

—Sí. Así es la vida, mi amiga.

Pobre Sophia. Podía notar que nunca había experimentado el amor. No con sus padres, no mientras vivía en la enorme casa amarilla con una puerta giratoria de adolescentes y niños, y ciertamente no con los Keller y sus “reglas”. Ellos proyectaban una ilusión de calidez con su comida casera y mantas bordadas a mano, sin embargo, por debajo de la fachada había una rigidez

institucional, como si estuvieran dirigiendo un orfanato donde los niños eran alimentados y cuidados, pero nunca recibían amor. Y el amor era un ingrediente clave en la formación de los seres humanos, sin embargo, era inaccesible para los niños dentro del sistema.

Seguí a Sophia por las escaleras hasta la cocina, donde los tres niños ayudaban a la señora Keller a hacer bizcochos. —Emerson, me alegra ver que te sientes mejor —dijo la señora Keller mientras se limpiaba las manos cubiertas de harina en el delantal—. Sophia, por qué no le muestras a Emerson cómo poner la mesa.

—Señora Keller, antes de hacer eso, me preguntaba si podría usar el teléfono para llamar a mi amigo.

Se acercó al fregadero y comenzó a enjuagar los platos. De espaldas a mí, dijo—: ¿Ya no discutimos esto? Ve con Sophia a poner la mesa.

Hice lo que me dijo, y luego comí pollo y panecillos y galletas alrededor de la gran mesa ovalada con el resto de los niños. La pareja Keller comió en otra mesa más pequeña. Había una buena cantidad de charla entre los niños, pero los adultos se mantuvieron en silencio. Todo en lo que podía pensar era en Jackson. Como estaba comiendo una deliciosa comida casera, mientras él probablemente comía cereal por tercera vez en el día. Me daba miedo presionar por el asunto de llamarlo, pero me asustaba aún más perderlo.

En medio de la noche, me escabullí en la cocina, tomé el teléfono del cargador, y volví a mi habitación. Era la única en el tercer piso, por lo que en realidad tenía privacidad. Marqué el número de la casa de Jackson. Eran las dos de la mañana, pero contestó al primer timbre.

—¿Hola? —dijo.

—Hola.

—¿Emerson? ¿Por qué susurras?

—Son las dos de la mañana, y los Keller no quieren que te llame. —Mi voz empezó a quebrarse.

—¿Por qué?

—Son muy estrictos —dije.

—No pueden ser peor que tu papá.

—No, es diferente. Son buenas personas, es sólo que tienen reglas.

—¿Qué tipo de reglas?

—Trataré de llamarte todas las noches, pero no creo que seamos capaces de vernos hasta que me instale y me gane su confianza.

—¿Son ambles contigo?

—Sí, me encuentro totalmente segura. Hay niños pequeños aquí, sanos y felices. La niña es adorable.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

—Mientras estés segura. Paula me llamó y me dijo que te dejó en New Clayton.

—¿Por qué?

—Ella quería que supiera que te encontró una muy buena casa. Me pidió que me mantuviera alejado.

—¿Mantenerte alejado?! —susurré y grité.

—Shhh, Em. No te metas en problemas sólo por llamarme.

—¿Qué estás diciendo, Jax?

—Nada en absoluto. Sólo quiero que estés a salvo. Podrías estar más lejos, viviendo con imbéciles. Podría ser peor.

—Sólo ha pasado un día, y ya estoy harta de la gente diciéndome que no me meta en problemas. No he hecho nada. Hablar contigo no me hace una chica mala. Eso es simplemente ridículo. Voy a encontrar una manera de llamarte sin importar qué.

Hubo un largo silencio. —Joder, te extraño tanto —dijo.

—También te extraño. No te preocupes, voy a llamarte y pronto nos veremos de nuevo.

—Sigo pensando en nuestro beso...

—¿Sí?

—Lo dulce que sabías. —Contuve una bocanada de aire. Jamás alguien me habló de ese modo—. Los sonidos que hiciste cuando besé tu cuello. —Su voz era ronca, tensa.

—Jackson, ¿qué haces?

—Pensar en lo mucho que quiero besarte... y tocarte. —Su voz era baja.

Mi corazón latía con fuerza. —Estás adormilado.

—No, para nada adormilado. Em, ¿te tocas cuando piensas en mí?

Fui abrumada por la vergüenza. Jackson y yo jamás hablamos sobre ese tipo de cosas. —Um...

Se rió en voz baja. —No tienes que estar avergonzada. Nos conocemos desde siempre.

—Es por eso que estoy avergonzada. —Era inusual que los niños a esa edad, especialmente un chico y una chica, hablaran abiertamente sobre estas cosas. Aprendíamos sobre nosotros mismos juntos. No teníamos ningún adulto en nuestra vida que nos guiara. Jax y yo nos criábamos entre sí.

No se trataba de lo que él hacía o sobre lo que tenía curiosidad. Era el hecho de que pudiera decírmelo, a la persona con la que fantaseaba, y sabía que todo estaría bien. Me hizo amarlo más.

—Sólo espero que pienses en mí. Te extraño, eso es todo —dijo.

—Básicamente eres todo en lo que pienso, idiota.

—¡Já! Esa es mi chica. Así que, comienzas una nueva escuela mañana, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien. Por favor, mantente alejada de los Hunter Hoover del mundo.

—Te llamaré mañana —dije.

—Está bien.

Hubieron algunos segundos de silencio antes de que susurrara—: Buenas noches.

—Buenas noches, Em.

Colgamos. Me quedé dormida con las manos abiertas sobre mi estómago, imaginando que me encontraba acostada junto a Jax y él me abrazaba.

A la mañana siguiente, me desperté con el olor del pan tostado y el tocino francés. Incluso antes de abrir mis ojos, ya sonreía.

—¿Por qué estás sonriendo? Casi fuiste atrapada. Salvé tu trasero.

Abrí los ojos para encontrar a una Sophia muy seria. —¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—La señora Keller y yo vinimos aquí esta mañana con tu ropa, y encontré el teléfono sobresaliendo de debajo de tu cama. Lo escondí en mi camiseta y lo devolví, pero estuvo cerca.

Me senté y puse la mano en mi pecho. —Oh, mierda.

—Cuida tu lenguaje —susurró ella—. El señor Keller no tiene tolerancia con las maldiciones.

—Parece que el señor y la señora Keller no tienen tolerancia para ninguna cosa.

—Mira, este lugar es todo lo que he conocido. —Se inclinó con complicidad—. Pero he oído un montón de historias de los niños que han pasado por aquí, y no quiero saber lo que hay ahí afuera, ¿de acuerdo? Los Keller son estrictos, pero no son malos, y creo que se preocupan por mí. No quiero arruinar esto. ¿Cuál es el dicho... ya sabes, sobre el diablo?

—¿Mejor diablo conocido?

—Sí, eso es.

—Has estado aquí desde hace mucho tiempo, así que puedo entender por qué te sentirías de esa forma. Gracias por cubrirme... no tenías que hacerlo.

—Está bien. No quería que te echaran en la primera semana. Eres la única que quiere ir a la biblioteca conmigo.

Salí de la cama y me puse un par de pantalones de una pila doblada sobre la cómoda. —¿A qué hora nos vamos?

Sophia miró el reloj. —A las siete cincuenta en punto. El señor Keller te irá a dejar a ti primero, luego a mí.

—¿Qué pasa con los chicos?

—La señora Keller los educa en casa.

—¿Por qué?

—Thomas es autista, y los gemelos están realmente atrasados porque fueron descuidados.

—Oh. —Dejando a un lado sus reglas dementes, los Keller parecían ángeles. Lo que hacían era bueno. Y me hallaba segura de que tenían buenas razones para sus normas. Pero no me podía imaginar no tener a Jackson en mi vida. Ellos no sabían lo mucho que nos necesitábamos el uno al otro.

Mientras cepillaba mi pelo frente al espejo del tocador, noté a Sophia detrás de mí, observándome con curiosidad. —¿Qué?

—¿A quién llamaste? ¿Anoche? —Su voz era suave y vacilante.

Me di la vuelta para mirarla. —Mi novio.

—¿Tienes un novio? —Su cara se ruborizó. Se trasladó a la cama y se dejó caer, con una sonrisa aturdida—. ¿Cómo es él? ¿Cuál es su nombre? Oh, Dios mío, ¿lo besas?

Me acerqué a ella con el cepillo. Ya se encontraba vestida y lista para la escuela, pero todavía tenía un nido desordenado justo en la parte posterior de su cuello. Mientras le cepillaba el pelo le conté todo sobre Jax, como si fuéramos hermanas perdidas desde hacía mucho tiempo. —Él es alto, con lindos músculos. —Solté una risita—. Es un muy buen nadador, y un gran escritor. Tiene el pelo y los ojos de color marrón dorado, y su piel siempre tiene este resplandor. Es muy apuesto.

—¿Y lo besas? Cuéntame, por favor. Estoy muriendo. Oh, Dios mío, me muero por saber cómo es.

—¡Niñas! —La voz de la señora Keller se disparó desde la parte inferior de las escaleras.

Sophia se levantó y se lanzó hacia la puerta. —¡Desayuno! —Se volteó en la puerta—. Tenemos que bajar. ¿Prometes que me contarás después de la escuela?

—Lo prometo.

A los pies de las escaleras había una mochila y un suéter nuevo. —¿Eso funcionará? —preguntó el señor Keller desde donde se encontraba parado como una estatua cerca de la puerta principal.

—Sí, es genial, gracias.

Asintió. —Será mejor que entres y desayunes.

Devoramos nuestras tostadas francesas en la gran mesa ovalada mientras que el señor Keller gritaba una cuenta regresiva minuto a minuto. Thomas lo imitaba varias veces, su voz como la de un pequeño robot.

—Diez minutos hasta que la camioneta se vaya. Diez minutos, chicas —dijo Thomas una y otra vez mientras sacaba todas las partes oscuras de su tostada y las ponía a un lado en una pequeña servilleta.

En el aviso de los tres minutos, Thomas saltó de su silla y se acercó a mí, su cara a centímetros de la mía. —Tres minutos hasta que la camioneta se vaya. Tres minutos, Emerson. Será mejor que te apures. —Parecía aterrorizado a pesar de que ni siquiera hacía contacto visual. Los gemelos, Brandon y Daniel, se sentaron en silencio al otro lado de la mesa. Sus cabellos desordenados y miradas fijas mientras observaban a Thomas los hacía parecer como si estuvieran en una de esas pinturas de "ojos grandes". Dos pequeños diablillos con ojos parecidos a gigantes platillos extraterrestres.

Daniel soltó—: Él hace eso porque no le gusta cuando la gente llega tarde.

—Está bien —dije, y luego levanté la barbilla de Thomas para que sus ojos estuvieran al mismo nivel que los míos—. ¿Thomas?

—Sí. —No dejaba que sus ojos encontraran los míos. Lanzaba su mirada desde el techo hasta el suelo, a las paredes a mí alrededor.

—¿Podrías mirarme? —Lo hizo, pero parecía extremadamente incómodo—. Todo va a estar bien. Sophia y yo vamos a llegar a la escuela a tiempo. —Sonreí.

Una breve expresión de serenidad destelló en sus ojos. Me devolvió la sonrisa; luego miró al suelo y murmuró—: Está bien, pero ahora sólo tienes dos minutos. Es mejor que te vayas.

Todos nos reímos a excepción de Thomas, que volvió a agujerear su tostada.

En el aviso de un minuto, Sophia y yo caminábamos a la camioneta Sprinter en el camino de entrada. —Tengan un buen día en la escuela, niñas —gritó la señora Keller desde la puerta.

El señor Keller ya estaba en el asiento del conductor. No dijo nada hasta que estacionamos en la calzada de la Secundaria New Clayton. —Vas a ir a la oficina por ese camino para buscar tu horario, Emerson. Tu consejero académico te acompañará.

—Bien, genial.

Me miró por el espejo retrovisor. —Después de la escuela caminarás directamente a la biblioteca en el centro de la ciudad para reunirte con Sophia. Ella sale después que tú, así que la esperarás hasta que llegue allí. La señora Keller las recogerá a las cuatro de la tarde, chicas. Asegúrense de que su tarea esté terminada para entonces.

—Entendido, señor Keller. Gracias por todo. Adiós, Sophie.

—Adiós. —Se inclinó y susurró—: Quiero oír sobre los besos más tarde. No lo olvides.

—Estoy segura que me lo recordarás.

Nos reímos. Salté de la camioneta, y justo antes de cerrar la puerta, el señor Keller se giró hacia mí y dijo—: Recuerda las reglas, Emerson.

—Lo haré.

Fui arrojada en la vida con los Keller, una versión de hogar de acogida con cuidadores robots, con Daniel y Brandon, los preciosos gemelos abandonados con ojos de ciervo; y Thomas, el autista, y sus trozos de pan

tostado; y Sophia... dulce, dulce Sophia. Entonces estaba yo, Emerson, la nueva chica en New Clayton con su nueva mochila, su nuevo suéter púrpura, y su nuevo ojo morado y labio cosido para coincidir.

Ni siquiera iba a tratar de hacer amigos en mi primer día en la Secundaria New Clayton. No sabía cuánto tiempo estaría viviendo con los Keller; durante el trayecto, Paula me había dicho que ellos buscarían familiares que podrían ser capaces de llevarme. Me pareció que era histérico, considerando que mi propia madre me había abandonado.

Mientras los otros estudiantes de secundaria corrían junto a mí, me quedé en la parte superior de las escaleras del campus y me pregunté: *¿Quién soy? ¿Alguna vez lo sabré? ¿Esta vida de mierda y mis padres de mierda definen quién soy? ¿Alguna vez me sentiré normal?*

Afortunadamente, me hallaba muy avanzada en mis clases en Neeble, por lo que la mayor parte de lo que oí en mi primer día en New Clayton fue un repaso. El día transcurrió en un borrón.

Después de la escuela, hice lo que me dijeron y fui a la biblioteca para esperar a Sophia. En cuanto me vio, salió corriendo de la esquina, su pesada mochila balanceándose de un lado a otro detrás de ella. Cuando estuvo a unos seis metros de distancia, gritó—: ¡Besos! ¡Vas a contarme sobre los besos!

—Shhh, Sophia, no tan alto.

—¿Qué? No te puedes meter en problemas aquí; tenemos hasta las cuatro para hacer lo que queramos.

—Eso nos deja alrededor de una hora.

—Bueno, hice mi tarea en el almuerzo, así que puedo hablar y buscar libros y tú me puedes decir sobre besar a Jackson.

Bufé. —Bueno, si quieres saber la verdad, Jackson y yo en realidad sólo nos besamos un par de veces.

Eso no la desanimó. —¿Cómo fue? ¡Dime, dime!

Cerré los ojos y pensé en nuestro beso. Un hormigueo recorrió mi cuerpo. —Bueno, es así. Él cierra los ojos y ladea la cabeza, y yo hago lo mismo, y nuestros labios se tocan, y bueno... eso es todo lo que necesitas saber a tu edad.

Levanto la vista al cielo, encantada. —Vaya. Totalmente quiero besar a un chico.

—Cuando yo tenía tu edad, pensaba que los chicos eran asquerosos. Incluso pensé que Jackson era asqueroso.

—¿Lo conocías cuando tenías ocho años?

—Sí, lo conozco de toda la vida.

—¿Así que, él es como tu hermano?

—¡No! Eso es repugnante. Él vivía al lado de mi casa, luego se convirtió en mi amigo, y luego nos convertimos en más cuando crecimos.

Se me ocurrió entonces que podría ser capaz de utilizar la hora después de clases para llamar a Jackson o reunirme con él. Me iluminé ante la idea. —Así que, ¿la señora Keller nos recoge a las cuatro todos los días?

—Sí, como un reloj. Así tenemos un lugar tranquilo para estudiar. Los chicos se ponen inquietos y ruidosos en la tarde.

Sophia y yo fuimos a la biblioteca y sacamos algunos libros. Terminé unos problemas de geometría, y luego esperamos en los escalones por la camioneta Sprinter que se detuvo con la señora Keller al volante y los tres niños en sus asientos de seguridad en la primera fila del asiento trasero.

—Señora Keller, ¿puedo sentarme adelante? —preguntó Sophia.

—Por supuesto.

Me deslicé en el asiento trasero. Se sentía como si estuviera montando el autobús escolar de nuevo, pero Jax no se encontraba allí para sostener mi mano. La señora Keller y Sophia hablaron sobre la escuela. A pesar de que los Keller trataban muy duro de mantener un sentido de reserva y formalidad, podía sentir un vínculo entre la señora Keller y Sophia. Me alegraba por ella. Se lo merecía.

Más tarde esa noche, Sophia me contó más acerca de los Keller.

—Tienen un hijo, Liam. Él es un importante abogado en Nueva York. Creo que la señora Keller trató de tener otro bebé durante mucho tiempo, pero no pudo. Es por eso que ella hace esto.

—¿Liam viene de visita alguna vez?

—En las fiestas y cosas así, pero en realidad no pasa el rato con los niños de acogida.

—¿Qué pasa con el dinero?

—¿Qué pasa con eso?

Pensaba en cómo podría conseguir dinero para llamar a Jackson después de la escuela. —¿Los Keller no te dan una mesada?

Ella se rió. —¡Sí, claro!

7

HABLANDO

Traducido por Victoria, Mae, Vane Farrow & Julie

Corregido por Lu

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡¡Vamos, nena!! —gritó Trevor a la televisión y luego dio un salto—. ¡Yujuu! —Hizo un ridículo baile de touchdown mientras gritaba a todo pulmón. Levanté la vista de mi libro y sollocé.

Cara asomó la cabeza fuera de su habitación. —¡Habla más bajo, grandísimo zoquete!

—Oye, Avril Lavigne, ¿por qué no vas a encontrar una noche de micrófono abierto en alguna parte? —Levanté la vista de mi libro y me maravillé de lo casual que bromeaba con Cara. ¿Por qué Trevor y yo no teníamos el mismo tipo de dinámica lúdica? De hecho, ¿por qué no tenía eso con nadie? La última persona a la que fui tan cercana era Jase.

Cara se acercó a la parte trasera del sofá y se inclinó hacia mí, sonriendo. —Nunca entiendo sus insultos. —Hizo una pausa—. Espera un minuto, ¿estás llorando?

—No —chillé.

—Trevor, tu mujer está sentada aquí llorando, ¿y tú estás por allí bailando como un tonto?

Me reí a través de mis lágrimas. —Estoy llorando por el baile.

En voz baja, Cara dijo—: En serio, ¿estás bien? Ven a hablar conmigo. —Luego sacudió la cabeza ante Trevor y se alejó.

Trevor se acercó a mí con una mirada de leve preocupación. —¿Por qué lloras... de verdad, Emi?

Me senté y él se sentó a mi lado. —Pensaba en esta niña pequeña y estos tres niños pequeños con quienes estuve en el hogar de acogida.

—¿Estuviste en un hogar de acogida? Pensé que tu tía te adoptó cuando tus padres murieron.

Tomé una respiración. —Mi mamá y papá no están muertos, Trevor. Por lo menos, mi padre no lo está.

Pareció sorprendido. Por supuesto que lo estaría. Le había estado mintiendo. —¿Dónde están ahora? ¿Por qué fuiste a vivir con Cyndi si tus padres están vivos?

Tomé una respiración profunda. —Mi madre se fue cuando tenía diez años. No sé dónde está. Y mi padre está en la cárcel, creo. Al menos, solía estarlo.

Trevor parecía aturdido. —¿Por qué?

—Delito de abuso y abandono infantil —dije, tratando de no hacer contacto visual. Si veía piedad en la cara de Trevor, me descontrolaría.

—Guau, Emi. ¿Así que realmente te golpeaba?

—Lo hizo la última vez. A Jase también, más o menos. —Volví a respirar profundo—. ¿Sabes qué? Tal vez no es tan mala idea que leas el libro cuando lo termine. Es ficción, pero te dará una buena idea de lo que pasé cuando era una niña.

Trevor se sentó a mi lado y envolvió sus brazos alrededor de mis hombros. —Lo siento mucho, Emi. Me gustaría que hubieras sentido que me lo podrías haber dicho hace mucho tiempo. Nunca has hablado de tu pasado, y no quería presionar. Supuse tus padres eran buenas personas y que fuiste huérfana, no maltratada y abandonada.

Apoyé la cabeza en su hombro. —Siento haber mentido. Realmente no te lo merecías. —Y lo decía en serio. Fue despreciable haberle mentido—. Cuando nos conocimos, les decía a todos que murieron. Era más fácil de esa manera. Es difícil para mí revivir lo que pasé, pero como he leído el libro de Jase, estoy obligada a enfrentarme a todo de nuevo. No es fácil. —Puse el libro en el suelo—. Creo que he tenido suficiente por esta noche.

Me apretó el hombro. —¿Sabes qué sacará tu mente de ese libro?

—¿Qué? —pregunté con esperanza.

—Una victoria de Cal. —Señaló con el pulgar hacia el televisor—. ¿Quieres ver conmigo?

Mi corazón se hundió por un momento. Trevor siempre se tomaba lo que le decía al pie de la letra; no era del tipo que se metía en territorio emocional si no tenía que hacerlo. Sólo una de las muchas razones por las que había sido tan fácil mentirle hace todos esos años.

Le di una sonrisa débil. —Por supuesto.

Horas después, tras la victoria de Cal, saltamos del sofá y corrimos a través de la puerta de Cara, gritando —: ¡Vamos Osos! —Se sentaba en su escritorio, mirándonos con una sonrisa.

Intentaba muchísimo estar en el momento, pero a medida que saltaba una y otra vez, me sentía como si estuviera fuera de mi cuerpo, mirando a una chica que apenas reconocí dando saltos de alegría al lado de su novio perfecto y su amiga perfecta en su apartamento perfecto. Pero no era realmente yo. El libro de Jase me había recordado quién era yo realmente.

Mi sonrisa se desvaneció mientras mi mente iba exactamente donde no quería que fuera. *¿Por qué no me buscó? ¿Siquiera quería ser encontrada?*

—¿Qué pasó, Emi? —preguntó Trevor.

Tomé una respiración profunda y me di cuenta que había dejado de aplaudir. — Solo estoy cansada.

Cara me observó con preocupación. —Trevor, creo que Emi y yo necesitamos una noche de chicas. —Arqueó las cejas hacia mí.

Agarré la mano de Trevor y me giré hacia él. —Eso suena realmente agradable. Me vendría bien un poco de helado y películas de John Hughes.

—Lo entiendo, lo entiendo. —Sonrió, me dio un beso en los labios, y luego, por encima del hombro, dijo—: Diviértanse, señoritas.

El segundo en que oímos la puerta cerrarse detrás de él, me giré hacia Cara. — Muchas gracias.

—Solo quieres volver a ese libro, ¿verdad?

—Sí, supongo.

Cara sonrió. —Entonces totalmente irás conmigo al evento del libro mañana para encontrarte con él. Es en San Diego, por suerte para nosotras.

Mi corazón empezó a acelerarse. —Um, no puedo.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¿Qué tienes que hacer mañana? —Me miraba con cautela desde su escritorio mientras poco a poco me metía hasta el borde de su cama—. ¿Por qué estás actuando tan raro?

—Porque... —Suspiré. No podía ocultarlo más—. Porque lo conozco —dije en voz baja. Mi corazón comenzó a latir más rápido.

—¿Conoces a quién?

—Al autor. J. Colby.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo? —Se levantó de la silla de escritorio, casi tirándola en el proceso—. ¿Qué quieres decir con que lo *conoces*? Ni siquiera sabías de este libro hasta hace unos días.

—Lo *conozco*, Cara. —Abrí mucho los ojos para dar énfasis.

—Así como, ¿en sentido bíblico?

—Eso no era exactamente lo que quería dar a entender, pero... sí. También lo conozco de esa manera.

Podía ver las ruedas girando mientras trataba de unir todo. —Eres de Ohio... y él es de Ohio. —Miraba al frente sin expresión, como un zombi, y luego fue a la cocina, cogió la botella de tequila, y regresó. Tomó un trago y me entregó la botella—. Habla —exigió.

—No tengo que hacerlo. Acabas de leer todo lo que necesitas saber acerca de mí.

Sus ojos se abrieron. —¿Así que eres tú? ¿Eres Emerson?

Asentí. —Todo es cierto. Pasa por alto algunas cosas, pero sí... todo sucedió.

—Jesús. No lo has terminado todavía, ¿verdad?

—No, voy por la parte en la que Emerson va donde los Keller. Hasta ahora todo es verdad, excepto tal vez la parte de los abdominales de Jax. —Rodé los ojos.

Se quedó en silencio durante un minuto y luego se echó a reír histéricamente, casi psicótica, hasta que empecé a reír también. Se dobló, llena de lágrimas. —Esto es una locura, Emi. Una. Locura. Este hombre escribió un libro entero acerca de ti, ¿y ni siquiera lo sabías hasta que empezaste a leerlo? —Se rio aún más fuerte y luego se detuvo bruscamente—. Entonces espera... ¿eso quiere decir que estuviste en un hogar de acogida con otros cuatro niños?

Mi propia risa se calmó. —Sí, pero no por mucho tiempo.

—¿Tienes algún contacto con la niña pequeña?

Negué con la cabeza. Me hubiera gustado mantenerme en contacto con ella. Se lo debía. Pero como con todo lo demás remotamente relacionado a Ohio, había intentado olvidarla, con demasiado miedo a caer en algún recuerdo. —Supongo que ahora estaría en la universidad. —Mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

—¿Es cierto lo que le pasó? ¿Lo que hiciste?

—¿Quieres decir, antes de irme?

—Sí.

—No he llegado tan lejos todavía, pero hasta ahora todo lo que he leído realmente sucedió.

Cara se levantó y me abrazó. —Estoy muy contenta de conocerte, Emi. —Empecé a llorar de inmediato, cediendo a la montaña rusa emocional. Me acercó más hacia ella—. Nada de esto fue tu culpa. ¿Lo sabes bien?

Años de terapia habían tratado de convencerme de lo mismo.

—Está bien, vamos a evitar la materia dura. Quiero saber más sobre el chico. ¿Es tan caliente como me estoy imaginando que es? ¿Cada chica en la escuela secundaria se hallaba enamorada de él?

Me reí a través de mis lágrimas. —Su nombre es Jase Colbertson. Solíamos terminar las frases del otro. Me conocía por dentro y por fuera. Pasamos tantos años juntos, jugando y hablando. Escribimos cientos de cuentos y pasamos prácticamente juntos cada momento. Hasta que me fui a vivir con Cyndi y Sharon, era la única persona que alguna vez realmente se preocupó por mí.

—Obviamente pensaba muy bien de ti —dijo Cara con dulzura mientras me frotaba la espalda.

—Quiero decir, tal vez en la ficción. En la vida real, no se ha acercado a mí en doce años. —Todavía me rompía el corazón que nunca me buscara. Después de ir a la universidad, lo busqué un par de veces en línea, pero nunca encontré algo. A medida que pasaba más tiempo, pensé que él se había olvidado de nosotros y siguió adelante. Podía ver ahora que tenía razón. Jase vivía su vida en California, de la forma en que había soñado que lo haría, pero yo no era una parte de ella.

Cuando éramos niños, decía, *Voy a publicar un libro para cuando tenga treinta*. Y lo había hecho. Tenía una exitosa novela y una gira de promoción establecida por una editorial, y lo había hecho todo sin mí. Era guapísimo y talentoso y tenía todo lo que quería. ¿Por qué alguna vez me buscaría? Ese bastardo.

Cara se echó hacia atrás y me miró a los ojos. —Debes terminar el libro e ir conmigo a verlo mañana.

Sollocé. —No lo sé. Tal vez. —Pensé en todos esos mensajes borrados que no había enviado por su página web. Una parte de mí todavía quería darle un pedazo de mi mente—. Podría tener un poco de curiosidad de verlo, pero tengo que terminar el libro primero.

Asintió. — Está bien, creo que deberías hacerlo.

Asentí. Un poco más tarde, después de que Cara se hubiera dormido, hice una taza de café y me preparé para sumergirme de nuevo en el pasado.

De Todos los Caminos en Medio.

En la quinta noche donde los Keller, me escabullí hacia la cocina y volví a coger el teléfono para llamar a Jax.

—¿Hola? —Sonaba aturdido.

—¿Qué pasa?

—Es la una de la mañana. Tengo que levantarme temprano mañana.

Su tono desdeñoso me molestó, dejándome vulnerable. —¿Por qué?

—Porque justo cancelaron la ruta de autobús hasta acá.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que tengo jodidamente que caminar, Em.

Mi estómago se hundió. —¿Hacia dónde?

—A donde los Carter. Cal Junior justo empezó a darme un aventón hasta la parada de autobús en la Quinta.

Visualicé la ruta en mi cabeza. Jax tendría que caminar tres kilómetros de ida y vuelta cada día para llegar a casa de los Carter, probablemente antes de que siquiera hubiera luz. Y tenía que tomar un aventón con Cal Junior, el hijo de treinta años de Cal Carter, el dueño del rancho de huevos. Cal Junior era extraño y espeluznante, y había una historia sobre cómo una vez se había expuesto a dos niños que estuvieron manejando sus bicicletas más allá del rancho. Nos quedábamos lejos de él tanto como fuera posible.

—Oh mi Dios, Jax, lo siento mucho. ¿Qué pasó con la Sra. Beels?

—No van a dejar que venga tan lejos por un niño.

Todo es mi culpa. —¿Por qué diablos estás recibiendo un aventón de Junior?

—¿Tengo opción? Mi madre lo arregló. Supongo que él se encontraba merodeando por su trabajo la noche anterior y le habló de nuestro problema. Él se ofreció, y tomé un aventón con él esta mañana.

—¿Habló contigo?

—No, sólo fumó cigarrillos todo el camino a la ciudad. Yo olía como un cenicero cuando llegué a la escuela.

—¿No hay ninguna otra opción?

—No sé. —Jackson sonaba vacío, destrozado, y distante.

—Suenas deprimido.

—Estoy bien. Escucha, estoy cansado. ¿Podemos hablar otro día en la semana?

—Por supuesto. De acuerdo, te amo —dije, sintiendo horrible colgar el teléfono sin intercambiar al menos unas palabras agradables.

—Buenas noches.

—Dije te amo, Jackson.

—También te amo, Em. —Después de colgar, me quedé mirando al teléfono, preguntándome por qué Jackson parecía distante.

Durante las próximas semanas, Jax contestó sólo aproximadamente la mitad de las veces, y cada vez sonaba más deprimido. Preguntaba si me encontraba bien y luego tendría prisa de colgar el teléfono. Por suerte, nunca me atraparon, y si el señor y la señora Keller lo sabían, no dijeron nada.

Cuando llegó el cumpleaños de Jax, lo llamé para ver si consiguió el permiso de conducir.

—¿Hola?

—¡Feliz cumpleaños! Así que... ¿lo obtuviste?

—Síp.

—¡Felicidades, galán! ¿Quién te llevó al Departamento de Tránsito?

—Cal Junior.

—¿De verdad? Extraño.

—Sí, bueno, los pobres no pueden escoger.

—Bueno, entonces... ¿ahora qué?

—Creo que voy a trabajar en el rancho todos los días hasta que tenga suficiente dinero para conseguir un coche.

—Estoy orgullosa de ti, Jax. Incluso si no consigues un coche, voy a estar orgullosa de ti.

—¿Sí? —Sonaba decaído, a pesar de que debería haber estado celebrando.

—Sí. Te extraño —añadí.

—Gracias.

—Dije que te extraño.

—También te extraño —dijo en voz baja.

—¿Vendrás a verme? —Mi voz temblaba. Su tono acerado y las respuestas cortas me hacían sentir enferma. Me retorció el cabello en una rasta gigante al lado de la cabeza de puro nerviosismo. Me pregunté si se estaba desenamorando de mí, o si la vida simplemente empeoraba continuamente para él y tenía miedo de cargarme con sus problemas.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—Después de la escuela, voy a la biblioteca en la ciudad. La señora Keller no me recoge hasta las cuatro. Puedo saltarme la última clase y encontrarme contigo en la ciudad, si puedes pedir prestada la camioneta de Junior o el coche de tu madre.

—No sé, Em. Eso suena imposible.

—Solo quiero verte. Quiero poner mis brazos alrededor de ti y desearte un feliz cumpleaños en persona... y darte un beso de cumpleaños.

Se echó a reír, pero había un hueco en la calidad de la risa. —Sí, eso estaría bien.

—¿Qué pasa, Jackson? ¿Estás saliendo con alguien en la escuela o algo?

—No. No tengo tiempo para eso. No tengo una puta vida, Emerson, ¿de acuerdo? Sólo deja de jodidamente molestarme sobre esto. No tengo ningún control sobre cualquier cosa. No puedo simplemente tomar el coche de mi madre cuando ella tiene que trabajar, y Junior es un monstruo. No le pediré prestada su camioneta.

—¡Jesús! De acuerdo. Lo siento. —Mi voz se quebró y las lágrimas cayeron de mis ojos—. Solo te extraño.

—No llores. Por favor, no llores. Jodidamente moriré, Emerson. Por favor, sólo disfruta de tus tres comidas al día y de tu cama tibia. La única cosa que me permite seguir es saber que estás viviendo en paz, finalmente.

Pero no lo estaba. Habría soportado el monstruo del whisky, las rabias violentas, y el refrigerador vacío sólo para poder pasar tiempo con Jax. Sin embargo, no podía ser egoísta; tenía que hacerle creer que había esperanza para que él también pudiera creerla para sí.

—Gracias. Eres la mejor persona que conozco, Jackson Fisher.

Se rio de nuevo, un resoplido sarcástico que hizo que mi estómago se revolviera de una mala manera. —De acuerdo, Em, me tengo que ir.

Colgamos sin decir buenas noches. Puse el teléfono en la cocina y lloré hasta quedarme dormida.

Lo que pareció cinco minutos más tarde, abrí mis ojos hinchados para encontrar a Sophia inclinada sobre mi cama. —¿Qué le pasa a tu cara?

—Nada.

—¿Estuviste llorando anoche? —preguntó. Tenía una expresión de simpatía en sus ojos—. ¿Jackson rompió contigo?

—No, sólo lo extraño.

—Vas a verlo otra vez pronto.

Salí de la cama y di unas palmaditas en la parte superior de su cabeza rubia. —Un poco optimista, ¿verdad?

Ella me devolvió la sonrisa. —Se llama fe, Emmy.



Más tarde, cuando salía del quinto período hacia mi última clase, di vuelta a la esquina y mis ojos inmediatamente cayeron en una figura impresionante apoyada en un árbol justo al lado de la vía.

—¡Jax! —grité. Corrí hacia él, salté a sus brazos, y me senté a horcajadas en su cintura. Sus labios estuvieron en los míos en un segundo. Me abrazó a su pecho mientras me besaba profundamente antes de enterrar su cara en mi cuello. Suspiró, un profundo ruido sordo salió de su pecho que me dio piel de gallina. Me estremecí, pero mi piel ardía como si tuviera fiebre. Su nariz estaba fría contra mi mejilla.

—Joder, te extrañé. Hueles tan jodidamente bien.

Me soltó. Nos observamos. Podría haber jurado que se veía más alto. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Junior me prestó su camioneta. La estacioné en la carretera. Hay una cerca que podemos subir para salir de aquí así no tienes que salir por la puerta principal.

—Bueno. Pero, mierda, me marcarán ausencia en el sexto período. Quiero ir contigo, pero no quiero que los Keller lo sepan...

Cruzó los brazos sobre su pecho y miró hacia el suelo, derrotado. —No te quiero meter en problemas, Em. Sólo necesitaba verte.

Jackson podría matar a mi corazón con sólo una mirada. —Voy contigo. No me importa lo que pase.

Me dio una gran sonrisa y me agarró la mano. —Vamos.

Me ayudó a subir la cerca y después de poco tiempo íbamos por el camino en la cabina del Chevy desgastado con olor a cigarrillo de Cal Junior.

—¿A dónde vamos? —Me miró, pero no podía hablar. Me atemorizaba, conduciendo como lo había hecho durante toda su vida, con confianza y gracia—. ¿Qué pasa, Em?

—Nada. Sólo pareces tan mayor. . . diferente.

—Sigo siendo yo.

—Sé eso. Yo solo... No lo sé. Dios... No sé qué decir.

Él rió. —Podría ser capaz de hacer esto, al igual que, una vez a la semana. Entonces no se sentirá tan extraño.

—¿En serio? —Esas palabras cambiaron todo. Ahora tenía algo que esperar, además de las tareas y deberes.

—Sí, quizás. ¿Qué tal aquí? —Señaló hacia el frente a un estacionamiento alrededor de un estanque de pesca de New Clayton.

—Perfecto. —Era un día cálido y menos húmedo de lo habitual para finales de primavera. Encontramos un sitio en un banco de picnic y nos sentamos, mirando hacia el agua. Estudié las piernas cubiertas por vaqueros de Jackson, extendidas con confianza. Puso la mano en mi muslo y lo frotó como si fuera tan natural tocarnos de esa manera.

—No fuiste a la escuela hoy, ya veo. Necesitas al menos una hora para llegar hasta aquí.

—Lo tenía planeado. En el camino a la ciudad esta mañana, le dije a Junior que estuviste llorando la noche anterior, y, bueno. . . dijo que podría tomar su camión para venir a verte. —Él fijó su mirada en la carretera detrás de mí.

—Que era agradable de su parte.

Resopló. —Sí. Supongo.

Llevé la mano a su mejilla. —Mírame.

Se volvió, con los ojos llenos de dolor y anhelo. Me incliné y lo besé lentamente. No sabía lo que pasaba con Jax, pero todo se iba cuando estábamos juntos. Él estaba muy lejos, pero lo suficientemente cerca para tocar.

—¿Puedes estar aquí conmigo y olvidarte de todo lo demás por un rato?

Miró mi boca y luego mis ojos. Su pecho comenzó a elevarse y caer, y luego miró a mi boca de nuevo. Había tanto calor y tensión entre nosotros que prácticamente podía oír la palpitación con corrientes de electricidad. Tragó y luego la restricción se fue cuando él aplastó su boca contra la mía. Se sentía más frenético que nunca, más fuerte, sosteniendo mi cuerpo contra el suyo, nuestras lenguas tentaron la del otro hasta que su boca estuvo en mi cuello, luego mi oreja, y luego me llevó sin esfuerzo a su regazo. Nunca me resistía porque era perfectamente familiar, como estar en casa, estar contra su gran cuerpo de esa manera. Respiraba con dificultad y me besaba duro. Tomé su mano, que agarraba la parte posterior de mi pierna, y la llevé hasta cubrir mi pecho a través de mi suéter. Fue tímido al principio, pero luego se quejó y susurró cerca de mi oído—: ¿Qué estás haciendo, Em?

—Te quiero Jackson... todo de ti. —Palabras grandes para alguien de quince, pero decía en serio cada una de ellas.

Me soltó y se apartó y se volvió hacia el estanque, apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza en sus manos. —¿Qué podemos hacer? Es decir, no podemos estar juntos, no tenemos a dónde ir. —Su voz se hizo más alta—. No hay nada que podamos hacer, Em.

Froté la mano por su espalda. —Está bien. Sólo quería decir que quiero todo de ti algún día.

—Algún día —repitió—. Espero que más pronto que tarde. Parece que todo el mundo siempre está tratando de arruinar las cosas para nosotros.

—¿Todos quienes? ¿De qué estás hablando? Mi papá irá a la cárcel. Tu madre está ocupada con sus hombres, y los Keller estarán bien, siempre y cuando no me atrapen. Esto es suficiente para mí, Jackson. Solo el hecho de estar cerca de ti es suficiente para mí por ahora.

Levantó la mirada y había lágrimas en sus ojos. —Lo sé, lo siento, estoy siendo un gruñón. Sólo tengo dieciséis, ¿sabes? —Se rió, y también reí mientras un par de lágrimas caían de mis ojos. Sabía lo que quería decir. Estábamos locamente enamorados. Queríamos estar juntos tan profundamente como pudiéramos. Para nosotros, la parte física era inocente. Lo habríamos hecho por nuestro amor, no por lujuria o la presión de un grupo. Estábamos más comprometidos y verdaderamente enamorados que las personas casadas que conocíamos. Tuvimos años para desarrollar nuestro amor y respeto por el otro. Quince años podría ser muy joven para tener sexo con alguien, pero para nosotros, se sentía bien.

—Lo entiendo —dije—. Me siento igual.

—Lo deseo tanto, es todo lo que pienso.

—Sólo céntrate en el futuro. ¿Recuerdas cuando solíamos soñar con crecer? Dijiste que querías ser un ninja y yo podría ser tu compañera, excepto que no me permitirías usar la espada samurái porque pensabas que era demasiado torpe.

—No pienso en ninjas, y no creo que seas torpe tampoco. Creo que eres perfecta. Vas a quedarte conmigo, ¿verdad? —Su tono era serio.

—Sí. Claro que lo haré. Siempre, Jax.

—No puedo vivir sin ti. Es un infierno vivir con Leila al final de ese camino de tierra, completamente solo, sin nadie más a quien recurrir. Se está poniendo peor. Ni siquiera comprar comida. He estado viviendo de Taco Bell y cereales.

—Lo siento mucho, Jax. Desearía poder ayudar.

Miró hacia otro lado como si estuviera demasiado avergonzado como para mirarme a los ojos. —Cuando pienso en ti, en nosotros como niños, es como una película. Cuando éramos solo nosotros, todo estaba bien. —Empezó a quedarse sin voz, pero trataba de ser fuerte. Luchaba contra ello.

—Lo sé, es lo mismo para mí.

—Ahora te has ido y todo es tan real y tan jodidamente brutal. Ella es repugnante. Leila es horrible; está enloqueciendo. Hay un tipo diferente en nuestra casa todas las noches, y puedo oírla con ellos. Quiero morir cada vez.

—No digas eso, por favor. Ve a casa de mi padre. No hay nadie allí. Puedes dormir allí.

Levantó la mirada, sorprendido. —Lo condenaron, Em. El condado lo está derribando.

—¿Qué? ¿Qué pasa con mis cosas? ¿Mi ropa, mis libros, las cosas de mi madre?

—Todo se ha ido.

Un nudo se formó en mi garganta. —¿Qué hará mi padre?

—Él irá a la cárcel, y luego probablemente a un centro de rehabilitación o algo así. Esto es, Em. Todo está cambiando.

Mi pecho subía y bajaba. —Será mejor que vaya la biblioteca a ver a Sophia.

—Sí. —Él me agarró la mano y me llevó hacia el camión. Pero antes de abrir la puerta del pasajero, me empujó contra ella y frotó la nariz a lo largo de mi mandíbula. Jackson sólo tenía dieciséis, pero era un hombre: fuerte, atlético y masculino—. Sólo quiero recordar la forma en que sabes y

huelos. —Me besó con fuerza, casi mordiendo mi labio. El dolor se sentía bien.

Lo detuve y se apartó, respirando con dificultad. —No digas recuerda. No es necesario recordar. Nos veremos de nuevo pronto, ¿verdad?

Se apartó, jadeando. —Tenemos que.

—Lo haremos. —Llevé mi mano a su cara. Nos miramos durante varios momentos de silencio, pero no fue incómodo—. Fuimos tan jóvenes una vez. Recuérdanos en ese bus con el estúpido Mikey y... ¿quién era ese otro niño?

—Alex Duncan.

—Sí, Alex. ¿Recuerdas que eran tan crueles conmigo?

—Éramos crueles *entre nosotros*, Em. Sólo éramos niños.

—Míranos ahora. —Me reí—. ¿Alguna vez pensaste que estaríamos así? ¿Mayores y sin desear nada más que estar con el otro a cada segundo del día?

—Siempre lo supe.

Me reí. —Estás mintiendo.

Se mantuvo impasible. —No. Lo hice. Te lo juro. Siempre supe que iba a ser así un día. Creo que siempre lo supiste también.

—Tal vez. —Mi voz tembló, y mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Me atrajo hacia su pecho y me abrazó.

Pregunté—: ¿Jackson?

—¿Sí?

—¿Qué va a pasar?

Podía sentir su corazón latiendo rápidamente en mi pecho. —Nadie lo sabe.

—No me gusta eso —le dije.

—Lo sé, no me gusta tampoco, pero supongo que es como leer un buen libro. Del tipo en el que no deseas omitir las páginas para ver lo que pasa al final. Cada momento en él es una historia.

—¿Dirías que cada momento es bueno? ¿Qué pasa con mi padre y tu madre? —Me soné la nariz, secándome las lágrimas de los ojos.

—Nuestra historia es genial. Tal vez no todo lo demás, pero *nuestra* historia es perfecta, Em.

—Sí, me gusta eso. Tienes una habilidad con las palabras, Jackson Fisher.

Su pecho retumbó. —Un genio de las palabras ordinario, ¿eh?

—Es mejor que sigas escribiendo. Eres un escritor impresionante, y si te detienes, personalmente te patearé en el culo.

—Un metro cincuenta. Estoy tan asustado.

Me aparté de sus brazos. —¿Todavía te burlas de mí?

—Coqueteando-siempre estoy coqueteando. Vamos. —Él abrió la puerta y me ayudó a entrar.

No hablamos mientras conducía por la ciudad. En la biblioteca, Sophia ya se encontraba sentada en los escalones cuando llegamos. Vi sus ojos ampliarse cuando nos acercamos. A cuatro metros de distancia, pude ver su rubor. Miré de nuevo a Jackson caminando detrás de mí desde el estacionamiento. Sonreí. Miró a Sofía y mostró su engreída, sonrisa adolescente. Sophia se levantó y le tendió la mano.

—Sophia Lyle. Un placer conocerte.

Él le dio la mano. —Jackson Fisher. Es un placer conocerte también.

—Qué gran nombre. Así que, um, ¿recogiste a Emerson de la escuela?

—Lo hice.

—Genial. —Sophia asintió con nerviosismo.

—Jax tiene que irse —dije.

—Está bien, bueno, Jax, no te importa si te llamo así, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Sophie.

Pensé que estaba literalmente a punto de desmayarse.

—Está bien, bueno, um, en cualquier momento que desees ver a Emerson, puedo cubrirlos.

—No, Soph —dije—. No voy a permitir que te metas en problemas con los Keller.

—Bueno, acabo de decirlo, no se los diré —dijo.

—Está bien —le dije.

Jackson se inclinó y me dio un beso en los labios. —Adiós, Em.

Agarré su cara y me incliné hacia su oreja. —Te amo.

Siempre tendré problemas para recordar la primera vez que dijimos, Te amo, porque en el momento que lo dijimos libremente, lo sentíamos desde hace años. Era tan natural como decir: *Hasta luego*.

—Te amo —dijo, antes de girar y dejar a una Sophia cautivada y un anhelante Emerson detrás en las escaleras de la biblioteca.

—Oh, Dios mío, es un bombón.

Me reí. —La gente ya no usa esa expresión, Sophie. Eso fue, mucho antes de tu tiempo.

—Lo sé, pero me gusta y le queda.

—Sí, tienes razón, lo hace. Vamos, vamos a obtener algunos libros.



Cuando me di cuenta de que nadie se dio cuenta de que no estuve desde el sexto período, me sentí aliviada, pero sabía que no podía dejar que se convierta en un hábito. Más adelante en la semana, durante el desayuno, le mencioné a la señora Keller que la biblioteca estaba abierta hasta las cinco y media los lunes.

Ella no lo dudó. —Este bien. Pueden permanecer allí hasta la hora de cierre.

Sophia alzó la vista de su avena y sonrió. Aparté la vista. Antes de salir para la escuela, Sophia se acercó a la señora Keller cuando lavaba los platos. La abrazó desde atrás como si estuviera dando las gracias de mi parte, pero la señora Keller permaneció rígida y no regresó el gesto; simplemente esperó a que Sophia la dejara ir y luego volvió a lavar los platos. Cuando Sophia se volvió hacia mí, se veía tan feliz como una almeja.

Llamé a Jax esa noche y confirmó que tomaría prestado el camión de Junior el lunes siguiente para venir a verme.

Conté los minutos hasta entonces. No pude dormir por la noche, no pude concentrarme en la escuela, y en la iglesia me quedé dormida por el cansancio. La señora Keller me dio un codazo. —Emerson, levántate, chica. ¿Qué pasa contigo?

Bostecé. —Esto es aburrido.

—Es posible que desees fortalecer tu conexión con Jesús. Ciertamente podría servirte un poco de intervención divina

—¿Por qué dice eso?

Ella se llevó un dedo a la boca. —Shhh. Rezaré por ti.

Me encogí de hombros.

El lunes, Jackson me recogió después de la escuela y nos fuimos a la laguna de pesca. Parecía distante mientras conducía. Cuando nos detuvimos en el estacionamiento, apoyó la frente en el volante y tomó una respiración profunda. Me moví a través del asiento del camión y puse la mano en su muslo.

—¿Estás bien?

—Sí.

Dejé que mi mano se moviera por la pierna hasta que levantó la cabeza. —No quiero tocarte aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Simplemente no. Traje una manta. Podemos ir a sentarnos en la orilla.

—¿Estás bien, Jax?

—Sí, voy a estarlo.

Nos bajamos del camión y caminamos cerca de la orilla del agua y tendimos la manta. Nos dejamos caer y nos acostamos de espalda, la cabeza apoyada en su hombro. —Está lindo hoy.

—Sí.

—Oye, ¿por qué pareces tan lejano?

—Estoy aquí —dijo.

Me di la vuelta y apoyé la cabeza en el codo. Usé mi mano libre para acariciar su rostro. —Aquí, pareces lejano.

Tomó mi cuello y atrajo mi rostro hacia el suyo hasta que nuestras bocas se encontraron. Nos besamos y nos besamos. Sus manos fueron a todas partes. Seguí mirando hacia arriba para asegurarme de que no había nadie alrededor.

—Somos sólo nosotros. Déjame sentirte —dijo.

Me tocó a través de mi ropa, agarró mi trasero y pasó la otra mano arriba y abajo por la cintura, levantando mi camisa en el proceso. Besó y chupó mi cuello hasta que hizo un camino hacia mi pecho. Tiró de la parte superior de mi camiseta hacia abajo y besó el oleaje de mis pechos. Arqueé la espalda. —Ah, Jackson, no —le dije, pero no quería nada más que siguiera adelante.

A través de mi camiseta, rodeó mi pezón con el pulgar. —Déjame besarte aquí. —Sus ojos tenían esa mirada soñadora, apacible de deseo.

—Está bien —dije sin aliento.

Desabrochó el sujetador a través de mi camiseta y me dio la vuelta sobre mi espalda, cubriendo parte de mi cuerpo con el suyo. Su mano recorrió mi piel desnuda de la parte inferior de la camisa, hasta el cuello, hasta que mi pecho estaba en su mano y me tocaba con suavidad. Cerré los ojos y gemí. Su mano se deslizó, y contuve la respiración, cuando sentí que tomaba mi pezón en su boca. Sostuve su cabeza a mi pecho mientras besaba y chupaba y me provocaba. Su mano vagó por la parte exterior de mis vaqueros entre mis piernas. Levanté su cabeza para que besara mis labios de nuevo. Podía sentirlo duro en la cadera.

Sus dedos seguían acariciando y frotando hasta que me retorcí bajo su tacto. Movié su mano hasta el botón de mis vaqueros. —No. Estoy en mi periodo.

—No me importa —dijo, con la voz tensa.

—A mí sí, Jackson. Detente. No ahora, no así, por favor.

—Está bien, está bien. —Tomó una respiración profunda—. Lo siento. —Bajó mi camiseta, pero siguió besándome, sólo que sus besos eran más ligeros, sólo pequeños picotazos suaves en mi cuello.

Presioné mi mano hacia el exterior de sus vaqueros, y sus ojos se abrieron de golpe. —¡No! Moriré o me avergonzaré completamente.

Nos reímos. Se tumbó en la manta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sólo déjame recuperar el aliento.

Me acurruqué en su cuerpo. El viento se levantó, dándonos un poco de respiro de la humedad. Con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando sus latidos, vi la brisa ondular la superficie del agua. La respiración de Jackson me adormeció.

Alrededor de las cuatro y media, me desperté sobresaltada.

—Bienvenido de nuevo —dijo Jax con un guiño.

—No puedo creer que me quedé dormida.

—No puedo creer lo que estabas diciendo en tu sueño, Em. —Su sonrisa estaba provocando.

—Oh, Dios mío, ¿qué dije?

—Sólo balbuceo incoherente en un principio y un montón de baba. Luego seguiste adelante sobre lo mucho que me querías.

Me senté y lo empujé en el pecho. —Bueno, eso no es ningún secreto, bobo.

Me agarró la mano y me tiró encima de él. —Pronto —fue todo lo que dijo, y luego me dio un beso, lentamente, con dulzura.

—Será mejor que nos vayamos. Necesito asegurarme de que llegue a la biblioteca antes de la señora Keller.

Fuimos hacia la biblioteca, y aunque el día había ido perfectamente, tuve una sensación de inquietud. Cuando nos acercamos al alto edificio de ladrillo, dos figuras esperando en las escaleras entraron en mi visión. Era la señora Keller, de pie con los brazos cruzados sobre su vientre regordete, viéndonos pasar. Nuestros ojos se encontraron, y ella siguió mi mirada cuando pasamos, pero no había nada en su expresión que pudiera leer. Ni ira, ni decepción, y ciertamente tampoco tristeza. Y entonces se hallaba la pobre y dulce Sophia mirando fijo a sus zapatos, con los hombros caídos, y su cuerpo apático.

—Oh, mierda —dije, y luego me eché a reír histéricamente—. Esa era la señora Keller.

Cuando Jax se detuvo en el estacionamiento de la biblioteca, no dejó de mirarme con incredulidad. —¿De qué te ríes?

—Oh, solo de lo jodido que va a ponerse esto.

—¿Qué hará ella?

—No tengo idea —dije.

Aparcó el coche. Los dos miramos por la ventana de nuevo a donde estaban Sophia y una deslumbrante señora Keller.

—Em, si se va a poner feo, solo ven conmigo. Te llevaré de vuelta a mi casa.

—Leila nunca estaría de acuerdo.

—Puedes quedarte en el fuerte hasta que resolvamos las cosas. Leila apenas está allí; no va a ser tan malo.

Cruzando rápido el asiento del camión, tomé su cara entre las manos y lo besé. —Tengo que hacer esto. No puedo huir. Necesito un lugar para vivir.

—No estarías huyendo. Estarías conmigo, y yo podría dejar de pedir prestado este camión estúpido.

—Oh Jesús, ¿qué haría yo, Jax?y ¿Abandonar la escuela y vivir en tu patio trasero?

Entrecerró los ojos y luego dejó caer la cabeza sobre el volante. — ¿Debo ir al menos a conocerla? Tal vez le caiga bien.

—Creo que no puede hacer daño. —Recorrí su atuendo. Llevaba una camiseta azul de Radiohead, vaqueros oscuros, y zapatillas Vans. Sus ojos castaños eran tan claros como era posible, sin ser verdes o amarillos, que lo hacía lucir como un ser celestial bajo la luz del sol. Pero fue su largo pelo lo que me preocupaba. Había crecido hasta los hombros, pero lo llevaba escondido detrás de las orejas. Me quedé mirándolo, pensando que encajaría a la perfección en California una vez que llegáramos allí. Pero también me preguntaba si era una buena idea presentarle a la señora Keller.

Mientras lo observaba, deseando que pudiéramos desaparecer los dos, él levantó la cabeza, me miró a los ojos y sonrió. *Condenadamente adorable.* ¿Qué mujer no pensaría eso?

—¿Qué miras?

—A ti. Ahora... dale una gran sonrisa, justo como esa. Mantén el encanto, ¿de acuerdo? Sé que puedes hacerlo; te he visto en acción.

—Haré todo lo que pueda.

A medida que nos dirigimos a las escaleras de la biblioteca, la señora Keller tomó la mano de Sophia y tiró de ella. No se detuvo ni hizo contacto visual conmigo.

—Vamos, Emerson. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Espera un segundo. Quiero que conozcas a Jackson.

Ella nos pasó y no miró hacia atrás. —Dije que vamos.

Sophia miró por encima del hombro y movió la cabeza hacia mí, instándome a seguirlas. Me incliné sobre los dedos de los pies y le di a Jax un beso en los labios. —Te llamaré y te contaré lo que pasa.

—Está bien. —Él miraba a la señora Keller y Sophia con incredulidad—. ¿Seguro que estarás bien? Ella da miedo.

—Creo que voy a estar bien. Es decir, ¿qué es lo que hice mal?

En la furgoneta, de camino a casa, ni la señora Keller, ni Sophia hablaron. Esta última miraba por la ventana del pasajero, mientras que los chicos se molestaban entre sí en la segunda fila. En cuanto a mí, yo solo esperé con gran expectación a que alguien dijera algo.

No fue hasta después de la cena que la señora Keller llegó a mi habitación, junto con Sophia. Me encontraba de pie cerca de la cómoda cepillándome el pelo. —Niñas, tendrán que empacar esta noche. Sus trabajadores sociales estarán aquí por la mañana.

Mi estómago se contrajo. —¿Qué? ¿De qué hablas?

Sophia me miró con los ojos muy abiertos. —Hemos roto las reglas, Emmy. ¿Recuerdas la tolerancia cero?

—No, tiene que ser una broma. Espera... —La señora Keller no me miraba. Se giró sobre sus talones y salió de la habitación.

—¿Qué demonios? —grité.

—¡Shhh! —dijo Sophia.

—¿A quién le importa si estamos calladas si vamos a irnos de aquí?! Esto es una locura. ¿Qué demonios has hecho para merecer esto?

—Mentí.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Sophia se sentó en mi colcha púrpura, bajando la mirada a sus manos inquietas entrelazadas sobre el regazo. —Me preguntó dónde estabas, y le dije que te encontrabas estudiando en la escuela.

—¿Qué pasa si era así? Voy a decirle que Jax me dio un aventón para que no llegara tarde. ¿Qué demonios? ¿Por qué te echa a ti?

—Esa es la cosa. Ella te vio en el estanque de pesca, besándolo junto a su camión. —Alzó la mirada, finalmente, con lágrimas en los ojos y una sonrisa triste en los labios.

—Oh por Dios, Sophia, lo siento mucho. —Empecé a llorar—. Pero ¿qué van a hacer? ¿Adónde vas a ir?

—A otro hogar de acogida, supongo.

Me senté y la tomé entre mis brazos, mientras ambas sollozábamos. —Pero has estado aquí prácticamente toda tu vida. ¡Esto es una locura!

—Está bien, Emmy. Estaré bien.

—No, no es así. Voy a hacer lo que sea. Voy a decir lo que sea, no me importa. ¿Te están echando por esto? No puedo creerlo.

—Sin embargo sabes por qué, ¿verdad? —Sollozó.

—¿Por qué?

—Ellos en realidad no nos aman. Ni siquiera creo que les agrademos. Créeme, no acabo de descubrir esta información hoy en día. He tenido siete años para hacerme a la idea.

—¡Pero tú dijiste que querías estar aquí! —Mi mente daba vueltas. ¿Adónde iré? ¿Adónde irá Sophia? ¿Volvería a ver a Jackson?

Sophia se retiró de mi abrazo y se limpió la nariz con la manga de su pijama de franela. —Yo quiero quedarme aquí. Status quo y todo eso, ¿sabes? —Asentí—. Es cómodo para mí, pero puedo comportarme como una niña grande al respecto. Habrían encontrado una razón para deshacerse de mí con el tiempo.

La gente como Sophia y yo teníamos que crecer rápido. Sabíamos cosas acerca de las personas que la mayoría de los adultos ni siquiera se imaginaban. La situación era que sabía que la señora Keller estaba más cerca de Sophia de lo que ninguna de las dos se daba cuenta. Me puse de pie, me limpié los ojos, y enderecé los hombros. —Quédate aquí, Soph. Voy a ir abajo.

Me encontré con el señor Keller sentado en el sofá de la sala de estar, leyendo un libro. —Hola, señor Keller.

—Hola. —Alzó la mirada por encima de sus lentes bifocales.

—Tengo que usar el teléfono para llamar a mi trabajadora social y a mi amigo de la familia, Jackson Fisher, a quien conozco de toda la vida. — Mi voz salía sin emociones, pragmática.

—Adelante —dijo, y regresó a la lectura de su libro.

Entré a la cocina y marqué primero el número de Paula. Mientras sonaba el teléfono, vi a los chicos comer el pastel y empujarse unos a otros. La señora Keller no se hallaba en ningún lugar para ser vista o escuchada. Me preguntaba si ella se escondía de mí y Sophia. Qué cobarde.

—¿Hola?

—Paula, necesito hablar contigo.

—Escucha, antes de decir nada, en realidad tengo algunas buenas noticias. Sé que las cosas iban muy mal, pero tengo una información que creo va a cambiarlo todo.

Durante un minuto, me olvidé de la situación terrible actual. —¿Qué? Dime.

—¿Conoces a tu tía Becky?

—No tengo una tía Becky. No tengo ninguna tía.

—En realidad, sí tienes una tía Becky. Todo ha sido comprobado. Es media hermana de tu padre, diez años más joven.

—No tengo idea de lo que hablas. —Que yo sepa, nadie de Servicios de Protección al Menor podría encontrar a mi madre, y yo no tenía otros parientes vivos, por lo que sabía.

—Es verdad.

—¿Mi padre sabe de ella?

—Él es quien nos dio su información. Nos pusimos en contacto con ella en San Francisco, donde vive, y le preguntamos si se haría cargo de la tutela.

—¡¿Qué?! —grité. Los chicos se quedaron en silencio, mirándome mientras me apoyaba contra el mostrador—. ¿Voy a tener que trasladarme a San Francisco?

—Sí.

—No, no puedo. No puedo dejar a Jackson. ¿Qué va a pasar con Sophia? ¿Por qué no me dijo mi padre que tenía una tía? Ni siquiera la conozco. Nunca voy a encajar allí. ¡Esto va a arruinar mi vida!

—Ve más despacio.

Me empecé a sentir mareada. El señor Keller entró en la cocina y me tomó por el codo. Me tambaleé. En silencio, dijo—: Vamos, siéntate en el sofá.

Cuando me senté, él salió de la habitación. —¿Me están echando porque pasé unas horas con Jackson?

La voz de Paula se volvió baja y calmante. —Sé que has pasado por muchas cosas. Por favor, escúchame. Sophia va a irse a un nuevo hogar temporal cercano. Es un lugar decente, pero no aceptan a los adolescentes, y de todas formas, lo creas o no, tu tía Becky parece una persona muy inteligente y cálida. No tiene hijos propios, y escucha esto... Ella es profesora de escritura creativa en Berkeley.

—Ninguno de estos datos está ayudando. ¿Por qué no me dijo mi padre acerca de mi tía?

—Debido a que tu tía es... ¿cómo puedo expresarlo? Bueno, es el producto de una aventura que tuvo tu abuelo, y tuvieron que mantener todo en secreto para evitar un escándalo. Pero al parecer, tu padre sabía de ella. No sé si alguna vez se pusieron en contacto, pero él le escribió desde la cárcel y al ser una persona muy amable y generosa, está de acuerdo en permitir que vayas a vivir con ella y su pareja, Trina.

Tenía la boca abierta de incredulidad. Ni siquiera podía procesar lo que me decía. ¿Iba a vivir con mi tía lesbiana en California? De ninguna jodida manera. Yo no iba a dejar Ohio; no me importaba si el propio presidente me daba una habitación en la Casa Blanca.

—¿Cuánto tiempo tengo que desaparecer?

Se rió entre dientes. —No te preocupes, tengo la sensación de que serás muy feliz con este nuevo acuerdo. Voy a estar allí mañana a las diez para recogerte.

Nos dijimos adiós, luego irrumpí por las escaleras hasta el segundo piso y atravesé la puerta de la habitación de la señora Keller, donde la encontré sentada en el borde de la cama, llorando.

—¿Cómo pudiste hacer esto? Me importa un comino yo, pero ¿cómo pudiste hacerle esto a Sophia? Ha estado aquí siete años. Dios mío, eres como una madre para ella. ¿Qué es lo que te pasa? —Bajó la cabeza en silencio mientras yo continuaba—: Escucha, por favor. No hizo nada malo. Por lo que sabía, Jax y yo estábamos estudiando. ¿Y a quién le importa si te contó una mentirita piadosa? Por favor, arruinarás a esa niña si la sacas de aquí. Es tan buena. Es tan inocente.

La señora Keller levantó la vista, con los ojos hinchados y enrojecidos. —Tengo que hacerlo. Ella tiene que saber que su comportamiento tiene consecuencias.

—Sin embargo, tus consecuencias son demasiado extremas. Sé que la amas. Por favor, no la echas.

El señor Keller entró detrás de mí. —¿Que está pasando?

—Solo escúchame. Eres todo lo que tiene la niña. Yo acabo de descubrir que tengo una tía, y tengo casi dieciséis años. Voy a resolver las cosas. Pero Sophia tiene ocho y no tiene otra persona en este mundo para confiar. Ella te ama y tú la amas. Eres buena gente. Tienen reglas locas, pero son buena gente. No le hagas esto —insté, con ojos suplicantes.

El señor Keller se sentó junto a la señora Keller en la cama. —Emerson, estás excusada. La señora Keller y yo tenemos que discutir algunas cosas. Por favor, ve a tu habitación y recoge tus cosas. Tu trabajadora social estará aquí en la mañana.

Antes de ir a mi habitación, bajé corriendo las escaleras, cogí el teléfono y subí dos escalones a la vez hasta que estuve en mi habitación. Llamé a Jax.

—Hola.

—Me están enviando a San Francisco para vivir con mi tía.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Sí.

—¿Vas a irte? —Su voz estaba vacía, conmocionada. No era una pregunta. Él trataba de procesar lo que acababa de decirle.

—Tienes que venir a buscarme. No voy a ninguna parte.

—¿Dónde viven los Keller? —Sonaba preocupado, como si estuviera tratando de resolverlo todo.

—South Primrose, dos treinta.

—Voy a estar allí, Em, lo prometo. Pero probablemente no será hasta alrededor de la una de la mañana.

—Nos encontraremos en la calle a la una.

Empaqué mi ropa, dejé todo lo que los Keller me habían dado en una pila ordenada en la cama, y esperé. Antes de apagar las luces, entré a la habitación de Sophia. Estaba leyendo en una silla de mimbre cerca de la ventana. Me apoyé en la jamba de la puerta.

Levantó la vista y sonrió. —No sé lo que has dicho pero funcionó.

Me quedé de piedra. —¿En serio? —Caminé hacia ella.

Se puso de pie y me abrazó. —Sí. Van a dejar que me quede. Sin embargo me dijeron que solo tendré una oportunidad más.

—Oh, Dios mío, no tienes idea de lo feliz que me hace. Sé que no meterás la pata, Soph. Cuídate, ¿sí, niña? No tienes que hacer nada por nadie nunca más. Solo cuídate tú. —La abracé de nuevo.

—Sí, supongo que lo que has dicho realmente le llegó a la señora Keller. Gracias, amiga.

—No fui yo. Te aman, ¿de acuerdo? Solo les cuesta demostrarlo. La señora Keller estaba llorando cuando entré para enfrentarla. Te lo prometo, no era nada de lo que dije. Ellos quieren que estés aquí. Solo tienen demasiado orgullo en sus reglas.

Se encogió de hombros. —Tal vez. ¿Pero qué hay de ti?

—Me envían a San Francisco. —Sonreí, aunque sabía que era mentira. Debía interpretar el papel.

—¡Vaya, eso es fantástico!

—Sí, tengo una tía allí y es una exitosa profesora universitaria. Probablemente adinerada. Estoy segura de que obtendré un coche y esas cosas.

—Eso está muy bien, Emmy. Somos muy afortunadas.

—Lo somos, ¿verdad? —Sophia era demasiado joven para entender la ironía. Era mejor así.

Le di las buenas noches, y nos abrazamos. No le hice saber que sería la última vez.

A las doce cincuenta, tomé mi pequeña maleta, salí por la puerta de atrás, y la rodé casi un kilómetro de la carretera de la autopista principal. Jackson se detuvo en la camioneta de Junior justo a tiempo, y me subí.

—Hola —le dije.

Parecía agotado, pero sonrió de todos modos. —Hola, hermosa.

—Lo dudo. Siento como si hubiera sido atropellada.

—Estás conmigo. Ahora estás bien. Tenemos que pasar por lo de Carter y luego Cal Junior nos llevará a casa. Esta noche mi madre trabaja.

—¿Ella sabe?

Se detuvo ante una señal de stop y me miró. —No, Em, no puede saberlo. Está loca. Piensa que vas a arruinar mi vida. Muy audaz viniendo de su parte, ¿no?

Todavía recordaba el dolor que todos sentimos cuando murió Brian. ¿Cómo podría Leila pensar que yo haría algo que dañara a Jax? —¿Cómo voy a arruinar tu vida? —Me dolía decir esas palabras.

—Ella no quiere que nadie le quite su vale de comida.

—¿Y eso que significa?

—Sabe voy a conseguir una beca. Que voy a hacer algo con mi vida. Mis calificaciones son perfectas. Ya he recibido una puntuación casi perfecta en el PSAT³. Va a querer que yo me ocupe de ella.

Se me ocurrió que pedirle a Jax que me ayude a huir podría poner en peligro todo para él. Tal vez Leila no estaba siendo tan egoísta. Tal vez ella buscaba lo mejor para él. Tal vez yo también debería hacerlo.

—Alguien se lo dirá. Paula irá a tu casa... —le dije.

—¿De verdad crees que Paula va a estar buscándote más allá de la línea de árboles?

—¿Por qué lo dices así?

—Es que los adolescentes desaparecen todo el tiempo y la gente deja de buscar. ¿Recuerdas a la novia de mi hermano? Ella vivía en un maldito desagüe. —Me agarró la mano—. Todo va a estar bien.

—No quiero vivir en un desagüe, Jackson.

—¿Ni siquiera conmigo? —Se rió.

—¡No es divertido, y no, ni siquiera contigo!

³ Examen Preliminar de Aptitud Escolástica.

—No lo harás, y no lo haremos. Todo estará bien. Eres jodidamente inteligente, Em. Diablos, yo soy jodidamente inteligente, y trabajamos muy duro por esta vida de mierda. No va a suceder.

—Júramelo. —Mi voz era muy pequeña.

—Lo juro por tu vida —dijo, y yo le creí—. Pero en este momento te estoy secuestrando en la camioneta de un perdedor, así que puedes ocultarte en mi patio trasero. Esperemos que podamos superar esta parte. No creo que las universidades vean con demasiado cariño a los antecedentes juveniles.

No dije nada, pero el peso de lo que estábamos haciendo me golpeó con fuerza. No había manera de cuantificar el impacto de nuestras acciones a estas alturas. Parecía que si iba a San Francisco, iba a morir sin él, literalmente me marchitaría y convertiría en polvo. Pero si me quedaba, podría estar poniendo su futuro en peligro, y el mío. ¿Cómo podría medir las consecuencias de elegir el amor a los quince años?

La gente llama amor infantil a las relaciones adolescentes, pero lo que teníamos Jackson y yo iba mucho más allá. Teníamos una vida llena de momentos que eran significativos, espirituales y trascendentes. Nos negábamos a reducir nuestro amor a alguna expresión impertinente basada en nuestra edad. Éramos lo suficientemente maduros como para saber que nuestras acciones, en ese momento, eran egoístas. Él no lo dijo, pero la muerte inminente era palpable para los dos. Y tenía razón: éramos inteligentes para nuestra edad. Los dos sabíamos que uno de nosotros tendría que hacer un sacrificio.

Jax me miró, como si supiera lo que pensaba. Me agarró la mano. —Em, solo permanece aquí en el momento conmigo, ¿de acuerdo?

Sonreí hacia él, mis ojos ya llenándose de lágrimas. —No me hagas llorar, por favor. Nos reíamos hace tan solo dos minutos.

Viajamos el resto del camino en silencio.



DICIENDO ADIÓS

Traducido por NnancyC & Vane Farrow

Corregido por Dannygonzal

Respiraba con fuerza mientras tendía el libro en mi pecho, justo sobre mi corazón palpitante. Recordé ese momento cuando todo comenzó a desmoronarse a nuestro alrededor. No hubo nada que pudiéramos hacer; éramos solo un par de niños impotentes, pobres, tan desesperados por encontrar una manera de estar juntos...

Era la mitad de la noche para ese punto, y me sentía demasiado frustrada para seguir adelante. No quería despertar a Cara, así que me di un baño, volví a la cama y le envié un mensaje de texto a Trevor, pero él ya dormía. Fui a la habitación de Cara para ver si tal vez se estaba quemando las pestañas en su próxima historia, pero también se hallaba profundamente dormida. No me sentía lista para volver al libro, así que pasé las siguientes tres horas acostada en la cama, pensando.

Cuando tenía dieciocho años, vi a un terapeuta que me convenció de volver a Ohio para buscar a Jase y ver donde crecimos para tratar de trabajar a través de algunos de mis problemas. Cyndi y Sharon, siendo las mujeres increíbles que eran, dejaron todo para llevarme allí. Encontramos el camino de tierra justo en la señal de ocho punto ocho kilómetros, donde estuvo siempre. Había solo dos postes de madera solitarios y un recuerdo de los buzones desvencijados. No pudimos conducir en coche por la carretera porque había un portón cerrado y un cartel que decía PROHIBIDO EL PASO, pero eso no detuvo a Cyndi. Sharon intentó disuadirla de ello, pero Cyndi insistió en que subiéramos la valla e hiciéramos el viaje de casi un kilómetro al lugar donde las dos viviendas destartadas una vez estuvieron ubicadas.

Cuando llegamos al final del camino, no encontramos nada. Las casas habían sido derribadas. Todo lo que quedaba eran dos cimientos de hormigón y un par de vigas de madera. Me alegraba que hubieran desaparecido.

—Di adiós, Emiline —dijo Sharon—. Di adiós a las cosas horribles que sucedieron aquí.

Lloré y lloré en los brazos de Cyndi. Los ecos de Jase estaban por todas partes. Pude ver un Jase de doce años de edad, mientras permanecía de pie sobre una roca con sus brazos en el aire. *¡Mírame, Em, soy el rey del mundo!* Y allí estaba yo, un desastre flaco, una niña con los brazos cruzados, riendo. *Bueno, no eres Leonardo DiCaprio, eso es seguro.*

Me reí a través de mis lágrimas mientras Cyndi preguntó—: ¿Estás teniendo un buen recuerdo o uno malo?

Sonreí. —Este es uno bueno.

Caminamos junto a la grava hacia la línea de árboles y vimos a la distancia la pequeña estructura en pie. Era el cobertizo para herramientas convertido en un fuerte que Jase y yo hicimos nuestro.

—¿Es este? —preguntó Sharon. Solo asentí.

Tratamos de forzar la puerta de madera contrachapada para que abriera, pero se encontraba tan degradada y combada que se atascó. Sharon, una mujer bastante pequeña, vino con el extremo ancho de un tocón de madera gruesa.

—¡Cuidado! —gritó mientras golpeaba la puerta, quebrándola hasta que abrió.

Después que el polvo se asentó, Cyndi me dio unas palmaditas en la espalda. —Anda. Vamos a estar aquí si nos necesitas.

Di un paso adentro, con las piernas temblando, el corazón golpeando. Estaba vacío, excepto por un par de ramitas y una gran cantidad de polvo. En la parte posterior de la puerta, todavía podía distinguir la pintura naranja descolorida en donde Jase escribió las reglas del fuerte cuando teníamos once.

PROHIBIDO PADRES

PROHIBIDO TAREA

PROHIBIDO PELEAR

De alguna manera, estas tres reglas significaron el cielo. Miré alrededor, recordando nuestra última noche allí. Más allá de la ventana, pude ver la línea de árboles, más escasa de lo que recordaba. Casi podía distinguir el pequeño muelle en el riachuelo, donde solíamos balancearnos fuera y dentro del agua. Una imagen

del hermano de Jason, el cuerpo flotante de Jeff, vino a mi cabeza sin ser invitado. Fue entonces cuando supe que era hora de irme.

Logrando mantenerme estable, encontré a Cyndi y a Sharon afuera y dije—: Ya he tenido suficiente, estoy lista.

Dejamos Ohio y nunca hablamos de mi infancia de nuevo. Jase había desaparecido. No sabía dónde buscar, y no me dejó ninguna pista, así que lo archivé, como todo lo demás. Pensé que había vuelto allí para decir adiós a mi madre y a mi padre, y encontrar a Jase, pero ninguna de esas cosas sucedió. En su lugar, le dije adiós a Jase ese día porque no vino a buscarme como dijo que lo haría. Fue lo más difícil que hice en mi vida.



Se sentía como diez minutos más tarde, pero era por la mañana cuando Cara me despertó. —¿Terminaste el libro?

Bostecé dramáticamente. —No, ni siquiera cerca. —Cada página me enviaba en un largo viaje emocional que sentía doloroso y necesario a la vez.

—¿Bueno, qué estás esperando? Quiero llevármelo para que él lo firme.

Me quejé. —Eh, ¿por qué?

—Debido a que solo quiero hacerlo —se quejó ella—. Y quiero que vengas conmigo.

—¿A qué hora es la firma de libros?

Su rostro se iluminó. —¿Vas a ir?

—No. Solo quiero ser capaz de darte el maldito libro para que puedas tenerlo firmado.

—Vamos.

—No creo que vaya. Si él quisiera verme, se habría puesto en contacto conmigo para ahora —dije.

—Tú. Lee eso. —Señaló el libro—. Voy a jugar tenis. Vuelvo en una hora. La firma es a las tres. —Miró su reloj—. Necesitas leer velozmente, pero estoy bastante segura de que lo puedes terminar en cuatro horas.

—Lo que sea, te lo puedes llevar si no he terminado.

—Ustedes crecieron juntos y obviamente pasaron por un montón. No voy a pretender que entiendo todo, Emi, pero ¿no quieres al menos decir hola?

—Atravesamos muchas cosas —dije con aire ausente mientras me preguntaba de nuevo, por enésima vez, por qué no intentó ponerse en contacto conmigo.

—¿En qué parte estás ahora? —preguntó.

—Cuando viene a recogerme del hogar de acogida.

—Es tan raro oírte decirlo de esa manera.

—Imagina cómo me siento al leer mis propios pensamientos, los que no escribí.

—Puedo ver cómo sería eso de extraño. Debes haber compartido mucho con él.

—Todo. —Era cierto. En la vida real, hablamos durante horas en la noche mientras me escondía en esa habitación en el ático de la casa de acogida. Le conté cada detalle como si le estuviera leyendo una historia.

—Bueno, vuelve a ello —dijo Cara, interrumpiendo mis pensamientos.

Su cola de caballo rebotó mientras se alejaba. Sabía que era mi propio problema, pero su alegría me irritaba. No estaba lista para volver al libro, así que hice la otra cosa que tenía que hacer: Llamé a Cyndi.

—¿Hola?

—Hola, tía Cindy.

—¿Cómo está mi niña?

—Estoy bien. Así que, eh, odio soltarte esto de la nada, pero... Jase escribió un libro —dije, descendiendo duro en esa vocal final.

—¡Oh, madre mía! ¿En serio? —dijo emocionada.

—Sí. Escribió un maldito libro acerca de nuestra niñez y lo publicó. Y es un gran éxito en ventas.

—Oh, Dios mío. —Esa era la expresión de Cyndi para algo catastrófico, ni siquiera era una pizca de religiosa.

—¿Has oído hablar de *Todos los caminos en Medio* de J. Colby?

—*Ese* libro. ¡Guau! —Se aclaró la garganta—. Quiero decir, sí, he oído hablar de él. Ha sido criticado por algunos. —Siempre trataba extremadamente duro para

hacer que me sintiera mejor en cada situación. Era solo una de las muchas cosas que amaba de ella.

—Oh, no me vengas con eso. No creas que no busqué en Google cada artículo sobre este libro. Obtuvo una mala crítica nacional. De lo contrario, es un apreciado por la crítica.

Podía escuchar a Cyndi cubrir el micrófono del teléfono y en un susurro gritar el nombre de Sharon. Volvió a la línea. —Está bien, Emi, vamos a resolver esto.

Sacudí la cabeza. —Hola, Sharon. Sé que estás en la línea.

Hubo una pausa, y luego un—: Hoooola, cielo. Siento mucho que estés pasando por esto, pero intenta pensarlo como una experiencia catártica que puedes utilizar en lo que escribes. —Esto era clásico, Sharon sensata—. ¿Ya has leído el libro?

—Estoy leyéndolo ahora. Se trata básicamente de una roman à clef⁴, excepto que lo escribió desde mi punto de vista. ¿Puedes creer la osadía?

Podía oír a las dos inhalar a través de sus dientes, y luego hubo más susurros fuera del teléfono. Cyndi regresó a la línea. —Mañana vamos a tomarnos el día libre. Estaremos en el coche, en nuestro camino a verte, en menos de una hora. Espera por nosotras al anochecer. Nuestra chica nos necesita.

—No, no tienen que venir para esto.

—Puedes apostar que vamos a ir, y resolveremos todo esto juntas.

Suspiré, parcialmente de resignación, parcialmente de puro alivio. — Muchas gracias, chicas. —Me sentí patética después de colgar, pero no serviría de nada luchar contra las fuerzas combinadas de Cyndi y Sharon.

Cinco segundos más tarde, Cara pasó por mi habitación cuando se dirigía a la cocina y gritó—: ¡Sigue leyendo!

Miré el libro sobre la cama, lo agarré, y me dirigí a la sala de estar. No quería estar sola por lo que sabía qué venía después.

⁴ Novela en clave

De Todos los Caminos en Medio

Nos detuvimos en el rancho de huevos de Carter justo después de las dos de la mañana. Cal Junior se encontraba sentado en un banco de madera, apoyado en uno de los gallineros, esperando por nosotros.

—No hables con él, ¿de acuerdo? —dijo Jackson mientras estacionaba la camioneta.

—¿Por qué?

—Solo no lo hagas. Es un maldito matón.

Cal Junior se acercó a la puerta del acompañante y la abrió. Se apartó su pelo graso de los ojos y esbozó una sonrisa de dientes torcidos. —Muévete al medio, princesa. Vamos a dejar que Jax conduzca para que podamos ponernos al corriente.

Jax levantó la mano para detenerlo. —No, no vas a tocarla.

—Cálmate. No voy a morder. —Se deslizó a mi lado, apestando a tabaco y estiércol.

—¿Cómo si yo le dejaría? —le dije.

—Te lo dije, no hables —vociferó Jax.

Tragué saliva y luego con nerviosismo me moví lo más cercana posible a Jackson. Puso su brazo derecho sobre mis piernas durante el resto del viaje. Eran solo tres kilómetros para nuestro camino, pero se sintió como por siempre. De vez en cuando, Cal Junior se echaba a reír ante nada en absoluto, como un lunático.

Condujimos hasta el final de El Monte Road. Miré y vi una cinta de precaución y señales amarillas clavadas en el exterior de la casa oscura y desolada de mi padre.

Cal Junior se bajó y caminó alrededor hasta el lado del conductor. Mientras que Jackson salía de la camioneta, Cal le dio una palmada fuerte en la espalda. —¡Te veo mañana, chico! Me debes.

Jackson tomó mi mano y me llevó a través de su casa hacia la puerta trasera, por la maleza, y hasta el fuerte. Nuestro fuerte. Cuando encendió la lámpara de camping, me di cuenta que añadió mantas y almohadas al catre y dejó algunas botellas con agua y aperitivos en la mesita de noche, así como una pila de libros que no había leído antes.

—El turno de Leila termina en dos horas. Puedes dejar tu bolsa aquí y tomar una ducha en la casa. —Estábamos de pie cerca de la puerta de madera. Noté que Jax parecía un gigante dentro de nuestra fortaleza.

—¿Te sentarías conmigo por un segundo? —pregunté.

Vaciló y luego se sentó en el catre. Me senté a su lado y pasé una mano por su muslo.

—¿Has estado trabajando horas extras en el rancho? ¿Es por eso que Junior te permite conducir su camioneta?

Tragó saliva y luego asintió.

—¿Jackson?

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre sus manos.

—Mírame, Jackson.

Cuando giró el cuello para mirarme, pude ver las lágrimas en sus ojos. Le puse la mano en la espalda y froté de arriba a abajo. —¿Qué has estado haciendo para Cal Junior? Cuando dijo que le debías, ¿a qué se refería? —Mi voz era cada vez más alta, casi frenética, y mi corazón latía como si quisiera salir de mi pecho con una sensación de terror.

Su cara regresó a sus manos. Hizo un sonido que cayó en algún lugar entre un sollozo y un gemido. —Em... Yo...

Lo atraje hacia mí y lo tomé en mis brazos. —Dime. No voy a juzgarte. Sacudió la cabeza.

—Dime.

Me apartó, se enderezó y se limpió la cara con las manos, como para borrar la tristeza y la ira. Lucía impasible ahora, sentado perfectamente erguido y mirando hacia la puerta cuando finalmente habló. —Vendo hierba para él en la escuela. —Su voz era flemática—. Quiere que venda otras cosas, como metanfetamina... a los niños. —Me miró a los ojos, esperando la decepción en mí, como si fuera a pensar menos de él... pero nunca podría hacerlo.

—No vas a hacerlo nunca más, Jackson. No tienes que hacerlo. —Sabía que el asunto de las drogas lo hacía pedazos debido al impacto sobre su madre y los rumores aún dolorosos sobre la muerte de su hermano. Jackson odiaba las drogas. Quería decir que lo sentía. Era toda mi culpa que sintiese que tenía que hacer algo tan inconcebible como vender drogas a los niños. Froté su espalda y traté desesperadamente de calmarlo.

A través de las lágrimas, titubeó sobre sus palabras. —Me siento como un gran hipócrita. Junior empezó a hablar sobre lo de Carter y la forma en que se iba a ir a la quiebra. Dijo que él y su padre han estado haciendo metanfetamina durante años. Es la forma en que mantuvieron el

negocio familiar en marcha. Es tan jodido. Ese dinero que ganamos de niños era dinero de la droga. Contaminado.

Tomé su cara mis manos y lo obligué a mirarme. Sus ojos fijos en la pared detrás de mí. —Mírame ahora, Jackson. Solo éramos niños recogiendo huevos. Ganamos ese dinero y no conocíamos nada mejor. ¿Y realmente qué otra opción teníamos en una ciudad como esta? Míranos. Estamos atrapados ahora. Ya no quiero estar atrapada, y no quiero que vendas drogas para que puedas pagarle a un imbécil por usar su camioneta. No vas a volver allí, no te dejaré. —Yo también lloraba ahora.

—¿Y si se le dice a la gente?

—Jackson, eres más inteligente que esto. Junior nunca lo dirá porque va a ir a la cárcel. Ellos están haciendo las drogas, no tú. Podrías entregarlos a la policía, lo sabes.

—No sé, Em.

—Si no lo haces, yo lo haré.

Parecía en pánico. —¡No! No puedes. Te enviarán lejos.

—¿No te importa lo que él y su padre les están haciendo a esta ciudad?

—¿Esta ciudad? —Entrecerró los ojos.

—A ti, a nosotros, Jax. No dejes que nuestras circunstancias afecten tu integridad. Aunque detengas la venta de drogas, Junior va a encontrar a alguien más para hacerlo. Sé quién eres. No vas a dejar que eso ocurra.

Se inclinó lentamente. Vi una débil sonrisa en sus labios. Me dio un beso y luego se alejó y tomó una respiración profunda. —No te merezco, Em.

Me reí y aligeré el estado de ánimo un poco. —Bueno, eso es cierto, pero al menos aprecias ese hecho. Será mejor que entre allí y tome una ducha. ¿Vas a estar bien?

—Sí. Estaré aquí cuando vuelvas. No dejes ninguna evidencia.

—Lo sé.

La casa de Jackson no había cambiado con los años, mismo sofá manchado, alfombras sucias y apestando a cigarrillo. En el baño, la puerta esmerilada de la ducha tenía una línea oxidada y moho apelmazado en el revestimiento de la bañera. Me desvestí rápidamente y salté bajo el agua fría, temblando hasta que se calentó.

Lloré por Jax. No podía contenerlo más. Cara a cara, podría ser fuerte para él, lo necesitaba, pero una vez que estuve sola, maldije a todo el maldito universo. Maldije a Leila, el monstruo del whisky, ese idiota de Cal

Junior, a los Keller y sus reglas estúpidas, e incluso maldije a Brian muerto por dejarnos. Entonces, cuando todo lo que podía saborear era la sal de mis lágrimas, caí de rodillas bajo el agua hirviendo y maldije a mi madre.

Llévatelo todo lejos. Neeble y los monstruos que viven aquí, el hedor de la muerte, las drogas, el abuso, la sangre y los cuerpos flotando en el río, y todos los niños no amados. Solo aléjalo todo, dios.

Lloré y lloré, y pronto el agua se volvió fría de nuevo. Mis brazos estaban envueltos alrededor de mis piernas y mi cabeza apoyada en las rodillas cuando la puerta de la ducha se abrió y el agua se apagó.

—Ponte de pie, Em —dijo la voz tranquilizadora de Jackson.

Al instante envolvió una toalla a mi alrededor y me abrazó a su cuerpo grande mientras mis sollozos se volvían hipos esporádicos. Cogí mi ropa y sentí un hilillo de sangre correr por mi pierna. Sostuve la toalla a mi cuerpo, di un paso atrás y miré hacia abajo. Me había olvidado de pedirle a Dios quitar todo el asunto del período. Miré a Jackson a través de mis ojos hinchados y sonreí. —Ser mujer es una mierda.

Él rió. —Solías alardear de ello.

—Ya no es así —dije.

—Te voy a dar un minuto. Sólo date prisa. Mi madre estará en casa en una hora.

—Bueno.

Limpié todo rastro de Emerson en la casa y el baño, y para el momento en el que llegué a la fortaleza, el sol estaba saliendo. Jackson se hallaba dormido en el catre. Me acurruqué a su lado y él instintivamente abrió los brazos para que pudiera apoyar mi cabeza en su pecho.

Esa noche dormí más profundamente de lo que lo he hecho en toda mi vida.

En algún momento al día siguiente, cuando me desperté, se había ido. Mi período ya no estaba, gracias a Dios, y Jax me dejó un plato de Cheerios secos y una nota.

Buenos días, Em. Lo siento por los Cheerios secos. La madre del año no ha ido a la tienda en algunas semanas. Tomé su coche para la escuela. Ella está en la casa con algún tipo, así que mantén un perfil bajo. También

lo siento por anoche. No debería haber puesto eso sobre ti. Junior no es tu problema, es mío. Ya he terminado con el asunto de las drogas. Debería estar en casa a las tres y media. Te amo.

Miré la pila de libros en la mesita y luego más allá de ellos al diario encuadernado en cuero negro que se encontraba debajo de un candelabro de bronce. Me temblaba la mano mientras lo alcanzaba. Lo recogí y lo acerqué a mi pecho. Mi cerebro de quince años de edad quería abrirlo, pero mi corazón no me dejaba faltarle el respeto a Jackson de esa manera. Sosteniéndolo contra mi pecho, me quedé mirando por la ventana pequeña a la línea de árboles y pensé en nuestra vida hasta ahora. Intenté predecir como terminaría la historia, o incluso lo que nos sucedería después de ese día, pero no podía descubrirlo. Sólo éramos niños.

Había pasos acercándose al cobertizo, y luego oí silbar a Jackson. Abrí la puerta delgada de madera. —Bienvenido a casa, cariño.

Jax llevaba una sonrisa arrogante. Levantó un trozo de papel con una gran A más en tinta roja. —¡Boom! Experto en mi examen de Historia del mundo.

Envolví mis brazos a su alrededor. —¿Cómo te volviste tan inteligente?

—Canal de Historia.

—Eso es cierto, tenías cable —dije en voz baja cerca de su oído.

—Haces que suene sexy.

—Es sexy para una nerd de diez años de edad.

—Ya no tenemos diez.

—Puedo decirlo —dije, y luego nos besábamos. Alcancé la parte inferior de su camiseta y la tiré sobre su cabeza.

Se quitó los zapatos mientras sus manos vagaban por debajo de mi suéter de mis costados a mi espalda. Me llevó hacia la cama, se sentó, y luego me tiró a horcajadas sobre él. —Quítate esto —dijo, tirando de mi suéter. Me lo quitó y su boca estuvo sobre mí al instante, besando un rastro de mi cuello hasta la parte superior de mis pechos. Desabrochó el sujetador sin problemas. Bajé mis brazos y lo dejé caer al suelo.

—Dios, Em. —Me besó por todas partes—. Eres...

—¿Qué?

—Eres tan... Dios... Te quiero... Eres tan hermosa.

Tendiéndose de espaldas, me tiró encima de él y nos dio la vuelta, así que estábamos en nuestros costados. Deslizó la mano fácilmente en el

interior de la parte delantera de mi ropa interior, pero se congeló. Le agarraba el cuello y sosteniendo su boca contra la mía. Se apartó, respirando con dificultad.

Nuestros pechos respiraban dentro y fuera. Sus ojos se lanzaban por todas partes, desde mi boca a mis ojos. —¿Qué pasa, Jax?

—¿Esto está bien? —Bajó la mano.

—Sí. Solo Bésame.

Me perdí en todas las sensaciones, y en poco tiempo estuvimos completamente desnudos bajo una sábana delgada, los dedos de Jackson se encontraban dentro de mí, y su boca en mi cuello, besándome sin sentido.

De repente, su mano se fue, y gemí. —No, no pares —dije. Se movió sobre sus manos y se mantuvo a sí mismo sobre mí. Abrí mis piernas para él y me incliné para tocarlo.

—No, no lo hagas, Em.

Cuando me separé, empujó sus caderas una vez. Lo sentí con fuerza contra mi muslo. Me agaché de nuevo, pero rápidamente se apartó de mí y se sentó sobre sus rodillas. —Mierda, no podemos hacer esto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Necesitamos protección. —Una gota de sudor rodó por el lado de su cara.

Parecía como si estuviera adolorido, pero no sabía si era mental o físico. —Podemos hacerlo... eso... sólo una vez.

—¡No! No, eso sería tan tonto de nosotros.

Nunca había visto a Jackson así completamente desnudo. Era hermoso, incluso a los dieciséis años. —Podemos hacer otras cosas —le dije.

Tragó y luego asintió antes de colapsar en mis brazos.

Podrían haber sido horas o días o años los que pasáramos así, explorándonos el uno a otro, enredados el uno en el otro. Me hizo un millón de promesas, que nuestra primera vez sería perfecta y mágica, y sabríamos exactamente qué hacer, porque todo se sentía muy bien cuando estábamos juntos.

Después del ocaso, oímos a Leila gritando por Jax desde la casa, pero aún estábamos enredados en las sábanas, acostados en los brazos del otro.

—¿Qué deberíamos hacer? —le pregunté.

Jax se congeló. —Vístete. —Su voz se acercaba más y más al cobertizo a medida que nos escurríamos alrededor, intentando encontrar la ropa—. No hagas ruido. Tengo que ir. Cuando ella se vaya a trabajar, voy a volver.

Me puse los pantalones y la camiseta. —Bueno.

Antes de irse, se agachó y apagó la lámpara. —Lo siento, tengo que hacerlo.

—Está bien; solo vete. Date prisa.

Me acurruqué debajo de una manta húmeda y cerré los ojos. A la distancia, podía oír a Jackson hablando con su madre, pero no podía entender lo que decían, y luego sus voces se hicieron cada vez más lejanas. El cobertizo se sintió aún más oscuro y solitario. Intenté dormir, pero dormí la mayor parte del día, mientras que Jax estuvo en la escuela, así que no me sentía cansada. No se podía tener mucha vida mientras me encontraba escondida en un cobertizo.

Mi estómago rugía de hambre mientras yacía allí. Había un rayo de luz de luna que entraba por la línea de árboles y por la ventana. Lo miré y traté de contar las partículas de polvo bailando en los rayos de la luna. Estaba pensando distraídamente en besar a Jackson cuando lo oí gritar desde afuera.

—¡No! —gritaba. Me di cuenta de que corría hacia el cobertizo—. ¡Em!

Me puse de pie y corrí hacia la puerta. Linternas iluminadas se hallaban detrás de él, lo que lo delineaba mientras corría hacia mí.

Mi corazón latía con fuerza. —¡Corre, Em! —gritó.

Sin pensarlo, me di vuelta y empecé a correr hacia el arroyo. Jackson y yo sabíamos que no había nada por kilómetros. Corrí por temor de que nos separaran de nuevo, de que nuestras vidas cambiaran en un abrir y cerrar de ojos.

Los únicos sonidos eran los de nuestros pies sonando contra las ramas y hojas y nuestras respiraciones agitadas. Cuando la luz se desvaneció detrás de nosotros, desaceleramos.

—Tengo que parar, Jax. —Me giré hacia él. Había suficiente luz de luna para verlo inclinado, apoyándose en las rodillas.

Respiraba con dificultad y su voz era tensa. —¡Mierda! ¡Mierda! ¡Esa hija de puta!

—¿Qué pasó?

—Ella me reportó.

—¿Qué quieres decir? Ella es la última persona que quiere verte en problemas —le dije.

Intentaba recuperar el aliento. —No mi madre. Tu trabajadora social vino aquí buscándote esta mañana. Mi madre no le dijo nada al principio porque no lo sabía. Entonces Junior vino a casa preguntando por qué no había aparecido en la mañana. Estaba enojado, y cuando mi madre empezó a defenderme, le dijo que yo había tomado su camión para llegar a ti.

Mi corazón latía con fuerza. *Mierda, mierda, mierda.* —Entonces, ¿cómo diablos Paula sabe que estoy aquí?

Jax se enderezó y miró hacia otro lado. —Ella llamó a Paula porque dijo que no quería que me arrastraras y me metieras en problemas.

Hice una mueca. Fue doloroso escuchar a Jackson decir esas palabras porque una parte de mí sabía que era verdad. Me hallaba confundida, pero sabía esto: me encontraba de pie en un precipicio. ¿Podría saltar con Jax, pero era justo llevarlo conmigo cuando tenía tanto futuro?

—¿Paula le informó todo esto a la policía? —pregunté.

Asintió.

—¿Esos eran oficiales de policía persiguiéndonos?

—Sí —dijo.

Asentí y caminé hacia él. —Tenemos que volver. —Me sorprendió escuchar que mi voz fuera fuerte. Resuelta.

—No, Em. No puedo vivir sin ti. No podemos volver atrás.

—Jackson, quiero estar contigo, pero no podemos seguir así. Quiero ver el mundo contigo, pero ¿cómo podemos hacerlo? ¿Así? ¿Huyendo? ¿O atrapados en Neeble? Si nos quedamos aquí, sólo cavaremos este agujero cada vez más profundo. Nos merecemos algo mejor.

—Pero no mejorará. Todavía tendré que quedarme aquí en este camino con Leila. ¿No podemos irnos juntos? Sé que podemos hacerlo, Em... Tú y yo... podemos hacer cualquier cosa. Sólo tenemos que salir de aquí.

Las linternas venían hacia nosotros de nuevo, y podía oír a un hombre llamando nuestros nombres en la distancia. —Lo siento —dije, levantándome para besarlo en los labios. Pero no era cierto. No lo sentía. Sabía lo que tenía que hacer—. ¡Estamos aquí! —grité mientras me alejaba de Jax—. ¡Estamos aquí!

—No —susurró—. Por favor, Em, no me hagas esto.

Él intentó correr, pero lo sostuve tan duro como pude. —Por favor, déjame ir —clamó—. ¿Por qué me estás haciendo esto?

—Debido a que es lo mejor para nosotros —le dije, pero sabía que no lo entendería.

—Me estás matando, Em. Por favor déjame ir.

Finalmente se escapó de mi agarre, pero se encontró de pie cara a cara con dos policías, uno con una porra en el aire. —No te muevas, hijo. Date la vuelta lentamente y pon los brazos detrás de la espalda.

—¿Me están esposando?

—Estás bajo arresto por secuestro y huir de la aplicación de la ley.

El segundo oficial me agarró y tiró de mi brazo en la otra dirección. Miré a Jackson y vi la desesperación en sus ojos.

—Te amo —dije en voz alta cuando el segundo oficial me llevó lejos, pero Jax no respondió. Estaba abrumada por la culpa y la tristeza, pero no podía seguir arrastrándolo. Porque lo quería. Lo amaba demasiado como para arruinar su vida.

Cuando llegamos a la casa, vi que Paula me esperaba, y que mis cosas ya las habían recogido del cobertizo y apilado en el asiento trasero de su coche. Casi no podía mirar a Paula, pero cuando finalmente lo hice, no vi ira y juicio en su rostro. En su lugar, vi simpatía.

No podía respirar, mucho menos hablar, pero en el camino al aeropuerto, Paula dijo una cosa que se quedó conmigo. —Hiciste lo correcto. Por él, y por ti misma.

Miré por la ventana y me pregunté si alguna vez él me perdonaría... si alguna vez entendería.

9

ESTO SOMOS

Traducido por Ana Avila & Vane Farrow

Corregido por Val_17

Lanzando el libro sobre el piso de la sala de estar, dejé escapar un frustrado y doloroso suspiro.

Cara me observaba desde el otro sofá, con los ojos tan amplios como platos. — ¿Qué? ¿Qué pasa?

— No es verdad. Así no es cómo ocurrió. — Me puse de pie y caminé de un lado a otro, girando frenéticamente mi cabello en un nudo apretado.

Cara permaneció en silencio, mirándome mientras trataba de desenredar el lío en mi cabeza. Jase escribió la historia de mi vida desde mi punto de vista, y hasta ahora, había sido bastante exacto, con un ligero toque de ficción. Pero se tomó algunas libertades graves con este último capítulo.

Porque, de hecho, Jase fue quien nos delató.

Me giré sobre mis talones con rabia, mirando a Cara. — ¿Tú crees que se merece toda esta atención crítica? Es decir, esta no es una gran novela literaria. Es sólo un libro acerca de dos niños. No tiene sentido que sea un éxito de ventas.

Cara se encogió de hombros, con ojos amables. — ¿Es eso lo que realmente te molesta, Emi?

La miré fijamente. Me sentía enojada y celosa de su éxito, pero sobre todo, había una herida profunda e interminable, que se sentía más fresca que nunca ahora que leía el libro de Jase. Pero no podía concentrarme en eso ahora. No podía envolver mi corazón y mi mente alrededor de la razón que nos separó hace tantos años. Así que me enfoqué en los celos, como una lectora amargada que no podía escribir por sí misma.

— Cyndi y Sharon están en camino, y sólo quiero olvidar todo acerca de esto, ¿de acuerdo? No quiero pensar en él o en su libro nunca más.

—Creo que estás siendo irracional, Emi —dijo Cara con voz tranquilizadora.

—No, no lo estoy. —Caminé hacia ella, puse las manos en sus hombros, e hice mi mejor esfuerzo para calmarme—. Pasé años en terapia tratando de superarlo, o al menos olvidarlo, todo lo que pasó. No puedo leer más. Por favor, entiende.

—Hay como diez capítulos más, Em. Creo que deberías darle una oportunidad. Creo que será sanador para ti.

—*Ella es* Em, Cara. Yo soy Emi. No somos la misma persona. Agradezco que intentes ayudar, pero no, no voy a darle una oportunidad. Él hizo lo suyo, y ahora yo haré lo mío. Fin de la historia real, en lo que a mí respecta.

—Está bien —dijo, poco convenida.

Le di un abrazo. —Todavía debes ir al evento del libro. Merece recibir el apoyo de los lectores a los que les gustó el libro. Es un maldito autor de éxito, después de todo. Pero no me menciones, por favor.

Ella asintió. —Nunca lo haría.

Volví a mi habitación y me arrastré bajo las sábanas.

En algún momento al principio de la tarde, me desperté con un fuerte dolor de cabeza y leves náuseas. Miré el reloj. Eran las tres. Mi apartamento se hallaba extrañamente tranquilo, y recordé que Cara se encontraba en la librería, esperando en la fila para ver a Jase y poder felicitarlo por, básicamente, decirle a todo el mundo los horrores de nuestra infancia y luego hacerme quedar como la mala de la película.

Anduve alrededor por veinte minutos hasta que no pude soportarlo más; tuve que mandarle un mensaje.

Yo: ¿Estás ahí?

Cara: *Sí, hay una fila alrededor del edificio.*

Yo: ¿Bromeas?

Cara: *Muchas mujeres emocionadas.*

Yo: Ese hijo de puta.

Cara: Me alegra ver que tu estado de ánimo ha cambiado.

Yo: ¿Dónde es?

Cara: ¿Vendrás?

Yo: Todavía no lo sé. ¿Dónde?

Cara: Librería Mysterious Galaxy.

Yo: Está bien.

Cara: Te guardaré un lugar.

Yo: No, sólo consigue tu libro firmado.

Miré mi armario por lo que parecieron horas. Finalmente, mandé todo a la mierda y fui con unos vaqueros, un suéter de cuello alto, y zapatillas. Me puse la más mínima cantidad de maquillaje, sólo un toque de brillo labial y rímel, luego planché mi cabello. Todavía me sentía como si estuviera arreglándome demasiado, por lo que coloqué mi pelo de regreso en una coleta, agarré mis llaves, y corrí hacia la puerta.

Justo después de la escuela de posgrado, Cyndi y Sharon me compraron un viejo Honda. A pesar de que tenían un montón de dinero para algo más agradable, se negaron a dejarme conducir un auto de niña rica, sobre todo porque nunca conseguí un trabajo mientras estuve en la escuela. Me sentía como si hubiera pagado mis deudas, pero apreciaba sus esfuerzos y realmente no me preocupaba por los autos de todos modos.

Aceleré por la autopista con manos temblorosas. Mi mente daba vueltas. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo se vería?

Cuando estacioné, mi boca cayó hasta el suelo de mi Honda. Cara no exageró. La fila literalmente rodeaba el edificio, y eran en su mayoría mujeres.

Me uní al final de la fila, y en pocos minutos, una mujer se acercó y me dijo que lo había logrado. Era la última persona para la que el señor Colby tendría tiempo antes de que la tienda cerrara. Le envié un mensaje a Cara.

Yo: ¿Dónde estás?

Cara: Adentro. ¿Estás aquí? ¿Quieres entrar? Puedo decir que estaba guardándote un lugar.

Yo: No. ¿Puedes verlo?

Cara: Sí.

Yo: ¿Y?

Cara: *Es guapísimo, Emi. Buen traje.*

Yo: *¿Está usando un traje?*

Cara: *Y le queda bastante bien, mi amiga. Se ve como un modelo. Tiene el pelo perfecto y encanta las bragas de estas mujeres. ¿Puedo coquetear con él, por favor?*

Yo: *Me voy a ir.*

Cara: *¡¡¡¡¡NO!!!!!! Sólo bromeaba. Tienes que verlo.*

Cuando entré, desde donde me encontraba, una gran estantería obstruía mi visión de Jase. Me puse de puntillas para tratar de obtener una mejor vista, pero todo lo que podía ver era la parte superior de su cabeza. No vi a Cara en la muchedumbre, pero me envió un mensaje más tarde para decirme que me esperaba en el estacionamiento.

Yo: *¿Firmó tu libro?*

Cara: *Sí.*

Yo: *¿Qué más dijo? ¿Qué escribió en él?*

Cara: *Fue muy educado. Me dio las gracias por leer y por venir, y luego me preguntó cuál fue mi parte favorita.*

Yo: *¿Qué le dijiste?*

Cara: *Dije que el final.*

Yo: *Espera, ¿cómo termina?*

Cara: *Tendrás que leerlo.*

Yo: *Todavía me falta un montón para estar en la parte delantera de la fila. No tienes que esperarme. Nos veremos en casa.*

Cara: *¿Estás segura? ¿No necesitarás apoyo moral?*

Yo: *Estoy bien.*

Cara: *Bien. Nos vemos en casa.*

Cuando la fila se movió más allá de las estanterías, por fin pude ver la mesa donde se encontraba Jase, pero su cabeza estaba agachada mientras firmaba los libros. De vez en cuando miraba a la persona que le hablaba y le sonreía o daba la mano. Cuando se levantó para tomarse una fotografía, parecía más alto de lo que recordaba. No había mucho del chico que conocí alguna vez. Llevaba sus anchos hombros con confianza, y sonreía mucho. Parecía encantador y agradable. Era una lástima que quisiera golpear su hermoso rostro.

Con la cabeza baja, continué avanzando con la fila hasta que la última mujer frente a mí estuvo de pie delante de su mesa. Mantuve mi distancia y miré la plataforma a mi derecha hasta que le oí decir a la señora—: Fue un placer conocerte, gracias por venir.

Cuando levanté la vista, allí estaba, mirándome directamente a los ojos, pero su rostro no revelaba nada. Di tres pasos vacilantes hacia él hasta que estábamos de pie directamente enfrente del otro. Una hermosa mujer vestida con una falda lápiz y tacones de aguja se hallaba detrás de él, justo a su izquierda. Me miraba de la misma manera... imperturbable.

Él parpadeó. Yo parpadeé. Hubo un silencio.

—Jason —dije finalmente.

—Emiline —dijo.

Maldito seas tú y tu suave voz.

La mujer detrás de él se paseó hasta la mesa. —¿Quieres comprar un libro, dulzura, y que el señor Colby te lo firme?

Sin apartar los ojos de mí, él respondió—: Yo me encargo de esto. ¿Me puedes dar un minuto, Andrea?

Ella sacudió la cabeza y luego se alejó. No pude encontrar mi voz. Se cruzó de brazos y se balanceó sobre los talones. Sus labios se mantuvieron fruncidos, con una expresión inescrutable, pero sus ojos buscaban algo en los míos, alguna pista, alguna explicación.

—¿Por qué? —le dije.

Él sonrió.

¿Qué demonios? —No me sonrías —gruñí.

Tiró la cabeza hacia atrás y frunció el ceño. ¿No entendía por qué estaría enojada?

—¿Por qué...? —repetí, pero no podía encontrar las palabras adecuadas para continuar.

—¿Por qué, qué? —Ahora él parecía confundido.

—¿Por qué diablos mentiste? —dije finalmente.

Algo pasó por sus ojos, luego su expresión regresó a la misma mirada inescrutable. —Es una obra de ficción, Emiline. ¿Acaso no leíste el aviso en la página de derechos de autor? —Miró más allá de mí hacia la puerta, indiferente, como si quisiera irse.

No llores, Emiline. No es tu culpa que se haya convertido en un idiota.

—¿Qué nos hiciste? —Mi voz se rompió—. ¿Qué has hecho?

—¿Leíste el libro?

—He leído suficiente.

—¿Por qué no lo terminaste? Eso no es propio de ti.

—Ya no me conoces, Jason. —Él hizo una mueca—. No te he visto o escuchado de ti en doce años —dije.

Andrea llamó a Jase mientras pasaba. —Tienes unos cinco minutos, Jay. Tenemos que llegar a la entrevista.

—¿Quién es esa mujer? —pregunté.

—Mi agente.

—Oh, ¿tu agente? Ya veo. ¿Así que eres un pez gordo ahora?

Negó con la cabeza. Todavía no podía leer su expresión. —Así no es como esperaba...

—¿Qué esperabas? —le respondí.

Hubo otros varios momentos de silencio incómodo. Quería salir de mi propia piel, dejarla en el suelo, y huir. Aunque Jase ni siquiera parecía en lo más mínimo sorprendido, y aparte de ese momento de confusión, sólo permaneció frío e impasible. Lo miré de arriba abajo, de pie delante de un afiche dedicado a su exitoso libro, perfectamente integrado en su gloriosa belleza, con su mandíbula cincelada y cabello perfectamente despeinado.

Hice un sonido de frustración. —Ugh.

Frunció el ceño. —¿Qué pasa, Emiline?

—Deja de decir mi nombre. —Empuñé mis manos—. No puedo... sólo estoy... estoy frustrada. Vine aquí para regañarte y tú sólo estás parado allí como si... ugh.

Se rió y descruzó los brazos. —¿Estoy parado aquí como si qué? Regáñame si es necesario. Adelante.

—Eres tan... maldita sea... ¿por qué eres tan guapo? —La última parte salió como un grito. Quería borrar la sonrisa de su rostro.

—Bueno, eres hermosa. Ahí está. —Me congelé—. Por otra parte, siempre lo fuiste.

—Oh, no me encantes con tus palabras mágicas.

Por un momento, una sonrisa real, no una sonrisa engreída, curvó sus labios. Y justo así, en un instante, teníamos quince años de nuevo.

Levanté mi mano. —Ya terminé aquí. Eres libre de ir a la entrevista.

Comencé a alejarme, pero me tomó del brazo y me volteó. —No viniste hasta aquí para decirme que me veo guapo.

Esa era la maldita verdad. Pero mientras lo enfrentaba, no podía encontrar las palabras para decir lo que quería decir: *¿Dónde has estado? ¿Qué fue de tu vida? ¿Me extrañaste? ¿Signifiqué tanto para ti como tú para mí? ¿Por qué nos delataste?* No pude encontrar el valor para dejarme tan vulnerable. No cuando él tenía todo lo que yo quería.

—Vine hasta aquí porque mentiste en el libro.

—Llámalo licencia artística. De todos modos, creo que deberías terminarlo.

—Pintaste una muy buena imagen de ti mismo, ¿verdad? —Mi mano se encontraba en mi pelo, haciéndolo girar en un nudo grande. Pude ver que notó el hábito de la infancia, pero no quería que sintiera como si todavía me conocía. Bajé la mano y parpadeé.

—Puedo notar que todavía no lo has superado todo —dijo—. ¿Por qué no terminaste el libro?

—Me molestó que mintieras.

—Emiline, esos detalles no importan. Tuve mis razones para cambiarlo.

—Pero mucho del resto es cierto. ¿Por qué cambiar algo tan crucial?

—Como dije, tuve mis razones.

Él era mucho más intimidante de lo que recordaba. —¿Vamos a hablar de lo que ocurrió, Jase, o simplemente seguirás hablando con rodeos?

Miró detrás de mí cuando la puerta tintineó. —Em, debiste saber que escribiría este libro algún día.

—No. —Negué con la cabeza—. No lo sabía.

—Te dije que te encontraría, ¿verdad?

Las sinapsis fallaban en mi cerebro. *¿Esta era la forma en que me encontraría? ¿Qué quiso decir?*

Todavía mirando detrás de mí, dijo—: ¿Conoces a ese tipo?

Me volteé para ver a Trevor apoyado en la puerta con las manos enterradas en los bolsillos. *Mierda.* —Um, sí. Es mi novio.

Jase no se inmutó. —¿Quieres presentarnos?

—En realidad, no.

Levantó la mano y saludó a Trevor. —Hola, hombre. Ven aquí.

De espaldas a Trevor, le susurré a Jase—: Voy a matarte mientras duermes.

—¿Eso quiere decir que vas a dormir conmigo primero? —susurró de regreso—. No es una mala manera de morir.

Parecía una idiota torpe y nerviosa.

Una vez que Trevor llegó a la mesa, los presenté con incomodidad. —Jase, este es Trevor. Es posible que lo reconozcas. Era el mariscal de campo estrella en Berkeley.

—Encantado de conocerte —dijo Jase mientras se daban la mano amablemente—. No soy mucho un chico de deportes, pero recuerdo haber oído tu nombre cuando Cal ganó el campeonato hace unos años.

Oh, Señor Jesús, ¿ahora también está tratando de encantar a Trevor?

La preciosa agente Andrea se acercó y enlazó su brazo al de Jase. Claramente tenían más que una relación de trabajo. Malditos. —Entrevista. ¿Recuerdas, Jay?

Apartó su brazo del suyo y puso un poco de distancia entre ellos. —Cierto, la entrevista. Bueno, Emiline, fue agradable verte. Gracias por venir. Trevor, fue un placer conocerte. —Se dieron la mano—. Tengo que correr. —Se dio la vuelta y me miró—. Em... —dijo, mirando directamente a mis ojos y sonriendo. Sentí que mis rodillas se debilitaban—. Realmente lamento no poder quedarme por más tiempo y cumplir con tu deseo de regañarme en público. Tal vez podemos hacer esto de nuevo en otro momento. —Se rió y luego se alejó.

Imbécil. Veía rojo por la rabia.

—¡Espera! —grité—. ¿Por qué escribiste desde mi punto de vista?

A medida que seguía alejándose gritó—: ¡Es sólo un libro! —Pero sabía que no lo era. Jase siempre fue deliberado. Pensaba seriamente en todo, incluso a la edad de ocho años.

Empecé a oír un pitido en mi mente, como una bomba a punto de explotar. ¿Cómo podría dejar que se alejara sin obtener las respuestas que quería? El sonido fue cada vez más rápido y más rápido mientras salía de la tienda de libros hacia mi auto.

—Tengo que salir de aquí. Juro por Dios que mi corazón va a explotar —dije mientras Trevor se arrastraba detrás de mí.

—Eres así en cada situación. Bomba de tiempo a punto de explotar, Emi. Cálmate, no pasó nada.

Cuando llegué a la puerta del lado del conductor, me di la vuelta y me apoyé en ella. —¿Qué haces aquí, Trevor?

—Cara me envió un mensaje. Me dijo lo que pasaba, así que vine. Para apoyarte. Pero una vez más, no lo aprecias.

No sabía si sentirme conmovida o irritada. —No necesito rescate.

—Claramente estás muy molesta —dijo.

—¡Por supuesto que estoy molesta! ¡Ese tipo de allí escribió un libro sobre mi espantosa, horrible, y traumática infancia, la cual él debe saber que no puedo soportar revivir, y ni siquiera me pidió permiso! ¡Ni siquiera ha tratado de hablar conmigo en doce años! ¡Y ganó! Publicó una novela entera incluso antes de que yo descubriera la manera de escribir una historia corta decente que a mi propio novio le guste. No puedo lidiar con esto.

Trevor parecía pensativo por una vez. —¿Tienes algún sentimiento por él? ¿Es por eso que todo esto te afecta? ¿Qué quieres, Emi? ¿Quieres estar con ese tipo de allí?

Tomé tres respiraciones profundas, y entonces lo supe. Sabía que no tenía sentido ocultar la verdad por más tiempo. Ni de mí misma, ni de Trevor. Por mucho que habíamos peleado últimamente, no se lo merecía. Yo no lo merecía.

—Los tengo. Lo siento, pero sí. Tengo sentimientos por él, sentimientos tan fuertes y tan profundos. Antes de que esta maldita novela saliera, los había mantenido enterrados, y pensé que se quedarían enterrados para siempre. Y tengo miedo, demasiado miedo. Tengo miedo de lo que ocurrirá. Tengo miedo porque acabo de ver a mi primer amor por primera vez en más de una década, y se paró allí con total indiferencia. Y tengo miedo porque estás aquí de pie frente a mí, y estoy siendo honesta contigo de una manera que sin duda destruirá nuestra relación. Y tengo miedo porque siento que mi corazón estallará en un millón de piezas dentro de mi pecho.

Trevor tensó su mandíbula, y pude ver los músculos de su cara flexionarse. Un atleta innato como él sólo se animaba cuando veía un desafío. Hasta ese momento, caminó sin prisa a través de nuestra relación como si estuviera calentando para un juego con algunos saltos. Pero ahora se daba cuenta de que ya estaba en el cuarto tiempo, sólo quedaban unos pocos segundos en el reloj, y

perdía por tres puntos. ¿Correría con el balón y trataría de llegar a la zona de anotación? ¿O lanzaría un Ave María y trataría de ganarlo todo justo aquí?

—Cásate conmigo y olvídalos —dijo sin rastro de emoción.

De hecho, me reí. *Escogió el Ave María.* —Este es un momento extraño para proponerte, ¿no te parece?

—En realidad, no lo es. Esta es la vida real, Emi, no una fantasía. Esto no es una novela.

Quería decir que las novelas no siempre eran fantasías. El libro que Jase escribió sin duda no lo era.

—Sé que esto es la vida real, Trevor. Soy la persona más realista que alguna vez conocerás. Pero si piensas que cualquier mujer sería feliz con una propuesta como esa, claramente hecha en la desesperación, entonces estás loco. Han pasado siete años. Ni siquiera hemos hablado de irnos a vivir juntos.

Levantó las manos. —¿Es culpa mía o tuya?

—No quiero jugar a quién tiene la culpa. —La culpa recaía en ambos. No éramos el uno para el otro. Simplemente íbamos sin rumbo.

—¿Tengo que arrodillarme para demostrarte que hablo en serio? ¿Es eso lo que estás diciendo? —Rodó los ojos.

Me encontraba lista para poner fin a la conversación. —Por favor, no lo hagas. Tengo que irme, Trevor. No me siento bien. Tengo que ir a casa y recuperarme de este día de locos.

—Está bien. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. ¿Podrías encontrarme para cenar esta noche, por favor?

Resoplé, y él negó con la cabeza. —No hagas eso, Emi. Sólo encuéntrame para la cena. Vamos a hablar cuando te hayas calmado.

—Está bien —dije después de otra larga y profunda respiración. Me besó de nuevo sobre el hombro, se metió en su camioneta, y se fue, derrapando en la calle en el proceso.

Me metí en mi auto y encendí el motor cuando un golpe en mi ventana me sobresaltó. Era la chica que trabajaba en la caja registradora de la tienda de libros, haciéndome un gesto para que bajara mi ventana.

—Cristo, mujer, me asustaste completamente —dije.

—Lo siento. Sólo quería encontrarte antes de que te fueras. J. Colby me pidió que te diera esto. —Me entregó una nota.

—Gracias. —La tomé, subí la ventanilla, y desdoblé el trozo de papel.

Necesitamos hablar... a solas. Nos vemos en la terraza de George's a las diez de esta noche.

Una oleada de náuseas me golpeó, y apoyé la cabeza en el volante. Las lágrimas corrían por mis mejillas de manera constante mientras intentaba desesperadamente recuperar el control. El olor de las sobras de un Big Mac en el asiento del pasajero —los restos olvidados de mi atracón por estrés de camino hasta aquí— lo hacía peor. Mi piel se sentía más grasosa de lo normal.

Tuve arcadas una vez, salté del auto, corrí a una pequeña parcela de césped cerca de la entrada del estacionamiento, y purgué todo el contenido del estómago en un flujo de vómito. Puse las manos en las rodillas e intenté recuperar el aliento.

La mujer que me había dado la nota vino corriendo. —¿Estás bien?

—Sí. —Me atraganté.

Puso su mano en mi espalda. —Deja que te traiga un poco de agua.

Levanté la vista hacia ella con lágrimas en los ojos. —Gracias.

—Está bien, cariño. —Corrió y regresó momentos después.

Regresé para apoyarme en mi Honda. —¿Él sigue allí dentro? —pregunté mientras se me acercaba con una botella de agua.

—No. Salió por la parte trasera.

—Por supuesto que sí —dije, en voz baja.

Se apoyó en el auto junto a mí. —Soy Beth, por cierto. —Tenía el pelo de color rosa brillante y una camiseta con arcos de color rosa a juego en la que decía DEVORALIBROS.

—Me gusta tu camisa. Soy Emiline. Estrecharía tu mano, pero tengo vómito de McDonald's en la mía.

Ambas nos reímos, lo que hizo que todo fuera mejor por un momento. —Así que, esa nota que te dejó debió ser bastante intensa. Si consiguiera una nota de J. Colby, también enloquecería.

—Es sólo un recibo —mentí.

—Oh —dijo, riendo.

—¿Eres una gran fan? —pregunté.

—Probablemente su fan número uno. Es tan talentoso y hermoso y dulce.

Levanté una ceja. —Sabes que el libro no es totalmente cierto.

—Por supuesto. ¿Por qué creería que lo fue? Es una novela.

—Creí que tal vez pensaste que era protagonista, Jax.

—Me pasó por la mente al principio. Sólo creo que es increíble lo bien que puede escribir desde la perspectiva de una chica. Se encuentra en sintonía con las mujeres, ¿no crees?

Suspiré. —Supongo. Voy a irme, Beth.

—Está bien, bueno, espero que te sientas mejor.

—Gracias. —Ella sonrió y se dirigió de regreso hacia la tienda—. ¡En serio, gracias! —le dije.

—No hay problema —gritó.

Me metí en mi auto y desdoblé el papel de nuevo.

No era una petición, y obviamente, él sabía dónde vivía. George's se encontraba a poca distancia de mi casa. Quería respuestas, pero no estaba segura si se merecía la oportunidad de explicarse.

De camino a casa, mi mente regresó a aquella última noche en Ohio.

Cuando la policía llegó hasta nosotros cerca del arroyo, no grité para que pudieran encontrarnos. Corrí. Corrí hasta que las plantas de mis pies descalzos sangraban. Habría recorrido todo el camino hasta el jodido México sin zapatos por Jase. Él fue quien finalmente cedió.

Pasamos la noche tumbados en un campo de maíz, temblando, hasta que finalmente dijo—: No puedo hacer esto.

—Sí, sí puedes. Podemos. Podemos hacer cualquier cosa juntos, ¿recuerdas? —discutí.

Lo convencí de caminar unos pocos kilómetros más conmigo. Para el momento en que llegó el amanecer, Jase me llevaba a la espalda. Habíamos encontrado un camino principal y una tienda; me dijo que me escondiera cerca de los contenedores de basura mientras iba a conseguirnos comida y a ver si al menos vendían algunas sandalias de plástico baratas. Sabía que sólo tenía unos pocos dólares. Sabía que era el final. Pero seguí su guía de todos modos.

La policía me encontró escondida donde Jase me dijo que esperara. Mis pies estaban abiertos y ensangrentados, y temblaba cuando me llevaron a la patrulla. Jase se hallaba en la parte trasera de un auto diferente, y cuando caminé cerca,

articuló las palabras: “*Lo siento*”, y luego se puso a llorar. Me di cuenta que nos entregó. Intenté zafarme de las manos del policía, correr hacia él y golpear en la ventana y llorar para que pudiera ver lo mucho que me lastimaba.

Mientras me arrastraban, grité—: ¿Cómo pudiste hacer esto? —Sólo dejó caer su cabeza y lloró aún más.

Esa fue la última vez que lo vi. Y luego fui enviada a vivir con Cyndi y Sharon.

Toda la terapia que tuve, toda la charla sobre mis problemas, de alguna manera minimizó el amor que Jase y yo experimentamos a un enamoramiento de infancia, algo más manejable con lo que pudiera lidiar. Me sentía tan destrozada después de que nos delató, pero replantear nuestra relación me permitió seguir adelante de la pesadilla de ser abandonada por mi madre, mi padre, y finalmente, por Jase.

Pero revivir lo que atravesamos dentro de las páginas de su libro trajo todo de vuelta... tanto lo bueno como lo malo. Y sentía todo de nuevo. Mi corazón crecía justo al lado del dolor, y no sabía qué hacer conmigo misma. Es imposible odiar realmente a alguien si los amas por lo menos un poco.

Destrocé la nota de Jason y la tiré en el suelo de mi auto.

10

LEYENDO ENTRE LÍNEAS

Traducido por Marie.Ang & Miry GPE

Corregido por Victoria.

Para el momento en que llegué a casa, solo tenía un par de horas antes de que tuviera que encontrarme con Trevor, así que leí y leí y leí. Solo me quedaban tres capítulos cuando finalmente me detuve.

Todo después de que Jax y Emerson fueron atrapados era totalmente ficticio. Emerson se va a vivir con su tía pero tiene una terrible experiencia en California, mientras Jax se convierte en un recuerdo distante. Emerson lucha por superar su pasado y termina casándose con un tipo justo al salir de la secundaria que resulta ser un alcohólico abusivo, justo como su padre.

No sé si debería estar aliviada de que no sucediera así, o si debería estar incluso más enojada con Jase por empañar las buenas partes de mi historia. Aquellos capítulos hacían que Jax y Emerson de repente se sintieran como personajes en un libro, no encarnaciones ficticias de Jase y de mí, y hacía que el camino de tierra pareciera muy lejano. Quizás lo que Jase dijo en la librería era cierto. Quizás esto realmente es solo un libro.

Me alisté para la cena con Trevor y luego pasé apresurada a Cara en la barra del desayuno. —¡Nos vemos!

—¿Adónde huyes ahora?

Me detuve ante su elección de palabras. —Voy a cenar con Trevor.

—¿No vas a contarme sobre J. Colby? —preguntó, sus ojos amplios con preocupación.

—Le dije hola, fue un gusto verte, y eso fue todo. Encontró el éxito, muy bien por él. Solo quiero seguir adelante. —En otras palabras: correr lejos, muy lejos de él—. Nos vemos.

—Espera, ¿qué? —Pero antes de que pudiera continuar ese hilo de pensamiento, salí del apartamento y bajé las escaleras en diez segundos exactos.

Me reuní con Trevor en un minúsculo restaurante italiano al que íbamos a menudo. Se encontraba sentado en una pequeña mesa para dos en medio del comedor, de cara a la puerta principal. Caminé hacia allí, saqué mi propia silla y me senté, inclinándome sobre la mesa para besarlo mientras me quitaba el suéter.
—Hola.

—Hola —dijo—. ¿Estás de mejor humor?

—Estoy bien. —Busqué sus ojos—. Leí algo más del libro y me di cuenta de que realmente no es sobre mí.

—¿No lo es?

—Nop. —Trevor lució aliviado—. Me quedan un par de capítulos más, pero básicamente está en la línea de ser la historia común y corriente de amor no correspondido. —Resoplé.

—*Romeo y Julieta*, ¿eh?

—Algo así. —*No, nada así.*

—Mmm. Entonces, más temprano, cuando dijiste que tenías todos esos profundos sentimientos por él...

Aparté la mirada. —No lo sé. Verlo trajo un montón de sentimientos a flote, pero creo que era solo mi ego sacando lo mejor de mí. Me sentí rechazada por él, ¿sabes? Rompió mi corazón de quince años.

—Sí. Lo siento por eso, Emi.

Miré los azules ojos de Trevor, tan claros que apenas podías decir de qué color eran. —Apuesto a que tú también rompiste corazones en su tiempo —dije.

Se rio. —He estado contigo la mayor parte de mi vida adulta.

Tragué saliva. —¿Escucho arrepentimiento en tu tono?

—No. Sin arrepentimientos. —Levantó su servilleta de lino, revelando una caja de anillo roja. Jadeé. Se paró de la mesa, vino a mi lado, y se arrodilló, revelando una banda dorada al mismo tiempo—. ¿Te casarías conmigo, Emiline?

Santa mierda. ¿Hablabas en serio con esa propuesta en el estacionamiento?

Veinte segundos pasaron mientras me quedaba mirando el anillo, aturdida.

Trevor tragó saliva. —Estoy en el piso de un restaurante. ¿Vas a decir algo?

—No puedo —solté.

—¿A qué te refieres? ¿No puedes decir algo?

—No. No puedo... casarme contigo.

Pareció herido. —¿Qué? ¿Por qué?

Nada en el momento se sentía correcto, pero no quería aplastarlo. —Trevor, no estoy diciendo que no me casaré contigo algún día. Solo estoy diciendo que no puedo comprometerme contigo justo ahora, no después de todo lo que acaba de pasar. No estaría diciendo que sí con el espíritu adecuado. Por favor, levántate y siéntate.

Cerró la caja, la lanzó a la mesa, y se sentó. Claramente enojado. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se inclinó hacia atrás y frunció el ceño. —No te entiendo.

—Sé que he estado actuando extraña últimamente, pero solo aguántame — dije.

—¿No es eso lo que he estado haciendo? ¿Aguantarte?

Me le quedé mirando por varios segundos, luego fui a ponerme de pie.

—No huyas de mí, Emiline. Sabes que no merezco eso.

Me volví a sentar. —No sé qué hacer. Sé que no mereces esto, Trevor. Pero también sé que no merezco sentirme culpable en un compromiso.

Asintió. —Estoy de acuerdo. Te daré seis meses para pensar en ello, para que lo saques de tu sistema. Cuando me des tu respuesta, prométeme que no tendrá nada que ver con él. Esto solo debe ser sobre nosotros. —Señaló la ventana, pero sabía exactamente a lo que se refería.

Asentí en acuerdo porque, justo ahora, no me encontraba segura de por qué decía que no. Sí, no se sentía correcto, pero, ¿y si Trevor estaba siendo serio respecto a todo esto? ¿Y si Jase no hubiera vuelto a mi vida, querría haberme casado con Trevor? ¿O habría huido de esta propuesta sin importar qué?

Terminamos de cenar en un silencio amigable, pero mi mente se hallaba a la deriva. Cada pocos minutos, levantábamos la vista hacia el otro. Yo haría un esfuerzo por sonreír, pero Trevor permanecía serio. Cuando pagó la cuenta, dijo —: Voy a ir a mirar el juego en el bar. ¿Quieres venir conmigo?

Miré mi teléfono y vi que la tía Cyndi me había enviado un mensaje de texto para decir que se encontraba en mi departamento, y que Cara la dejó entrar. — Espera —le dije a Trevor antes de responderle el mensaje.

Yo: Siéntete como en casa. Estaré ahí en un rato.

Cyndi: Sin apuros, estamos ocupadas leyendo tu diario.

Yo: No tengo un diario.

Cyndi: Bueno, deberías, eres escritora.

Yo: Estaré en casa en veinte.

Revisé la hora en mi teléfono. Eran las nueve de la noche. No tenía intención de ir a encontrarme con Jase, pero no pude evitar pensar en él esperándome en George en una hora. Apagué la idea.

—Necesito llegar a casa. Cyndi y Sharon están ahí. Ve a ver el juego. Te escribiré más tarde.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya contigo a saludar?

—No tienes que hacerlo. —La tía Cyndi nunca lo dijo, pero sabía que no creía que Trevor y yo éramos el uno para el otro. Pasó mucho tiempo tratando de emparejarme con chicos en el programa de escritura en Berkeley. Se rehusaba firmemente a la noción de que los opuestos se atraen. Además, Trevor rara vez hacía un esfuerzo con ella. La oferta obligatoria de venir a saludar era su forma usual de proceder. Quería que Trevor quisiera venir a saludar, pero sabía que se sentía fuera de lugar.

Dejé a Trevor frente al restaurante con un pico rápido en la mejilla. —Te amo —dije.

—Yo también. También te amo —dijo con rigidez, como si estuviera hablando un idioma extranjero.

Entré por la puerta de mi departamento y fui saludada inmediatamente por Cyndi y Sharon, quienes insistían en ahogarme cada vez que me encontraba en su presencia.

—¡Ya está aquí! —dijo Cyndi cuando ella y Sharon me aplastaron entre ambas.

—No puedo... respirar...

Cyndy y Sharon se hallaban en sus tardíos cuarenta. Si las vieras en un restaurante, pensarías que eran solo amigas. Cyndi se veía como una Julia Roberts

menos glamorosa, y Sharon parecía su hermana ligeramente más gruesa y más estilizada con cabello rubio. Se veía y actuaban como amigas, así que cuando compartían demostraciones públicas de afecto, la gente como que se sorprendía. Para mí era lindo.

—¿Has estado comiendo? Eres toda piel y huesos —dijo Sharon mientras me agarraba la piel de la cadera. No existía necesidad de decir que amaban sus roles parentales. Nunca tuve padres de verdad, y ellas nunca tuvieron niños, así que era genial para todas.

Sonreí con amplitud. —En realidad, comí una Big Mac para el almuerzo, pero luego la vomité.

Se miraron entre sí, horrorizadas, y luego me escanearon de pies a cabeza. Cyndi se puso la mano en la cadera y me dio su mejor cara de preocupación. —La bulimia no es algo de lo que reírse.

—No soy bulímica. Solo tuve un día raro. En realidad, un día horrible.

—Cuéntanos todo —dijo Sharon, jalando a Cyndi hacia el sofá—. Ciertamente no íbamos a leer ninguno de tus diarios. —Ambas se me quedaron mirando, agarrándose las manos como si estuviera a punto de ver una película sobre el holocausto.

—Bueno, decidí ir a ver a Jase a su firma de libros aquí en la ciudad y preguntarle por qué mintió sobre lo que pasó entre nosotros en su novela. Y luego, lo vi y se veía como un jodido supermodelo. Y luego, Trevor apareció y me pidió casarme con él. Y luego, Jase me escribió una nota. Y entonces, la leí y vomité. Y luego, tuve que cenar con Trevor y ordené una ensalada de rúcula, lo que me dio dolor de estómago. Y entonces, Trevor me pidió de nuevo casarme con él. Y entonces, dije que no. —Levanté la mirada para ver dos pares de ojos amplios y sin parpadear—. Y entonces, besé a Trevor diciéndole buenas noches, y luego él actuó como si fuera difícil decirme te amo, incluso aunque *acababa* de proponérseme. Dos veces. Y ahora, aquí estoy.

Cyndi sacudió la cabeza. —Vaya. Terrible dicción, dulzura. ¿Qué te enseñaron en ese programa de escritura tuyo?

—Punto válido, cariño —dijo Sharon—, pero Emi, ¿qué decía la nota?

Suspiré. —Me pidió que nos reuniéramos esta noche.

—Bueno, ¿lo hiciste? —preguntaron ambas al unísono. Juro por Dios, que a veces era como si compartieran el mismo cerebro.

—No. Quiere que nos reunamos a las diez, pero no voy a ir. No me importa lo que tenga que decir; no me voy a someter a todo eso.

Se miraron entre sí, como si estuvieran comunicándose telepáticamente.

—Pensamos que deberías reunirte con él —dijo Cyndi.

—¡Yo también! —vino una voz desde el otro cuarto. Cara asomó la cabeza por fuera de su dormitorio y luego entró a la sala de estar—. Emi, por favor dime que terminaste el libro.

—No lo he hecho —dije con un poco de irritación en mi voz—. ¿Por qué?

—Ven, siéntate —dijo Sharon, moviéndose y haciendo espacio para mí en medio del sofá—. Cyndi y yo lo leímos de camino a aquí, y pensamos...

—No es sobre Jase y yo —dije, apresuradamente.

—Por supuesto que lo es. Y deberías ir a hablar con él —dijo Cara desde la cocina mientras revisaba los contenidos del refrigerador.

—No es de nosotras revelar el final —dijo Cyndi—, pero creo que deberías terminar el libro.

—¿Por qué todas están siendo tan crípticas? —pregunté.

—¡Solo ve a reunirte con él! ¡Es tan sexy! —gritó Cara desde el otro lado de la habitación.

Sin quitar los ojos de mí, Sharon dijo—: Me agrada ella.

Miré el reloj en la pared. Eran casi las diez. —Bien.

—¡Oh, bien! —exclamó Cyndi—. Por lo menos, él puede darte algunas sugerencias en elección de palabras. Ese joven es un escritor muy talentoso.

Rodé los ojos y luego me apresuré a mi dormitorio, con Sharon, Cyndi y Cara pisándome los talones. Me di una mirada completa en el espejo. —¿Por qué todas están tan ansiosas de que vaya a reunirme con él?

Sharon frunció el ceño. —No puedes ir así. —Miré mi cabello sin peinar, zapatillas deportivas, y suéter peludo. Era un desastre.

Como un rayo de luz, Cara salió a su cuarto. Diez segundos después, regresó con un vestido negro holgado, una chaqueta corta de mezclilla, y botas negras de tacón hasta los talones. —Aquí. Te verás sexy, pero no como si estuvieras intentándolo demasiado.

—De nuevo, ¿por qué todas están tan ansiosas de que vaya a verlo?

—Será bueno para ti. Podría darte algún cierre —dijo Cyndi evasivamente, aunque podía sentir que no me decía toda la verdad.

Mis ropas volaron en cada dirección, y luego me puse el nuevo atuendo. Mientras corría a la puerta, me apliqué brillo labial y me puse las botas al mismo tiempo. —Mírala: puede hacer varias cosas a la vez. Lo sacó de mí —le dijo Cyndi a Sharon mientras me seguían al rellano.

—¡Te amamos! —gritaron mientras bajaba trotando las escaleras.

—¡Te amo! —gritó Cara desde el interior del departamento.

Las saludé por encima de mi hombro y reduje mi paso una vez que llegué a la calle. Caminé las dos cuadras hacia George, pasé las tiendas de boutique que normalmente miraba, y traté de concentrarme en poner un pie delante del otro. Tanteé los bolsillos de mi chaqueta varias veces para asegurarme que metí mis llaves, billetera, y teléfono antes de salir corriendo por la puerta, y nerviosamente alisé mi cabello rizado lo mejor que pude. Estaba sudando, pero también tenía demasiado miedo de hacer una comprobación de olor corporal. Mis tacones resonaban contra la acera a la par del ritmo constante de mis pensamientos. *¿Qué estoy haciendo, qué estoy haciendo, qué estoy haciendo?*

Cuando llegué a George, revisé mi teléfono. Diez de la noche. Fui hacia la recepción y me detuve.

—Bienvenida a George. ¿Tiene una reservación? —preguntó la recepcionista.

—No. Quiero decir, sí. Bueno, no yo. ¿Estoy aquí para ver a Jase? Quiero decir, Jason Colbertson. —Vaya, en serio necesitaba calmarme.

Asintió y luego me condujo por el restaurante y hacia una mesa en el borde de la terraza, bajo una lámpara de calor. Jase levantó la mirada mientras me acercaba e inmediatamente se puso de pie para sacar mi silla por mí. Antes de sentarme, puso la mano en mi cadera, se inclinó, y me besó en la mejilla. Inhalé aire y lo retuve cuando sus labios tocaron mi piel. En ese momento, sentí como si mi corazón se detuviera. Al menos, mi respiración se detuvo.

—Te tomó bastante tiempo —susurró cerca de mi oído.

—¿Ah? —Mi cerebro estaba haciendo corto circuito.

—No importa. Siéntate —dijo, señalando hacia la silla.

Me senté con un torpe golpe mientras él se volvió a deslizarse con gracia en su asiento. Usaba el mismo traje a medida de color carbón y camisa blanca que llevaba más temprano, pero había descartado la corbata. Con el primer botón de su camisa desabotonado, y por un momento me imaginé desabotonar toda la fila de botones perlados bajo este.

—No iba a venir —dije.

—Eso es una pena. —Parpadeó pasivamente.

—¿No quieres saber por qué?

—No. Estás aquí ahora. —No quedaba nada del tímido Jase que una vez conocí. Aquí se encontraba en completo control.

Miré el océano. —Una buena vista, ¿no crees?

Sus ojos se encontraban fijos en mí. —Sí. Lo es.

Nuestra mesa era tan pequeña que fácilmente podía extenderme en ella y tocarlo si quisiera. Lo que era así. Solo que no tenía la valentía.

—¿Una botella de vino, quizás? —preguntó.

Asentí. —Claro, tú eliges.

—¿Tinto está bien?

Asentí de nuevo. Rápidamente, perdía cualquier maestría que tenía sobre el idioma inglés.

Llamó a la camarera y ordenó una botella cara de pinot noir, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

—Así que... —dije después de que la camarera se fue a buscar el vino.

—¿Asumo que no terminaste el libro esta tarde?

—Leí algo, pero estuve ocupada. —La camarera regresó con una botella y dos copas. Vertió el vino mientras Jase continuaba penetrándome con la mirada.

—Gracias —dijo.

Tomé un sorbo y sonreí. —Es muy bueno.

Sorbió de su propia copa y miró el océano, y luego de nuevo a mí. —Dios... te extrañé tanto, Em.

Mi sonrisa desapareció. Traté de luchar contra las lágrimas que se derramaban de mis ojos. —No, por favor.

Apartó de nuevo la mirada. —Entonces... Trevor, ¿eh? Nunca te imaginé con un deportista.

—No es como si fuera un alcohólico abusivo —dije a la defensiva.

—¿Eso es todo lo que pides? —dijo con una sonrisa torcida.

—No, me refiero...

—Solo estoy jugando contigo.

—Todavía eres exasperante, Jase.

—Todavía eres hermosa, Em. Incluso más de lo que recordaba. —Sus ojos viajaron por mis hombros, mis pechos, por la longitud de mi vestido negro.

—¿Cuándo te volviste un cerdo?

—Yo solo... apreciaba cuantas cosas han cambiado —dijo, desplegando una sonrisa antes de tomar otro sorbo.

—Por favor. —Rodé los ojos—. Ya no somos niños.

—En ese entonces, tampoco éramos niños. Si sirve recordar, crecimos bastante rápido.

—Aun así, todavía estoy enojada contigo —respondí.

—Puedo verlo. —Sonrió con suficiencia.

—Deja de jodidamente sonreírme con suficiencia.

—Está bien. —Sus labios se aplanaron, pero no podía enmascarar su expresión de arrogancia.

A eso le siguieron unos momentos de silencio mientras estábamos sentados, bebiendo de nuestro vino y disfrutando de la vista. Lejos de la extraña sensación, la tensión entre nosotros pareció ceder.

—Estoy muy contento de estar aquí contigo —dijo, finalmente sonando serio—. Loco, ¿eh? —Miró a la luna brillando sobre el océano—. California, como siempre dijimos. ¿Puedes creer que estamos aquí, juntos? —Permanecí en silencio—. Entonces, dime Em, ¿cómo ha sido tu vida? Porque desde fuera, parece como si tuvieras todo resuelto.

—Para nada, de hecho —murmuré, mirando hacia mi regazo.

Miró mis labios y luego de nuevo mis ojos. —¿Asumo que Trevor es un buen tipo?

Asentí. —Sí, lo es. —Y lo dije en serio. Trevor, a pesar de sus defectos, fue un novio dedicado y leal durante años.

—¿Y ahora eres profesora adjunta de escritura? —preguntó Jase.

—Más bien como una instructora mal pagada —corregí.

—Bueno, sé que eres mucho más que eso. —La expresión de su rostro era como la expresión que recordaba de cuando éramos jóvenes. Pocas personas en mi

vida tenían un corazón tan grande como el de Jase. A pesar de que podía ser arrogante y obstinado, también podía ser intensamente sincero.

—Aquellos que no pueden hacer... ya sabes... —Me encogí de hombros—. Estoy pensando qué hacer a continuación. Nunca tuve tu habilidad en escritura.

—Dudo que eso sea cierto. Siempre has sido demasiado dura contigo misma. —Se inclinó sobre la mesa y tomó mi mano en la suya. Instintivamente cedí al momento de intimidad, y mi impulso de huir disminuyó momento a momento—. ¿Por qué viniste aquí, Em? ¿Por qué estás tan desgarrada?

Lo miré. —Vine porque haría cualquier cosa que me pidieras. —Mi voz tembló.

Sonrió. —¿Cualquier cosa?

Asentí.

—Entonces, termina con él.

Retiré la mano. —Me arruinaste esa noche, y me arruinas de nuevo con este libro.

—Pensé que te salvaba.

Empecé a llorar.

—No llores. —Limpió las lágrimas de mi rostro—. Me conoces, trataba de ser valiente. —Se rio—. Supongo que mi plan no funcionó.

Pero funcionó. Me mató con sus palabras. Sabía lo que trataba de hacer, pero pasó mucho tiempo. ¿No era demasiado tarde? ¿Por qué esperó tanto tiempo? Pasé siete años con Trevor, casi la misma cantidad de tiempo que Jase y yo duramos siendo amigos mientras crecíamos. Cuadré los hombros, me recompuse, y me senté más derecha.

—¿Duermes con tu agente? —dije de repente.

—¿Duermes con Trevor?

—¿Lo haces?

—No, Emiline, has sido la única mujer en mi vida desde que tenía quince años. —Uno de los lados de su boca se elevó. El ánimo se sentía más ligero.

—No te comportes como un listillo.

—Andrea y yo, eh, ¿cómo decirlo? —Alzó la mirada y ladeó la cabeza como si pensara—. Follamos. Sí, básicamente, follamos. ¿Eso está bien para ti?

—¿La amas?

—No.

—¿Ella lo sabe?

—Sí, lo sabe.

—¿Por qué eres tan indiferente?

—No entiendo muy bien este tipo de preguntas, pero si quieres saberlo, sí, Andrea y yo somos amigos con beneficios.

—Eso es poco profesional.

—Somos adultos. Ella se encontraba en una relación de ocho años con algún idiota. No busca novio.

—Eso es lo que tú piensas, pero no ves cómo te ven las mujeres.

—¿Cómo me ven las mujeres? —dijo, burlándose de mí.

Tomé un sorbo de vino y rodé los ojos. —Me encontré con una de tus súper-fanáticas antes, y te llamó hermoso, elegante y muy en sintonía con las mujeres.

—¿Qué piensas?

—¿Qué pienso de ti? En este momento, eres como un enigma para mí, pero si te estuviera conociendo por primera vez, diría arrogante, auto-engrandecido, absorto en sí mismo...

—Auch —dijo, aunque no parecía herido en lo más mínimo—. ¿De verdad crees que soy egoísta?

—Pasé años en terapia tratando de olvidar toda la mierda por la que pasamos. Ahora escribiste un libro y encontraste el éxito contando *mi* historia a todo el mundo. —Agité la mano en su dirección—. ¿Y después te presentas luciendo de esta manera? —Negué con la cabeza—. Me gustaría no estar tan enojada contigo en este momento, porque quiero aferrarme a los buenos recuerdos. Debido a que hubo muchos buenos recuerdos.

—Quiero *abrazarte* —dijo rápidamente—. Pero no puedo porque llegué demasiado tarde.

—No me puedes hacer esto después de todo este tiempo. Tengo una vida ahora.

—No te enfades conmigo, Em. —Vi una chispa juvenil en sus ojos mientras hablaba—. En cuanto al libro, lee el resto si quieres. Hazlo para ti, no por alguna otra persona. —Negó con la cabeza, luego bruscamente levantó la vista y llamó a la camarera—. ¡Cuenta, por favor!

—¿Ya? ¿Eso es todo? En el libro, haces parecer como si todo esto fuera obra mía. Pero no nos delaté... *tú* lo hiciste. Llegaste demasiado tarde por mucho, Jase, y la culpa es solo tuya.

—Todo lo que escribí en el libro fue por una razón. Esperaba que la entendieras... entendieras por qué cambié cómo terminó ese día. Esperaba que escribirlo desde el punto de vista de ella te ayudaría a introducirte en la cabeza de Emerson y entender sus opciones, pero parece que aún te sientes demasiado resentida.

—Actúas como si lo escribiste para mí —dije.

—Lo hice —dijo en voz baja—. ¿No recuerdas esa cita de Vonnegut? Fuiste la que me la dijo. Cuando escribía la historia sobre la familia de hormigas...

Negué con la cabeza, pero lo recordaba.

—Algo como, ¿“Escribir para solo una persona”?

La camarera trajo la cuenta y Jase le entregó una tarjeta de crédito sin mirarla.

—Pero la mayor parte de tu libro no fue para nada sobre nosotros. Todo lo que sucede después de esa noche es pura invención.

—No dije “sobre”, dije “para”, pero simplemente dejémoslo así. —Garabateó su firma en el recibo, se puso de pie y tendió una mano hacia mí—. Te acompañaré a casa.

—Eso no es necesario.

Me tomó la mano y suavemente me llevó. —Vamos.

Caminamos hombro a hombro las dos cuadras de regreso a mi apartamento. Sabía que los dos pensábamos lo mismo: lo muy bien y correcto que se sentía caminar uno al lado del otro, de nuevo.

—¿Cómo está tu madre? —pregunté.

—Bien. Limpia. Vive en Filadelfia. Ahí es a donde nos mudamos después de delatar a Nick.

Nick era Cal Junior en el libro. No sabía que Jase en realidad pasó a través de eso. Eso explicaba la casa demolida cuando volví a Ohio.

—Bien por ti, Jase. Me alegra escucharlo.

Me siguió por todas las escaleras y a la puerta. Me giré, me apoyé en ella y lo miré por un largo tiempo. No apartó la mirada. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Sólo sabía que no podía dejarlo ir de nuevo.

—¿Jason?

—¿Sí?

—No había tenido la oportunidad de decirlo, pero me siento muy orgullosa de ti. Muy orgullosa de que lo que nos pasó no te detuvo.

—También me siento orgulloso de ti. Me gustaría que pudieras ver lo increíble que eres.

—¿Lo crees? —dije, mi rostro inundándose con calidez.

—Sí, lo creo.

En cierto modo, eso era todo lo que podía pedir.

—Estoy enojada, pero trato de dejarlo pasar, Jase. Te quiero en mi vida, ahora lo sé. Pero aún estoy con Trevor. —Alcé la mirada mientras él se acercó un poco más.

Me miraba, mostrando una pequeña sonrisa tensa. Había reverencia en su expresión y algo más: resignación.

—¿Amigos? —susurró.

Asentí. —¿Permanecerás mucho tiempo en San Diego?

—Me voy a casa mañana y luego saldré a una gira de promoción al día siguiente. Doce ciudades.

—Eso es maravilloso para ti.

—¿Lo es?

Había tanto latiendo entre nosotros, pero no todo fue dicho.

Mi voz bajó. —Antes, pensé en nuestro día en el cobertizo.

—¿Qué hacías mientras pensabas en eso?

—Detente —dije juguetonamente.

—Bromeo. ¿No es raro que no tuviéramos nada en ese momento... pero de alguna manera parecía que teníamos todo?

—Sí. —Tomó mis manos entre las suyas, se inclinó lentamente con tanta gracia y me besó en los labios suavemente, dulcemente, como lo hizo la primera vez. Mis ojos se cerraron. Yo trataba de aferrarme a ese momento, pero sus labios se fueron demasiado pronto.

Cyndi abrió la puerta y extendió su mano por delante de mí. —Hola, Jason, hemos oído hablar mucho de ti.

—Hola. Es bueno conocerla finalmente. ¿Cyndi, supongo? —dijo mientras le dio la mano.

—Sí, esa soy yo, y ella es mi pareja, Sharon. —Cyndi era vertiginosa. Era raro. Miré a Sharon en el sofá, que también tenía una gran sonrisa.

—La vi en una conferencia una vez, hace años —dijo Jase.

Giré la cabeza para mirarlo. —¿Dónde?

Cyndi respondió por él. —Oh, sí, solían transmitir algunas de mis primeras conferencias en un canal de cable educativo.

Eso tenía sentido; Jase siempre se la pasaba viendo televisión o leyendo.

—Universidad gratis, ¿cuán genial es eso? —dijo. Cyndi y Sharon se rieron. Increíblemente, la sonrisa de oreja a oreja de Jase encantaba las bragas de mis tías gays.

—Bueno, damas, mejor me voy.

—Espera. —Corrí hacia un cajón de la cocina y garabateé mi correo electrónico y número de teléfono en una nota. Se la di—. La próxima vez que estés en San Diego, llámame.

Tomó el papel mientras asentía y se lo guardó en el bolsillo. —Lo haré. Ten una buena noche, Em. —Me besó en la mejilla y se fue. Sentí como si tuviéramos quince años de nuevo mientras lo vi trotar bajando las escaleras.

Oí que Sharon dijo—: La llamó “Em”. ¿No es eso dulce?

Detrás de mí, Cyndi dijo—: No diremos nada, pero estoy bastante segura de que sabes cómo nos sentimos.

Caminé sin rumbo por la sala de estar con la cabeza gacha mientras me observaban procesar lo que acababa de suceder.

—¿Quieres hablar, cariño? —preguntó Sharon.

—No, creo que me voy a la cama. —No podía entender nada.

En mi cama, recordé ese día en el cobertizo, en lo que realmente sucedió.

Jase llegó a casa de la escuela, cansado y con ojos fatigados, pero sonriente. Lo esperé todo el día en el cobertizo, picoteando en mi plato de Cheerios. Cuando llegó, me hallaba sentada a la mesa, mirando por la ventana pequeña.

—¿Cómo estuvo tu día, cariño?

Se dejó caer sobre el catre como un peso muerto. — El día más largo de la escuela de todos los tiempos. No podía esperar para regresar a ti.

— ¿Cómo te fue en el examen de historia?

— Excelente.

— Por supuesto que sí.

Se quitó los zapatos. — Ven, acuéstate conmigo.

Tenía puesto un vestido de suéter lavanda que su madre, Lisa, me dio. Mientras caminaba hacia él, se quitó la camiseta. Me coloqué a horcajadas sobre él y luego acaricié los surcos de los músculos a sus costados.

Colocó las manos en mis muslos y las subió, empujando mi vestido hasta la cintura en el proceso. Tiró de la cintura de las bragas floreadas. — Me gustan, pero creo que deberíamos deshacernos de ellas — dijo.

Nos reímos, haciendo que el catre temblara y rechinara. — Esto necesitará un poco de delicadeza.

Agarró mi cadera con una mano. — Bésame — dijo. Cuando me incliné, movió la otra mano entre mis piernas, acariciándome por el exterior de mis bragas. Nos besamos y besamos, nuestras lenguas torciéndose, su mano rosando y presionándose contra mí, haciéndome retorcer contra él. Nuestras respiraciones se volvieron pesadas. Podía sentirlo duro debajo de mí. Jase nunca fue frenético, siempre suave, incluso a los dieciséis años. No lo sabía entonces, lo perfectos que éramos el uno para el otro, porque él era todo lo que conocía. Pero más tarde me enteraría de que nadie podría acercarse a reproducir la forma en que Jase me hizo sentir.

Jaló mi suéter. — Quítate esto.

Sacándomelo por la cabeza, dije — : No te rías. — No llevaba sujetador, así que estaba completamente expuesta a él, sentada encima de él a la intensa luz del sol, que brillaba a través de la pequeña ventana.

Su boca se abrió. Solo miró y luego sus manos se movieron hasta cubrir mis senos. — ¿Por qué diablos me reiría? Eres lo más hermoso que he visto en mi vida. — Se inclinó y besó mis senos, uno y luego el otro, antes de colocarme de costado. Envolví los brazos completamente alrededor de su cuello mientras nos besábamos. Sus manos vagaban por todas partes, luego mis bragas estaban fuera y sus dedos dentro de mí.

Nos exploramos uno al otro, besándonos, tocándonos todo. Y luego, cuando sentí como si literalmente me incendiara, me agaché y desabroché el botón de sus pantalones. — Estos también tienen que irse. Lo justo es justo.

Se puso de pie, sacó el condón de su bolsillo y lo arrojó sobre el catre. — Robé ese del cajón de mi mamá. Un poco raro, ¿eh?

Me reí. — Tienes que hacer lo que tienes que hacer — le dije.

— Sí, esto podría ser un poco incómodo.

— No lo será — aseguré. Se quitó los pantalones y calzoncillos y se dirigió hacia donde me encontraba tendida en el catre. Fue la primera vez que lo vi de esa manera y era hermoso. Su piel era perfectamente lisa y sus hombros amplios para un adolescente de dieciséis años. Su pelo largo estaba escondido detrás de las orejas y sus ojos buscaban los míos, en busca de tranquilidad. Extendí la mano y lo toqué.

Cerró los ojos e hizo un sonido estrangulado. — Posiblemente no deberías hacer eso.

— ¿Te lastimé?

— No. No duele para nada.

Rodó el condón al ponerlo y se arrodilló sobre la cama, entre mis piernas abiertas.

— ¿Cómo aprendiste a hacer eso? — Temía lo que diría.

— Lo vi en televisión.

— ¿En serio?

— Sí, por cable. — Se encogió de hombros.

Jase se sentó sobre sus talones entre mis piernas, esperando algo. — Vuelve — le dije, pero se quedó dónde estaba. No me sentía ni remotamente expuesta a él. Él me conocía. Y yo sólo quería que me tocara.

— ¿Segura que estás lista? Puede que duela — dijo.

Asentí.

— Te amo, Emiline. Te amaba antes de saber lo que significaba.

— También te amo, Jase... te amaré por siempre.

— Júramelo.

— Juro que quiero esto.

Me miraba directamente a los ojos. — Jura que me amas y confías en mí — dijo.

Conocía el sentimiento como a mi propio nombre. — Jase... — Tragué y luego las lágrimas llenaron mis ojos — . Juro a Dios por tu vida y la mía que te amo y confío en ti.

Y que te amaré siempre.

Eso fue más grande que cualquier promesa que le hice nunca, pero sabía que era verdad, incluso a los quince años.

— No llores, por favor. — Con su pulgar limpió las lágrimas, sonrió y besó la punta de mi nariz — . ¿Absolutamente segura de que quieres que sea yo?

Resoplé y reí al mismo tiempo. — Jason Dean Colbertson, esa es una pregunta estúpida. ¿Alguna vez has hecho esto antes?

— No.

— ¿Seguro que quieres que sea yo?

– Tienes razón, esa fue una pregunta tonta.

Se inclinó, me besó y un momento después se encontraba dentro de mí y nos movíamos juntos. Ninguno de los dos sabía realmente qué hacer, pero fuimos pacientes, y después de un rato, lo desciframos y ya no dolió.

Después, Jase volvió a entrar en su casa y trajo más condones. Pasamos el resto de la tarde teniendo divertido, incómodo, lleno de amor y responsable sexo adolescente.

Estábamos en sintonía el uno con el otro tanto que ni siquiera lo comprendí. Totalmente esperaba que cada experiencia sexual después de esa, fuera tan cómoda, sensual y dulce, pero nunca nada a la altura. Recuerdo que después de que me fui de Ohio, mis amigas decían que el sexo se volvía mejor y que la primera vez siempre era terrible, pero la mía no lo fue, gracias a que Jase y yo pasamos años y años conociéndonos uno al otro primero.

En la cama, en mi apartamento, me quedé mirando al techo, iluminado por un ominoso rayo de una farola a través de mis cortinas. Deseé haberle preguntado cómo fue su vida cuando estuvimos separados. Y me pregunté si se hallaba en alguna habitación de hotel cerca de Andrea.

11

CABEZA EN EL JUEGO

Traducido por Yuvi.andrade

Corregido por Laurita PI

Cuando me desperté a la mañana siguiente, el sol me daba en la cara. Tenía los ojos pegados e hinchados de llorar. Podía oír a Cyndi, Sharon, y Cara ocupadas en la cocina. Me deslicé fuera de la cama y me metí en el baño, sin ser vista. Mirando fijo al espejo, me pregunté por qué evitaba el libro. Tal vez tenía miedo de que una vez que lo terminara no habría nada que quedara de Jase y de mí.

Salí a la cocina y fui recibida por un sonriente Trevor, una burlona Cyndi, y Cara, que trataba fundirse a la pared.

—¿Dónde está Sharon?

—Fue a la tienda. No tenías comida aquí —dijo Cyndi.

—Oh. —Me acerqué y besé a Trevor—. Buenos días. ¿Qué haces aquí?

—Pensé que tal vez podría llevar a Cyndi y a Sharon a hacer piragüismo en las cuevas —dijo Trevor.

—Vale. —Miré de Trevor hacia Cara y articulé: *¿Lo llamaste?*

Negó con su cabeza.

Sharon atravesó la puerta con una bolsa de comestibles. —¿Qué pasa, niños?

—¡Vamos a hacer piragüismo! —anuncié.

Los ojos de Cyndi y Sharon se movieron entre Trevor y yo. —¿Me estoy perdiendo de algo? —dijo Trevor.

—No —dije—. Alistémonos.

Cyndi me siguió a la habitación. —¿Vas a decirle?

—No hay nada qué decir. Nunca me has presionado, así que por favor no empieces ahora. —Se fue de la habitación sin decir otra palabra. Cyndi y Sharon

siempre aconsejaban sinceridad en las relaciones, pero no podía esperar que soltara delante de todos que me encontré con Jase la noche anterior y que acordamos ser amigos. Pareció insignificante en ese momento, hasta vi que Trevor allí, haciendo un esfuerzo.

Una hora más tarde, bajamos por la playa y rentamos kayaks. El chico que trabajaba en el puesto de alquiler nos explicó que necesitábamos remar fuerte hasta superar la apertura del océano y luego podríamos pasar al sur hacia las cuevas donde el agua era tranquila. Trevor lo había hecho antes, pero el resto de nosotras éramos novatas.

Cyndi y Sharon se encontraban en forma y fuerte y siempre listas para la aventura, así que sabía que podrían hacerlo. Lo hacían parecer fácil, remando sobre la primera ola y luego girando su kayak para esperarnos. Me senté en el frente de nuestro kayak mientras Trevor se sentó atrás.

Justo antes de que estuviéramos a punto de intentar pasar la apertura, Trevor gritó—: Recuerda, no puedo remar, así que vas a tener que trabajar más duro.

Me volví y lo fulminé con la mirada. —¿Qué?

Sostenía el remo en su regazo. —Mi brazo. Aún estoy rehabilitándolo. No se supone que haga cosas como estas.

—¿Entonces por qué demonios siquiera agarraste un remo?

Gesticuló hacia las olas venideras. —Gírate, presta atención.

Era un día despejado y cálido, pero nos encontrábamos en invierno, así que el agua era demasiado fría para nadar. La idea era permanecer tan secos como fuera posible. Me di cuenta con rapidez de que necesitaría remar mucho más duro.

—¡Esta fue tu idea, Trevor! —grité, sin aliento.

Sharon y Cyndi atravesaron la apertura con facilidad antes de que una nueva serie de olas viniera, pero nosotros no tuvimos tanta suerte. Nos hacían señas, gritando—: ¡Vamos, apúrense! —Casi comencé a reír ante lo ridículo que debo haberme visto intentando remar para superar las olas mientras Trevor permanecía atrás, tomando el sol.

—¡Estoy tan enojada contigo, Trevor! No puedo remar con tu trasero de cien kilos hacia allí.

—Puedes hacerlo, Emi. Ponle un poco de músculo.

Gruñí y entonces comencé a remar rápido, derecha e izquierda, pero éramos demasiado pesados y era un progreso lento. Las olas se hacían más y más grandes.

La primera ola llegó y apenas llegué a ella antes de que rompiera. El kayak chocó contra el oleaje, haciendo que el agua saltara y me salpicara directo en la cara. — ¡Oh Dios, está helada!

— ¡Empuja, empuja, Emi! ¡Apúrate!

— Oh, jódete, Trevor. No necesito un entrenador ahora mismo. ¡Necesito que remes!

— No puedo. Vamos, puedes hacerlo. — Apretó mi hombro y casi lo golpeé con el remo.

— ¡Rema! — Escuché gritar a Cyndi.

— ¡Oh no! — grité. Venía una enorme ola.

— ¡Enderézate! — gritó Trevor. Nuestro kayak viraba paralelo a la ola, y no podía detenerlo.

— ¡Oh, mierda! — Remaba tan duro como podía, pero no llegaba a ninguna parte.

La ola levantó el kayak y lo volteó como un perro caliente en un asador, excepto que no volvió a voltearse al camino correcto. Me lanzó directo al agua helada. El pesado kayak de plástico se encontraba encima de mí. Nadé debajo a donde pude levantarme y encontrar a Trevor parado perfectamente erguido con el agua hasta la cintura y los brazos cruzados. No se veía desarreglado en lo más mínimo. Yo, por el contrario, tenía el cabello mojado rizado pegándose a mi rostro y los ojos ardiendo por la sal del agua, mis gafas flotando en algún lugar entre las olas.

Mirándolo a través de mi ojo despejado, traté de recuperar el aliento. — Oh, Dios mío, casi nos ahogamos.

Negó con la cabeza. — Ni siquiera estuvimos cerca.

— ¿Cómo llegaste aquí tan rápido?

— Salté antes de que la ola nos golpeará. Pude ver que no ibas a lograrlo. — Trevor era totalmente impaciente con la gente que no era tan coordinada como él.

— ¿Ibas a dejarme atrapada debajo de esa cosa? — grité.

— ¿Qué se supone que hiciera? Sabes nadar.

Sin que lo supiera, el kayak venía hacia mí sobre el agua blanca de una pequeña ola. Me golpeó directo en la espalda, forzándome hacia el enorme cuerpo de Trevor. — ¡Auch!

—Jesús, Emi. —Enganchó un brazo alrededor de mi cintura y detuvo el kayak con su brazo derecho —. ¡Joder!

Me dio la vuelta para que me posicionara en el agua menos profunda y me soltó. Temblaba, así que corrí hacia la playa y encontré nuestras toallas. Observé a Trevor empujar el kayak hacia la orilla, usando su brazo izquierdo y sosteniendo el derecho contra su cuerpo como si estuviera roto.

Le hice señas a Cyndi y Sharon. —¡Solo vámonos! —grité. Se volvieron y fueron remando hacia las cuevas.

Trevor se me acercó, viéndose decepcionado. Le tiré la toalla. La atrapó y comenzó a secarse. No hablamos. Solo era el sonido de las olas golpeando la orilla y mis dientes castañeando.

Me dejé caer en la arena, envuelta en mi toalla, y traté de absorber un poco de sol para calentar mi cuerpo congelado.

—¿Eres un buen tipo? —pregunté, por fin.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué eres tan duro conmigo?

Levantó las manos a la defensiva. —No lo soy, pensé que podrías hacerlo.

—Bueno, no puedo... Deberías conocerme mejor a estas alturas. Por cierto, en caso de que no lo hayas notado, estoy temblando, congelándome, y aturdida, ¿pero te encuentras sentado a un metro de mí?

Se acercó mí y dejó caer su brazo de mala gana sobre mi hombro. —Después de que te dejé anoche, fui al Spot para ver el final del juego de USC. Me quedé y tomé un par de cervezas.

Mi estómago se revolvió. Sabía a dónde iba con esto. —Bien...

—Te vi caminar junto a él.

Me sentí aplastada porque ante Trevor parecía que lo engañé. Si le hubiera dicho que fui a encontrarme con Jase anoche, no habría pasado esto. Logré que algo inocente pareciera vergonzoso ante sus ojos. —Sí, me encontré con él para beber algo. No sucedió nada. Solo hablamos un poco del libro. Va a irse a una gira de veinte ciudades por el libro. Ni siquiera sé cuánto tiempo se va a ir. —Divagaba con nerviosismo, sintiendo una punzada de culpa por no ser directa con Trevor. Fui a encontrarme con otro hombre justo después de que me pidiera que me casara con él.

—Lo siento, pero solo somos amigos. ¿Qué te preocupa, Trevor?

—Nada. Mientras sepa que no vas a desechar una relación de siete años porque tu enamoramiento de la infancia regresó a la ciudad.

Ni siquiera iba a agregar cómo minimizaba lo que Jase y yo tuvimos. — Trevor, siento que la única razón por la que te esforzaste ahora es porque te sientes desafiado. Quiero decir, nunca te ha importado pasar el rato con Cyndi o Sharon. Nunca has aparecido en mi casa un domingo por la mañana para salir y hacer algo cuando transmiten mil juegos de fútbol.

No respondió. Simplemente nos sentamos en silencio hasta que Cyndi y Sharon regresaron. Pensé en cómo Trevor básicamente me trataba como a un amigo. Tuvimos sexo en la primera cita, y fue respetuoso y encantador. No podía sacar sus manos de mí... al comienzo. Ahora solo éramos amigos, pero ni siquiera sabía si podía llamarnos eso. Sí, aún dormíamos juntos, pero era puramente físico; no había nada trascendente en ello. La mayor parte del tiempo terminaba en cinco minutos, y por lo general yo hacía todo el trabajo a causa del maldito brazo lanzador de Trevor. Con Jase, había sido justo lo opuesto. Comenzamos con una amistad y luego añadimos capa tras capa encima de eso.

Odiaba comparar a Trevor con Jase porque eran diferentes. Tenía que seguir recordándome que Jase me apartó todos esos años atrás, y Trevor se encontraba aquí conmigo ahora.

Una vez que regresamos al apartamento, Trevor no se quedó, y Cyndi y Sharon regresaron al área de la Bahía. Cara salió con sus amigos, así que me encontraba sola cuando el libro comenzó a llamarme...

De Todos los Caminos en Medio

El año que cumplí cincuenta, mi esposo, David, murió en un accidente automovilístico. De repente, mi común y ordinario matrimonio terminó, y me quedé sola en mi común y ordinaria vida. Había pasado mi vida adulta cuidando de un hombre del que no me sentía segura de alguna vez en verdad haber amado.

Desde que David y yo nos graduamos de la secundaria en área de la Bahía, nos mudamos de ciudad a ciudad, siguiendo la larga carrera de David en la milicia. Se iba mucho, y como nunca tuvimos hijos, pasaba sola mucho tiempo. Pensaba en Jax a menudo; su dulce cara y la esperanza que tenía en sus ojos mientras me suplicaba que dejara todo detrás esa noche en Ohio. Caminé por la vida con esa culpa, preguntándome si alguna vez me perdonó. Rezaba porque hubiera seguido adelante y que hubiera encontrado paz ahí afuera en el largo y sucio camino.

No podía obligarme a llamarlo o escribirle porque tenía miedo de que me odiara. Si supiera que me odiaba, no sería capaz de seguir. Todo lo que podía hacer era esperar que entendiera que lo que hice, lo hice por él... para que pudiera elevar su potencial sin mí agobiándolo.

Más tarde ese mismo año, mi padre murió en la cárcel. La factura que recibí para el costo de su cremación fue mi único aviso de que el monstruo del whisky fue enterrado. Ni siquiera supe de qué murió, y no intenté enterarme. Envié un cheque y di un suspiro de alivio. Es fácil hacerte cargo de tu propia vida, en especial cuando te dieron la etiqueta de ser una carga para tus padres incluso antes de que pudieras rechazarlo. Era técnicamente libre; del esposo con el que me había conformado, del padre que me había mandado a este camino de la vida. Pero no me sentía libre. Mi vida adulta no fue trágica, pero nunca podría permitirle ser extraordinaria tampoco. Mi penitencia auto-impuesta me alejaba de la dicha que Jax y yo soñamos encontrar juntos mientras yacíamos en los campos cerca del arroyo todos aquellos veranos.

Me arrepentía de no buscar a mi madre, Diana, y hacer las paces con ella, pero más que nada, me arrepentía de una vida sin Jax. Habría soportado las dificultades en el camino de tierra solo para estar con él.

Tres años después de que David falleciera, volví a mudarme a Ohio, a New Clayton. No tenía mucho que retirar, así que tuve que conseguir un trabajo en una cafetería de la ciudad, sirviendo mesas. Me encontraba en el Ejército de Salvación buscando un par de zapatos cómodos para trabajar cuando pasé la sección de libros usados. Ahí, al frente y en el centro, casi puesto precisamente para mí, descansaba un libro con una pareja abrazándose en la portada. El título era *El primer amor nunca*

muere. Pero lo que en verdad me llamó la atención fue el nombre del autor. Jackson Fisher.

De repente, tenía quince de nuevo. Transcurrieron treinta y ocho años desde que dije su nombre en voz alta.

—Jackson Fisher —susurré. Mi mano temblaba violentamente mientras alcanzaba el libro. Tenía una foto vieja de Jackson en la contratapa, tal vez en sus veinte. Había sido publicado hace más de veinticinco años. Me sentía destrozada...

12

PODRÍAS ENCONTRAR LA VERDAD

Traducido por Dannygonzal & Umiangel

Corregido por Miry GPE

Cerré el libro de golpe a mitad de la frase. Lloraba histéricamente y no podía soportar leer más. ¿Por qué tenía tanto remordimiento por Emerson cuando fue ella quien tomó las decisiones? Abrazando el libro contra mi pecho, lloré y lloré.

Jase dijo que lo escribió para mí, pero porque los detalles eran diferentes, no le creí hasta este momento. Aunque no era ingenua por completo; podía ver los paralelos entre mis circunstancias y las de Emerson. Pero dentro de mí existía una niña asustada que no podía aceptar el hecho de que alguien realmente la amaba lo suficiente como para escribir un libro completo para ayudarla a sanar.

El amanecer llegaría en unas horas, pero en vez de ir a dormir, comencé a hacer un plan.



A la mañana siguiente, caminé a través del estacionamiento de la Universidad de California, llena de determinación. Encontré al profesor James en su oficina, sentado en su silla de cuero con respaldo alto cerca de la ventana, mirando el campus. Ya que era el jefe del departamento, tenía que venir primero a él.

—¿Profesor?

Levantó la mirada. —Emiline. Entra.

Entré y me paré al otro lado de su escritorio mientras me miraba por encima de sus lentes bifocales. —¿Puedo hablar con usted? —pregunté.

—Seguro. Toma asiento. —Hizo un gesto hacia la silla frente a él.

Me senté, juntando mis manos y mirando mi regazo. —Quiero escribir algo real, solo que aún no sé qué. Necesito tomarme un año sabático.

Él se rio. —No eres profesora de tiempo completo, y no puedes tomarte un año sabático a mitad del periodo.

—Honestamente, necesito hacer algo de introspección.

—Famosas últimas palabras —dijo severamente.

—Profesor, ni siquiera sé si soy escritora. Creo que podría solo ser una muy buena lectora. —Inspeccioné en sus ojos, buscando afirmación.

Sostuvo mi mirada durante un tiempo. —Emiline, eres absolutamente una escritora, pero tienes que saber de qué demonios escribes, y quién es tu audiencia.

Asentí. —Lo entiendo.

—¿Por qué no empiezas a escribir para ti misma y ves qué sucede? Solo recuerda, tienes que ser buena antes de poder ser grandiosa. Y aun no te encuentras allí. —Se acarició la barba—. ¿Por cuánto tiempo estarías alejada?

—Dos semanas. Máximo.

Se rio de nuevo. —Eso a duras penas es un año sabático, Emiline. —Luego me miró de nuevo sobre sus bifocales—. ¿Asumo que esta introspección no puede ser retrasada hasta el verano?

Sacudí la cabeza vigorosamente. —Es muy urgente. Me perdería cuatro clases en total, y podría pedirle a Cara que me cubra.

Asintió. —Normalmente no aprobaría tal petición, pero si de verdad puedes lograr que Cara cubra tus clases entonces puedo concederte dos semanas de ausencia personal. ¿Te encargarás de la papelería necesaria?

—Absolutamente, profesor.

—¿Y me traerás diez mil buenas palabras?

Debí saber que había una trampa. —¿Quiere que trabaje en una historia corta mientras estoy lejos? —dije.

Se encogió de hombros. —Es difícilmente una petición irrazonable. Después de todo, te *estoy* concediendo una ausencia en mitad del periodo.

—¿Diez mil *buenas* palabras?

—Tienes que comenzar por algún lado —dijo.

—De acuerdo. —Me puse de pie y sacudí su mano—. Gracias.

Corrí para encontrar a Cara.

Una vez estuve de regreso en mi apartamento, empaqué una pequeña maleta y luego llamé a Cyndi. Después de unos momentos de una charla corta, fui al grano.

—Quiero contactarme con mi padre.

Dejó salir un largo suspiro. —¿Esto es por el libro que escribió Jase?

—No, esto es por mí —dije, y lo decía en serio—. ¿Me dirás dónde está?

—Nunca te oculté esa información. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Solo que nunca quise saber los detalles, pero ahora sí. ¿Has oído de él o de mi madre?

Suspiró. —Sólo sé en dónde se encuentra tu papá. Vive en Dayton y trabaja como mecánico. ¿Quieres que te llevemos? Podemos ir en la primavera después de los finales.

—No, solo quiero su dirección. Necesito hacer esto por mí misma. —Hubo diez segundos de silencio incómodo—. Tía Cyndi, no tomes esto de mala manera. Te quiero y aprecio todo lo que Sharon y tú han hecho por mí. Me diste una vida que nunca pensé que tendría. Pero no he atravesado toda esta mierda, y no seré capaz de seguir adelante si no lo hago. Necesito hacer esto por mí misma.

—No estoy completamente segura de que vayas a conseguir algo de tu papá, Emiline. No quiero que salgas lastimada.

—Lo sé, pero necesito verlo.

—¿Llevarás a Trevor?

—¿Estás preocupada por mi seguridad? —pregunté.

—No. Tu papá está sobrio.

Fue toda una sorpresa. ¿Por qué no me lo dijo? —Voy a ir sola —dije con firmeza.

Finalmente Cyndi estuvo de acuerdo y me dio la dirección del apartamento de mi padre y la del taller mecánico donde trabajaba.

Reservé un vuelo nocturno para esa noche y encontré un hotel barato, le envié los detalles a Cara por mensaje, y pasé el resto del día empacando. Para cuando Cara llegó a casa de clase, me encontraba sentada en el sofá, esperando con mi mochila y mi maleta. Solo empaqué mi computadora portátil, el libro de Jase y algo de ropa.

Miró mis cosas, sus cejas se fruncieron con preocupación. —¿Eso es todo lo que vas a llevar para un viaje de dos semanas?

—Sí.

—¿Cómo vas a irte para el aeropuerto?

—Voy a llamar un taxi en un minuto.

Dejó caer sus cosas sobre el piso y sacudió la cabeza. —No. No vas a llamar un taxi. Vamos. Te llevaré en este momento.

—¿Estás segura? —pregunté con nerviosismo, aunque secretamente esperaba que lo hiciera.

Se rio. —¿Crees que voy a dejar que tengas sola tu crisis de los veinte? Vamos.

Le di una sonrisa de agradecimiento. —Gracias Care Bear.

Una vez nos dirigíamos hacia el aeropuerto en el auto de Cara, me giré hacia ella. —Por favor no le digas nada a Trevor. Tengo demasiado en qué pensar. Le dije que iba a Ohio porque necesitaba un descanso.

—Creo que él entendería, Emi.

—De verdad necesito algo de tiempo a solas —enfaticé.

—Lo entiendo. —Apretó mi mano—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Cuando llegamos al aeropuerto, Cara me abrazó fuerte. —Espero que encuentres lo que buscas —susurró. Solo asentí, demasiado abrumada para decir algo.

Después de despedirnos, entré a la terminal y giré para ver a Cara moviendo su mano hacia mí. Le respondí el saludo hasta que ya no pude verla, como un niño pequeño, luego tomé mi pase de abordaje y atravesé la seguridad en tiempo récord, el único beneficio de un viaje tarde en la noche.

Cuando llegué a mi entrada, le envié un mensaje a Jase.

Yo: ¿Viste la conferencia de mi tía antes de venir a sacarme de la casa de acogida?

Jase: Sí. Cuando me dijiste que ibas a vivir con ella, la busqué y observé su conferencia sobre resolver conflictos en la ficción.

Yo: Irónico.

Jase: Sabía que estarías mejor con ella en California, pero no estaba listo para dejarte ir.

Yo: ¿Entonces sabías que al final me entregarías?

Jase: *No lo vi de ese modo.*

Miré fijamente su mensaje, insegura de cómo responder. No me sentía molesta, pero tampoco me placía las noticias. Todo sobre esa fatídica noche con Jase estuvo fuera de mis manos desde el comienzo.

Veinte minutos pasaron y entonces me escribió de nuevo.

Jase: *¿Terminaste el libro?*

Yo: No. Deja de ser tan egocéntrico. No te preocupes, lo terminaré... y te diré qué pienso exactamente sobre tu prosa descuidada.

Jase: *Estoy temblando en mis botas.*

Yo: Deberías.

Jase: *Ooh, guerrera. Me gusta. ¿Qué estás usando?*

Yo: Buenas noches, Jase.

Jase: *¿Quieres que te envíe una foto de lo que tengo puesto? ;) ;)*

Yo: Buenas noches, Jase.

Jase: *¿No te van los mensajes sexuales?*

Yo: ¡Buenas noches!

Jase: *Buenas noches, Em. Besos.*

La palabra “besos” me hizo sonrojar. Miré alrededor a los otros viajeros, pero los ojos de todo el mundo se encontraban en sus propios teléfonos.

Busqué la página web de Jase para ver por qué estados viajaría. Iba a visitar las ciudades principales de la costa este y oeste, junto con Nashville y Nueva Orleans. Vi las ciudades anteriores y vi que ya estuvo en Ohio. No sabía por qué importaba. Supongo que solo me preguntaba si estaríamos en el mismo trayecto.

Cuando mi avión tocó suelo a las ocho de la mañana en Dayton, me hallaba muy despierta y llena de adrenalina. Solo conseguí unas horas de sueño. Mi mente estuvo llena de Jase, mi padre, recuerdos al azar del pasado, Trevor y esas diez mil palabras que le debería al profesor al final de este viaje.

Renté un Hyundai Accent, etiquetado como un coche compacto, de Avis. Era pequeño pero me sacó del aeropuerto y me llevó por la interestatal en poco tiempo. Para las once de la mañana, me encontraba en el escritorio de registro en el vestíbulo de un Holiday Inn. Mi habitación estaba lista, así que me refresqué, le envié un mensaje a Cara y a mis tías para que supieran que llegué segura, metí la

dirección del trabajo de mi padre en la aplicación de mapas de mi teléfono, y salí de nuevo.

Entrando a una vía residencial, ubiqué el taller mecánico al final de la calle, en la esquina de una carretera principal. Me arrastré por la calle en el auto, tratando de estar fuera de vista, como si vigilara el lugar, aunque conducía un auto de un rojo brillante como gelatina. Me estacioné calle abajo, debajo de un árbol, y observé. No sabía qué esperaba ver.

Después de media hora de mirar absolutamente nada, además de algunos autos pasando y un gato perdido comiendo algo de un basurero de aluminio en el callejón al lado de la tienda, finalmente junté el coraje para acercarme.

Era un taller mecánico común con dos áreas abiertas. El cartel decía, REPARACIÓN DE AUTOS DE BENNY. Había un viejo Toyota en los elevadores en un lado, y el otro se hallaba vacío excepto por Benny. Mi padre.

Se encontraba allí de pie en su overol azul de mecánico, tratando de quitarse la grasa de las manos con una toalla. No solía ver su cabello corto y su cara afeitada. Era raro que se viera de ese modo mientras crecía.

Alzó la mirada y me vio, su cara imperturbable al principio y luego aturdida mientras el reconocimiento se asentaba. Pero no se movió. Pude sentir otra descarga de adrenalina atravesando mis venas, pero ahora no había regreso.

—Hola, nena. —Su voz era ronca de décadas de fumar, y el sonido de ella desencadenó recuerdos de habitaciones llenas de humo. Sacudí la cabeza, queriendo decirle desesperadamente que no me llamara así, pero no podía encontrar las palabras. Se veía cansado y nervioso mientras caminaba hacia mí. Tirando la toalla a un lado, me miró de arriba abajo—. Mírate, toda grande y hermosa, como tu mamá. Me alegra que vinieras. Estoy sorprendido, pero contento de que estés aquí.

Esas eran las palabras más amables que alguna vez le oí decirme sobre mi madre. —Tú también te ves bien —le dije.

—En este momento soy un lío. He trabajado todo el día... pero estoy sobrio. —Me miraba directo a los ojos con sinceridad—. Cien por ciento. Lo he estado durante año y medio.

—Felicitaciones, eso es grandioso. —Asentí y sonreí rígidamente. Se sentía como si fuéramos extraños. En los quince años que viví con él, realmente nunca lo vi sobrio. Estaba tomado incluso cuando trabajaba en la fábrica de papel. Pero el hombre de pie frente a mí, frente a este taller, de alguna forma era diferente. Podía sentirlo.

—Le dije a tu tía que no te presionara. Ella no creía que estuvieras lista cuando logré estar limpio. Le dije que si alguna vez estabas... lista o dispuesta, me gustaría verte. Me alegra saber que te dio el mensaje. Gracias por venir.
—Comenzó a quedarse sin palabras.

—Está bien.

—No, no lo está. Escucha, hay un restaurante a media cuadra. Déjame limpiar y cerrar el taller. Quiero hacer esto bien por una vez. ¿Me dejarás comprarte el almuerzo?

Asentí.

Esperé en la acera, observándolo mientras se daba prisa organizando el taller y guardando las herramientas. Desapareció en la parte trasera y luego salió usando unos pantalones azules y una camisa de franela. Hacía frío así que envolví mi bufanda alrededor de mi cuello dos veces más.

—¿Estás lo suficientemente cálida? —preguntó.

—Estoy bien.

—Está justo allí.

Caminamos por una calmada calle comercial y atravesamos la puerta tintineante de un pequeño y vacío restaurante. Una camarera de edad sirvió café y habló sobre su hombro sin voltearse—: Cuando quieran.

—Dos cafés para nosotros, Pat —dijo mi padre y luego me hizo señas para que me sentara en la mesa más cercana a la puerta. La cabina era de un plástico azul clásico, y la mesa de formica se veía como si hubiera venido directo de los sesentas, aunque se encontraba en una condición imaculada.

Pat usaba un uniforme común de camarera, un moño gris apretado y lentes en una cadena alrededor del cuello. —Hola, Benny. ¿Quién es esta linda chica?

—Es mi hija, Emiline. —El rostro de mi padre ardía de orgullo.

—Oh —dijo ella con una sonrisa—. Es un placer conocerte.

No dudé ni por un segundo de que Pat sabía toda nuestra historia. Mi padre obviamente era un cliente regular, pero podía decir que era del tipo de mujer que entendía el valor de la discreción.

—Lo mismo —dije.

Después de que nos dejó, miré el menú mientras mi padre me observaba.
—¿Sabes qué quieres?

—Sí.

Llamó a Pat. Ordené queso asado y papas fritas, él un emparedado turco.

—No sé si voy a tener mucho estómago después de esto, pero espero que valga la pena... para ambos.

—¿Después de qué, papá?

Se estiró por encima de la mesa por mis manos, y se las di. Bajando la mirada hacia ellas, como si aún no pudiera creer que me encontrara aquí, dijo—: Después de decirte lo que tengo que decirte.

—Está bien.

Resopló. —Se supone que los papis deben proteger a sus niñas pequeñas. Lo sabes, ¿verdad?

Ya sentía un bulto subiendo por mi garganta. —Sí.

—Hombres, papis, novios, esposos... ellos nunca deberían lastimar a una mujer o a un hijo, con sus puños, palabras u otra cosa.

Asentí, demasiado aturdida para decir algo.

Levantó la mirada de nuestras manos directo hacia mis ojos. —Lo siento tanto, Emiline. —Su cara se arrugó. De repente, los dos colapsamos sobre la mesa. Su cuerpo era una masa temblorosa de sollozos, dolorosos y ruidosos, que hacían juego con los míos.

Pat dejó un montón de servilletas junto a mi codo y regresó a la parte de atrás, dejándonos solos.

—No podía perdonarme a mí mismo. No pensaba que mereciera tu perdón —lloró.

Nos sostuvimos el uno al otro sobre la mesa hasta que las lágrimas disminuyeron. —Tampoco lo pensé así, pero necesito perdonarte. Estoy lista para perdonarte —le dije.

—No tienes que hacerlo, Emiline. Durante mucho tiempo, dije excusas. Culpé a tu madre y culpé a la fábrica de papel por cerrar, pero todo fue obra mía. Tu madre se fue porque la alejé.

—Pero ella me dejó contigo —le dije. Se encogió, como si mis palabras lo hubiesen herido—. A lo que me refiero es, ¿qué tan buena pudo haber sido si abandonó a su hija de esa manera?

—Está lejos de ser perfecta, pero no creo que supiera cuanto iba a hundirme después de su partida.

Asentí. —¿Recuerdas a Jase?

—Por supuesto que sí. Si pudiera pedirle disculpas, lo haría.

—Quizás algún día lo hagas. Escribió un libro acerca de todo lo que pasamos. Prácticamente es famoso ahora. Creo que el libro me está ayudando a atravesar por todo eso.

—Me alegra oír eso. Dale las gracias por mí.

¿Gracias? Eso me sorprendió.

—Jason siempre fue así... determinado a ayudarte, determinado a protegerte. Siempre estuvo ahí para ti... cuando yo debí estarlo.

—Lo hizo —estuve de acuerdo. Traté de convencer a mis ojos de no llorar, pero fue imposible. La pura emoción de estar en su presencia hacía que mi garganta doliera.

Después de unas cuantas respiraciones profundas, mi padre le hizo una seña a Pat, quien miraba desde la trastienda. Volvió con nuestros platos, y comimos. Alzaba la mirada cada par de bocados para darme una sutil sonrisa, como asegurándose de que todavía estaba bien.

—Hablé con tu madre hace aproximadamente un mes —dijo, rompiendo el silencio sorprendentemente afable entre nosotros.

Me atraganté con un trozo de queso a la parrilla. —¿Qué? No tenía idea de que sabías dónde estaba.

—Emiline, dije un montón de cosas malas sobre ella cuando crecías. Puede ser difícil de creer, pero algunas fueron ciertas. No todas, pero sí algunas.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando dije que la alejaba, me refería a que la empujé a los brazos de otra persona. Siempre buscaba un héroe. Está en su cuarto matrimonio ahora. —Arqueó las cejas—. Pobre idiota.

Reí con amargura, y mi sonrisa se desvaneció rápidamente. —Sin embargo, ¿cómo pudo simplemente dejar a su hija?

—Es difícil de entender porque no eres como ella, gracias a Dios. Nunca lo fuiste.

Escuchar esas palabras, se sentía como un abrazo de Dios. Cuando tu propia madre, la mujer que te concibió y dio a luz, es lo suficientemente despiadada para abandonarte en un camino de tierra en un pueblo rural de Ohio con un alcohólico abusivo, siempre estás un poco preocupada de que esos genes terribles saltarán a la vida dentro de ti en algún momento.

—¿Por qué hablaste con ella, entonces? —pregunté.

—Tenía que hablar con ella sobre la propiedad.

—¿La propiedad en la carretera?

—La misma.

—¿Pensé que el banco la tomó y demolió la casa —Asumí que mi padre perdió la propiedad. No podía imaginar cómo la pagó desde la cárcel.

—La casa fue derribada, pero no perdí la propiedad. El alquiler de Lisa cubrió los pagos bancarios hasta que salí de la cárcel.

—¿Eras dueño de la casa en que vivían?

—Sí, de ambas casas. Una gran cantidad de malos recuerdos, pero se han ido ahora. Estuvieron infestadas de termitas, y ambas tenían daños por agua e inundaciones sin posibilidad de reparación. Pero la tierra sigue allí, y es buena tierra.

Es extraño cuando se aprende algo que no era lo que parecía cuando eras un niño.

—¿Así que hablaste con mi mamá sobre la propiedad? —aclaré.

—Sí, accedió a firmar una escritura de renuncia para que pueda regalártela.

Eché la cabeza hacia atrás. —¿A mí? ¿Por qué en el mundo iba a querer esa propiedad?

—¿Recuerdas cuando tenías alrededor de cuatro o cinco y te enseñé a nadar en el pozo de agua cuando estaba lleno? Trepabas a mi espalda como un pequeño mono y nadábamos alrededor... —Miró al techo, tratando de parpadear para alejar las lágrimas—. Gritabas "¡otra vez, papi, otra vez!" y me sumergía de nuevo bajo el agua por un segundo y luego volvía a subir. —En ese momento, tenía un nudo en la garganta de nuevo—. Recuerdo la sensación de tus pequeños brazos alrededor de mi cuello y tu risa contagiosa cada vez que salíamos a la superficie para respirar. Pienso en eso todo el tiempo. Recuerdo esos momentos.

—Ahora recuerdo también —dije en voz baja. Lo llamó nuestra pequeña parte del cielo.

—Es tuya. La propiedad es tuya para hacer lo que quieras con ella. Es sólo un lugar, y puede ser bello. Lo hice feo, ya que era un borracho abusivo, pero no tiene por qué ser así. También tengo un pequeño ahorro que he estado guardando para ti desde que abrí el taller.

Me encontraba aturdida y sin palabras. *¿Por qué hace esto?* —No tienes que comprarme.

Tomó una de mis manos. —Escucha, Emiline, ¿recuerdas lo que dije sobre papis protegiendo a sus niñas?

—Ya no soy una niña.

—Claro que no, pero siempre seré tu padre. Jodí tantas cosas. Esta es la única manera que puedo intentar para reparar algunos de los daños.

Nunca pensé en mi padre como un hombre emotivo, empático o incluso articulado, pero me mostraba lados que nunca había visto. Me abrumaba. Sabía que tenía que aceptar lo que me ofrecía, a pesar de que no tenía ni idea de qué hacer con la tierra.

Mientras miraba más allá de él, tratando de visualizar lo que haría, dijo—: Véndela. No importa lo que hagas. Pero es tuya.

—Está bien.

—Entonces, ¿lo aceptas?

—Con una condición.

—Soy todo oídos —dijo.

—Quiero la dirección de mi madre. —Decidí enfrentarme a ella, y quería saber si abandonó a otros pobres niños por ahí.

—Emiline... —Su voz adquirió un tono de advertencia—. Ella no va a cambiar. Me temo que te llevarás una verdadera decepción.

—Hay algo que tengo que hacer. Necesito verla. Por favor.

Sabía que lo comprendía. No tenía que explicárselo. —Lo haré. Te daré su dirección. Eres más fuerte de lo que yo era, Emiline. Prométeme que no importa lo que diga o haga, sabes en tu corazón que eres buena, inteligente y hermosa. Ella tiene sus propios demonios, y si te rechaza, no tiene nada que ver con lo que eres.

—Gracias. Lo aprecio mucho.

—No puedo regresar el tiempo. Hay demasiados remordimientos. Por favor, ¿podemos seguir adelante juntos?

Tomé su mano sobre la mesa. —Por supuesto.

Después del almuerzo, caminamos de regreso al taller y escribió la dirección en un pedazo de papel.

—Vive en Nashville.

—¿A qué distancia está en coche? —pregunté.

—Cerca de seis horas. —Me entregó un sobre con dinero—. Allí hay tres mil dólares. Debes depositarlo tan pronto como sea posible. En realidad, vamos a ir ahora. Te seguiré en mi coche al banco.

Se ve un poco fuera de lugar esperar hasta que tu hija esté cerca de cumplir treinta años antes de aprender cómo ser un padre, pero me encontraba en modo de perdón. Me aferré a la rabia durante mucho tiempo. Mi padre y yo no íbamos a tener una amistad de repente, pero desde luego no iba a albergar ninguna mala voluntad hacia él cuando estaba claro que pasó años tratando de cambiar.

Después de que depositamos el dinero, lo abracé en el estacionamiento del banco.

—Te enviaré el título de propiedad tan pronto lo reciba —dijo.

—Gracias —le dije.

—Agradécele a Jason por mí. Puede que no lo sepa, pero creo que es la razón por la que estás aquí conmigo ahora, y estoy agradecido.

Me sorprendió que mi padre estuviera bien con todos los secretos sucios expuestos en el libro de Jase, pero me di cuenta de que mi padre aprendió algo en su recuperación que yo todavía no comprendía totalmente: el pasado puede desgarrarnos y comernos si tratamos de aferrarnos a él con demasiada fuerza.

13

¿CUÁL CAMINO?

Traducido por Annie D & Vane Farrow

Corregido por Val_17

De vuelta en el Holiday Inn, mientras planeaba mi viaje a Nashville, me encontré mirando una vez más la página web de Jase. En cuatro días, estaría en su firma de Nashville.

Me iba mañana. Tomé la decisión de esperar la hora propicia mientras estuviera allí.

A pesar de que sabía que él entraba en mi vida lentamente, todavía existían cosas, preguntas para las que no tenía respuestas.

Le marqué a Jase y me contestó en el primer timbre.

—Hola.

—Hola —dije, y luego sentí mi mandíbula tensarse. Había conmoción en el fondo, como si estuviera en un bar o restaurante.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Antes de que pudiera decir algo, rápidamente añadí—: No he terminado el libro todavía, pero quería hablar contigo. ¿Estás ocupado?

Estuve evitando el libro. En algún lugar profundo en mi mente, tenía miedo de terminarlo por temor a que actuaría como una especie de predicción de cómo irían las cosas. Basada en donde me quedé, sabía que el final no podría ser otra cosa excepto triste.

—Sólo dame un segundo. Voy a salir. —Podía escucharlo arrastrando los pies—. ¡Joder, qué frío hace aquí!

—¿Dónde estás?

—Filadelfia.

—Oh —dije, aunque ya lo sabía—. No es realmente importante, puedo hablar contigo sobre ello más tarde.

—No, ¿qué pasa? Dime.

—¿Tuviste un montón de novias en la universidad? —solté.

—Eso es lo que quieres saber... ¿ahora mismo?

—Tengo curiosidad. Sólo quiero saber cómo fue tu vida mientras estuvimos separados.

—No las llamaría novias, en sí. Oye, ¿por qué no has terminado el libro? —Podía escuchar el castañeteo de sus dientes.

No iba a ser disuadida. —¿Quieres decir que te has acostado con muchas chicas?

—¿Qué es “mucho”? —Me di cuenta que le molestaba un poco este tipo de preguntas.

—Hasta ahora no llego a ninguna parte con estas no-respuestas —dije.

—Emiline, no tuve ninguna novia. Fui a citas y me acosté con más mujeres de las que me gustaría admitir. Pero no, realmente no tuve novias serias.

—¿Nunca te enamoraste?

—No —dijo con firmeza.

—¿Por qué?

—Debido a que ninguna de ellas eran tú.

Silencio. Tragué. Quería gritar: *Te amo*, a todo pulmón.

—Jase...

—Tengo que volver a entrar.

—Está bien —dije de mala gana.

—Buenas noches, Em. Espero que encontraras lo que buscabas.

—Lo hice. Buenas noches.

Una parte de mí todavía no tenía la seguridad de cuáles eran las intenciones de Jase para nosotros, pero ahora lo sabía. *Ninguna de ellas era yo.*

Después de colgar, saqué *Todos los Caminos en Medio* de mi mochila y pasé la mano por la portada. Me prometí que lo terminaría, pero primero necesitaba ver a mi madre.

Llegué tarde a Nashville el día siguiente. Encontré un hotel, luego fui a una librería cercana y compré un diario con tapa de cuero como el que Jase tenía cuando éramos niños.

A la mañana siguiente, conduje el auto rojo hacia la dirección de mi madre. Mientras me estacionaba, pude ver que era una modesta casa de posguerra con un patio cercado. En el camino de entrada, había una furgoneta de cuidados caninos con las palabras PERROS SUCIOS pintadas en rojo brillante a un lado, junto con una foto de un perro schnauzer cubierto de lodo.

Me sentía menos nerviosa de verla de lo que estuve al ver a mi padre, porque la verdad era que casi no la recordaba. Fue una parte de mi vida durante un tiempo tan corto, su ausencia era más grande en mi vida que su presencia. Quería el cierre, pero sabía que, incluso si lo obtenía, no sería tan catártico como lo que experimenté al compartir un emparedado de queso asado con mi padre.

Al segundo en que toqué el timbre, oí una sinfonía de ladridos en el otro lado y los sonidos de una manada de pequeños perros corriendo hacia mí.

Ella abrió la puerta mientras pateaba y apartaba a los perros, sus ojos sin mirarme del todo. Su cabello era corto, con un teñido barato de un tono rojizo de farmacia. Parecía mucho más pequeña de lo que recordaba, pero por otro lado, yo era apenas una niña pequeña la última vez que la vi. Se veía regordeta, una apariencia poco saludable, o tal vez desgastada. Si su aspecto era una indicación, la vida no fue gentil con ella.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

—Te perdono —dije al instante.

Se me quedó mirando fijamente, y luego una mirada de comprensión cruzó por sus rasgos. Sin embargo, sus ojos se veían lejos de estar tristes; parecían asustados. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo vine a decirte que te perdono.

Bloqueó la puerta como si fuera a entrar a robar en su casa. —Genial —dijo, con ninguna emoción.

—¿No vas a invitar a tu propia hija a tu casa?

Me miró durante varios largos e incómodos momentos, y luego se apartó del camino vacilando. —Por supuesto. Adelante.

La seguí a través de un laberinto de cajas y montones de cosas esparcidas por todas partes, hasta la cocina, donde había aún más desorden. Claramente era una acaparadora de cosas y perros. Había por lo menos ocho perros pequeños de todas las razas diferentes, saltando y mordiendo sus pies como ratas hambrientas.

—Siéntate. —Señaló un taburete detrás de la barra. Lo saqué y sacudí un poco el polvo blanco de encima. La casa se encontraba sucia. Traté de recordar si la nuestra se veía así cuando era pequeña.

—¿Quieres un poco de jugo o algo? —preguntó.

—No, gracias.

No sabía por qué me quedaba.

—Tengo que llegar a una cita. —Se puso de pie al otro lado de la barra sucia y me observó.

—¿Eres una peluquera de perros?

—Paga las cuentas —replicó.

—No te juzgaba.

—Aun así lo haces, ¿no? ¿No es por eso que estás aquí, Emiline? ¿Para juzgarme?

—No, ya te dije por qué estaba aquí. Para perdonarte.

—¿Por qué?

—Por abandonarme con él. —*¿Realmente pensaba que era inocente?*

—Bueno, yo no diría “abandonar”. Siempre fuiste una niñita de papá.

¿Qué? —Como si eso fuera una excusa —espeté—. Él fue a la cárcel por abuso infantil y negligencia.

—¿Quieres culparme porque tu papá no podía despegarse de la botella?

Podía sentir mi cara ruborizarse de ira. *¿Por qué estoy aquí?* Era como si ella no tuviera ninguna emoción en absoluto.

—Eres egoísta —le dije.

Miró el reloj del microondas. —Es hora de irse.

—¿Dónde está tu marido?

—En el trabajo. —Me observó.

—¿Tiene otros hijos a los que has abandonado?

—Por supuesto que no.

Me levanté del taburete y me dirigí a la puerta, entonces me di la vuelta y puse las manos en las caderas. —Él me dijo que no me parecía en nada a ti. Y, ¿sabes lo que es triste? Estoy muy aliviada. —Empecé a tener nudo en la garganta—. No entiendo. ¿Por qué me odias? ¿Qué te he hecho?

—No te odio en absoluto. Hice mi mejor esfuerzo. Fin de la historia.

—¿Lo hiciste? —dije. Me quedé allí, negándome a llorar, y negué con la cabeza—. ¿Cómo puedes ser tan cruel? Casi arruinaste mi vida.

Parpadeó hacia mí. Si había algo detrás de esos ojos muertos, no podía verlo.

Me di la vuelta, abrí la puerta y la cerré de golpe.

Mientras conducía de regreso al hotel, pensé de nuevo en cuán miserable fue mi padre después de que ella se fue. Hasta ahora, siempre tuve miedo de que yo fuera capaz de hacer lo que ella hizo, como si un día un interruptor se encendería dentro de mí y abandonaría a las personas que me amaban. Pero ahora lo recordaba: su indiferencia siempre estuvo allí. No era más que un alma fría. Nunca la vi llorar. Su idiotez no se escondía bajo una fachada dulce. Siempre se hallaba ahí, justo en el exterior. Recordé su indiferencia, incluso cuando era una niña. No hubo abrazos, ni cuentos especiales antes de dormir, ni nombres lindos para mis berrinches o metidas de pata. Ella tenía el corazón frío en ese entonces, y era lo mismo ahora. Era mi responsabilidad dejarla ir, y no esperar que despertara su instinto maternal.

Me pasé el próximo par de días en mi habitación del hotel, escribiendo. El día del evento de Jase, miré su sitio web. Tenía un encuentro en un bar después de una lectura en una librería. Quería mantenerme alejada, entender las cosas, pero era como si pudiera sentirlo cerca. Llámalo suerte o casualidad, pero esta misión

para atar los cabos sueltos de mi pasado me condujo directamente a Nashville. Una vez más, Jase y yo nos encontrábamos en la misma ciudad. Se sentía un poco rebuscado, pero por otra parte, yo fui a él. Me puse en su campo electromagnético, y ahora era arrastrada hacia adelante, centímetro a centímetro. ¿Qué fuerzas misteriosas separaban a las personas y los juntaban de nuevo? ¿Eran todas ondas gravitacionales, o existía algo más funcionando aquí?

Cené sola y luego caminé un par de cuadras por la calle mientras trataba de convencerme de no ir al bar.

A pesar de todos mis pensamientos esa noche, terminé justo en frente del bar. Por supuesto. El nombre del bar-restaurante era Jackson's. Qué apropiado.

El pequeño e informal restaurante se hallaba lleno. Al otro lado del lugar, en el bar, pude ver a Jase rodeado de mujeres, hablando animadamente. En el otro extremo, Andrea observaba, aparentemente aburrida.

El ambiente era ruidoso. Había un montón de gente hablando, y oía el chillido ocasional de una fan. Hice unas pequeñas arcadas. Jase se veía un poco despeinado. Desde donde me encontraba, era difícil de decir, pero parecía que una de las mujeres tenía las manos en su cabello. Tenía el tipo de cabello que rogaba ser tocado, y siempre estaba perfectamente despeinado. Llevaba pantalones de traje y una camisa abotonada, sin corbata, pero con los tres primeros botones abiertos. Me pregunté quién se los desabotonó.

Observé por unos momentos. Jase se reía de una forma borracha mientras intentaba pararse en uno de los taburetes de la barra de metal. Andrea parecía un poco horrorizada. Sus fanáticas lo ayudaron a levantarse y lo sostuvieron cuando se dirigió a la multitud.

Él lanzó los brazos a los costados. —Gracias a todas. ¡Las amo! ¡Son todas increíbles y hermosas, todas y cada una de ustedes! Quiero llevarlas a casa conmigo. —Ellas gritaron de alegría por ello. Tuve arcadas. Andrea miraba hacia delante como si lo hubiera visto antes. Él perdió el equilibrio y gritó—: ¡Vaya!

Las mujeres lo enderezaron, y fue entonces cuando me vio. Yo sonreía en ese momento. —¡Tú! —Me señaló acusadoramente desde el otro lado del lugar—. ¿Lo terminaste, maldita sea?

Negué con la cabeza y entonces realmente se cayó. No fue agradable. Dirigirme hacia él no fue una tarea fácil. Tuve que empujar a filas de mujeres locas por la lujuria a un lado. Todas se encontraban arrodilladas a su alrededor como si fuera un animal herido.

—Oh, Jesús, muévanse, gente. Denle al hombre un poco de espacio.

Se encontraba tumbado en el suelo, mirándome. —¿Qué haces aquí, preciosa?

—Ni siquiera lo intentes. —Extendí la mano para ayudarlo a levantarse y luego grité—: ¡Retírense! Fuera del camino. —Las mujeres nos dieron un poco de espacio mientras lo sacudía. Sus ojos eran pequeñas rendijas perezosas, pero seguía sonriendo.

—Tu cabello está por todas partes —dije.

Inclinó la cabeza hacia mí. —Arréglalo.

—Pídelo amablemente.

—¿Por favor?

Traté de peinarlo, pero decidí que tenía mejor aspecto desordenado.

Andrea apareció. —Será mejor regresar a este tipo al hotel antes de que se nos desmaye.

Con Andrea en un lado y yo por el otro, envolvimos sus brazos sobre nuestros hombros y nos dirigimos afuera. Él siguió mirándome y sonriendo.

—Solo camina, Romeo.

Ninguno de los dos intentó hacer conversación después de eso.

Se alojaba en un hotel mucho mejor que el mío. Su habitación era una gran suite magníficamente decorada con una zona de estar independiente. Una vez dentro, Andrea se separó y se dirigió hacia el balcón.

—Necesito hacer una llamada —dijo—. ¿Lo tienes?

—Sí. —Entré en la habitación donde colapsó sobre la cama.

Estaba a punto de desmayarse, pero luchaba contra ello mientras le quitaba los zapatos. —¿Por qué estás aquí? —Arrastró las palabras.

—Vine a ver a mi madre. Ella vive en Nashville.

—¿En serio? —Pareció sorprendido.

—Sólo quería ver quién era. Ahora lo he hecho, y tengo que volver a casa. Vine porque me di cuenta que, ya que estamos en la misma ciudad, debería saludar.

—Hola. —Sonrió. Alcancé su cinturón, lo desabroché y tiré a través de las pretinas de una sola vez—. Vaya, eres buena en eso. —Su rostro se arrugó—. No quiero saber por qué.

—Puedes desnudarte por tu cuenta, ¿verdad?

—Sí, probablemente, pero estás haciendo un gran trabajo.

—Bien. —Me acerqué a la cabecera de la cama—. Debería irme.

Tomó mi mano. —Quédate, por favor —dijo, con dulces y ebrios ojos de cachorro.

—¿Qué pasa contigo y Andrea?

—Ella no se va a quedar aquí conmigo.

—Todavía tengo un novio.

—Qué lástima. Deja a ese tipo, ¿quieres? —Sus ojos comenzaron a cerrarse. Quería desvestirlo y acurrucarme junto a él.

—Te estás quedando dormido —dije.

Abrió los ojos y sacudió la cabeza. —Todavía estoy aquí.

Me incliné para darle un beso en la mejilla. Sujetó mi nuca, sosteniéndome cerca de él. Tomó una respiración profunda. —Hueles bien.

—Tú hueles a whisky. ¿Por qué te emborrachaste esta noche? —Salí de su abrazo y lo miré fijamente. No había humor en su expresión—. ¿Qué? —dije.

—¿Recuerdas cuando tenías ese cabello loco cuando éramos niños?

—¿Cómo podría olvidarlo? Se burlaron de mí constantemente.

—Eres tan bonita, Em. Tu cabello es tan liso ahora. —Lucía confundido.

—Tengo que plancharlo hasta más no poder, muchas gracias.

—Ohhh —dijo con pereza.

—Me gusta que te enfocaste en mi pobre cabello durante todo el libro, pero decidiste darte a ti mismo un pequeño paquete de seis.

—Oye, sí tenía un paquete de seis. De todos modos, es sólo ficción... —Tenía una mirada soñadora en su rostro—. Tiene que serlo... lo juraste por mi vida... Me emborraché porque eres la lectora más lenta en este planeta, y... —Dos segundos más tarde, se desmayó.

Respiré hondo y me senté a su lado en la cama. Para aquellas fanáticas enloquecidas en el bar, él era el enigmático J. Colby. Pero para mí, seguía siendo el mismo Jase. Mientras acariciaba su rostro, se convirtió en un inocente niño de diez años de nuevo, durmiendo tranquilamente. Quedó completamente vestido, pero lo cubrí con el edredón, le di un beso en la frente, y salí de la habitación.

Andrea entró desde el balcón. Se había quitado los zapatos, pero seguía llevando sus pantalones de vestir negros y una escotada blusa de seda blanca. Era atractiva y sofisticada. Parecía que pertenecía con Jase.

—¿Se durmió? —preguntó.

—Sí.

—¿Así que eres ella? ¿La del libro?

Asentí. —Escucha, ¿podemos hablar? —dije.

—Claro. —Se acercó a una mesa con una botella de vino abierta. La sostuvo en alto—. ¿Quieres una copa?

Negué con la cabeza.

Se sirvió una y luego se sentó en el brazo del sofá mientras me encontraba cerca de la puerta. —¿De qué quieres hablar?

Dudé. —¿Le gusta beber mucho?

—No, nunca lo he visto hacer eso. Rara vez toma más de un vaso de vino o dos.

—Bueno...

—¿Por qué? ¿Estás preocupada de que se vuelva...? —Su rostro se suavizó. Me di cuenta, que como agente de Jase, probablemente conocía el libro íntimamente.

—Supongo. Se siente realmente extraño hablarte acerca de esto. Jase me dijo que ustedes dos tienen una... relación. —Hice un gesto con mi mano como si estuviera tratando de buscar la palabra correcta.

—Se acabó. —Sonrió—. Escucha, me encanta la historia. Es por eso que me moría por representarlo y vender este libro. Nuestra relación comenzó por los negocios y seguirá así, pero eso es todo. Es imposible no sonar grosera con esto, así que voy a decirlo. Jase y yo sólo nos usábamos el uno al otro. Eso es todo.

—Pero tienes que tener sentimientos por él. Quiero decir, es increíble.

—Emiline, he estado ahí un par de veces. No tengo ningún interés en estar en una relación con un hombre que está enamorado de otra persona.

—Oh. —La palabra salió de mis labios como un suspiro—. Tengo que regresar a California. Tú y Jase estarán en Nueva Orleans la próxima semana, ¿verdad?

—Correcto. ¿Cuáles son tus planes? —preguntó—. Me refiero a Jase. ¿Qué harás?

Pensé que su línea de preguntas era entrometida, pero básicamente ella sabía cada detalle personal acerca de nosotros.

—No lo sé. Me tomó muchos años encontrar la forma de dejarlo ir.

—Entiendo.

—Ahora lo tengo de vuelta. Creo que sólo quiero mantenerlo a salvo, justo aquí, con un poco de distancia.

—Los dos son muy parecidos. No me sorprende que crecieran juntos. Ambos tienen mucho miedo, pero entiendo lo que estás diciendo. —Sonrió—. Creo que es importante reconocer los riesgos que él ha tomado.

Asentí. —Por supuesto que sí. —Estaba un cien por ciento segura de lo que hablaba. Todavía temía lo que pasaría si Jase y yo finalmente cedíamos a la fuerza que nos atraía; chocaríamos con tanta fuerza que nos romperíamos en un millón de pedazos, imposibles de reparar. Mi plan nos mantendría seguros.

—Me voy a Ohio mañana para una última cosa, así que estaré allí durante al menos una noche antes de volar a California e ir a casa.

—Se lo haré saber. ¿En qué hotel estarás?

—El DoubleTree en New Clayton. ¿Por qué?

—En caso de que el encantador J. Colby quiera enviarte flores por tu ayuda esta noche —dijo, con una sonrisa y un guiño.

—Gracias, Andrea.

—De nada, cariño.

Salí de la habitación y volví a mi hotel bajo el aire fresco de la noche. Cuando llegué a mi habitación, finalmente saqué el libro de mi mochila y me acomodé en la cama.

De Todos los Caminos en Medio

Me sentía destrozada al saber que Jackson había escrito un libro hace muchos años del que nunca supe.

—Señora, ¿está bien? —preguntó la joven que trabajaba detrás del mostrador.

—¿Cuánto... cuánto cuesta este libro? —pregunté, sin aliento.

Quitándolo de mis manos, dijo—: Bueno, vamos a ver. —Abrió la tapa frontal—. Un dólar con veinticinco centavos.

—Está bien, lo quiero.

—Por supuesto, señora. ¿Quiere que lo lleve al frente por usted?

—Sí, pero también necesito escoger unos zapatos. —El libro me dejaría con ocho dólares y setenta y cinco centavos. Encontré un par de zapatillas negras que tenían las suelas antideslizantes que necesitaba para ser camarera. El precio de la etiqueta decía nueve dólares con cincuenta.

—Oh, maldita sea.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó la chica del mostrador.

—Me faltan setenta y cinco centavos.

Ella miró hacia atrás para asegurarse de que nadie miraba, luego se giró hacia mí y se encogió de hombros. —No se preocupe por ello. Voy a cubrirlo. Vamos.

Tomó mis diez dólares y me entregó una bolsa para el libro y los zapatos. —Gracias. Lo aprecio.

—De nada. Disfrute el libro. Creo que mi madre lo leyó. Sí, de hecho, sé que lo hizo. Dijo que era dulce.

—Definitivamente lo voy a leer.

Y eso hice. Lo leí completo mientras me hallaba sentada en la sala de estar vacía de mi apartamento.

Los diez primeros capítulos eran sobre mí y Jax en el camino de tierra, a pesar de que utilizaba diferentes nombres, por supuesto. John y Allie. Ellos atravesaron todas las partes difíciles, tal como nosotros lo hicimos, pero a diferencia de Jax y yo, nunca fueron separados. Vivieron como dos niños enfermos de amor toda su vida. Viajaron por el mundo, tuvieron hijos, y a través de todas sus aventuras, no tuvieron arrepentimientos.

Era un libro corto, y un poco aburrido. Pero lloré cuando lo terminé.

Mirándome en el espejo, estudié mi rostro viejo y las arrugas gastadas como recordatorios de las dificultades que pasé. ¿Era el libro la manera de Jax de vivir el sueño que tenía para nosotros? Sólo un gran: ¿Y si...? ¿Y si la policía no nos hubiera alcanzado? ¿Y si no me hubiera casado con David? ¿Qué habría pasado con nosotros? ¿Habríamos terminado como Johnny y Allie?

Mi vida se hallaba tan llena de arrepentimiento que no sabía si podría seguir.

14

CURVA DE APRENDIZAJE

Traducido por Marie.Ang & Jadasa

Corregido por Victoria.

Di vueltas en la cama toda la noche y finalmente, me quedé dormida a las cuatro de la mañana. No podía sacarme la historia de la cabeza. Quedaba un capítulo. Me preguntaba si Emerson iba a terminar con su vida. ¿Por eso fue que Cara pensó que era tan triste? ¿O era porque Emerson tenía demasiado de lo que arrepentirse? ¿Por qué todos lo llamaban una tragedia? Quería saber, pero también me asustaba seguir leyendo.

Dormí por dos horas y desperté con el tono de llamada de Trevor. —Hola — dije, atontada.

—¿Por qué no me llamaste anoche?

—Lo siento, me distraje. Fui a ver a mi padre y a mi madre.

—Y...

—Es solo que han sido un par de días difíciles, y todavía estoy tratando de resolver las cosas.

—Simplemente mantente en contacto, ¿de acuerdo, Emi? Solo así sé que estás bien.

—De acuerdo, lo haré.

Después de alistarme y empacar, conduje por siete horas hasta New Clayton, en donde Jessie y los Bonner vivían, de otra forma conocidos como Sophia y los Keller.

La casa era exactamente la misma: una Victoriana perfectamente prístina de color amarillo con molduras blancas. La señora Bonner abrió la puerta y despabiló cuando se dio cuenta que era yo. —¡Bueno, hola, Emiline! Ha pasado un largo tiempo. Te ves bien. ¡Entra, entra!

—Gracias, señora. —Algunos hábitos eran difícil de romper—. Solo quería pasar a visitar y ver cómo están todos. Siento no haber mantenido el contacto.

—No te preocupes —dijo mientras la seguía a la cocina—. La puerta siempre está abierta para ti. Incluso si ha pasado una década. ¿Te gustaría algo de té?

—Eso sería genial. También vine para saber de Jessie.

Se dio la vuelta para pasarme un tazón. —Debería estar en casa en cualquier minuto. Acaba de correr a la biblioteca.

Mi rostro rompió en una amplia sonrisa. —¿Cómo le va?

—Ella está excelente. Realmente bien. Va a una universidad cercana.

—Sabía que lo haría —dije mientras me sentaba a la mesa.

—No tenías que alejarte, Emiline. En verdad pensé que eso era lo mejor, ¿sabes? He criado a demasiados niños de acogida, y es tan raro que sean llevados por sus familias.

Asentí. —No es por eso por lo que me mantuve alejada, señora Bonner. Tenía mucho en lo que pensar.

Sonrió. —Escuché de tu tía que conseguiste tu maestría en escritura creativa y ahora enseñas en la universidad.

—Es verdad. —No sabía que mi tía tenía contacto con ella, o que la señora Bonner se preocupaba lo suficiente como para saber de mí. Supongo que solo fui yo la que se cerró al mundo.

—Estamos orgullosos de ti. —No podía decir si era una declaración obligada.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse, y luego un momento después, una Jessie todavía angelical entró a la cocina. —Oh, mi Dios, ¡Emi! —gritó. Me puse de pie y estuvo en mis brazos un instante después.

—¡Estás tan alta! Vaya, mírate. —Medía al menos, un metro con setenta, y era varios centímetros más alta que yo.

Nos abrazamos por mucho tiempo. Sin importar mi corta estancia viviendo ahí, había ganado algo muy precioso: una hermanita.

—Lamento no haber mantenido el contacto —le dije—. Pero eso va a cambiar.

—Emi, oh, mi Dios, tienes que ver mi colección de libros. —Me haló escaleras arriba al dormitorio que solía ser mío en el tercer piso. Una pared entera se encontraba cubierta por estanterías llenas de libros.

—Eso es increíble —dije.

—Lo sé, ¿cierto?

Empezó a contarme sobre todas sus historias favoritas, y habló sobre los personajes como si fueran reales.

—Jessie, esto es maravilloso. Eres una verdadera tragalibros.

Se rio. —Lo sé, mamá siempre me lo dice.

Sentí mi garganta apretarse. Me ponía sensible saber que Jessie hubiera llegado a ese lugar con los Bonner. Sabía que tomé la decisión correcta al rogar que Jessie se quedara.

—Ellos me adoptaron, ¿sabías? Así como, oficialmente. —Hizo una pausa y miró detenidamente mi rostro—. ¿Estás llorando, Emi? ¿Por qué?

—Estoy feliz por ti, supongo. ¿Qué sucedió con los chicos?

—Todavía están aquí. Ya casi fuera de la secundaria. Las cosas cambiaron un montón después de que te fuiste. Mamá se templó y dejó de tomar nuevos niños. Nos adoptó a todos. Creo que se arrepintió de no adoptarte. —Podía darme cuenta que Jessie lo creía genuinamente, aunque yo no pensaba que fuera verdad.

—Mi tiempo aquí fue importante, pero fue bueno para mí estar con mis tías.

Me desplomé en su cama y miré por la ventana. El cuarto se sentía igual, y no mucho había cambiado. Ella se sentó a mi lado y tomó mi mano entre las suyas. —¿Qué le pasó a Jase?

—Jessie, Jessie, Jessie, siempre fuiste tan curiosa. Me gusta eso de ti. —Me mecí con ella, chocando mi hombro contra el suyo juguetonamente—. Estoy con alguien ahora. Un hombre llamado Trevor, pero Jase está bien. —Eso podría haber sido una mentira. Quiero decir, a él le iba bien, pero, ¿realmente podía decir que estaba bien después del número que hizo la noche anterior?

—¿Adivina qué? Tengo un novio ahora. —Su rostro se ruborizó.

—¡Eso es genial, Jessie!

—Mamá no me dejó tener citas en la secundaria, pero ha cedido un montón desde entonces. Quiero decir, estoy en la universidad ahora... como que tiene que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Entonces, dime, Emi, ¿cómo es Trevor? ¡Apuesto que es guapo! Cuéntame de él.

—Es alto, de buen aspecto, muscular... —Hice una cara tonta.

—Sin embargo, ¿cómo es? —Siempre fue muy sabia para su edad.

Luché por describirlo. —Él es lindo... se preocupa.

—¿Es divertido e inteligente como Jase?

—Sí —mentí. Trevor podía ser muy divertido, pero no era listo. Tenía cualidades por las que otras mujeres matarían... pero no yo. ¿Cómo pude haberlo sabido por tanto tiempo y aun así haberme quedado con él?

—Entonces, ¿cuánto tiempo te quedarás en Ohio? —preguntó.

—Sólo hasta mañana, o pasado mañana, y luego regreso a California. Todavía tengo mucho que hacer. —Me puse de pie—. Tengo que partir pronto.

Me abrazó. —Bueno, estoy contenta de que vinieras. Vamos a mantenernos en contacto, Emi.

—Lo haré —dije, y lo decía en serio.



Me registré en una habitación en el DoubleTree en New Clayton. Era una habitación promedio sorprendentemente limpia y hace poco renovada con una cama de dos plazas y una televisión de pantalla plana. Llamé a Trevor.

—¡Hola! —gritó sobre el ruido de una multitud en el fondo.

—¡Hola! —grité en respuesta, con alegría.

—¡El juego empezó, nena!

—Me dijiste que me mantuviera en contacto.

—¿Qué?!

—¡Dije que tú me dijiste que llamara!

—Se corta, ¿puedo llamarte después del juego?

—De acuerdo —dije, y luego colgué.

Le envié un mensaje de texto a Jase.

Yo: ¿Cómo te sientes?

Jase: Como si hubiera sido golpeado por un camión. ¿Tú?

Yo: Estoy bien. Me queda un capítulo de tu libro. Es realmente bueno, Jase. Aunque triste. Acabo de ir a ver a Jessie y los Bonner.

Jase: *Eso es genial.*

Pensé que era una respuesta interesante. Pasaron unos segundos.

Jase: *¿Cómo te sentiste por ello?*

Yo: Aliviada.

Jase: *Estoy feliz por ti.*

Yo: ¿Sabías?

Jase: *¿Qué cosa?*

Yo: ¿Que necesitaba esto?

Jase: *¿No has aprendido nada sobre las intenciones del autor, Señorita Maestra de las Finas Artes?*

Yo: Entonces, ¿fue intencional?

Jase: *Siempre lo es.*

Yo: Pero, ¿cómo sabías que lo leería?

Jase: *Quizás presioné un poco el brazo del destino. ¿Te enojarías?*

No respondí. En vez de eso, llamé a Cara. —Hola.

—Cara...

—¡Hola, Emi! ¿Cómo va el viaje?

—Bien. Tengo una pregunta para ti. ¿Cómo escuchaste sobre el libro de Jase?

—Mmm. Bueno, escuché de él ya que era un éxito en ventas, luego creo que leí una reseña en esa revista de literatura que venía en mi correspondencia. ¿O quizás fue en el correo del trabajo? No puedo recordarlo.

—Recuerdo esa parte. Creo que la revista está en mi mesita de noche, en realidad. ¿Me harías el favor de ir a mirar y ver a quién iba direccionada?

—Espera.

Un momento después regresó. —No puedo encontrar la etiqueta. Definitivamente fue en mi correo, ahora que lo pienso.

—Bien, gracias por revisar. —Sabía que llegaría a mí de esa manera. Hombre, él era paciente.

Colgué con Cara e intenté escribir en mi diario, pero nada venía a mí. Trabajé en mi historia, destacando y haciendo notas.

Sabía que tenía que hablar las cosas con Trevor, así que intenté llamarlo de nuevo, pero no respondió. Me quedé dormida, exhausta, y fui despertada por el sonido de un fuerte golpeteo en la puerta. Aparté las cortinas blackout⁵ y me di cuenta que era el día siguiente. Casi mediodía.

—¡Espere!

Corrí por el cuarto oscuro, encendiendo las luces mientras buscaba mi sudadera. Llevaba mis pantalones de yoga y una camiseta sin sujetador, así que necesitaba algo que ponerme encima. Me vestí rápidamente y con torpeza, y luego abrí la puerta.

—¿Durmiendo de día, Princesa? —dijo Jase, su voz baja y suave.

Parpadeé para enfocararlo. Llevaba vaqueros, unas gafas de sol verde lima de marca Wayfarer, y zapatillas de lona con una camiseta negra. Era la forma en que lo recordaba: Jase antes del traje, Jase antes de ser autor.

A través de un bostezo, dije —: No sé lo que sucedió. Estaba exhausta.

—¿Vas invitarme a entrar? —Movié sus lentes a la cima de su cabeza.

—Entra. —Me crucé de brazos sobre mi pecho sin sujetador y escanéé la habitación en busca de algo que pudiera avergonzarme. Había un sándwich de pavo comido a medias y papas fritas en la pequeña mesa cerca de la televisión. Jase ni lo miró. El cuarto olía a comida agria y mal aliento.

Se desplomó en la cama. —¿Qué has estado haciendo?

—¿Te importaría si me voy a refrescar por un segundo?

—Adelante. —En ese momento, divisó su libro en el suelo junto a mi mochila. Arqueó sus cejas—. ¿Bueno?

Sacudí la cabeza.

—En serio, ¿cuándo te volviste una lectora tan lenta? Lo habrías devorado cuando tenías doce.

—Sí, pero estoy leyendo cada palabra —dije cuando entré al baño—. Saldré enseguida.

Me puse un sujetador, cepillé mis dientes, e intenté ordenar mis grandes rizos en un lindo moño sobre mi cabeza.

⁵ Son cortinas que bloquean la luz del sol.

Cuando salí del baño hacia la cama, Jase apartó cuidadosamente el libro, envolvió los brazos alrededor de mis piernas, y me haló a su regazo.

—¡Jase! —grité.

Nuestros rostros estaban a centímetros de distancia. Él olía como a menta y loción corporal de hombres.

—¿Por qué no te quedaste la otra noche? ¿Por qué me hiciste conducir hasta New Clayton para verte? —preguntó.

—Estabas agotado, tengo un novio, y tenía mi propio cuarto de hotel en Nashville esa noche. Además, no te hice venir aquí. —Rodé los ojos y me pellizcó el culo—. ¡Auch!

—Respóndeme. ¿Por qué no te quedaste? Somos solo amigos, ¿recuerdas? —Mi corazón comenzó a acelerarse—. No me digas que es solo por Taylor.

—Trevor.

—Lo que sea.

—¿Por qué querías que me quedara? —dije—. Básicamente, te desmayaste mientras te sacaba la ropa.

—¡Nunca lo haría! —Abrió los ojos, realmente mucho.

—¡Lo hiciste, es verdad! —dije, acusadoramente.

Sonrió y luego su mano se movió a mi nuca y después a mi hombro y a mi boca, en donde pasó el pulgar por mi labio inferior. Sus ojos se encontraban fijos en mi boca. —Me encantaba besarte. No he olvidado cómo se siente.

Aspiré aire. —Jase...

Se puso de pie abruptamente y me dejó con gentileza en el piso. —Ponte zapatos. Quiero llevarte a un lugar.

—De acuerdo.

Una vez que nos encontrábamos en el estacionamiento, abrió la puerta del copiloto de un Mercedes negro. —Es rentado —respondió a mi pregunta sin articular.

—Ese es *mi* auto rentado. —Señalé el de color de gominolas.

—¿En serio? —frunció el ceño—. Eso no se ve seguro.

—Está bien. ¿Adónde vamos?

—Ya verás.

Condujimos fuera de New Clayton. Después de un rato, me di cuenta que nos dirigíamos hacia Neeble, y me pregunté si me llevaba al camino.

En el centro del pueblo, hizo un giro en la dirección opuesta. Se encontraba en silencio y luego extendió la mano y tomó la mía, para sostenerla sobre la consola entre nosotros.

—Em, ¿recuerdas lo mucho que queríamos ir a la piscina de Neeble?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerdas que prometí que te llevaría?

Me emocioné. —Sí —chillé.

Nos detuvimos en el estacionamiento de la piscina pública de Neeble, la cual habían cerrado desde que me fui. Por un momento me sentí triste, pero me sentía feliz de simplemente ser capaz de ver lo que siempre habíamos soñado.

Jase sacudió una cerradura de la puerta de la valla que rodeaba el lugar, y luego me empujó dentro de la propiedad. No había nada, solo algunos charcos de agua sucia cubierto de hojas. Algunas sillas oxidadas y la caseta en ruinas de los salvavidas, enmarcando el agujero casi vacío.

—¿Ves? Es solo un agujero en el suelo, y ahora ni siquiera tiene agua.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Porque te juré que lo haría.

—Gracias, supongo. —Caminé hacia él para abrazarlo, pero él extendió su mano y me agarró por la nuca y me besó. Fue más dulce que apasionado.

No lo alejé. ¿Cómo podría? —¿Qué intentas demostrarme con todo esto? Vas a llenarme de culpa y meterme en problemas con mi novio.

—Novio, shmoyfriend⁶. Lo descubrirás.

—No más besos, ¿de acuerdo, Jase? —Empuje su pecho.

—Te gustó —bromeó.

Me gustó. Ese era el problema. —¿Podemos ir al camino ahora? —pregunté.

⁶ Boyfriend, shmoyfriend: es una frase que es utilizada por un hombre que siente mayor confianza, que piensa pomposamente que puede ganar el corazón... o más exactamente el cuerpo de una mujer que ya tiene una relación.

Asintió por unos segundos como si no pudiera decirme que no, pero sin estar seguro de si era una buena idea. Me preguntaba si el dolor por la pérdida de su hermano era demasiado para soportar.

—No tenemos que ir al arroyo. Solo quiero ver el camino, ya que estoy aquí.

—Está bien.

Nos detuvimos en El Monte, y observé los miles de postes al pasar, como lo hacía cada día al crecer. En la radio sonaba “Human Qualities” de *Explosions in the Sky* mientras nos dirigíamos hacia la maleza, el polvo, y la puesta de sol en el horizonte. Ninguno de los dos dijo una palabra. La música contaba la triste historia de dos chicos en el camino de tierra sin nada más que sus libros y teniéndose el uno al otro.

A medida que pasábamos junto a la vieja granja, abandonada desde hace tiempo, Jase giró la cabeza, como si no pudiera apartar los ojos de la misma. Su pecho subía y bajaba con el sonido del ritmo a través de los altavoces. Quería decir algo, pero el silencio entre nosotros era poderoso. Agarró mi mano y la sostuvo con fuerza.

Jase se detuvo al final del largo camino de tierra donde solían estar los buzones. No había nada, solo polvo y la arboleda a lo lejos que marcaba el arroyo. —Vamos a caminar —dijo.

Caminando de la mano, pensé en el autobús y en todos los días que pasamos en ese camino. —¿Qué pasó con la conductora del autobús?

—Ni idea —dijo—. Probablemente se retiró. Era una mujer agradable.

—Lo sé. Solía desear que nos adoptara.

Se volvió hacia mí con una gran sonrisa en su rostro. —¡Yo igual! Quería sacar todos los asientos del autobús y vivir en él como si fuera un remolque.

—Hubiera sido increíble.

—Increíblemente extraño. Queríamos que la conductora del autobús nos adoptara para que pudiéramos vivir en el autobús con ella. —Se rio—. ¿Qué tan triste es eso?

También comencé a reírme.

Se acercó a donde, una vez, estuvieron nuestras casas; aunque ahora eran solo un par de placas de hormigón, impregnado de las malas hierbas. Caminamos en silencio durante una hora. Dejé que todos los recuerdos, buenos y malos, danzaran dentro y fuera de mis pensamientos.

Jase se paró sobre el poste de madera. —¡Soy el rey del mundo! —gritó.

Rey de mi mundo, pensé.

—Aún eres un idiota —dije.

—¿Un idiota adorable?

—Eso está por verse.

—¿Quieres ir a ver el arroyo? —preguntó.

—¿Eso no es difícil para ti?

—No fue difícil para mí cuando tenía quince años. ¿Por qué sería difícil para mí ahora? Me encanta allí abajo.

—¿En serio?

—Sí, es hermoso.

—Pero tu hermano...

Agarró mi mano y me llevó hacia allí. —Sí, mi hermano murió allí, pero prefiero pensar en todas las cosas increíbles que hicimos allí, en vez de darle un falso poder al sitio de su muerte.

No había tenido idea de lo bien que Jase asimilaba la muerte de su hermano. Quizás, durante todos esos años, agrandaba las cosas en mi mente a fin de evitar otros problemas.

Nos sentamos en el pequeño muelle de madera, hombro con hombro, balanceando las piernas.

—El agua está baja —dije.

—Está casi congelada —agregó.

—Siento como que se supone que debería decir algo. —No lo miré, pero podía ver por el rabillo del ojo que me miraba directamente.

—No tienes que decir nada. —Negó con la cabeza—. No estaba haciendo esto por mí...

—Entonces, ¿por qué?

—Solo quiero pasar algo de tiempo contigo. Quiero que descubras qué es lo que *tú* quieres —dijo.

—Eso es muy desinteresado de tu parte, Jase, al igual que todos los sacrificios que has hecho. Eres un santo. Pero honestamente, ¿para qué es todo esto? ¿Qué intentas demostrar al traerme aquí, y con el libro?

—Te conozco muy bien. Sé lo que haces ahora mismo. Estás tratando de alejarme.

—No, no estoy haciendo eso —dije.

Soltó mi mano, luego se levantó y caminó por el muelle, dejándome sola. Cuando llegaba al camino, dijo en respuesta—: Todavía no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? —Me levanté y corrí tras él.

Se dio la vuelta. —Todas esas cosas que dije sobre Jax en el libro, ¿realmente pensaste que hablaba sobre mí? Cuando dije, “a pesar de su vida, él se hacía cada vez más y más dulce...” Em, yo estaba hablando de ti. Todas las cosas buenas que eras. Lo cambié porque necesitaba que recordaras. Todavía me siento fascinado por lo buena que eres, Emiline, pero me entristece completamente el hecho de que eres tan terrible contigo misma. No eres solo Emerson, también eres Jackson. Escribí este libro para que así pudieras ver eso, y escribí este libro para mí, para poder sanar.

—Eres bueno, Jase. Siempre lo has sido —me atraganté.

Regresamos en silencio por el camino. Tomó mi mano, me llevó hacia el coche y me abrió la puerta. El sol se puso, y la luna llenaba el cielo. Era una de esas raras noches despejadas cuando la luz de la luna brillaba lo suficiente para alumbrar el camino. Jax y yo regresamos a New Clayton tomados de la mano.

Cuando nos detuvimos en el estacionamiento de mi hotel, me di la vuelta hacia él. —Puedes quedarte conmigo, pero todavía estoy con Trevor...

—Lo sé, y vas a hacer lo correcto —dijo sin rencor.

—¿No esperabas eso? Acabas de decir lo buena que era. Pensé que me conocías muy bien, Jase, MD, psicólogo/autor extraordinario. —Sonrió, y empujó su pecho—. Sí, dije autor extraordinario, no es como si necesitaras aumentar tu ego.

—Me gusta enérgico, Em.

Toda la pesadez de antes parecía desaparecer mientras se bajaba del coche para seguirme y subir las escaleras. —Mira. —Señalé el 7-Eleven en la esquina.

—¿Cena? —dijo, con ojos brillantes.

—Amigo, está abierto.

Corrimos por la calle y saltamos a la tienda. —¿Recuerdas lo que solíamos hacer?

—Sí, tú escogías algo, yo escogía algo, ¿y compartíamos?

—Sí, vamos a escoger cinco cosas cada uno.

Entramos y salimos en cuestión de minutos. No nos fijamos en ninguna otra persona, simplemente corrimos de vuelta al hotel con nuestras bolsas llenas de comida chatarra.

Me senté en la cama y crucé las piernas. Jase se sentó a mi lado. —Tú primero —dije.

—Está bien, ¿estás lista para esto? —Metió su mano y sacó un paquete de color rosa de galletas de chocolate recubiertas de malvaviscos.

—¿En serio? Traje lo mismo. —Saqué la mía y la puse al lado de la de él.

—Copiona.

—No sabía —me quejé.

—Está bien —dijo Jase—. Lo siguiente es un manjar muy especial, una tradición americana. Estos bebés son innegablemente buenos e igualmente repugnantes.

—Espera, ¿puedo adivinar?

—Puedes intentarlo.

—Donas recubiertas de chocolate.

—No, pero también traje de esas. —Saco el paquete de donas recubiertas de chocolate, dejándolo al lado de nuestras galletas recubiertas de malvavisco.

Saqué de mi bolsa las donas recubiertas de chocolate y la acomodé. —¡Ja! Las mentes inteligentes piensan igual. Pero, ¿qué es este manjar del que hablas? ¿Agarraste uno de esos perros calientes del asador?

—No. —Su expresión era seria.

—¿Pepinillos gigantes?

—Vamos, Em, me estás decepcionando. Esto es tan fácil.

—¿Bastoncitos de chocolate?

—Finalmente. Pensé que tardarías una eternidad. —Dejó los bastoncitos de chocolate cerca de nuestras cosas—. ¿Qué trajiste?

—¡Ta-da! —Levanté un paquete de caramelos.

Se quedó mirando fijamente los caramelos. Pensé que iba a llorar, pero en vez de eso, se rio. —Vamos a tener dolor de estómago.

—Solo vamos a probar todo. ¿Qué más tienes?

—Hot Cheetos y M&M, ¿tú?

—Doritos y un bollo de miel —dijo, dejándolo todo sobre la cama—. También vamos a tener un muy buen aliento.

—¿A quién le importa? —dijo mientras abría el paquete de los bastones de chocolate y le daba un mordisco—. No es tan bueno como recuerdo. —Me lo ofreció.

Nos quitamos los zapatos. Me puse los pantalones de pijama de franela y una camiseta mientras Jase encontraba una película que ver. Nos recostamos sobre las almohadas contra la cabecera y procedimos a devorarlo todo.

—¿Donas recubiertas de chocolate?

Tomé una empolvorada de la mano de Jase. —¿Cuál es esta película?

—*My Girl*. ¿Nunca la has visto?

—No. No tengo cable, ¿recuerdas?

—Eso es cierto. —Extendió su mano y limpió el azúcar en polvo del costado de mi boca.

—Gracias.

—De nada.

Para el momento en que Macaulay Culkin fue picado por todas las abejas, me hallaba hiperventilando. Y cuando encontraron el anillo del humor, *eso* fue todo para mí. —Esta es la película más triste que he visto en mi vida entera —grité. Jase se rio—. No es gracioso.

Acaricié mi espalda. —Oh, Em, lo siento. Esta fue, probablemente, una mala elección.

Levanté la mirada hacia él, a su expresión sincera, mientras le daba un enorme mordisco al bollo de miel. —¿Cuándo te cortaste el cabello? —le pregunté con la boca llena de comida.

—Hace mucho tiempo.

—¿Cómo puede ser? — El cabello de Jase le llegaba a los hombros cuando me fui de Ohio, y ahora lo llevaba corto en los lados y largo y desordenado en la parte superior. También tenía barba, y me era difícil no imaginarme frotando mi mejilla contra la de él. Era atractivo sin esforzarse, siempre lo había sido, pero ahora era atractivo sin esforzarse de una forma muy masculina.

—¿Recuerdas que intentaba dejarlo crecer para California?

Me reí. —Sí, como un idiota. —Dejé de masticar cuando me di cuenta de que no sonreía. Tragué—. ¿Qué dije?

—Nada. Es que, después de que te fuiste, me sentí muy deprimido, entonces lo corté. Como que perdí la esperanza en California.

—Oh. —Mi voz era un susurro—. Lo lamento.

—Bueno, no fue tu culpa —dijo.

Extendí la mano y la pasé por su mandíbula. Cerró los ojos. —Jason Dean Colbertson, ¿cómo te hiciste tan bueno?

Hubo un silencio. Mantuvo los ojos cerrados y dijo—: Me hiciste de esta manera, Em.

Debería de haber aceptado el cumplido, pero era una gran declaración. —No creo que eso sea verdad. Yo era un desastre. ¿Sabes lo mucho que necesitaba la terapia?

Mirando fijamente mi boca, pasó el pulgar por mi labio inferior. —Ahora no eres un desastre.

—¿Cómo lidiaste con todo después de que me fui?

—Cómo te dije, escribí el libro. Me ayudó a procesarlo. —Se inclinó ligeramente, nuestros cuerpos a solo centímetros de distancia. Parecía que iba a besarme.

—¿Y todas las mujeres? —dije.

—Sí, estuvo eso. —Sus labios se levantaron en una sonrisa tensa—. No estoy orgulloso de ello. Siempre te buscaba entre las mujeres.

—Soy única en mi clase. —Me reí.

—Y que lo digas. —Hablaban en serio.

—Tengo que enfrentar las cosas con Trevor —dije.

—Lo sé. —Bajó la mirada a sus manos.

—No debería estar contigo, incluso en este momento —dije.

—¿Eso es lo que realmente piensas, Em?

—Por respeto a él. Es una buena persona.

—De acuerdo, está bien. Lo entiendo. —Empezó a moverse, pero lo tiré de vuelta.

—Pero es raro, realmente no siento como que lo estoy traicionando cuando estoy contigo.

—Somos amigos y no hemos hecho nada malo, ¿por qué lo harías?

—Nos besamos —dije.

—Te besé. —Miraba fijamente mi boca.

Me era difícil encontrar las palabras adecuadas. Mis emociones se encontraban descontroladas. —Lo que sucede es... cuando estoy con él... es raro, pero siento que estoy traicionándote a *ti*. —Buscó mi mirada, luego agarró mi mano y la sostuvo—. Me sentía de esa manera, incluso antes de que regresaras a mi vida. Eso fue lo que me hiciste —le dije.

Jase se insertó en el interior de mi corazón, tan profundamente que cuando nos separamos él siguió creciendo allí. No estábamos juntos, pero siempre se encontraba ahí, como una parte de mi alma. Traté desesperadamente de negarlo y olvidar, pero ningún número de sesiones de terapia podía sacarlo de mi sistema. Nos pertenecíamos el uno al otro.

—Dios, quiero besarte en este momento.

—Huelo a Doritos, y te dije que no más besos.

—No me importa —dijo, y luego sus labios se hallaban sobre los míos. Nos besamos y nos besamos, luego se arrojó sobre la cama y se quedó dormido mientras pasaban los créditos de cierre de *My Girl*. Instintivamente, me acurruqué en su costado y me sentí más feliz de lo que me he sentido en más de una década.

15

¿Y NOSOTROS?

Traducido por Ivana
Corregido por Dannygonzal

Por la mañana, oí a Jase arrastrando los pies. Sabía que recogía sus cosas. Pero no me sentía lista para volver a la realidad, así que mantuve los ojos cerrados por un rato. Es fácil mirar desde afuera y decir, *Esto es obvio; ¿Qué está pensando?* Pero de algún modo todavía amaba a Trevor. Los quería a ambos. Quería a Trevor porque no era un recordatorio de nada. Era Emi con él, no me asociaba con pensamientos de dolor o abuso. Sabía que no era justo para ninguno de ellos, pero eso es lo que sentía.

Jase también había estado usando un personaje. Vi destellos del chico vulnerable y dulce que conocí una vez, pero además se hallaba este extravagante autor, un arrogante y brillante don juan. Era tan familiar para mí como yo misma, sin embargo, pasamos más de una década separados, cambiando en formas sutiles. Ahora vi a Jase varias veces, pero no estábamos en el contexto de nuestra vida normal. ¿Dónde vivía? ¿Qué hacía durante un día normal? ¿Qué comía en el desayuno? No conocía ninguno de los detalles básicos de su vida.

Cuando vino hacia mí, cerré los ojos y fingí dormir.

No te vayas. No te vayas.

Se sentó en el borde de la cama y frotó las manos arriba y abajo por mis brazos un par de veces. —Sé que estás despierta, farsante.

Me empecé a reír con los ojos cerrados. —No, estoy profundamente dormida.

—Tu aliento huele muy agradable.

Abrí los ojos, me tapé la boca, y murmuré a través de mis dedos—: ¡Idiota! Muévete para poder ir lavarme los dientes.

—Tengo que irme, Em.

—Todavía no. —Lágrimas brotaron de mis ojos. Sacudí la cabeza mientras sentía un nudo en mi garganta.

—Tengo que alcanzar un vuelo y llegar a mi próximo evento. Emiline, ¿me prometerás algo? ¿Dos cosas, en realidad?

—Está bien —dije, mi voz ronca.

—Lo que sea que decidas, donde quiera que estés, prométeme que terminarás el libro y prométeme que tú y yo no dejaremos pasar mucho tiempo sin vernos de nuevo. —Limpió las lágrimas de mis mejillas.

—Lo prometo. Aún eres mi mejor amigo —dije.

Él sonrió. —¿Lo juras por tú vida?

—Lo juro por *tú* vida —dije.

Nos miramos el uno al otro por unos segundos, nuestros rostros serios. —Tengo algunas cosas que averiguar, pero definitivamente tenemos que vernos más —dije.

—Desnudos, creo —agregó.

Empujé su brazo. —Vete, fuera de aquí, Romeo.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla. —Llámame. Estaré en Nueva Orleans esta noche.

—Está bien.

Mis ojos lo siguieron mientras salía de la habitación. Fui a la ventana y lo vi caminar hasta el estacionamiento. Antes de que subiera en su coche, me miró, besó su mano, y la agitó. Hice lo mismo, y luego se había ido.

Corría alrededor de mi hotel, tratando de juntar mis cosas antes del vuelo de la una de la tarde que reservé ayer, cuando finalmente revisé mi teléfono y vi que Trevor me había llamado tres veces la noche anterior.

—¡Mierda! —Presioné DEVOLVER LLAMADA de inmediato.

Contestó al primer llamado. —¿Qué carajo, Emi?

—Trevor, lo siento, me quedé dormida temprano y... —*Primera mentira.*

—¿Estás con él ahora mismo?

—No.

Tomó una respiración profunda. —¿Cuando llega tú avión?

—A las ocho.

—Iré a recogerte —dijo rotundamente.

—Está bien —dije, y luego colgó.



Llegué al aeropuerto temprano para regresar mi coche. En la librería del aeropuerto, había una exposición de *Todos los Caminos en Medio*. Me quedé mirándolo fijamente hasta que una anciana se acercó a mí y dijo—: Triste libro.

—¿Así que no debería leerlo?

—No a menos que te guste estar deprimida.

—¿De qué se trata? —dije.

—Se trata de dos personas que luchan contra el destino y pierden. Siempre vas a perder cuando te pones en contra del gran hombre. —Frunció los labios.

—¿Eso es lo que piensa?

—Eso lo que creo.

Solía ignorar un poco a las personas mayores. Es terrible, en verdad, pero luego aprendí que pueden ofrecer algunos consejos de vida realmente invaluables si estás dispuesto a escuchar.

—Sí, pero ¿y si esas dos personas no estaban seguras de cuál era su destino, o qué era exactamente lo que debían hacer?

—Oh, lo sabían, confía en mí.

—¿Así que Dios tiene un plan? ¿Y todos sabemos cuál es?

—Dios, Buda, el universo, como quieras llamarlo. Soy una pensadora progresista, señorita. No sé si es tan negro y blanco. En cierto punto creo que es como los imanes. Los ponen lo suficientemente cerca y se juntan, pero les das la vuelta y se repelen entre sí. Cuando sientas el tirón, tienes que ceder a ello. Estos dos... —Se refirió a la cubierta del libro.

—¡No me diga! Por favor, tengo una copia. No lo he terminado todavía.

—De acuerdo, bien, cuando lo hayas terminado, busca la foto del autor. Es guapo, por Dios. —Me dio un pequeño saludo con su mano.

No podía esperar para contarle la historia a Jase.

Cuando llegué al final de la escalera mecánica en el aeropuerto de San Diego, Trevor se encontraba allí esperando por mí. Era difícil no sentirse nerviosa a su alrededor. No dejaba de pensar en que él sabía todo lo que sucedió mientras me hallaba lejos, aunque, por supuesto, no lo hacía. Solía estar molesta de que llevara todo al sentido literal y no hiciera preguntas, pero esto era un caso en el que funcionaba a mi favor.

—¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

Le conté sobre encontrar a mi padre y mi madre, y él asintió a mi lado.

Cuando llegamos a su camioneta, mi nariz comenzó a moquear, así que abrí la consola central para buscar un pañuelo de papel.

—¡No! —La cerró de nuevo.

—¿Qué hay ahí?

—Nada. Mi medicación. —Estaba saliendo del estacionamiento, tratando de concentrarse en la carretera, su mano derecha aun sosteniendo la tapa cerrada.

—Déjame ver. —Moví su mano a un costado cuando dio un giro yforcé la consola para revelar varias botellas de píldoras de prescripción—. ¿Para qué son todas estas, Trevor?

Miraba al frente mientras nos incorporábamos en la interestatal. —Son solo analgésicos y antiinflamatorios. Nada inusual.

Metí la mano y empecé a sacar las botellas, y Trevor sacudió la cabeza. Las dos primeras eran Vicodin e ibuprofeno. Saqué otra que era un relajante muscular, después algún tipo de esteroides, y luego OxyContin. —¿Cuánto de esto estás tomando a la vez?

—Solo lo que prescriben.

—No prescriben todos estos juntos, Trevor. Sé honesto conmigo.

—¡Maldita sea! —Golpeó el volante y se acercó a la cuneta, apagó el motor, y se volteó hacia mí—. ¿Qué demonios quieres saber?

—Quiero saber si eres adicto a toda esta mierda.

—Bueno, me gustaría saber si viste y follaste a ese escritor en Ohio.

Me quedé mirándolo imparcialmente. —Lo vi, pero no tuve sexo con él. Lo besé. Perdí mi virginidad con él cuando teníamos quince años, y tenemos una historia muy complicada. —Me sorprendió no haberle dicho eso a Trevor—. Fue la única persona que tuve cuando crecí. Nos cuidamos mutuamente. Cometí un error al besarlo, y lo siento. Te prometo que no volverá a suceder.

—¿Estás enamorada de él?

—Lo amo, pero te amo a ti también. Estoy tratando de resolverlo todo.

Cerró los ojos y tragó. La camioneta se hallaba en silencio excepto por el sonido de Trevor respirando rápido y profundo por la nariz. —No puedo dejar las píldoras.

Sacudí la cabeza. No podía entender cómo Trevor había sido capaz de mantener todo esto escondido de mí. Me preguntaba si tal vez yo era la que no estaba presente en nuestra relación. Supongo que es difícil estar presente cuando estás ocupada negando lo que eres y excluyendo al mundo. Durante todo este tiempo, él caía cada vez más profundo en su adicción a los medicamentos para el dolor. Explicaba mucho sobre su comportamiento: sus cambios de humor, su aire de indiferencia.

Mientras me encontraba allí sentada en su camioneta, me di cuenta que tenía una salida fácil. La decisión la tomaba yo. Podría dejar a Trevor porque era un adicto a las drogas. Pero cuando miré sus ojos suplicantes, me di cuenta de que me preocupaba demasiado por él. No podía dejarlo así.

—Necesitas ayuda; no puedes hacerlo por ti mismo. Tus padres ayudarán. Sé que lo harán.

—No puedo decirles —dijo.

—Tienes que hacerlo.

Bajó la cabeza a sus manos, así que me acerqué y froté su espalda. —Trevor, eras un atleta increíble, pero eso no es todo lo que eres, y definitivamente no eres un adicto a las drogas. No dejes que esto se convierta en tu identidad, por favor.

Comenzó a llorar. Trevor nunca lloró. Ni una sola vez en toda nuestra relación.

—Déjame conducir —dije—. Llamaremos a tus padres cuando lleguemos a mi apartamento.

Cuando miró a mis ojos, pensé que iba a llorar también. Se veía impotente y perdido. —No me vas a dejar por esto, ¿verdad? ¿No me vas a dejar por él?

—No —Sacudí la cabeza—. No te abandonaré.

En mi apartamento esa noche, Trevor llamó a sus padres y les contó. Lo apoyaron completamente, insistiendo en que pagarían todos los gastos de rehabilitación. Su madre buscó en internet y encontró un lugar al que lo llevaría en una semana. Se quedó por la noche y durmió en mi cama, pero apenas nos dimos un beso de buenas noches.

Pasé los días siguientes ayudando a Trevor a prepararse para irse durante el mes que estaría en rehabilitación. Se hallaba distante, pero creo que era por las drogas y su inminente temor a la lucha por delante de él.

Hablé con Jase cada noche después de salir de la casa de Trevor. Básicamente, solo se reía de todas sus aventuras en la gira promocional y el creciente número de mujeres que trataban de lanzarse a él diariamente. Le dije que Trevor iba a rehabilitación, y en vez de recordarme los paralelismos a su libro, simplemente dijo: Bueno, al menos se está cuidando.

Mi copia de *Todos los Caminos en Medio* estaba en mi tocador y se burlaba de mí todos los días. Me prometí que esperaría a leer hasta que Trevor se marchara, cuando volviera a estar sola para pensar en el libro, mi vida y lo que quería hacer. También sabía que le debía al profesor James diez mil palabras antes de poder aparecerme en el trabajo.

Conduje a Trevor al centro de rehabilitación, que no se encontraba demasiado lejos de mi apartamento, y me quedé con él hasta que estuvo completamente registrado. Cuando llegó el momento de que se fuera, me dio un beso en la mejilla. —Espero que los dos estemos pensando con más claridad para cuando salga —dijo.

—Yo también.

—Te amo, Emi. —Era la primera vez que lo decía mientras me miraba a los ojos.

—También te amo. —Hay muchas maneras de amar. Mi familia de acogida, mis tías, Cara, Trevor, y Jase me lo habían enseñado.

Fui a casa y abrí *Todos los Camino en Medio*.

De Todos los Caminos en Medio

—Emerson, ¿puedes limpiar las mesas una vez más antes de irte?

—Claro —le dije a Cathy, la gerente nocturna del restaurante donde trabajaba. Llevaba un mes trabajando allí en el turno de noche, así que me acostumbré a las horas extrañas. Una cafetería abierta las veinticuatro horas puede atraer a gente interesante en las primeras horas de la mañana, pero no me importaba, era un trabajo.

Salí de la cafetería alrededor de la seis de la mañana, cuando el sol salía más allá del horizonte en el campo de maíz. A veces me quedaba ahí, viendo salir el sol, pensando en Neeble. No había conducido allí desde que regresé a New Clayton. No me atrevía a volver. Pero esa mañana, mientras me hallaba allí en el estacionamiento, me di cuenta de que era mi cumpleaños.

Después de encontrar el libro de Jackson hace un mes, pensé acerca de nuestras aventuras en el antiguo camino de tierra. También pensé en todo el dolor que Jackson sufrió, perdiendo a su hermano y perdiéndome. No había celebrado mi cumpleaños en años, pero esa mañana, mientras entraba a la carretera que se dirigía hacia Neeble, hice un pacto conmigo misma de que enfrentaría mis temores. Y si veía a Cal Junior, lo atropellaría con el coche, a pesar de que ahora probablemente tenía casi ochenta años de edad.

Conduje por El Monte Road mientras el sol se deslizaba más alto en el cielo. Cada vez que pasaba por un marcador de kilómetros, decía el número en voz alta. Justo donde solía estar el viejo rancho de huevos de Carter había una pila de restos de madera al lado de los escombros del esqueleto del gran gallinero. Más allá de eso eran pocas millas de suciedad y malas hierbas hasta que llegué al marcador de ocho kilómetros.

Di un grito ahogado cuando vi que todavía había un buzón allí. Pensé, *¿Quién en su sano juicio querría vivir aquí?* Me dirigí al camino de tierra, que tenía bultos en casi exactamente los mismos lugares que hacía treinta años atrás. Cuando llegué al final y vi que la casa en la que Jax creció todavía se encontraba allí, casi me orino encima. Había dos coches aparcados en frente. Me detuve a un costado, todavía alrededor de noventa metros de la casa. Después de apagar el motor y bajar la ventanilla, me senté y escuché. Podía oír el sonido del arroyo fluyendo, el fuerte zumbido de las cigarras, y nada más.

Cerrando los ojos, pensé en Jax y yo jugando a los exploradores en el campo. Casi podía oír la voz triunfante de un Jax de diez años gritándome alegremente, mientras nos perseguíamos. Miré en el espejo a mis ojos claros enmarcados en líneas gruesas. Me hubiera gustado que fueran líneas de sonrisas, pero solo eran recuerdos de la tristeza que había soportado.

Cuando por fin tuve el valor para salir del coche, entré por primera vez a la vacía, losa derruida donde la casa de mi padre se situaba y después pasé al campo, luego más allá de la línea de árboles, y por el corto dique del arroyo, donde nuestro ahora dilapidado muelle seguía en pie. Pasé la mano por nuestras iniciales. J & E POR SIEMPRE.

En mi camino hacia la carretera, fui sorprendida por dos figuras de pie cerca del antiguo cobertizo. Era una mujer de unos cincuenta años, y detrás de ella, a varios metros de distancia, había una mujer mucho mayor, tal vez en sus ochentas. La más joven de las dos dijo—: ¿Puedo ayudarle, señora? —Llevaba un delantal. Su largo cabello gris se hallaba trenzado en su espalda, y tenía las manos en las caderas.

—Eh, ¿me preguntaba si conocía a un Jackson Fisher? ¿Si tal vez aún vivía aquí?

—Sí —dijo sin emoción.

—¿Es su esposa? —pregunté.

—¿Quién pregunta? —salió de la voz ronca de la anciana, que me escudriñaba.

—Mi nombre es Emerson, y crecí aquí, en la casa que solía estar al lado. —Señalé.

La mujer puso la mano sobre su boca y se quedó sin aliento.

—No soy su esposa. Soy su cuidadora, Alicia —dijo la joven.

La anciana se acercó a mí, se inclinó y me miró directamente a los ojos. —Eres tú.

En ese momento, también la reconocí. —No lo tomes a mal, Leila, pero estoy realmente sorprendida de que hayas vivido tanto tiempo.

—Yo también. —Su voz y su expresión se suavizaron. Se inclinó más cerca.

—¿Por qué Jax necesita una cuidadora? —pregunté.

—Porque está enfermo, querida.

Sentí un profundo dolor punzante en el pecho. —¿Enfermo de qué?

—Cáncer de pulmón —la voz de Alicia vino de atrás.

No quité mis ojos de Leila. —Pero eras tú la fumadora.

—Irónico, ¿verdad? —dijo.

—Debiste haber sido tú. —Usé la línea que había usado en Jax después de que Brian se ahogara. Me sentía tan enojada y triste por Jax que ya podía sentir una parte de mí morir con él, y ni siquiera lo había visto todavía.

Bajó la mirada hacia el suelo. —Tienes razón. Me lo merezco, pero mírame. Soy una anciana llena de remordimientos.

—Yo también —le dije mientras luchaba por contener las lágrimas.

Viajé hasta aquí para ver un lugar que pensé había sido abandonado hace tiempo, pero él todavía se encontraba allí. ¿Qué estuvo esperando? Me pregunté. —Vi su libro. ¿Alguna vez escribió algo más?

—No, solo uno —dijo Leila—. Después de que el libro fracasó, consiguió un trabajo en la fábrica de vidrio y trabajó allí hasta que se enfermó a principios de este año.

—¿Tiene familia?

—Solo yo.

Me emocioné profundamente. Lágrimas corrían por mi cara, y tuve problemas para respirar. Poniéndome mis gafas de sol, dije—: ¿Cuánto tiempo le queda?

Alicia se acercó a mi lado y dijo—: Los médicos dicen que podrían ser meses. Podrían ser semanas. Podría ser cualquier día de estos. Básicamente, no lo saben.

Caí de rodillas, dejé caer mi cabeza en las manos, y lloré. Leila, tan anciana como estaba, se arrodilló a mi lado y me sostuvo. ¿Por qué tenía que estar enfermo? ¿Por qué Jackson no pudo irse y conseguir una hermosa vida para sí mismo? Pensé que lo estaba salvando cuando llamé a la policía esa noche. Pensé que querer a alguien significaba dejarlo ir, pero cuando aprendí que amar a alguien también significaba luchar por ellos, ya era demasiado tarde.

Durante años, fantaseé con que Jackson había llegado a ser rico en la vida, el amor y la familia. Soñé que la vieja casa que se hallaba frente a mis rodillas sería demolida, junto con todo nuestro dolor del pasado, pero no fue así. Todavía se encontraba allí esperando por mí.

—¿Puedo verlo?

16

¿SOBRE LA VIDA?

Traducido por Jeyly Carstairs

Corregido por Laurita PI

Tenía los ojos hinchados, y mi garganta dolía de sentirme al borde de las lágrimas todo el tiempo mientras leía.

Acostada en la cama, pensé en Trevor y cómo al principio de nuestra relación todo era pasión, flores y regalos. A pesar de que no siempre parecía dispuesto a compartir sus sentimientos con palabras, sabía que significaba mucho para él. Cuando lo llamaba, venía. Pensé que, tal vez, después de la rehabilitación, volvería ese hombre maravilloso que era cuando lo conocí.

Pensé en Jase, nuestra historia, y me pregunté si siempre estaría allí, persistente, como una tablilla de madera que cruje en el suelo, para recordarnos lo que soportamos. Le envié un mensaje de texto tarde esa noche.

Yo: ¿Despierto?

Jase: Sí.

Yo: ¿Puedo llamarte?

Dos segundos más tarde, mi teléfono sonó. —Hola —dije.

—Hola.

—Cuando vi a mi padre, me dijo que te dijera gracias y que lo sentía. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Está sobrio ahora, y fue amable.

—¿Cómo eres tan fuerte, Emiline?

—Tal vez me enseñaste. —Suspiré—. Trevor fue registrado en rehabilitación hoy.

—Eso es bueno. Hiciste lo correcto al llevarlo. Estoy seguro de que te lo agradecerá cuando esté limpio. A veces las personas que nos aman nos hacen hacer cosas difíciles porque es lo correcto.

—Ya casi termino con el libro.

—¿Qué lees, como, cinco palabras por hora? —bromeó.

—Lo disfruto, idiota. —Hubo un silencio, y luego le oí tratar de ahogar un bostezo—. Suenas cansado. ¿Andrea se encuentra allí?

—No, tiene su propia habitación, tonta. Es tarde aquí, pero no quiero colgar el teléfono contigo.

—Ve a la cama, Jase. Hablaré contigo pronto.

—De acuerdo. Buenas noches, Em. Oye, ¿sabes a qué me recuerda esto? —dijo.

—¿Cuando me encontraba en cuidado de crianza y solíamos hablar hasta altas horas de la noche?

—Sí, exacto... te extraño.

—También te extraño. Buenas noches, Jase.

No me preguntó si había tomado una decisión sobre Trevor. Cuando pensaba en ello, Jase ni siquiera mencionó algo sobre una relación entre él y yo. Parecía obvio, pero ¿me encontraba realmente preparada para lanzar siete años con Trevor para ver si Jase podría manejar una relación adulta real?

En la mañana, Cara se encontraba sentada en la barra de desayuno, comiendo cereales y leyendo una revista. —No puedo creer que estés en casa —dijo—. No te he visto en mucho tiempo.

—Lo sé. Estaba ayudando a Trevor.

Dejó de comer. —Un poco triste que pasó de ser, más o menos, la superestrella al súper adicto.

—No es una mala persona. Se encuentra un poco perdido, pero no es un perdedor.

Me dio una mirada comprensiva. —Lo sé, Emi. Así que, ¿has pensado en lo que vas a hacer?

—Sí. —Me senté a su lado—. Me siento indecisa.

—Lo resolverás. —Continuó comiendo.

—Eso es lo que me he dicho.

—¿Ya escribiste el artículo para el profesor James? —preguntó con la boca llena de cereal.

—No, pero lo haré. —No le había preguntado nada a Cara sobre su vida últimamente, y me di cuenta que no me comporté como una buena amiga—. ¿Qué hay de nuevo?

Dejó de masticar y tragó. Sus ojos moviéndose alrededor de la habitación. —No me odies, ¿de acuerdo?

—¿Qué? —Mi estómago empezó a girar.

—Tengo un agente, y una de mis historias será publicada en el *New Yorker* el mes siguiente. —Hizo una mueca como si se hubiera comido una uva agria.

—¡Eso es fantástico! Cara, eres muy talentosa. Mereces cada pedacito de ello. —La abrazó.

—Pareces diferente, Em. —Cara nunca me había llamado “Em” antes de leer el libro—. Pareces más confiada o algo así.

—Tal vez me ves diferente ahora que me conoces.

Frunció el ceño. —Pensé que ya te conocía.

—No, ahora en realidad me conoces.

—Ehhh. —Asintió—. ¿Crees que Trevor conoce a la verdadera tú?

—Tal vez, no. Si en verdad lo analizas, Trevor y yo en realidad no nos conocemos el uno al otro en absoluto. —Entré a la cocina y me serví una copa de vino—. Hemos ocultado mucho el uno del otro. Es un buen chico, realmente lo es, pero creo que nunca hemos conocido lo que hace a la otra persona moverse.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Voy a permanecer a su lado. Estoy haciendo lo correcto. Lo resolveremos.

Al día siguiente, traté de visitar a Trevor en rehabilitación, pero me dijeron que no era el día de su familia y amigos y que se encontraba en un periodo crucial de desintoxicación.

Por la tarde, fue capaz de llamarme.

—Hola —dije.

—Hola, ¿cómo estás?

Apenas reconocí su voz. —¿Estás bien, Trevor?

—En realidad, no. Mi hombro está jodidamente matándome. La comida aquí es repugnante, y la gente unos estúpidos.

—Lo siento mucho —dije genuinamente.

—No, no lo sientes. Si lo hubieras sentido me habrías ayudado antes de llamar a mis padres, pero solo querías deshacerte de mí así podrías volver con tu precioso Jase, a pesar de que he estado a tu lado escuchándote lloriquear sobre tu terrible escritura todos estos años.

Sé fuerte, Em.

—Está bien, Trevor, ya es suficiente. —Sabía que se encontraba enfermo y era irracional.

—No puedo creer que haya perdido todos estos años contigo. —Se volvía progresivamente más agresivo. Crecer alrededor de mi padre me enseñó cómo reaccionar a los adictos, pero las palabras aún me lastimaban, aunque no lo demostraba.

—Te amo y me amas.

—No, Emi, te equivocas. No siento nada.

Colgué y me recordé una vez más que eran las drogas las que hablaban.

Mi segunda conversación con él no fue mucho mejor. Pero la tercera vez que hablamos, casi diez días después de que comenzó la rehabilitación, su tono había cambiado. Parecía cansado, pero podía decir que se recuperaba.

—¿Hola? —dije.

—Hola. —Su voz era baja, suave y distante.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Cansado. He tenido dificultades para dormir, y mi brazo me duele bastante. —Tomó una profunda respiración—. Van a traer un especialista en terapia física para tratar de ayudarme a manejarlo sin drogas.

—Oh, Trevor, estoy muy contenta de escuchar eso. Solo quiero que te sientas fuerte de nuevo.

—Gracias, Emi. ¿Puedo llamarte en un par de días cuando tenga más energía?

—Por supuesto. Te amo.

—También te amo.

Para el final de la tercera semana de Trevor en rehabilitación, había escrito veinte mil palabras, básicamente la crónica de mi descubrimiento de *Todos los Caminos en Medio*, y cómo encontré a Jase en la librería. Las había convertido en diez mil palabras para el profesor James a principios de mes, y por fin, me encontraba caminando a su oficina para reunirme con él.

—Hola, señor.

Sonrió. —Bueno, bueno, bueno, si es nuestra residente autora de memorias.

Tragué. —Eso no es lo que planeé.

—Toma asiento.

—Nunca lo imaginé como un libro de memorias —dije mientras me sentaba.

—No tienes que esconderte detrás de algo, Emiline. Lo tienes todo aquí. ¿Te sientes cómoda con el trabajo?

—Sí. Gracias de nuevo por dejarme tomar ese tiempo libre. Realmente lo necesitaba.

Se echó hacia atrás en su silla de cuero y se rascó la barba. —Termina esto. Una vez estés lista, puedo ayudarte a hacer los contactos que necesitas para hacer esta publicación.

—Gracias, profesor. ¿De verdad piensa que es digno?

Respondió lentamente—: Eso aún está por verse. Por ahora, simplemente térmalo.

—No puedo agradecerle lo suficiente. —Me puse de pie y tomé las páginas.

No me encontraba escribiendo un verdadero libro de memorias; era más como una novela en clave sobre una chica que descubre un libro de una mujer que descubre un libro sobre lo que podría haber sido, lo que sonaba condenadamente confuso, pero no lo era. La trampa era que yo *era* ella. Era todas esas personas. Con todas esas posibilidades; tenía que decidir cómo terminaría mi historia.

En la cuarta semana de rehabilitación, por fin fui a visitar a Trevor en persona. Era hora. Conduje hacia New Beginnings Facility por la playa y esperé a ser registrada. Había un largo pasillo que conducía a la piscina y el patio, que se encontraban ubicados en lo alto de los acantilados con vista a La Jolla.

Una de las recepcionistas me dijo que siguiera adelante y me dirigiera a la piscina, donde Trevor me esperaría, pero tan pronto como me di la vuelta, lo vi caminando en mi dirección. Se veía tan diferente. Se encontraba más delgado pero se veía fuerte, y su cabello era más corto. Pero la mejor parte era que él sonreía con su cálida y orgullosa sonrisa Trevor. Corrí hacia él. Extendió sus brazos y me atrapó. Tenía dudas sobre su brazo de lanzar, pero me sujetó tan fuerte contra su cuerpo que en realidad lloriqueé.

—Oh mierda, te he extrañado —dijo.

Di un paso atrás y lo observé. —Déjame verte. Dios, te ves asombroso, Trevor.

—Gracias. Me siento mucho mejor. Vamos a pasar el rato en la piscina. Oye, ¿quieres quedarte a ver mi sesión de terapia hoy? Es genial. Estoy usando mi brazo mucho más.

—Sí, me encantaría.

Me llevó afuera. Nos sentamos en sillas reclinables y hablamos de su recuperación y de lo bien que lo llevaba. Dijo que habló con su antiguo entrenador Cal sobre un puesto de asistente de entrenador para la próxima temporada, y que parecía prometedor. Vimos el océano, y después de un tiempo, mi mente volvió a Jase. A mi izquierda, había una pareja de pie en un kiosco besándose. Me di cuenta que aún Trevor y yo no nos habíamos besado.

Lo miré. Sonreía y daba golpecitos con su pie al ritmo de la música jazz suave que sonaba desde los altavoces al aire libre. —¿Y tú, Emi? ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Empecé a escribir de nuevo.

—Oh. —Su expresión se tornó sombría—. Sobre lo que dije por teléfono, no era mi intención en absoluto. Espero que sepas que creo que eres una gran escritora.

—No tienes que pedir disculpas.

—En realidad, tengo que hacerlo... es parte del acuerdo aquí. —Tomó mi mano y me miró a los ojos—. Lo siento.

Sonreí. —Te perdono. —Y lo hice.

—Gracias. Significa mucho para mí. —Se echó hacia atrás—. Entonces, ¿has hablado con Jase?

—Lo hago. Somos amigos. Compartimos un extraño pasado, y es algo que nos ha conectado todos estos años, pero te hice una promesa. Y te amo.

Asintió y luego bajó la mirada a sus pies y frunció el ceño. —¿Tienes hora? —dijo en voz baja.

Miré mi teléfono. —Son las tres.

—Está bien, vamos al gimnasio para mi terapia. —No dijimos mucho mientras lo seguía por unos pasillos largos. Entramos en una habitación grande con pesas, almohadillas y varias personas hablando animadamente, haciendo sus entrenamientos. Una mujer alta de unos treinta años, con cabello largo y rubio trenzado, comenzó a caminar hacia nosotros. Rebotaba un poco mientras caminaba, y me di cuenta que su cuerpo se encontraba en forma, incluso en sus pantalones color caqui mal ajustados y una camiseta polo regular. La mire y pensé: *Ella es un tipo de persona de "vaso medio lleno"*. Lo sabía antes de que abriera la boca.

—Emiline, un gusto conocerte. Soy Melissa. —Extendió su mano—. Trevor habla muy bien de ti—. Nos dimos la mano.

Sonriendo, dije—: También es un gusto conocerte. —Lo que en verdad quería decir era: *Trevor nunca te mencionó*, pero era tan agradable que no podía ser grosera.

Miré a Trevor y me di cuenta que no había quitado los ojos de Melissa. No se la comía con los ojos o miraba sus pechos; podía decir que ella simplemente tenía su atención.

—Vamos, vamos a empezar por aquí —dijo ella.

Trevor levantó pesas, hizo movilidad y ejercicios de rango de movimiento con ella. Sus manos se posaban sobre él un montón durante toda la sesión. Él parecía muy orgullo de sí mismo y feliz.

—Puedes llegar a veinte, Trev —dijo mientras él levantaba una pequeña mancuerna por encima de la cabeza. Cuando alcanzo las veinte, ella gritó—: ¡Ves, te lo dije! —Aplaudí, pero ella parecía genuinamente feliz por él. Habían logrado algo juntos. Me di cuenta que no llevaba anillo de matrimonio, o un anillo cursi de compromiso.

Después de la sesión, chocaron los cinco entre sí, y pensé que parecía el comienzo de una bonita amistad.

De regreso afuera, cerca de la piscina, dije—: ¿Te gusta? ¿Melissa?

—Sí, es genial. No sería capaz de salir de esto sin ella.

—Eso no es realmente lo que quiero decir.

Tragó, y su sonrisa se desvaneció. —¿Qué quieres decir? No la he tocado, si a eso te refieres. No lo haría, tengo la certeza que es un comportamiento altamente inaceptable para un terapeuta iniciar un romance con sus pacientes en rehabilitación.

—Tampoco quiero insinuar eso. Solo me pregunto... si no fuera tu terapeuta física y no te encontraras en recuperación, podrías...

—Hay una chispa, pero eso es todo.

Me puse de pie. —¿Puedo abrazarte, Trevor? —Se puso de pie al instante y me tomó en sus brazos. Sabía lo que venía, y sabía que iba a doler muchísimo, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué pasa, Emi?

Sollocé. —Cuando te encuentres fuera de aquí en una semana, no estés en recuperación y no seas su paciente, deberías averiguar sobre la chispa.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor. —¿De qué hablas?

—Trevor, te amo. Quiero estar en tu vida. Quiero verte. —Salí de su abrazo y miré a sus ojos simpáticos—. Pero sabes que cuando piensas en una esposa no piensas en mí. —Bajo la mirada hacia sus zapatos—. Está bien —dije—. Esto podría ser lo mejor para nosotros, después de que deje de ser lo peor.

Dando un paso adelante, se acercó y me tomó en sus brazos de nuevo y luego enterró su rostro en mi cuello. —Sé que tienes razón. Leí el libro, sabes. Durante tu ausencia. En realidad, nunca he estado celoso de él. Simplemente no quiero verte sufrir más. Me preocupo por ti.

—Pero sabes que no somos el uno para el otro, ¿verdad?

Asintió. —Lo sé.

—¿Seremos amigos?

—Eres mi amiga. Ya. Me trajiste aquí, me salvaste y también te quiero en mi vida.

Tomó mi mano mientras me acompañaba al frente. Cerca de la puerta, se inclinó, besó mi mejilla y susurró—: Gracias.

—No te des por vencido, número diecisiete. —Lo golpeé en el pecho.

—Adiós, Emi.

Mientras caminaba a mi auto, le dije adiós a Emi, la chica que fue de mala gana a fiestas de fraternidad y partidos de fútbol; la chica que pretendía que siempre todo estaba bien mientras sin entusiasmo se introducía a las clases de enseñanza de literatura; la chica sin pasado, la chica que no era real y no existía.

Una vez llegué a mi apartamento, me senté y comencé a escribir.

17

CÓMO NOS VEMOS A NOSOTROS MISMOS

Traducido por Vane Farrow

Corregido por Daliann

Durante el siguiente mes, no hice otra más cosa que trabajar, escribir y enviar actualizaciones al profesor James, Cara, y Jase.

Una mañana, después de haber terminado el primer borrador completo, recibí un correo electrónico de Andrea. Me dijo que el profesor James se puso en contacto con ella acerca de mi libro, y que quería hablar. Aceleré todo el camino a la escuela y corrí por los pasillos a la oficina del profesor, donde Cara charlaba con él con entusiasmo.

—Hola, chica —dijo—. ¿Buscándome?

No la miré. —Profesor —dije, sin aliento.

Antes de que pudiera decir nada, dijo—: Sabía que ella era la agente de J. Colby y que probablemente le daría un vistazo si la dejarías. Eres una escritora mejor hoy de lo que eras hace cinco años, y eso significa que mi trabajo aquí está hecho. —Se levantó.

—Espera —dije.

—Realmente no hay nada que decir. Cara se encuentra bien en su camino fuera, y tú... Tienes un libro en sus inicios, pero un libro, no obstante. Salgan fuera y escriban, queridas. Tienen todo el verano por delante. Si deseas permanecer aquí, Emiline, con mucho gusto te mantendré en el personal, pero tengo la sensación de que no sucederá.

—¡Gracias, muchas gracias!

—Vayan, ambas, salgan de aquí. —Se rió, una risa ronca y cálida de su vientre.

Cara entrelazó su brazo en el mío ya que nos dirigimos hacia el aparcamiento. —Ves te lo dije.

—Gracias por aguantar mis cosas este año, Cara. Has sido una buena amiga.

Dejó de caminar. —¿Qué piensas acerca de mudarte a Nueva York conmigo? Vamos a hacerlo, Em. Vamos a vivir por completo la vida y ser escritoras.

Me reí. —Suenan increíbles. Pero te estás mudando con Henry, ¿no?

Sacudió su cabeza. —Estaré con Henry, pero no vamos a vivir juntos de forma inmediata. Está ocupado volviéndose un cirujano, y necesitareé algún tiempo para establecerme allí. ¿Qué dices? ¿Compañeras de piso?

—Definitivamente voy a pensar en ello. —Sonaba atractivo, la libertad para, finalmente, ser capaz de ser yo.

Y pensé en eso. Pensé en ello hasta que no hubo otra respuesta.

Me iba.

18

TODO ALREDEDOR DE TI

Traducido por florbarbero

Corregido por Daliann

Por primera vez en Julio, Cara y yo fuimos orgullosas inquilinas de un pequeño apartamento de dos dormitorios en East Village, Nueva York. Pasamos las próximas semanas desembalando, estableciéndonos, y explorando juntas la ciudad.

Curiosamente, ella y Henry terminaron casi inmediatamente. Descubrió, rápidamente, que su relación funcionaba mejor a larga distancia, y que Henry no tenía tiempo para una novia. Para ser justos, ella no tenía tiempo para un novio tampoco. Su agente estaba montando una colección de historias cortas, y ella pasaba tanto tiempo escribiendo como Henry salvando vidas humanas.

Un fin de semana, mientras desempacábamos, señaló una pila de cajas que había arrojado a un lado. —¿Quieres que las tire al contenedor de basura? Creo que esta es la última.

—Sí, pero ¿te asegurarás que todas estén vacías?

—Ésta aún tiene libros. —Sacó una pila de tres libros de la última caja—. Es el libro de Jase. —Miró el marcador metido en el final—. ¿Nunca lo terminaste?

—Aún no. He estado tan concentrada en mi propio libro. Aquí, dámelo. —Lo llevé a mi dormitorio y la puse sobre mi mesa de noche.

Un poco más tarde, Cara volvió a subir, pero no estaba sola. Venía con un sujeto de barba y pantalones vaqueros que llevaba tirantes, y ambos llevaban tazas. —Em, este es nuestro vecino, Kai. —Se puso de pie detrás de él y movió las cejas—. Me ofreció una taza de café, y es el café de mejor sabor que he probado en toda mi vida.

Me levanté y me acerqué a darle la mano. —Soy Emiline. Encantada de conocerte.

—Igual —dijo.

—Entonces, ¿cuál es tu secreto? —Señalé a su taza.

—Oh, ¿el café? Sí, siempre lo caliento a setenta y tres grados, y siempre utilizo agua filtrada. —Cara había encontrado un hípster, y brillaba. Lo miraba como si fuera una especie de café celestial siendo enviado desde el cielo.

—Bueno, voy a tener que tratar ese pequeño truco —dije—. ¿Así que vives justo al lado?

—Sí —dijo Kai—. Sólo hace poco. Soy un artista gráfico y trabajo desde casa, por lo que si alguna vez necesitan algo, hágamelo saber.

—Genial. —Sonreí.

—¿Qué hacen para divertirse por aquí? —preguntó Cara.

—Bueno, esta noche voy a Brooklyn a la Dropzone para ver tocar a la banda de mi amigo.

—Cara, deberías ir —le dije—. Todavía tengo un montón de cosas que hacer aquí.



Esa noche, cuando Cara llegó a casa, me contó que Kai le presentó un dúo musical de marido y mujer, que también era propietario de la cafetería de la esquina. Cara hacía amigos rápido, siempre lo hizo, y se encontraba emocionada por Nueva York. La veía encajar y vivir aquí para siempre. Yo, por el contrario, me sentía más sola y aislada cada minuto.

Durante las próximas semanas, Cara y Kai se hicieron inseparables, y me deprimí más. Cara dijo que se supone los escritores son un poco deprimidos, pero no lo creía. Cuando estaba triste, no podía escribir.

Hablaba con Jase cada pocos días. Cuando le dije cómo me sentía, me dijo que era porque todavía estaba luchando. Sabía lo que quería decir, pero no lo dejé presionar. La mujer mayor en el aeropuerto, y sus palabras sobre luchar contra el destino, siempre estaban en la parte posterior de mi cabeza.

Fue después de una pesadilla extraña que tuve, donde miraba el espejo examinando mi cara vieja y arrugada que me di cuenta de que era hora de terminar el libro. Podía sentirme llorando en el sueño, pero el viejo rostro no se

movía. Tenía tanto miedo, me encontraba paralizada por el miedo, paralizada en un momento del tiempo, mientras que el resto del mundo se movía.

No siempre podemos controlar nuestras circunstancias, quienes son nuestros padres, donde vivimos, o la cantidad de dinero que ganamos, pero en esos raros momentos en que podemos dar forma a nuestro destino, cuando tenemos el poder de hacer nuestra propia felicidad, no podemos tener demasiado miedo de hacerlo.

De Todos los Caminos en Medio

Alicia me llevó a la casa de Jax, a la sala de estar. La vieja alfombra había sido reemplazada por un piso de madera laminada, y había una cama de hospital frente al televisor. No pude verlo al principio, pero pude oír una máquina de oxígeno y el sonido de la respiración dificultosa de un hombre.

Leila se alejó por el pasillo hasta su dormitorio, y Alicia hizo un gesto para que fuera con él. —Espera —dije en voz baja—. ¿Puedo usar el baño?

—Claro. —Señaló hacia el pasillo.

Fui al cuarto de baño. Fue remodelado en los últimos años, pero la configuración era la misma. Pensé en la última vez que estuve allí. Tenía quince años y Jax sólo me había contado lo que había hecho Cal Junior. Jax me encontró llorando en la ducha. Me abrazó, y él se encargó de mí, a pesar de que era él quien pasó por algo horrible.

En el espejo, un rostro que apenas reconocía más me devolvió la mirada. Cavé alrededor en mi bolso buscando un brillo de labios. Me apliqué una capa fina y luego peiné mi pelo con los dedos, tratando desesperadamente de domesticarlo. No sabía qué esperar, pero incluso con treinta y cinco años más, quería parecer agradable para él.

Caminé lentamente por el pasillo. Me asomé a la antigua habitación de Brian, que Alicia ocupaba ahora. Se encontraba sentada en un escritorio, frente a mí en la puerta. —Sigue, ve a verlo —dijo.

Haciendo mi camino a la sala, me di cuenta que el televisor estaba encendido, pero sin sonido. Fui a un lado de la cama. Tenía los ojos cerrados, y llevaba una máscara de oxígeno.

Miré su apariencia. Todavía tenía la cabeza llena de cabello, pero completamente gris. Lucía delgado y enfermizo, pero pude ver a mi Jax en su rostro. De pie junto a su cama tomé su mano en la mía.

Abrió los ojos, me miró y luego sonrió. Como si no hubiese pasado el tiempo, me sonrió con un perfecto reconocimiento y reverencia, en la forma en que siempre lo había hecho. Con la otra mano se sacó la máscara de oxígeno de la cara y dijo—: Te tomó tiempo suficiente.

Empecé a llorar y reír al mismo tiempo. —Oh, Jax. —Me tomó la cara y la besó en la mejilla—. Mi Jax —lloré—. ¿Por qué? ¿Por qué pasó esto?

—Por favor, no llores, Em. —Nadie me había llamado así en más de treinta años. Empezó a toser.

—No hables. Aquí —dije mientras le ponía la máscara de oxígeno de nuevo en su rostro.

Tomé mi bolso y saqué su libro que encontré en la tienda de segunda mano. —Sólo acabo de encontrar esto recientemente —dije—. No fuimos nosotros; no era nuestra historia.

Sacó lentamente la máscara de nuevo. Sus ojos eran tristes. —Podría haber sido. Yo quería que fuera.

—Lo siento mucho.

—Por favor, dime que tuviste una buena vida, Em.

—Tuve una buena vida —mentí. Tenía que darle eso, porque se lo merecía. Si le decía que fue horrible, todo lo que hicimos habría sido en vano.

—Mi hermosa chica ha llegado de nuevo a mí, por fin.

—Pero ya es demasiado tarde. —Las lágrimas se encontraban de manera constante en nuestras caras.

—Ayúdame a sentarme —dijo—. Tengo algo para ti. ¿Vas a llamar a Alicia?

Alicia se encontraba allí en cuanto me di la vuelta. —La caja, Alicia —dijo Jax—. La pequeña caja roja en mi escritorio.

Cuando Alicia regresó, le entregó la caja. —¿Qué es eso, Jax? —dije.

—¿Qué opinas? —Se rió luego tosió.

—Tranquilo —le advertí. Alicia salió de la habitación.

—No, escucha. No sé cuánto tiempo tengo. Dijiste que éramos demasiado jóvenes, ¿recuerdas? Dijiste que teníamos que estar separados. Era mejor para nosotros. Nunca escribí otro libro porque te necesitaba. Necesitaba a mi amiga. Ahora estamos aquí, y no somos demasiado jóvenes. Quiero escribir otro libro, pero te necesito conmigo. Necesito que me ayudes. —Abrió la caja del anillo para revelar una banda de oro.

—Oh, Jax, sólo he caminado a través de tu puerta.

—Jesús, Emerson. ¿Me has oído? No sé cuánto tiempo me queda. —Se rió y volvió a toser—. ¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar? —Tomó aire de la máscara—. Cásate conmigo, maldición. Pasa conmigo el resto de mi corta vida. Haz lo que quieras después de eso, pero quédate aquí y cástate conmigo. Nos sentaremos fuera y escucharemos al arroyo e inventaremos historias como siempre hacíamos.

Todavía estaba él, mi viejo amigo, mi protector, el amor de mi vida. Tan enfermo como lucía, todavía era afilado como un látigo. —Me casaré

contigo, Jackson Fisher. —Apreté los labios a los suyos—. Voy a cuidarte ahora. Siento haber esperado tanto tiempo —susurré.



Hicimos exactamente lo que nos prometimos. Viajé de nuevo por el largo camino de tierra. Un pastor de una iglesia local llegó a la casa y nos casó, con Alicia y Leila como nuestros testigos. Cada día movería a Jax hacia el porche de atrás y escucharíamos a las cigarras zumbando por encima del sonido del arroyo a la distancia. Inventaríamos historias y yo las escribiría. Planté un jardín y convertí la caseta en una pequeña cabaña de escritura mientras Jax me observaba desde su porche. Todavía tenía sentido del humor y me dijo que era más interesante de mirar que el televisor. Dije que significaba mucho viniendo de él.

Los médicos dijeron que estaba más allá del tratamiento y que sólo teníamos que hacerlo sentir lo más cómoda posible.

Observábamos juntos cada puesta de sol hasta que se fue. Cinco semanas después de la primera vez que fui a verlo, murió en mis brazos.

No sé mucho sobre el destino, pero sé que algo me hizo volver allí. Tal vez luché durante demasiado tiempo, o tal vez, todo fue exactamente en la forma que se suponía.

Las últimas palabras que salieron de la boca de Jackson Fisher mientras lo sostenía fueron—: Había una vez un chico y una chica...

Fin.

Para mi Em. No esperes tanto tiempo. Ven, déjame amarte.

19

HASTA QUE SABES QUE ES CORRECTO

Traducido por Vane Farrow

Corregido por Miry GPE

Cara se hallaba de pie en mi puerta. — ¿Estás bien? Te ves pálida.

"Pálida" era un eufemismo. Hiperventilaba. — Acabo de terminar el libro.

— Ohhh. — Sonrió.

— Así que. Tengo que empacar mis cosas. Tengo que irme. — Me levanté y empecé a correr alrededor de la habitación, tirando todas mis cosas en bolsas.

— Más espacio, Em.

— No, no voy a perder un minuto más. — Tiraba frenéticamente porquerías en la basura y quitaba la ropa de las perchas en el armario—. Pagaré el alquiler hasta que encuentres un compañero de cuarto.

— En realidad. — La voz de un hombre vino de la sala. Kai asomó la cabeza en la habitación y miró a Cara—. ¿Qué opinas? — le dijo a ella—. ¿Quieres vivir conmigo, Cara?

— ¿En serio? — gritó. Corrió y saltó a sus brazos—. ¿Vas a mudarte conmigo?

Él la hizo girar. — Este apartamento es mucho mejor, y, ¿por qué esperar?

Los señalé. — Exactamente — dije triunfalmente—. ¿Por qué esperar si saben que es correcto?

Se rieron mientras me veían bailar alrededor del apartamento. — Voy a escribir una historia de amor feliz — canté—. Acerca de una chica y un chico. ¡Pero primero tengo que encontrar al chico!

Me paré en la puerta con una maleta gigante y dije adiós a mi muy breve pero reveladora experiencia de Nueva York. Cara y Kai me abrazaron y prometieron que enviarían todas mis cosas a Los Ángeles tan pronto como tuviera una dirección.

En el aeropuerto, pagué demasiado dinero para un vuelo directo, pero no me importaba. En el avión, tuve una sonrisa en mi cara hasta que empezamos a rodar hacia la pista. Fue entonces cuando me di cuenta que me sentía aterrada. El hombre a mi lado me preguntó si estaba bien, agarré el reposabrazos durante el despegue.

—Sí. Es extraño, nunca he tenido miedo a volar antes.

Parecía que era un viajero con experiencia, posiblemente por negocios. — ¿De qué tienes miedo?

—Bueno, de estrellarnos, obviamente.

Se rio y se llevó un dedo a la boca. —No quieres decir esa palabra demasiado fuerte por aquí. Me refiero, ¿qué ha cambiado? ¿Porque tienes miedo ahora?

—No tengo idea.

Pedí una copa y me puse los auriculares. Cuando mi Bloody Mary vino, lo bebí, me relajé un poco y luego cerré los ojos. En todo lo que podía pensar era en Jase, estar en sus brazos, riendo con él, hablar de libros. Era todo lo que podía pensar.

Me quité los auriculares. —¡Ya sé! —dije en voz alta.

El hombre a mi lado pareció sorprendido al principio, y luego sonrió. — Vamos a oírlo.

—Estoy enamorada, como del tipo real. Es sólo que no quiero perder un segundo de ello, es por eso que estoy tan asustada. Me temo que no lograré decirle cómo me siento y... y... Estoy muy entusiasmada con mi vida. Es por eso.

Asintió. —Tiene sentido. Lo más probable es que ya sepa que lo amas, pero siempre es bueno decirlo.

Saqué el libro de Jase de mi bolso. —Escribió un libro para mí, y luego me alejé. Él puede no saber.

Tomó el libro de mis manos y se quedó mirándolo. —Esto es impresionante. Vi esto en la librería. ¿Entonces, se trata de ti?

—No, no, es *para* mí.

—Ah, ya veo. Escribió un libro para ti y te fuiste. —Se rio—. Debo admitir que habría sido un golpe al ego.

Ondeeé la mano en el aire. —Oh, su ego está bien. Pero necesito decirle que estoy lista ahora y no quiero pasar un minuto más huyendo.

—Es un gran honor tener un libro dedicado a ti, ¿no es así?

Me reí. —Escribió el libro para ayudarme a sanar.

—Bueno.

Empezaba a pensar que este chico creía que era una acosadora de autor o algo así.

—De todos modos, estoy emocionada de volver a él. Ha sido paciente conmigo.

—Bueno, ya sabes que dicen: si amas algo, déjalo ir.

Negué con la cabeza. —No, no lo creo. Jase luchó por mí. No con los puños, sino con esto... sus palabras. —Levanté el libro—. No me dejó ir. Nunca me dejó ir. Sólo me dio la cantidad justa de espacio, y ahora es el momento para que lo encuentre.

Sonrió amablemente mientras asentía. —Suena como un buen tipo.

El avión cayó. —¡Ahhh! —grité. Las luces de los cinturones de seguridad se encendieron y los asistentes de vuelo se apresuraron a sus asientos.

El hombre me agarró la mano. —Es la turbulencia —dijo.

—Esta es turbulencia mala, mala. —El avión comenzó a clavar —. Oh, ¡Dios mío, vamos hacia abajo! —Mi asiento temblaba y mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en mis oídos.

—Shhh, detén eso. Vas a asustar demasiado a estas personas. Esto es normal. Los pilotos están tratando de encontrar un mejor espacio aéreo.

Puso su brazo alrededor de mí. Miré su pelo gris bien peinado, la cara bien afeitada y cristalinos ojos azules. Supuse que era de unos cincuenta años, pero se cuidaba muy bien. —Gracias —le susurré.

—Está bien. Tengo una hija de tu edad. A ella no le gusta volar. —El avión se niveló.

—Caray, es como si finalmente entendiera las cosas y lo siguiente que sé es que soy disparada hacia la tierra en una bola de fuego.

—Mi hija también es muy dramática —dijo.

Me reí. Los nervios se estaban asentando. —¿Es escritora?

—No, pintora.

Al mismo tiempo, los dos dijimos —: Artista.



Más tarde, mientras salíamos al túnel de embarque, el hombre dijo adiós con la mano y luego se volvió y dijo —: Espero que sea todo lo que quieres que sea.

—¿Qué? —pregunté.

—El resto de tu vida.

Me pareció que era un sentimiento agradable, pero no podía dejar de decir —: Bueno, no vamos a saber realmente hasta el final, ¿verdad?

—*Touché* —dijo.

Mientras esperaba en la línea de coche de alquiler, le envié un mensaje a Jase por su dirección y me lo envió. Le dije que esperara una entrega en unos treinta minutos.

Alquilé un coche compacto, y para mi placer absoluto, el tipo de Avis sacó un jelly bean de color rojo brillante, sólo para mí.

La casa de playa de Jase era una pequeña casa en el fin del mundo, justo en el borde, donde puedes ver solamente el océano y la gran nada de cielos vacíos. Corrí hacia la puerta delantera justo cuando él la abrió.

—Jesús, joder, te tomó mucho tiempo —dijo.

—Estoy aquí.

—Hombre, lees lentamente. Tenemos que trabajar en eso.

Allí mismo, en la puerta, nos besamos y nos besamos y nos besamos hasta que me separé, saqué su estúpido libro de mi bolso, y le dije —: ¡No se trata de nosotros!

—Sin embargo, podría haberlo sido —dijo.

—Pero no lo será.

EPÍLOGO

Traducido por Vane Farrow

Corregido por Lu

Vivimos en esa pequeña casa de campo hasta el día de hoy. Escribimos y nos besamos y hacemos otras cosas también. No hay televisores en nuestra casa. Jase me enseñó a mirar al océano e imaginar lo que quisiera.

Unos tres meses después de que me mudé, dijo—: ¿Quieres vivir aquí conmigo para siempre?

—Al menos nueve meses al año.

—¿Qué vamos a hacer los otros tres?

—Todavía puedes hacer matemáticas, bobo. Estoy impresionada.

Estábamos sentados en sillas, viendo la puesta de sol. —Tu cabello está volando por todas partes, medusa. ¿Si lo toco, me morderá?

—Nunca tuviste abdominales. Todavía no puedo creer que escribiste eso.

Se rió entre dientes. —Es ficción, nena. ¿Qué tienes en mente? ¿Por qué no podemos viajar más?

—Podemos viajar durante el verano, pero durante el año escolar, vamos a tener que estar en casa.

—Pensé que te diste por vencida en enseñanza —dijo.

—No es para mí.

—No estaría atrapado ni muerto en un aula, lo sabes. —Se reía. Ya sabía. Jase siempre tuvo la premonición y ya no éramos personajes en el libro de nadie.

—No es para ti tampoco —le dije.

Se inclinó, me dio un beso, y luego puso su mano sobre mi vientre.

Ya sabía.

SOBRE EL AUTOR



Renée Carlino es guionista y autora más vendida de novelas románticas para mujeres y ficción new adult. Vive en el sur de California con su esposo y sus dos hijos. Cuando no se encuentra en la playa con sus hijos o trabajando en su próximo proyecto, le gusta pasar el tiempo leyendo, yendo a conciertos y comiendo chocolate negro.